

Jack London
Colmillo Blanco



E LEJANDRIA

Jack London
Colmillo Blanco



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

COLMILLO BLANCO

JACK LONDON

PUBLICADO: 1906
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

EL RASTRO DE LA CARNE

Un oscuro bosque de abetos se cernía, ceñudo, a ambos lados del curso de agua helado. Los árboles, a los que un viento reciente había despojado de su blanco manto de escarcha, parecían inclinarse unos hacia otros, negros y ominosos, en la luz agonizante. Un vasto silencio reinaba sobre aquella tierra. La tierra misma era una desolación, sin vida, sin movimiento, tan solitaria y fría que su espíritu no era siquiera el de la tristeza. Había en ella un atisbo de risa, pero de una risa más terrible que cualquier tristeza: una risa tan desprovista de alegría como la sonrisa de la esfinge, una risa fría como la escarcha y partícipe de la severidad de lo infalible. Era la sabiduría soberana e incommunicable de la eternidad riéndose de la futilidad de la vida y del esfuerzo de la vida. Era la Naturaleza Salvaje, la Tierra Salvaje del Norte, de corazón helado y brutal.

Pero había vida, desperdigada por aquella tierra y desafiante. Por el curso de agua helado avanzaba penosamente una hilera de perros

alobados. Tenían el pelaje hirsuto cubierto de escarcha. Su aliento se congelaba en el aire al abandonar sus fauces, brotando en penachos de vapor que se depositaban sobre el pelo de sus cuerpos y se cristalizaban en escarcha. Llevaban arneses de cuero, y tirantes de cuero los enganchaban a un trineo que arrastraban tras de sí. El trineo carecía de patines. Estaba hecho de recio abedul, y toda su superficie reposaba sobre la nieve. La parte delantera del trineo estaba curvada hacia arriba, como un pergamino enrollado, para abrirse paso por debajo de la oleada de nieve blanda que se alzaba como una ola ante él. Sobre el trineo, firmemente sujeta con correas, había una caja larga y estrecha, oblonga. Había otras cosas en el trineo —mantas, un hacha, una cafetera y una sartén—, pero lo más prominente, lo que ocupaba la mayor parte del espacio, era aquella caja larga, estrecha y oblonga.

Delante de los perros, sobre anchas raquetas de nieve, se afanaba un hombre. Tras el trineo se afanaba un segundo hombre. Sobre el trineo, en la caja, yacía un tercer hombre cuyo afán había terminado: un hombre al que la Naturaleza Salvaje había conquistado y derribado hasta que jamás volvería a moverse ni a luchar. No es costumbre de la Naturaleza Salvaje apreciar el movimiento. La vida es una ofensa para ella, pues la vida es movimiento; y la Naturaleza Salvaje busca siempre destruir el movimiento. Congela el agua para impedir que corra al mar; expulsa la savia de los árboles hasta que se hielan en lo más profundo de sus corazones de gigantes; y con la mayor ferocidad y crueldad de todo, la Naturaleza Salvaje acosa y somete al hombre, al hombre, el más inquieto de cuanto vive, siempre en rebeldía contra el dictado de que todo movimiento ha de acabar, al final, en la cesación del movimiento.

Pero al frente y en la retaguardia, impávidos e indómitos, se afanaban los dos hombres que aún no habían muerto. Sus cuerpos iban cubiertos de pieles y cuero blando curtido. Pestañas, mejillas y labios estaban tan cubiertos por los cristales de su aliento helado que sus rostros resultaban irreconocibles. Esto les daba la apariencia de máscaras espectrales, sepultureros de un mundo fantasmal en el

funeral de algún difunto. Pero bajo todo aquello eran hombres, adentrándose en la tierra de la desolación, la burla y el silencio, insignificantes aventureros empeñados en una aventura colosal, enfrentándose a la fuerza de un mundo tan remoto, ajeno y sin pulso como los abismos del espacio.

Viajaban sin hablar, reservando el aliento para el esfuerzo de sus cuerpos. Por todas partes reinaba el silencio, presionándolos con una presencia tangible. Afectaba sus mentes como las muchas atmósferas de las aguas profundas afectan el cuerpo del buceador. Los aplastaba con el peso de una vastedad interminable y un decreto inalterable. Los aplastaba hasta los rincones más recónditos de sus propias mentes, exprimiendo de ellos, como el jugo de la uva, todos los falsos ardores, las exaltaciones y los indebidos envanecimientos del alma humana, hasta que se percibían finitos y pequeños, motas y partículas, moviéndose con torpe astucia y escasa sabiduría en medio del juego y el enttejuego de las grandes fuerzas y elementos ciegos.

Pasó una hora, y luego una segunda. La pálida luz de aquel breve día sin sol empezaba a desvanecerse, cuando un débil y lejano aullido se alzó en el aire quieto. Se elevó con ímpetu, en una rápida ascensión, hasta alcanzar su nota más alta, donde persistió, palpitante y tenso, y después se extinguió lentamente. Podría haber sido un alma en pena gimiendo, de no haber sido investido de una cierta fiereza triste y un ávido anhelo. El hombre que iba delante volvió la cabeza hasta que sus ojos encontraron los del hombre de atrás. Y entonces, por encima de la caja estrecha y oblonga, cada uno asintió al otro.

Un segundo aullido se alzó, perforando el silencio con una agudeza de aguja. Ambos hombres localizaron el sonido. Venía de la retaguardia, de algún lugar en la extensión de nieve que acababan de atravesar. Un tercero, como una respuesta, se alzó también a la retaguardia y a la izquierda del segundo.

—Nos siguen, Bill —dijo el hombre que iba delante.

Su voz sonó ronca e irreal, y había hablado con visible esfuerzo.

—La caza escasea —respondió su compañero—. Llevo días sin ver un rastro de conejo.

Después de eso no hablaron más, aunque sus oídos permanecían atentos a los aullidos de caza que seguían alzándose a sus espaldas.

Al caer la oscuridad, desviaron a los perros hacia un grupo de abetos al borde del curso de agua y montaron campamento. El ataúd, junto al fuego, servía de asiento y de mesa. Los perros lobo, agrupados en el lado opuesto del fuego, gruñían y se peleaban entre sí, pero no mostraban inclinación alguna a aventurarse en la oscuridad.

—Me parece a mí, Henry, que se quedan pegados al campamento de una manera notable —comentó Bill.

Henry, acucillado junto al fuego y asentando la cafetera con un trozo de hielo, asintió. Y no habló hasta que se hubo sentado en el ataúd y comenzado a comer.

—Saben dónde tienen el pellejo a salvo —dijo—. Prefieren comer rancho a ser ellos el rancho. Son bastante listos, esos perros.

Bill negó con la cabeza.

—Bah, yo qué sé.

Su compañero lo miró con curiosidad.

—Es la primera vez que te oigo decir algo sobre que no sean listos.

—Henry —dijo el otro, masticando con deliberación las judías que estaba comiendo—, ¿te fijaste por casualidad en cómo se alborotaron los perros cuando les estaba dando de comer?

—Se alborotaron más de lo normal —reconoció Henry.

—¿Cuántos perros tenemos, Henry?

—Seis.

—Bueno, pues, Henry... —Bill se detuvo un momento, para que sus palabras cobraran mayor importancia—. Como iba diciendo, Henry, tenemos seis perros. Saqué seis pescados de la bolsa. Le di un pescado a cada perro y, Henry, me faltó un pescado.

—Contaste mal.

—Tenemos seis perros —reiteró el otro con frialdad—. Saqué seis pescados. Oreja Cortada no recibió su pescado. Tuve que volver a la bolsa después a buscarle el suyo.

—Solo tenemos seis perros —dijo Henry.

—Henry —continuó Bill—, no digo que fueran todos perros, pero siete fueron los que comieron pescado.

Henry dejó de comer para mirar al otro lado del fuego y contar los perros.

—Ahora solo hay seis —dijo.

—Al otro lo vi marcharse por la nieve —anunció Bill con fría seguridad—. Vi siete.

Henry lo miró con compasión y dijo:

—Qué ganas tengo de que se acabe este viaje.

—¿Qué quieres decir con eso? —exigió Bill.

—Quiero decir que esta carga que llevamos te está poniendo de los nervios y que estás empezando a ver cosas.

—Pensé en eso —respondió Bill con gravedad—. Y por eso, cuando lo vi marcharse por la nieve, miré en la nieve y vi sus huellas. Después conté los perros y seguían siendo seis. Las huellas están ahí en la nieve ahora mismo. ¿Quieres verlas? Te las enseño.

Henry no respondió, sino que siguió masticando en silencio hasta que, terminada la comida, la remató con una última taza de café. Se limpió la boca con el dorso de la mano y dijo:

—Entonces, tú crees que era...

Un largo aullido lastimero, ferozmente triste, llegó desde algún lugar en la oscuridad y lo interrumpió. Se detuvo a escucharlo, y después terminó la frase con un gesto de la mano hacia el origen del aullido:

—... ¿uno de ellos?

Bill asintió.

—Prefiero pensar eso con mucho antes que cualquier otra cosa. Tú mismo viste el escándalo que montaron los perros.

Aullido tras aullido, y aullidos que les respondían, estaban convirtiendo el silencio en un pandemonium. De todas partes se alzaban los aullidos, y los perros delataban su miedo apiñándose juntos y tan cerca del fuego que el calor les chamuscaba el pelo. Bill echó más leña antes de encender su pipa.

—Yo creo que estás un poco alicaído —dijo Henry.

—Henry... —Chupó pensativamente de su pipa durante un rato antes de continuar—. Henry, estaba pensando en la condenada suerte que tiene él comparado con lo que tendremos tú y yo nunca.

Señaló al tercer miembro del grupo con un gesto del pulgar hacia abajo, hacia la caja sobre la que estaban sentados.

—Tú y yo, Henry, cuando nos muramos, tendremos suerte si nos ponen encima piedras suficientes para que no nos coman los perros.

—Pero nosotros no tenemos familia, ni dinero, ni todo eso, como él —replicó Henry—. Los funerales a larga distancia son algo que tú y yo no nos podemos permitir precisamente.

—Lo que no me cabe en la cabeza, Henry, es qué hace un tipo como este, que es lord o algo así en su país, que nunca ha tenido que preocuparse por el rancho ni por las mantas..., por qué se viene a patearse los confines más dejados de la mano de Dios..., eso es lo que no acabo de entender.

—Podría haber llegado a viejo si se hubiera quedado en su casa —coincidió Henry.

Bill abrió la boca para hablar, pero cambió de idea. En su lugar, señaló hacia el muro de oscuridad que los cercaba por todas partes. No había la menor sugerencia de forma en aquella negrura absoluta; solo se veía un par de ojos relucientes como ascuas. Henry señaló con la cabeza un segundo par, y un tercero. Un círculo de ojos relucientes se había formado en torno a su campamento. De vez en cuando, un par de ojos se movía o desaparecía para volver a aparecer un instante después.

La inquietud de los perros había ido en aumento, y estampada en una oleada de terror repentino, se precipitaron hacia el lado del fuego más cercano a los hombres, agazapándose y arrastrándose entre sus piernas. En la confusión, uno de los perros había volcado sobre el borde del fuego, y aulló de dolor y espanto mientras el olor de su pelo chamuscado impregnaba el aire. La conmoción hizo que el círculo de ojos se agitara un instante e incluso retrocediera un poco, pero volvió a asentarse cuando los perros se calmaron.

—Henry, es una maldita desgracia habernos quedado sin munición.

Bill había terminado su pipa y estaba ayudando a su compañero a extender la cama de pieles y mantas sobre las ramas de abeto que había dispuesto sobre la nieve antes de cenar. Henry gruñó y empezó a desatarse los mocasines.

—¿Cuántos cartuchos dijiste que te quedaban? —preguntó.

—Tres —fue la respuesta—. Y ojalá fueran trescientos. Entonces les iba a enseñar yo, imalditos!

Agitó el puño con rabia hacia los ojos relucientes y empezó a colocar concienzudamente sus mocasines a secar junto al fuego.

—Y ojalá se acabara esta ola de frío —continuó—. Llevamos dos semanas a cincuenta bajo cero. Y ojalá no hubiera empezado nunca este viaje, Henry. No me gusta la pinta que tiene. No me siento bien, no sé cómo explicarlo. Y ya puestos a desear, ojalá el viaje estuviera acabado y tú y yo sentados junto al fuego en Fort McGurry ahora mismo, jugando al cribbage..., eso es lo que desearía.

Henry gruñó y se metió en la cama. Cuando empezaba a quedarse dormido, lo despertó la voz de su compañero.

—Oye, Henry, el otro que se coló y se comió un pescado..., ¿por qué no se le echaron encima los perros? Eso es lo que me tiene preocupado.

—Te preocupas demasiado, Bill —llegó la soñolienta respuesta—. Nunca habías sido así. Cállate de una vez y duérmete, y mañana estarás como nuevo. Es el estómago, que lo tienes revuelto, eso es lo que te pasa.

Los hombres durmieron, respirando pesadamente, el uno junto al otro, bajo la misma manta. El fuego se fue apagando, y los ojos relucientes estrecharon el círculo que habían tendido en torno al campamento. Los perros se apiñaban de miedo, gruñendo amenazadores de cuando en cuando cada vez que un par de ojos se acercaba demasiado. En una ocasión, su alboroto fue tal que Bill se despertó. Salió de la cama con cuidado, para no alterar el sueño de su compañero, y echó más leña al fuego. Cuando empezó a arder, el círculo de ojos retrocedió. Echó una mirada distraída a los perros amontonados. Se frotó los ojos y los miró con más atención. Después volvió a meterse bajo las mantas.

—Henry —dijo—. Eh, Henry.

Henry gruñó al pasar del sueño a la vigilia y preguntó:

—¿Qué pasa ahora?

—Nada —fue la respuesta—, solo que vuelven a ser siete. Los acabo de contar.

Henry acusó recibo de la información con un gruñido que se deslizó hacia un ronquido mientras se sumía de nuevo en el sueño.

Por la mañana fue Henry quien despertó primero y sacó a su compañero de la cama. Faltaban aún tres horas para la luz del día, aunque ya eran las seis; y en la oscuridad Henry se puso a preparar el desayuno mientras Bill enrollaba las mantas y preparaba el trineo para cargarlo.

—Oye, Henry —preguntó de pronto—, ¿cuántos perros dices que tenemos?

—Seis.

—Te equivocas —proclamó Bill triunfante.

—¿Otra vez siete? —inquirió Henry.

—No, cinco: ha desaparecido uno.

—¡Maldita sea! —exclamó Henry furioso, dejando lo que estaba cocinando para ir a contar los perros.

—Tienes razón, Bill —concluyó—. Gordo ha desaparecido.

—Y en cuanto echó a correr, salió como alma que lleva el diablo. No lo vio ni el viento.

—Ni la menor oportunidad —concluyó Henry—. Se lo tragaron vivo. Apuesto a que iba aullando mientras le bajaba por la garganta, ¡malditos!

—Siempre fue un perro tonto —dijo Bill.

—Pero ningún perro tonto debería ser tan tonto como para largarse a suicidarse así. —Recorrió con la mirada al resto de la jauría con ojo especulativo que sopesaba al instante los rasgos salientes de cada animal—. Apuesto a que ninguno de los otros lo haría.

—Ni a palos los apartarías del fuego —coincidió Bill—. Siempre pensé que algo le pasaba a Gordo.

Y este fue el epitafio de un perro muerto en el sendero del Norte: menos parco que el epitafio de muchos otros perros, de muchos hombres.

CAPÍTULO II

LA LOBA

Tras desayunar y atar al trineo el escueto equipo de campamento, los hombres dieron la espalda al animoso fuego y se internaron en la oscuridad. De inmediato empezaron a alzarse los aullidos, ferozmente tristes: aullidos que se llamaban unos a otros a través de la oscuridad y del frío y se respondían entre sí. La conversación cesó. La luz del día llegó a las nueve. Al mediodía el cielo del sur se tiñó de un color rosado, señalando el lugar donde la curvatura de la tierra se interponía entre el sol del meridiano y el mundo del norte. Pero el rosado se desvaneció enseguida. La luz grisácea del día que quedaba duró hasta las tres, cuando también ella se extinguió, y el manto de la noche ártica descendió sobre aquella tierra solitaria y silenciosa.

Al llegar la oscuridad, los aullidos de caza a derecha, izquierda y retaguardia se acercaron más —tan cerca que más de una vez provocaron oleadas de pánico en los perros que se afanaban, lanzándolos a estampidas breves—.

Al término de una de esas estampidas, cuando él y Henry habían vuelto a enganchar a los perros, Bill dijo:

—Ojalá encontraran caza por algún lado y nos dejaran en paz.

—Te ponen de los nervios, eso es verdad —se solidarizó Henry.

No volvieron a hablar hasta que montaron campamento.

Henry estaba inclinado, echando hielo en la olla de judías que borboteaba, cuando lo sobresaltó el ruido de un golpe, una exclamación de Bill y un agudo gruñido de dolor entre los perros. Se incorporó a tiempo de ver una forma borrosa desapareciendo por la nieve hacia el amparo de la oscuridad. Después vio a Bill, de pie entre los perros, mitad triunfante, mitad abochornado, con un garrote en una mano y la cola y parte del cuerpo de un salmón curado al sol en la otra.

—Se llevó la mitad —anunció—, pero le di un buen garrotazo de todas formas. ¿Oíste cómo chilló?

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó Henry.

—No pude verlo bien. Pero tenía cuatro patas, y boca, y pelo, y parecía un perro cualquiera.

—Será un lobo domesticado, supongo.

—Pues es condenadamente manso, sea lo que sea, presentándose aquí a la hora de comer y llevándose su parte de pescado.

Aquella noche, cuando terminaron de cenar y estaban sentados sobre la caja oblonga fumando sus pipas, el círculo de ojos relucientes se cerró aún más que antes.

—Ojalá espantaran un rebaño de alces o algo, y nos dejaran en paz —dijo Bill.

Henry gruñó con una entonación que no era toda de simpatía, y durante un cuarto de hora permanecieron sentados en silencio, Henry con la mirada clavada en el fuego y Bill en el círculo de ojos que ardían en la oscuridad, justo más allá de la luz de la hoguera.

—Ojalá estuviéramos llegando a McGurry ahora mismo —comenzó otra vez.

—¡Cállate ya con tus deseos y tus lamentos! —estalló Henry enfadado—. Es el estómago, que lo tienes revuelto. Eso es lo que te

pasa. Tómate una cucharada de bicarbonato y verás qué bien te pones, y serás una compañía más agradable.

Por la mañana, Henry fue despertado por fervientes blasfemias que salían de la boca de Bill. Se apoyó en un codo y vio a su compañero de pie entre los perros junto al fuego reavivado, los brazos en alto en actitud de imprecación, el rostro desfigurado por la rabia.

—¡Eh! —llamó Henry—. ¿Qué pasa ahora?

—Rana ha desaparecido —fue la respuesta.

—No.

—Que sí, te digo.

Henry saltó de las mantas y corrió hacia los perros. Los contó con cuidado y después se unió a su compañero en maldecir el poder de la Naturaleza Salvaje que les había robado otro perro.

—Rana era el más fuerte de todos —pronunció Bill finalmente.

—Y tampoco era ningún tonto —añadió Henry.

Y así quedó registrado el segundo epitafio en dos días.

Desayunaron sombríamente, y los cuatro perros restantes fueron enganchados al trineo. El día fue una repetición de los días anteriores. Los hombres se afanaban sin hablar a través de la faz del mundo helado. El silencio solo era quebrado por los aullidos de sus perseguidores, que, invisibles, se mantenían a la zaga. Con la llegada de la noche a media tarde, los aullidos sonaban más cerca, pues los perseguidores se cerraban según su costumbre; y los perros se excitaban y asustaban, y eran presa de pánicos que enredaban los tirantes y hundían aún más el ánimo de los dos hombres.

—Eso, así aprenderéis, malditos animales —dijo Bill con satisfacción aquella noche, irguiéndose al terminar su tarea.

Henry dejó lo que estaba cocinando para ir a ver. Su compañero no solo había atado a los perros, sino que los había atado a la

manera india, con palos. Al cuello de cada perro había sujetado una correa de cuero. A esta, y tan cerca del cuello que el perro no podía alcanzarla con los dientes, había atado un palo robusto de un metro y medio de largo. El otro extremo del palo, a su vez, estaba sujeto a una estaca clavada en el suelo mediante otra correa de cuero. El perro no podía roer el cuero de su propio extremo del palo. El palo le impedía alcanzar el cuero que sujetaba el otro extremo.

Henry asintió con aprobación.

—Es el único artilugio que sujetará a Oreja Cortada —dijo—. Es capaz de roer el cuero limpio como una cuchilla y casi con la misma rapidez. Mañana estarán todos aquí, sanos y salvos.

—Puedes apostar a que sí —afirmó Bill—. Si alguno desaparece, renuncio al café.

—Bien saben que no tenemos con qué matarlos —comentó Henry a la hora de acostarse, señalando el círculo reluciente que los cercaba—. Si pudiéramos meterles un par de tiros, serían más respetuosos. Se acercan más cada noche. Aparta los ojos de la hoguera y mira bien... ¡ahí! ¿Has visto ese?

Durante un rato, los dos hombres se entretuvieron observando el movimiento de formas vagas en el límite de la luz del fuego. Mirando con atención y fijeza al lugar donde un par de ojos ardían en la oscuridad, la forma del animal iba tomando cuerpo lentamente. Podían incluso ver aquellas formas moverse a veces.

Un ruido entre los perros atrajo la atención de los hombres. Oreja Cortada emitía gemidos rápidos y ansiosos, tirando hasta el límite de su palo hacia la oscuridad, y deteniéndose de cuando en cuando para atacar frenéticamente el palo con los dientes.

—Mira eso, Bill —susurró Henry.

En plena luz de la hoguera, con un movimiento furtivo y oblicuo, se deslizó un animal parecido a un perro. Se movía con una mezcla de recelo y osadía, observando cautelosamente a los hombres, con

la atención fija en los perros. Oreja Cortada tensó el palo al máximo hacia el intruso y gimió ansioso.

—El tonto de Oreja Cortada no parece tenerle mucho miedo —dijo Bill en voz baja.

—Es una loba —susurró Henry en respuesta—, y eso explica lo de Gordo y lo de Rana. Es el señuelo de la manada. Atrae al perro y luego se le echa encima el resto y se lo zampa.

El fuego crepitó. Un leño se partió con un fuerte chisporroteo. Al oírlo, el extraño animal retrocedió de un salto hacia la oscuridad.

—Henry, estoy pensando una cosa —anunció Bill.

—¿Qué cosa?

—Estoy pensando que ese era al que le sacudí con el garrote.

—No me cabe la menor duda —fue la respuesta de Henry.

—Y aquí mismo quiero hacer constar —continuó Bill— que la familiaridad de ese animal con las hogueras de campamento es sospechosa e inmoral.

—Sabe, desde luego, más de lo que debería saber un lobo que se respete —coincidió Henry—. Un lobo que sabe colarse con los perros a la hora de la comida ha tenido experiencias.

—El viejo Villan tenía un perro que se escapó con los lobos —reflexionó Bill en voz alta—. Bien que lo sé. Le disparé en medio de la manada en un pastizal de alces allá por Little Stick. Y el viejo Villan se echó a llorar como un crío. Llevaba tres años sin verlo, dijo. Todo ese tiempo con los lobos.

—Creo que has dado en el clavo, Bill. Ese lobo es un perro, y ha comido pescado de la mano del hombre más de una vez.

—Y como tenga la ocasión, ese lobo que es un perro va a ser solo carne —declaró Bill—. No nos podemos permitir perder más animales.

—Pero solo te quedan tres cartuchos —objetó Henry.

—Esperaré a tener un tiro seguro —fue la respuesta.

Por la mañana, Henry reavivó el fuego y preparó el desayuno al son de los ronquidos de su compañero.

—Dormías de maravilla —le dijo Henry al sacarlo para desayunar—. No tuve corazón para despertarte.

Bill empezó a comer soñoliento. Reparó en que su taza estaba vacía y estiró el brazo hacia la cafetera. Pero la cafetera estaba fuera de su alcance, junto a Henry.

—Oye, Henry —lo reprendió suavemente—, ¿no se te ha olvidado algo?

Henry miró alrededor con gran cuidado y negó con la cabeza. Bill alzó la taza vacía.

—No hay café para ti —anunció Henry.

—¿Se ha acabado? —preguntó Bill inquieto.

—No.

—¿Piensas que me va a sentar mal?

—No.

Un rubor de sangre colérica invadió el rostro de Bill.

—Pues entonces estoy deseando que me des una explicación —dijo.

—Cascabel ha desaparecido —respondió Henry.

Sin apresurarse, con el aire de quien se ha resignado a la desgracia, Bill volvió la cabeza y desde donde estaba sentado contó los perros.

—¿Cómo ha pasado? —preguntó con apatía.

Henry se encogió de hombros.

—No lo sé. A no ser que Oreja Cortada lo haya soltado royendo. Él solito no ha podido, eso seguro.

—Maldito chucho —Bill habló con gravedad y lentitud, sin asomo de la rabia que hervía por dentro—. Como no pudo soltarse a sí mismo, le suelta las ataduras a Cascabel.

—Bueno, los problemas de Cascabel ya se han acabado; a estas alturas supongo que ya está digerido y correteando por el paisaje en las panzas de veinte lobos distintos —fue el epitafio de Henry para el último perro perdido—. Toma café, Bill.

Pero Bill negó con la cabeza.

—Venga —insistió Henry, levantando la cafetera.

Bill apartó su taza.

—Que me aspen si lo hago. Dije que no tomaría café si desaparecía algún perro, y no voy a tomarlo.

—Es un café estupendo —dijo Henry tentándolo.

Pero Bill era terco, y desayunó a palo seco regado de maldiciones entre dientes contra Oreja Cortada por la faena que les había jugado.

—Esta noche los ataré fuera del alcance unos de otros —dijo Bill al ponerse en camino.

Apenas habían recorrido cien metros cuando Henry, que iba delante, se agachó y recogió algo con lo que su raqueta había tropezado. Estaba oscuro y no podía verlo, pero lo reconoció al tacto. Lo lanzó hacia atrás, de modo que golpeó el trineo y rodó hasta los pies de Bill.

—A lo mejor lo necesitas en tu negocio —dijo Henry.

Bill soltó una exclamación. Era todo lo que quedaba de Cascabel: el palo con el que había estado atado.

—Se lo comieron con piel y todo —anunció Bill—. El palo está limpio como una patena. Royeron el cuero de los dos extremos. Están muertos de hambre, Henry, y nos van a hacer sudar la gota gorda antes de que se acabe este viaje.

Henry rio con desafío.

—No es la primera vez que me siguen el rastro unos lobos, pero he salido de cosas mucho peores y aquí sigo. Hace falta más que un puñado de bichos miserables para acabar con un servidor, Bill, hijo mío.

—No lo sé, no lo sé —murmuró Bill ominosamente.

—Ya lo sabrás cuando llegemos a McGurry.

—No es que esté especialmente entusiasmado —insistió Bill.

—Estás pachucho, eso es lo que te pasa —sentenció Henry—. Lo que necesitas es quinina, y pienso atiborrarte de ella en cuanto llegemos a McGurry.

Bill gruñó su desacuerdo con el diagnóstico y se sumió en el silencio. El día fue como todos los días. La luz llegó a las nueve. A las doce el horizonte sur se entibió con el sol invisible; y después empezó el frío gris de la tarde que se fundiría, tres horas más tarde, con la noche.

Fue justo después del vano intento del sol por aparecer cuando Bill sacó el rifle de debajo de las correas del trineo y dijo:

—Tú sigue adelante, Henry. Voy a ver qué veo.

—Mejor quédate junto al trineo —protestó su compañero—. Solo te quedan tres cartuchos y cualquier cosa puede pasar.

—¿Quién es ahora el agorero? —exigió Bill triunfante.

Henry no respondió y siguió avanzando solo, aunque no dejaba de lanzar miradas inquietas hacia la soledad gris donde su compañero había desaparecido. Una hora más tarde, aprovechando los atajos que el trineo no podía tomar, Bill llegó.

—Están dispersos y se mueven en un frente amplio —dijo—, siguiéndonos y buscando caza al mismo tiempo. Ya ves, están seguros de nosotros, solo que saben que tienen que esperar para cazarnos. Mientras tanto, están dispuestos a zamparse cualquier cosa comestible que se les ponga a tiro.

—Querrás decir que creen estar seguros de nosotros —objetó Henry con énfasis.

Pero Bill lo ignoró.

—Vi a algunos de ellos. Están muy flacos. Llevan semanas sin probar bocado, supongo, aparte de Gordo, Rana y Cascabel, y con tantos como son, eso no llegó a nada. Están en los huesos. Se les notan las costillas como tablas de lavar, y el estómago lo tienen pegado al espinazo. Están desesperados, te lo digo. Van a volverse locos, y entonces cuidado.

Unos minutos después, Henry, que ahora viajaba detrás del trineo, emitió un silbido bajo de advertencia. Bill se volvió a mirar y después detuvo a los perros sin hacer ruido. A la retaguardia, al salir de la última curva y a plena vista, en el mismo sendero que acababan de recorrer, trotaba una forma peluda y furtiva. Llevaba el hocico pegado al rastro y trotaba con un paso peculiar, deslizante, sin esfuerzo aparente. Cuando ellos se detuvieron, ella se detuvo, alzando la cabeza y mirándolos fijamente con las ventanas de la nariz palpitando al captar y estudiar su olor.

—Es la loba —respondió Bill.

Los perros se habían tumbado en la nieve, y él pasó entre ellos para reunirse con su compañero en el trineo. Juntos observaron al extraño animal que los había perseguido durante días y que ya había logrado la destrucción de la mitad de su tiro de perros.

Tras un escrutinio minucioso, el animal avanzó unos pasos al trote. Lo repitió varias veces, hasta quedar a poco menos de cien metros de ellos. Se detuvo, con la cabeza erguida, junto a un grupo de abetos, y con la vista y el olfato estudió el equipaje de los hombres que la observaban. Los miraba de un modo extrañamente anhelante, a la manera de un perro; pero en su anhelo no había nada del afecto canino. Era un anhelo nacido del hambre, tan cruel como sus propios colmillos, tan implacable como la propia escarcha.

Era grande para ser una loba, y su esqueleto descarnado revelaba las líneas de un animal que se contaba entre los de mayor tamaño

de su especie.

—Mide cerca de setenta y cinco centímetros a la cruz —comentó Henry—. Y apuesto a que no le faltan mucho para el metro y medio de largo.

—Tiene un color raro para ser un lobo —fue la observación de Bill—. Nunca vi un lobo rojo. Me parece casi color canela.

El animal no era ciertamente de color canela. Su pelaje era el auténtico pelaje lobuno. El color dominante era gris, y sin embargo había en él un tenue matiz rojizo, un matiz desconcertante, que aparecía y desaparecía, que era más como una ilusión óptica: ahora gris, claramente gris, y al instante siguiente insinuando destellos de un vago color rojizo que no se dejaba clasificar en los términos de la experiencia ordinaria.

—Es igualita a un perro grande de trineo —dijo Bill—. No me extrañaría verla menear el rabo.

—¡Eh, tú, perra! —le gritó—. ¡Ven aquí, comoquiera que te llames!

—No te tiene ni pizca de miedo —rio Henry.

Bill la amenazó con la mano y gritó con fuerza, pero el animal no dio muestras de temor. El único cambio que pudieron notar en ella fue un aumento del estado de alerta. Seguía mirándolos con el anhelo despiadado del hambre. Ellos eran carne, y ella tenía hambre; y le habría gustado lanzarse a comérselos si se hubiera atrevido.

—Mira, Henry —dijo Bill, bajando la voz instintivamente a un susurro por lo que estaba a punto de proponer—. Tenemos tres cartuchos. Pero es un tiro fácil. Imposible fallar. Se ha llevado a tres de nuestros perros, y deberíamos ponerle fin a esto. ¿Qué me dices?

Henry asintió. Bill sacó el rifle con cautela de debajo de las correas del trineo. El arma iba camino de su hombro, pero no llegó a él. Porque en ese instante la loba saltó lateralmente del sendero al grupo de abetos y desapareció.

Los dos hombres se miraron. Henry silbó largo y significativamente.

—Debí haberlo sabido —se reprochó Bill en voz alta mientras guardaba el rifle—. Está claro que un lobo que sabe colarse con los perros a la hora de comer también sabe todo sobre las armas de fuego. Te digo una cosa, Henry: esa alimaña es la causa de todas nuestras desgracias. Tendríamos seis perros ahora mismo, en lugar de tres, si no fuera por ella. Y te digo otra cosa, Henry: pienso cazarla. Es demasiado lista para que la disparen al descubierto. Pero voy a tenderle una emboscada. Le pegaré un tiro desde un escondite tan seguro como que me llamo Bill.

—No te alejes demasiado para eso —le advirtió su compañero—. Si la manada se te echa encima, esos tres cartuchos no te van a servir de nada. Esos animales están muertos de hambre, y una vez empiecen, te cazarán a ti, Bill.

Aquella noche acamparon pronto. Tres perros no podían tirar del trineo tan rápido ni durante tantas horas como seis, y daban muestras inequívocas de agotamiento. Y los hombres se acostaron temprano, no sin que antes Bill se asegurase de que los perros estaban atados fuera del alcance de las mandíbulas de los demás.

Pero los lobos se estaban volviendo más osados, y los hombres fueron despertados más de una vez durante la noche. Tan cerca se acercaron los lobos, que los perros enloquecían de terror, y era necesario alimentar el fuego cada poco para mantener a aquellos audaces merodeadores a una distancia más segura.

—He oído a marineros hablar de tiburones siguiendo a un barco —comentó Bill al volver a meterse bajo las mantas después de una de esas recargas de leña—. Pues estos lobos son tiburones de tierra firme. Saben lo que hacen mejor que nosotros, y no nos siguen el rastro así por su salud. Van a cazarnos. Van a cazarnos seguro, Henry.

—Ya te tienen medio cazado, hablando así —replicó Henry con brusquedad—. Un hombre está medio vencido cuando dice que lo

está. Y a ti ya te han medio devorado, por cómo vas con el asunto.

—Han acabado con hombres mejores que tú y que yo —respondió Bill.

—Cállate ya con tus lamentos. Me tienes hartos.

Henry se dio la vuelta furioso, pero le sorprendió que Bill no respondiera con un arrebatado similar. No era propio de Bill, que se encendía fácilmente con las palabras duras. Henry lo estuvo pensando largo rato antes de dormirse, y mientras los párpados le pesaban y se iba quedando dormido, el pensamiento que ocupaba su mente era: «No hay duda, Bill está que no levanta cabeza. Mañana tendré que animarlo».

CAPÍTULO III

EL AULLIDO DEL HAMBRE

El día comenzó de manera auspiciosa. No habían perdido ningún perro durante la noche, y se pusieron en camino, adentrándose en el silencio, la oscuridad y el frío con el ánimo razonablemente ligero. Bill parecía haber olvidado sus malos presagios de la noche anterior, e incluso bromeó con los perros cuando, al mediodía, volcaron el trineo en un mal tramo del sendero.

Fue un enredo aparatoso. El trineo quedó boca abajo, encajado entre un tronco de árbol y una enorme roca, y se vieron obligados a desenganchar a los perros para desenredar el embrollo. Los dos hombres estaban inclinados sobre el trineo, intentando enderezarlo, cuando Henry advirtió que Oreja Cortada se escabullía.

—¡Eh, tú, Oreja Cortada! —gritó, irguiéndose y volviéndose hacia el perro.

Pero Oreja Cortada echó a correr por la nieve, con los tirantes arrastrando tras de sí. Y allí, en la nieve de sus propias huellas, la loba lo esperaba. Al acercarse a ella, de pronto se volvió cauteloso. Aminoró el paso hasta un trote alerta y receloso, y después se detuvo. La observó con cuidado y desconfianza, pero también con

deseo. Ella parecía sonreírle, mostrando los dientes de un modo más insinuante que amenazador. Se acercó unos pasos, juguetona, y después se detuvo. Oreja Cortada se aproximó, todavía alerta y cauteloso, con la cola y las orejas en alto y la cabeza erguida.

Intentó olisquearle el hocico, pero ella retrocedió juguetona y coqueta. Cada avance de él iba acompañado de un retroceso correspondiente de ella. Paso a paso lo iba alejando de la seguridad de sus compañeros humanos. Una vez, como si una vaga advertencia hubiese cruzado fugazmente por su inteligencia, volvió la cabeza y miró hacia el trineo volcado, hacia sus compañeros de tiro y hacia los dos hombres que lo llamaban.

Pero cualquier idea que estuviese formándose en su mente fue disipada por la loba, que avanzó hacia él, le olisqueó el hocico durante un fugaz instante, y después reanudó su coqueta retirada ante los renovados avances de él.

Mientras tanto, Bill había pensado en el rifle. Pero estaba atrapado bajo el trineo volcado, y para cuando Henry lo ayudó a enderezar la carga, Oreja Cortada y la loba estaban demasiado cerca el uno de la otra y la distancia era demasiado grande para arriesgarse a disparar.

Demasiado tarde comprendió Oreja Cortada su error. Antes de que vieran la causa, los dos hombres lo vieron volverse y echar a correr hacia ellos. Entonces, aproximándose en ángulo recto al sendero y cortándole la retirada, vieron una docena de lobos, flacos y grises, saltando por la nieve. Al instante, la coquetería y los jugueteos de la loba desaparecieron. Con un gruñido se abalanzó sobre Oreja Cortada. Él la rechazó con el hombro, y con la retirada cortada, aún decidido a regresar al trineo, alteró su rumbo en un intento de rodearlo. Más lobos aparecían a cada momento y se sumaban a la persecución. La loba iba un salto por detrás de Oreja Cortada, sin perder terreno.

—¿Adónde vas? —exigió Henry de pronto, poniendo la mano en el brazo de su compañero.

Bill se soltó.

—No pienso quedarme mirando —dijo—. No van a llevarse más perros nuestros si puedo evitarlo.

Rifle en mano, se adentró en la maleza que bordeaba el sendero. Su intención era clara. Tomando el trineo como centro del círculo que Oreja Cortada estaba trazando, Bill planeaba interceptar ese círculo en un punto por delante de los perseguidores. Con su rifle, a plena luz del día, quizá fuera posible intimidar a los lobos y salvar al perro.

—¡Oye, Bill! —le gritó Henry—. ¡Ten cuidado! ¡No te arriesgues!

Henry se sentó en el trineo y observó. No podía hacer otra cosa. Bill ya había desaparecido de su vista, pero de vez en cuando, apareciendo y desapareciendo entre la maleza y los abetos dispersos, podía verse a Oreja Cortada. Henry juzgó que su caso era desesperado. El perro era plenamente consciente de su peligro, pero corría por el círculo exterior mientras la manada corría por el interior y más corto. Era vano pensar que Oreja Cortada pudiese distanciar lo bastante a sus perseguidores como para cruzar su círculo por delante de ellos y regresar al trineo.

Las distintas líneas convergían rápidamente en un punto. En algún lugar allá fuera en la nieve, ocultos a su vista por árboles y matorrales, Henry sabía que la manada, Oreja Cortada y Bill se estaban encontrando. Demasiado pronto, mucho más pronto de lo que había esperado, sucedió. Oyó un disparo, luego dos disparos en rápida sucesión, y supo que a Bill se le había acabado la munición. Después oyó un gran clamor de gruñidos y aullidos. Reconoció el grito de dolor y terror de Oreja Cortada, y oyó un aullido lobuno que delataba a un animal herido. Y eso fue todo. Los gruñidos cesaron. Los aullidos se apagaron. El silencio se posó de nuevo sobre la tierra solitaria.

Permaneció sentado un largo rato en el trineo. No necesitaba ir a ver lo que había pasado. Lo sabía como si hubiera ocurrido ante sus ojos. En una ocasión dio un respingo y sacó apresuradamente el hacha de debajo de las correas. Pero se quedó sentado un rato más,

rumiando, con los dos perros restantes agazapados y temblando a sus pies.

Al fin se levantó con gesto cansino, como si toda la elasticidad hubiera abandonado su cuerpo, y procedió a enganchar a los perros al trineo. Se pasó una cuerda por el hombro, un tirante humano, y tiró junto con los perros. No llegó lejos. Al primer indicio de oscuridad se apresuró a montar campamento, y se aseguró de tener una provisión generosa de leña. Dio de comer a los perros, cocinó y cenó, e hizo su cama junto al fuego.

Pero no estaba destinado a disfrutar de aquella cama. Antes de que cerrara los ojos, los lobos se habían acercado demasiado. Ya no hacía falta esforzar la vista para verlos. Estaban por todas partes, en torno a él y al fuego, en un círculo cerrado, y podía verlos con claridad a la luz de la hoguera, tumbados, sentados, arrastrándose sobre el vientre o yendo y viniendo. Hasta dormían. Aquí y allí podía ver a alguno hecho un ovillo en la nieve como un perro, disfrutando del sueño que a él le era negado.

Mantuvo el fuego bien vivo, porque sabía que era lo único que se interponía entre su cuerpo y sus colmillos hambrientos. Sus dos perros permanecían junto a él, uno a cada lado, apoyándose contra él en busca de protección, llorando y gimoteando, y a veces gruñendo desesperadamente cuando un lobo se acercaba un poco más de lo habitual. En esos momentos, cuando sus perros gruñían, todo el círculo se agitaba, los lobos se ponían en pie y avanzaban tentativamente, y un coro de gruñidos y aullidos ansiosos se alzaba a su alrededor. Después el círculo volvía a tumbarse, y aquí y allá un lobo reanudaba su siesta interrumpida.

Pero aquel círculo tenía una tendencia continua a estrecharse. Poco a poco, centímetro a centímetro, con un lobo arrastrándose aquí y otro allá, el círculo se cerraba hasta que las bestias estaban casi a distancia de salto. Entonces él agarraba tizones del fuego y los lanzaba contra la manada. Siempre se producía un retroceso apresurado, acompañado de aullidos airados y gruñidos de espanto

cuando un tizón bien lanzado alcanzaba y chamuscaba a algún animal demasiado atrevido.

El amanecer encontró al hombre demacrado y exhausto, con los ojos abiertos de par en par por la falta de sueño. Preparó el desayuno en la oscuridad, y a las nueve, cuando, con la llegada de la luz del día, la manada retrocedió, emprendió la tarea que había planeado durante las largas horas de la noche. Cortando árboles jóvenes, los convirtió en travesaños de un andamio, atándolos en lo alto a los troncos de árboles en pie. Usando las correas del trineo como cuerda de izar, y con la ayuda de los perros, subió el ataúd a lo alto del andamio.

—Se llevaron a Bill, y puede que me lleven a mí, pero a ti no te van a pillar, muchacho —dijo, dirigiéndose al cadáver en su sepulcro arbóreo.

Después retomó el camino, con el trineo aligerado saltando detrás de los perros que tiraban con ganas, pues ellos también sabían que la salvación estaba en llegar a Fort McGurry. Los lobos eran ahora más abiertos en su persecución, trotando con calma detrás y desplegándose a ambos lados, con las lenguas rojas colgando y los costados flacos mostrando las costillas ondulantes con cada movimiento. Estaban muy delgados, meros sacos de piel tensados sobre esqueletos, con cuerdas por músculos, tan flacos que Henry se asombraba de que todavía se mantuvieran en pie y no se desplomaran de una vez en la nieve.

No se atrevió a viajar hasta el anochecer. Al mediodía, el sol no solo entibió el horizonte sur, sino que asomó su borde superior, pálido y dorado, por encima de la línea del cielo. Lo recibió como una señal. Los días se alargaban. El sol volvía. Pero apenas se hubo extinguido el ánimo de su luz, cuando montó campamento. Quedaban aún varias horas de luz grisácea y crepúsculo sombrío, y las empleó en cortar una enorme provisión de leña.

Con la noche llegó el horror. No solo los lobos, muertos de hambre, se volvían más osados, sino que la falta de sueño hacía

mella en Henry. Se adormecía a su pesar, acucillado junto al fuego, con las mantas sobre los hombros, el hacha entre las rodillas y un perro a cada lado apretado contra él. Se despertó una vez y vio delante de él, a no más de tres metros, un lobo grande y gris, uno de los más grandes de la manada. Y mientras lo miraba, la bestia se desperezó deliberadamente, a la manera de un perro perezoso, bostezándole en la cara y mirándolo con ojos de dueño, como si él no fuera más que una comida aplazada que pronto iba a ser devorada.

La manada entera exhibía esa certidumbre. Podía contar al menos una veintena, mirándolo con hambre o durmiendo tranquilamente en la nieve. Le recordaban a niños congregados alrededor de una mesa puesta, esperando permiso para empezar a comer. ¡Y él era la comida que iban a comer! Se preguntó cuándo y cómo empezaría el banquete.

Mientras apilaba leña en el fuego, descubrió una apreciación de su propio cuerpo que nunca antes había sentido. Observaba sus músculos en movimiento y se interesaba por el ingenioso mecanismo de sus dedos. A la luz del fuego los doblaba despacio y repetidamente, primero uno a uno, luego todos a la vez, abriéndolos o haciendo rápidos movimientos de prensión. Estudió la forma de las uñas y se presionó las yemas de los dedos, ahora con fuerza, ahora suavemente, evaluando las sensaciones nerviosas que producían. Lo fascinaba, y de pronto cobró un gran cariño por aquella carne sutil que funcionaba con tanta hermosura, suavidad y delicadeza. Entonces dirigía una mirada temerosa al círculo de lobos que aguardaba expectante a su alrededor, y como un mazazo le golpeaba la certeza de que aquel cuerpo maravilloso, aquella carne viva, no era más que carne, presa de animales voraces, destinada a ser desgarrada y despedazada por sus colmillos hambrientos, a servirles de sustento como el alce y el conejo tantas veces le habían servido de sustento a él.

Salió de un duermevela que era medio pesadilla y vio a la loba rojiza delante de él. Estaba a menos de dos metros de distancia,

sentada en la nieve, mirándolo con fijeza anhelante. Los dos perros gimoteaban y gruñían a sus pies, pero ella no les prestaba atención. Miraba al hombre, y durante un rato él le sostuvo la mirada. No había nada amenazador en ella. Lo miraba simplemente con un gran anhelo, pero él sabía que era el anhelo de un hambre igualmente grande. Él era la comida, y su visión excitaba en ella sensaciones gustativas. Se le abrió la boca, la baba le resbaló por las fauces, y se relamió con el placer de la anticipación.

Un espasmo de miedo le recorrió el cuerpo. Alargó la mano apresuradamente hacia un tizón para arrojárselo. Pero ya al estirar la mano, antes de que sus dedos se cerraran sobre el proyectil, ella saltó hacia atrás poniéndose a salvo; y él supo que estaba acostumbrada a que le lanzaran cosas. Había gruñido al saltar, mostrando los colmillos blancos hasta la raíz, y todo su anhelo se desvaneció, reemplazado por una malignidad carnívora que lo hizo estremecerse. Miró la mano que sostenía el tizón, observando la delicadeza ingeniosa de los dedos que lo agarraban, cómo se ajustaban a todas las irregularidades de la superficie, curvándose por encima, por debajo y alrededor de la madera rugosa, y un dedo meñique, demasiado cerca de la parte ardiente del tizón, retirándose sensible y automáticamente del calor dañino hacia un punto más fresco donde agarrarse; y en ese mismo instante le pareció ver una visión de aquellos mismos dedos sensibles y delicados siendo aplastados y desgarrados por los dientes blancos de la loba. Nunca había apreciado tanto su cuerpo como ahora, cuando la posesión de él era tan precaria.

Toda la noche, con tizones ardientes, mantuvo a raya a la manada hambrienta. Cuando se adormecía a su pesar, los gemidos y gruñidos de los perros lo despertaban. Llegó la mañana, pero por primera vez la luz del día no consiguió dispersar a los lobos. El hombre esperó en vano a que se marcharan. Permanecieron en un círculo en torno a él y a su fuego, exhibiendo una arrogancia posesiva que quebrantó el valor que le había dado la luz de la mañana.

Hizo un intento desesperado de ponerse en camino. Pero en el momento en que abandonó la protección del fuego, el lobo más atrevido saltó hacia él, aunque saltó corto. Se salvó retrocediendo de un salto, las mandíbulas chasqueando a escasos quince centímetros de su muslo. El resto de la manada se abalanzó sobre él, y fue necesario lanzar tizones a diestra y siniestra para hacerlos retroceder a una distancia respetable.

Ni siquiera a la luz del día se atrevía a alejarse del fuego para cortar leña fresca. A seis metros se alzaba un enorme abeto muerto. Dedicó medio día a extender la hoguera hasta el árbol, con media docena de tizones ardientes siempre a mano para arrojar contra sus enemigos. Una vez junto al árbol, estudió el bosque circundante para talarlo en la dirección donde hubiera más leña.

La noche fue una repetición de la anterior, salvo que la necesidad de dormir se volvía irresistible. Los gruñidos de sus perros perdían eficacia. Además, gruñían sin parar, y sus sentidos entumecidos y aletargados ya no percibían los cambios de tono e intensidad. Se despertó sobresaltado. La loba estaba a menos de un metro de él. Mecánicamente, a quemarropa, sin soltarlo, le hundió un tizón en la boca abierta y gruñente. Ella saltó hacia atrás aullando de dolor, y mientras él saboreaba el olor de carne y pelo quemados, la observó sacudiendo la cabeza y gruñendo furiosa a seis metros de distancia.

Pero esta vez, antes de volver a adormecerse, se ató una tea de pino a la mano derecha. Llevaba los ojos cerrados apenas unos minutos cuando la quemadura de la llama en su piel lo despertó. Durante varias horas se atuvo a este sistema. Cada vez que se despertaba así, ahuyentaba a los lobos con tizones, alimentaba el fuego y se volvía a atar la tea a la mano. Todo funcionó bien, pero llegó un momento en que la ató mal. Al cerrar los ojos, se le cayó de la mano.

Soñó. Le pareció que estaba en Fort McGurry. Hacía calor y estaba cómodo, y jugaba al cribbage con el Factor. También le pareció que el fuerte estaba asediado por lobos. Aullaban a las mismísimas puertas, y a veces él y el Factor interrumpían la partida para

escuchar y reírse de los vanos intentos de los lobos por entrar. Y entonces, tan extraño era el sueño, se oyó un estrépito. La puerta se abrió de golpe. Podía ver a los lobos inundando el gran salón del fuerte. Saltaban directamente hacia él y hacia el Factor. Al abrirse la puerta, el ruido de sus aullidos había aumentado tremendamente. Aquellos aullidos lo molestaban. Su sueño se fundía con otra cosa..., no sabía qué; pero a través de todo, persiguiéndolo, persistían los aullidos.

Y entonces despertó y descubrió que los aullidos eran reales. Se oía un gran clamor de gruñidos y alaridos. Los lobos se abalanzaban sobre él. Estaban por todas partes, a su alrededor y encima de él. Los dientes de uno se habían cerrado sobre su brazo. Instintivamente saltó hacia el fuego, y al saltar, sintió el tajo de unos dientes desgarrándole la carne de la pierna. Entonces comenzó un combate de fuego. Sus recios mitones le protegieron las manos temporalmente, y lanzó brasas por los aires en todas direcciones, hasta que la hoguera cobró la apariencia de un volcán.

Pero no podía durar mucho. La cara se le estaba ampollando con el calor, tenía las cejas y las pestañas chamuscadas, y el calor se volvía insoportable para sus pies. Con un tizón ardiente en cada mano, saltó al borde del fuego. Los lobos habían retrocedido. Por todas partes, allí donde habían caído las brasas, la nieve chisporroteaba, y de vez en cuando un lobo que se batía en retirada, con un salto, un resoplido y un gruñido frenéticos, anunciaba que había pisado alguna brasa.

Arrojando sus tizones contra los enemigos más cercanos, el hombre hundió los mitones humeantes en la nieve y pateó el suelo para enfriarse los pies. Sus dos perros habían desaparecido, y bien sabía que habían servido de plato en la prolongada comida que había comenzado días antes con Gordo, cuyo último plato probablemente sería él mismo en los días venideros.

—¡Todavía no me habéis cazado! —gritó, agitando el puño con furia hacia las bestias hambrientas; y al sonido de su voz todo el

círculo se agitó, se oyó un gruñido general, y la loba se deslizó por la nieve hasta acercársele y lo observó con un ansia hambrienta.

Se puso manos a la obra para ejecutar una nueva idea que se le había ocurrido. Extendió el fuego en un gran círculo. Dentro de ese círculo se acucilló, con su equipo de dormir debajo como protección contra la nieve derretida. Al desaparecer así dentro de su refugio de llamas, toda la manada se acercó con curiosidad al borde del fuego para ver qué había sido de él. Hasta entonces les había estado vedado el acceso al fuego, y ahora se acomodaron en un círculo cerrado, como una jauría de perros, parpadeando, bostezando y estirando sus cuerpos flacos al calor insólito. Entonces la loba se sentó, apuntó el hocico hacia una estrella y empezó a aullar. Uno a uno los lobos se le unieron, hasta que toda la manada, sentada sobre los cuartos traseros con los hocicos apuntando al cielo, aullaba su clamor de hambre.

Llegó el alba, y la luz del día. El fuego se estaba apagando. Se había acabado la leña, y necesitaba conseguir más. El hombre intentó salir de su círculo de fuego, pero los lobos avanzaron a su encuentro. Los tizones ardientes los hacían apartarse de un salto, pero ya no retrocedían. En vano se esforzó por hacerlos retroceder. Cuando se rindió y volvió a entrar tambaleándose en su círculo, un lobo saltó hacia él, erró el salto y aterrizó con las cuatro patas sobre las brasas. Aulló de terror, gruñendo al mismo tiempo, y se arrastró fuera para enfriarse las patas en la nieve.

El hombre se sentó sobre sus mantas en cuclillas. El cuerpo se le inclinaba hacia delante desde las caderas. Los hombros, relajados y caídos, y la cabeza sobre las rodillas proclamaban que había abandonado la lucha. De vez en cuando alzaba la cabeza para observar cómo el fuego se iba apagando. El círculo de llamas y brasas se estaba rompiendo en segmentos con huecos entre ellos. Los huecos crecían; los segmentos se empequeñecían.

—Supongo que podéis venir a buscarme cuando queráis — murmuró—. De todas formas, me voy a dormir.

Se despertó una vez, y en una abertura del círculo, justo delante de él, vio a la loba mirándolo fijamente.

Volvió a despertarse, un poco más tarde, aunque a él le parecieron horas. Un cambio misterioso se había producido, un cambio tan misterioso que lo espabiló del todo. Algo había pasado. Al principio no comprendía qué. Después lo descubrió. Los lobos se habían ido. Solo quedaba la nieve pisoteada como testimonio de lo cerca que le habían acorralado. El sueño volvía a apoderarse de él, y la cabeza le caía sobre las rodillas, cuando un sobresalto repentino lo espabiló.

Se oían voces de hombres, y el rechinar de trineos, el crujido de arneses y el ansioso gimoteo de perros tirando. Cuatro trineos llegaron del lecho del río hasta el campamento entre los árboles. Media docena de hombres rodearon al hombre que estaba acucillado en el centro del fuego moribundo. Lo sacudían y zarandeaban para hacerlo volver en sí. Él los miraba como un borracho y balbuceaba con un habla extraña y soñolienta.

—La loba roja... Se coló con los perros a la hora de comer... Primero se comió la comida de los perros... Luego se comió a los perros... Y después se comió a Bill...

—¿Dónde está lord Alfred? —le gritó uno de los hombres al oído, zarandeándolo sin contemplaciones.

Negó lentamente con la cabeza.

—No, a él no se lo comió... Está en un árbol, en el último campamento.

—¿Muerto? —gritó el hombre.

—Y en una caja —respondió Henry. Se zafó con irritación de la mano de su interlocutor—. Oigan, déjenme en paz... Estoy completamente agotado... Buenas noches a todos.

Los ojos le aletearon y se cerraron. La barbilla se le desplomó sobre el pecho. Y mientras lo tendían sobre las mantas, sus ronquidos ya se alzaban en el aire helado.

Pero se oía otro sonido. Lejano y débil, en la distancia remota, el aullido de la manada hambrienta al seguir el rastro de otra presa que no era el hombre que acababa de escapárseles.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO I

LA BATALLA DE LOS COLMILLOS

Fue la loba quien primero captó el sonido de las voces humanas y los gemidos de los perros de trineo; y fue la loba la primera en alejarse de un salto del hombre acorralado en su círculo de llamas moribundas. La manada se había resistido a renunciar a la presa que había cazado, y se demoró durante unos minutos, cerciorándose de los sonidos, y después también ella se lanzó por el rastro abierto por la loba.

Corriendo a la cabeza de la manada iba un gran lobo gris, uno de sus varios líderes. Era él quien dirigía el rumbo de la manada tras los talones de la loba. Era él quien gruñía en tono de advertencia a los miembros más jóvenes de la manada o les asestaba dentelladas cuando intentaban adelantarle con exceso de ambición. Y era él quien aceleraba el paso cuando avistaba a la loba, que ahora trotaba despacio por la nieve.

Ella se colocó a su lado, como si ese fuese su puesto asignado, y adoptó el ritmo de la manada. Él no le gruñía ni le mostraba los dientes cuando algún salto de ella la ponía accidentalmente por delante. Al contrario, parecía bien dispuesto hacia ella, demasiado bien dispuesto para el gusto de ella, pues tendía a correr muy cerca, y cuando se acercaba demasiado, era ella quien gruñía y enseñaba los dientes. Tampoco se rebajaba a dejar de morderle el hombro con brusquedad en ocasiones. En esos momentos él no mostraba enfado alguno. Simplemente saltaba a un lado y corría tieso durante unos cuantos saltos torpes, con un porte y una conducta que recordaban a un pretendiente campesino abochornado.

Esa era su única tribulación mientras corría con la manada; pero ella tenía otras. A su otro flanco corría un lobo viejo y enjuto, canoso y marcado por las cicatrices de muchas batallas. Corría siempre a su derecha. El hecho de que solo tuviera un ojo, y que fuera el izquierdo, podía explicar aquella preferencia. También él era dado a arrimarse a ella, a desviarse hacia ella hasta que su hocico lleno de cicatrices le rozaba el cuerpo, el hombro o el cuello. Como con el compañero de carrera de la izquierda, ella rechazaba esas atenciones con los dientes; pero cuando ambos le prodigaban sus atenciones al mismo tiempo, se veía zarandeada sin miramientos, obligada, con rápidos mordiscos a uno y otro lado, a ahuyentar a los dos pretendientes y al mismo tiempo mantener el paso con la manada y ver por dónde pisaba. En esos momentos sus compañeros de carrera se enseñaban los dientes y se gruñían amenazadores el uno al otro. Podrían haberse peleado, pero hasta el cortejo y su rivalidad quedaban supeditados a la más apremiante necesidad de hambre de la manada.

Tras cada rechazo, cuando el viejo lobo se apartaba bruscamente del punzante objeto de su deseo, chocaba contra un joven de tres años que corría a su derecha ciega. Este joven lobo había alcanzado ya su tamaño adulto; y, considerando el estado de debilidad y hambruna de la manada, poseía más vigor y brío que la media. Sin embargo, corría con la cabeza a la altura del hombro de su mayor tuerto. Cuando se aventuraba a correr a la par del lobo viejo (cosa

infrecuente), un gruñido y un mordisco lo devolvían a la altura del hombro. A veces, sin embargo, se rezagaba cautelosa y lentamente y se colaba entre el viejo líder y la loba. Esto era doblemente resentido, incluso triplemente. Cuando ella gruñía su disgusto, el viejo líder se volvía contra el joven de tres años. A veces ella se volvía también. Y a veces el joven líder de la izquierda hacía lo mismo.

En esos momentos, enfrentado a tres juegos de dientes feroces, el joven lobo se detenía en seco, echándose hacia atrás sobre los cuartos traseros, con las patas delanteras rígidas, las fauces amenazantes y la crin erizada. Esta confusión en la cabeza de la manada en movimiento provocaba siempre confusión en la retaguardia. Los lobos de atrás chocaban con el joven lobo y expresaban su descontento propinándole mordiscos certeros en las patas traseras y los flancos. Se estaba buscando problemas, porque el hambre y el mal genio iban de la mano; pero con la fe ilimitada de la juventud persistía en repetir la maniobra cada poco, aunque nunca lograba con ella otra cosa que una derrota.

De haber habido comida, el cortejo y las peleas habrían avanzado a buen ritmo y la formación de la manada se habría roto. Pero la situación era desesperada. La manada estaba flaca de un hambre prolongada. Corría por debajo de su velocidad habitual. En la retaguardia cojeaban los miembros más débiles, los muy jóvenes y los muy viejos. Al frente iban los más fuertes. Pero todos se parecían más a esqueletos que a lobos de cuerpo entero. Sin embargo, con excepción de los que cojeaban, los movimientos de los animales eran fluidos e incansables. Sus músculos fibrosos parecían fuentes de energía inagotable. Detrás de cada contracción muscular acerada había otra contracción acerada, y otra, y otra, aparentemente sin fin.

Corrieron muchas millas aquel día. Corrieron durante toda la noche. Y al día siguiente seguían corriendo. Corrían sobre la superficie de un mundo helado y muerto. Ninguna vida se agitaba. Solo ellos se movían a través de aquella vasta inercia. Solo ellos

estaban vivos, y buscaban otras cosas vivas para devorarlas y seguir viviendo.

Cruzaron divisorias bajas y recorrieron una docena de arroyos en una tierra más baja antes de que su búsqueda se viera recompensada. Entonces dieron con alces. Lo primero que encontraron fue un gran macho. Aquí había carne y vida, y no estaba protegida por fuegos misteriosos ni por proyectiles llameantes. Las pezuñas abiertas y las astas palmadas les eran conocidas, y lanzaron al viento su habitual paciencia y cautela. Fue una pelea breve y feroz. El gran toro fue acosado por todas partes. Los abría en canal y les partía los cráneos con golpes certeros de sus enormes pezuñas. Los aplastaba y los quebraba en sus grandes cuernos. Los pisoteaba hundiéndolos en la nieve en la lucha encarnizada. Pero estaba condenado de antemano, y cayó con la loba desgarrándole salvajemente la garganta, y con otros dientes clavados por todas partes, devorándolo vivo antes de que cesaran sus últimos estertores o hubiera causado su último daño.

Hubo comida en abundancia. El toro pesaba más de trescientos sesenta kilos, unos buenos nueve kilos de carne para cada boca de los cuarenta y tantos lobos de la manada. Pero si podían ayunar prodigiosamente, también podían comer prodigiosamente, y pronto unos cuantos huesos desperdigados fueron todo lo que quedó del espléndido animal vivo que había plantado cara a la manada unas horas antes.

Vino entonces mucho descanso y mucho sueño. Con los estómagos llenos, comenzaron las rencillas y las peleas entre los machos más jóvenes, y esto continuó durante los pocos días que siguieron antes de la disolución de la manada. La hambruna había terminado. Los lobos se hallaban ahora en territorio de caza, y aunque seguían cazando en manada, lo hacían con más cautela, separando hembras pesadas o machos viejos y tullidos de las pequeñas manadas de alces con las que se topaban.

Llegó un día, en aquella tierra de abundancia, en que la manada se dividió en dos y tomó caminos distintos. La loba, el joven líder a

su izquierda y el viejo tuerto a su derecha, condujeron a su mitad de la manada río Mackenzie abajo y al otro lado, hacia la región de los lagos del este. Cada día aquel resto de la manada menguaba. De dos en dos, macho y hembra, los lobos iban desertando. De vez en cuando, un macho solitario era expulsado por los dientes afilados de sus rivales. Al final solo quedaron cuatro: la loba, el joven líder, el tuerto y el ambicioso joven de tres años.

La loba había desarrollado para entonces un temperamento feroz. Sus tres pretendientes llevaban todas las marcas de sus dientes. Pero nunca le respondían del mismo modo, nunca se defendían de ella. Le ofrecían los hombros a sus dentelladas más feroces, y con el rabo meneando y pasos cautelosos intentaban aplacar su ira. Pero si eran toda mansedumbre con ella, eran toda fiereza entre sí. El de tres años se volvió demasiado ambicioso en su ferocidad. Pilló al viejo tuerto por su lado ciego y le hizo jirones la oreja. Aunque el viejo canoso solo podía ver por un lado, frente a la juventud y el vigor del otro opuso la sabiduría de largos años de experiencia. Su ojo perdido y su hocico lleno de cicatrices daban fe de la naturaleza de esa experiencia. Había sobrevivido a demasiadas batallas para dudar ni un instante de lo que debía hacer.

La batalla comenzó limpia, pero no terminó limpia. No había manera de saber cuál habría sido el resultado, porque el tercer lobo se unió al viejo, y juntos, el viejo líder y el joven líder, atacaron al ambicioso de tres años y procedieron a destruirlo. Lo acosaron por ambos flancos los colmillos despiadados de sus antiguos camaradas. Olvidados quedaron los días en que habían cazado juntos, las presas que habían cobrado, las hambrunas que habían padecido. Aquel asunto era cosa del pasado. El asunto del amor estaba en curso, siempre un asunto más severo y cruel que el de procurarse alimento.

Y mientras tanto, la loba, causa de todo, se sentó tranquilamente sobre los cuartos traseros y observó. Estaba incluso complacida. Este era su día —y no llegaba a menudo— cuando las crines se erizaban

y los colmillos chocaban contra colmillos o rasgaban y desgarraban la carne vencida, todo por la posesión de ella.

Y en el asunto del amor, el de tres años, que de este había hecho su primera aventura, entregó la vida. A cada lado de su cuerpo se alzaban sus dos rivales. Miraban a la loba, que sonreía sentada en la nieve. Pero el viejo líder era sabio, muy sabio, tanto en el amor como en la batalla. El joven líder volvió la cabeza para lamerse una herida en el hombro. La curva de su cuello quedó expuesta a su rival. Con su único ojo, el viejo vio la oportunidad. Se lanzó a ras del suelo y cerró las mandíbulas. Fue un tajo largo, desgarrador, y también profundo. Sus dientes, al pasar, reventaron la pared de la gran vena del cuello. Después se apartó de un salto.

El joven líder gruñó con ferocidad terrible, pero el gruñido se le quebró a la mitad en una tos borboteante. Sangrando y tosiendo, herido de muerte ya, se lanzó contra el viejo y luchó mientras la vida se le escapaba, las patas debilitándose bajo él, la luz del día apagándose en sus ojos, sus golpes y saltos cada vez más cortos.

Y todo el tiempo la loba permanecía sentada sobre los cuartos traseros y sonreía. Se alegraba de un modo vago con la batalla, porque aquello era el cortejo de la Naturaleza Salvaje, la tragedia sexual del mundo natural, que solo era tragedia para los que morían. Para los que sobrevivían no era tragedia, sino realización y logro.

Cuando el joven líder yació en la nieve y no se movió más, Tuerto se acercó con paso majestuoso a la loba. Su porte era una mezcla de triunfo y cautela. Esperaba claramente un rechazo, y su sorpresa fue evidente cuando los dientes de ella no saltaron hacia él con rabia. Por primera vez ella lo recibió con amabilidad. Le olisqueó el hocico, e incluso condescendió a saltar y brincar y jugar con él de un modo del todo perruno. Y él, a pesar de sus años grises y su sabia experiencia, se comportó de un modo igual de perruno y hasta un poco más alocado.

Olvidados quedaron ya los rivales vencidos y la historia de amor escrita en rojo sobre la nieve. Olvidados, salvo una vez, cuando el

viejo Tuerto se detuvo un momento a lamerse las heridas que se le estaban agarrotando. Fue entonces cuando sus labios se crisparon a medias en un gruñido, y el pelo del cuello y los hombros se le erizó involuntariamente, mientras se agachaba a medias preparado para saltar, las garras contrayéndose espasmódicamente sobre la superficie de la nieve en busca de un apoyo más firme. Pero todo quedó olvidado al instante siguiente, cuando salió disparado tras la loba, que lo guiaba en una coqueta persecución a través del bosque.

Después corrieron uno al lado del otro, como buenos amigos que han llegado a un entendimiento. Los días pasaron, y permanecieron juntos, cazando su carne y matando y comiendo en común. Pasado un tiempo, la loba empezó a mostrarse inquieta. Parecía buscar algo que no encontraba. Los huecos bajo los árboles caídos parecían atraerla, y pasaba mucho tiempo husmeando entre las grietas más anchas cubiertas de nieve entre las rocas y en las cuevas de los barrancos con salientes. Al viejo Tuerto no le interesaba en absoluto, pero la seguía de buen grado en su búsqueda, y cuando sus investigaciones en un lugar concreto se prolongaban más de lo habitual, él se tumbaba y esperaba hasta que ella estuviese lista para seguir.

No permanecieron en un solo lugar, sino que cruzaron campo abierto hasta regresar al río Mackenzie, por el que fueron descendiendo lentamente, abandonándolo a menudo para cazar a lo largo de los pequeños arroyos que desembocaban en él, pero regresando siempre. A veces se topaban con otros lobos, generalmente en parejas; pero ninguno de los dos bandos mostraba cordialidad, ni alegría al encontrarse, ni deseo de volver a formar manada. En varias ocasiones se encontraron con lobos solitarios. Eran siempre machos, y se empeñaban con insistencia en unirse a Tuerto y su compañera. Él lo resentía, y cuando ella se ponía a su lado, hombro con hombro, erizada y enseñando los dientes, los aspirantes solitarios retrocedían, daban media vuelta y continuaban su camino solitario.

Una noche de luna, corriendo por el bosque silencioso, Tuerto se detuvo de pronto. Alzó el hocico, la cola se le puso rígida y las ventanas de la nariz se le dilataron al olfatear el aire. También mantuvo una pata en alto, a la manera de un perro. No quedó satisfecho, y siguió olfateando el aire, esforzándose por descifrar el mensaje que le traía. A su compañera le bastó un olfateo descuidado, y siguió trotando para tranquilizarlo. Aunque él la siguió, seguía receloso, y no podía dejar de detenerse de vez en cuando para estudiar la advertencia con más cuidado.

Ella se deslizó cautelosamente hasta el borde de un gran claro en medio de los árboles. Durante un rato permaneció sola. Después Tuerto, arrastrándose y reptando, con todos los sentidos alerta y cada pelo irradiando una suspicacia infinita, se reunió con ella. Se quedaron uno al lado del otro, observando, escuchando y olfateando.

A sus oídos llegaban los sonidos de perros peleándose y forcejeando, los gritos guturales de hombres, las voces más agudas de mujeres que regañaban, y en una ocasión el llanto agudo y lastimero de un niño. Aparte de los grandes bultos de las tiendas de pieles, poco se podía ver salvo las llamas del fuego, interrumpidas por el movimiento de cuerpos que se interponían, y el humo alzándose lentamente en el aire quieto. Pero a sus narices llegaban los mil olores de un campamento indio, que transmitían una historia en buena parte incomprensible para Tuerto, pero cuyos detalles la loba conocía todos y cada uno.

Ella estaba extrañamente conmovida, y olfateaba y olfateaba con un deleite creciente. Pero el viejo Tuerto estaba inquieto. Dejaba traslucir su aprensión, y amago a marcharse tentativamente. Ella se volvió y le tocó el cuello con el hocico en un gesto tranquilizador, y después volvió a contemplar el campamento. Había un anhelo nuevo en su rostro, pero no era el anhelo del hambre. Se estremecía con un deseo que la empujaba a avanzar, a acercarse a aquel fuego, a pelearse con los perros y a esquivar los pies torpes de los hombres.

Tuerto se movía impaciente a su lado; la inquietud de ella resurgió, y volvió a sentir la necesidad apremiante de encontrar lo que buscaba. Se dio la vuelta y regresó trotando al bosque, para gran alivio de Tuerto, que trotó un poco por delante hasta que estuvieron bien al amparo de los árboles.

Mientras se deslizaban, silenciosos como sombras, bajo la luz de la luna, dieron con una senda de caza. Ambos hocicos bajaron a las huellas en la nieve. Las huellas eran muy frescas. Tuerto avanzó con cautela, su compañera a sus talones. Las anchas almohadillas de sus patas, bien abiertas y en contacto con la nieve, eran como terciopelo. Tuerto atisbó un tenue movimiento blanco en medio de la blancura. Su trote deslizante había sido engañosamente veloz, pero no era nada comparado con la velocidad a la que ahora corría. Delante de él iba dando brincos la mancha blanca y tenue que había descubierto.

Corrían por un estrecho pasadizo flanqueado a ambos lados por un crecimiento de abetos jóvenes. A través de los árboles se veía la boca del pasadizo, abriéndose a un claro bañado por la luna. El viejo Tuerto daba alcance rápidamente a la forma blanca en fuga. Salto a salto acertaba distancia. Ya estaba encima. Un salto más y sus dientes se hundirían en ella. Pero ese salto nunca se produjo. Hacia lo alto, hacia arriba en vertical, se elevó la forma blanca, convertida ahora en un conejo de raquetas de nieve que pataleaba y brincaba, ejecutando una danza fantástica allá arriba en el aire y sin volver a tocar tierra.

Tuerto retrocedió de un salto con un resoplido de espanto, y se pegó a la nieve agazapado, gruñendo amenazas a aquella cosa aterradora que no comprendía. Pero la loba pasó tranquilamente por delante de él. Se agazapó un instante y después saltó hacia el conejo que danzaba. También ella se elevó alto, pero no tanto como la presa, y sus dientes se cerraron en el vacío con un chasquido metálico. Saltó otra vez, y otra.

Su compañero se había relajado lentamente de su postura agachada y la observaba. Manifestó entonces su disgusto por los

repetidos fracasos de ella, y él mismo dio un salto poderoso hacia arriba. Sus dientes se cerraron sobre el conejo y lo trajo consigo a tierra. Pero al mismo tiempo se oyó un sospechoso crujido junto a él, y su asombrado ojo vio un joven abeto que se inclinaba sobre él para golpearlo. Sus mandíbulas soltaron la presa y retrocedió de un salto para escapar de aquel extraño peligro, los labios retraídos mostrando los colmillos, la garganta gruñendo, cada pelo erizado de rabia y espanto. Y en ese instante el arbolillo se enderezó en toda su esbelta longitud y el conejo volvió a elevarse danzando en el aire.

La loba estaba furiosa. Hundió los colmillos en el hombro de su compañero como reprimenda; y él, asustado, sin comprender en qué consistía este nuevo asalto, respondió con ferocidad y un susto aún mayor, desgarrando un costado del hocico de la loba. Que él reaccionara así a una reprimenda fue igualmente inesperado para ella, y se abalanzó sobre él con gruñidos indignados. Entonces él comprendió su error e intentó aplacarla. Pero ella procedió a castigarlo sin contemplaciones, hasta que él abandonó todo intento de conciliación y se puso a girar en círculo con la cabeza vuelta, ofreciendo los hombros al castigo de sus dientes.

Mientras tanto, el conejo seguía danzando en el aire sobre ellos. La loba se sentó en la nieve, y el viejo Tuerto, ahora más temeroso de su compañera que del misterioso arbolillo, volvió a saltar hacia el conejo. Al caer de nuevo con la presa entre los dientes, mantuvo el ojo puesto en el arbolillo. Como antes, este lo siguió de vuelta a tierra. Se agachó bajo el golpe inminente, con el pelo erizado, pero los dientes sin soltar el conejo. Pero el golpe no llegó. El arbolillo permaneció inclinado sobre él. Cuando él se movía, se movía, y le gruñó a través de las mandíbulas apretadas; cuando él se quedaba quieto, se quedaba quieto, y concluyó que era más seguro seguir quieto. Además, la sangre caliente del conejo sabía bien en su boca.

Fue su compañera quien lo sacó del apuro en que se encontraba. Le quitó el conejo, y mientras el arbolillo se balanceaba amenazante sobre ella, le royó tranquilamente la cabeza al conejo. Al instante el arbolillo saltó hacia arriba y no dio más problemas, permaneciendo

en la decorosa posición vertical en que la naturaleza lo había destinado a crecer. Después, entre los dos, la loba y Tuerto devoraron la presa que el misterioso arbolillo había cazado para ellos.

Había otras sendas y pasadizos donde los conejos colgaban en el aire, y la pareja los inspeccionó todos, con la loba abriendo camino y el viejo Tuerto siguiendo y observando, aprendiendo el arte de robar trampas, un conocimiento que habría de serle muy útil en los días venideros.

CAPÍTULO II

LA GUARIDA

Durante dos días la loba y Tuerto rondaron el campamento indio. Él estaba inquieto y aprensivo, pero el campamento atraía a su compañera y ella se resistía a marcharse. Sin embargo, una mañana, cuando el aire fue rasgado por el disparo de un rifle muy cerca, y una bala se estrelló contra un tronco a pocos centímetros de la cabeza de Tuerto, no vacilaron más, y se alejaron al largo trote tendido que puso rápidamente muchos kilómetros entre ellos y el peligro.

No fueron lejos: un par de jornadas de camino. La necesidad de la loba de encontrar lo que buscaba se había vuelto imperiosa. Estaba muy pesada y solo podía correr despacio. Una vez, persiguiendo un conejo que en circunstancias normales habría atrapado con facilidad, se detuvo, se tumbó y descansó. Tuerto se acercó a ella; pero cuando le rozó suavemente el cuello con el hocico, ella le lanzó un mordisco con una fiereza tan rápida que él cayó de espaldas y ofreció un espectáculo ridículo en su esfuerzo por escapar de sus dientes. Su temperamento era ahora peor que nunca; pero él se había vuelto más paciente que nunca y más solícito.

Y entonces encontró lo que buscaba. Estaba unos kilómetros río arriba por un pequeño arroyo que en verano desembocaba en el

Mackenzie, pero que entonces estaba congelado hasta su lecho de roca: un cauce muerto de blanco sólido desde el nacimiento hasta la desembocadura. La loba trotaba cansadamente con su compañero bien por delante, cuando llegó al alto talud de arcilla con su saliente. Se desvió y trotó hacia él. El desgaste de las tormentas primaverales y las nieves derretidas había socavado el talud y en un lugar había formado una pequeña cueva a partir de una grieta estrecha.

Se detuvo a la entrada de la cueva y examinó la pared con cuidado. Después, a un lado y a otro, recorrió al trote la base del talud hasta donde su mole abrupta se fundía con el paisaje de líneas más suaves. Regresando a la cueva, penetró por su boca estrecha. Durante un escaso metro tuvo que avanzar agachada; después las paredes se ensancharon y se elevaron formando una pequeña cámara redonda de casi dos metros de diámetro. El techo apenas le dejaba pasar la cabeza. Estaba seco y era acogedor. Lo inspeccionó con minucioso cuidado, mientras Tuerto, que había regresado, permanecía en la entrada y la observaba con paciencia. Ella bajó la cabeza, con el hocico pegado al suelo y apuntando hacia un punto cerca de sus patas apretadas, y alrededor de ese punto giró varias veces; después, con un suspiro cansado que era casi un gruñido, enroscó el cuerpo, relajó las patas y se dejó caer, con la cabeza hacia la entrada. Tuerto, con las orejas puntiagudas y curiosas, le sonrió, y más allá, recortado contra la luz blanca, ella podía ver el penacho de su cola meciéndose con buen humor. Sus propias orejas, con un movimiento de acomodo, plegaron las puntas afiladas hacia atrás y abajo contra la cabeza por un momento, mientras la boca se le abría y la lengua le colgaba plácidamente, y de este modo expresó que estaba contenta y satisfecha.

Tuerto tenía hambre. Aunque se tumbó en la entrada y durmió, su sueño fue inquieto. Se despertaba continuamente y aguzaba las orejas hacia el mundo luminoso de fuera, donde el sol de abril resplandecía sobre la nieve. Cuando dormitaba, a sus oídos llegaban los tenues susurros de hilos de agua ocultos que corrían, y se despertaba y escuchaba con atención. El sol había vuelto, y todo el mundo del Norte que despertaba lo llamaba. La vida se agitaba. Se

sentía la primavera en el aire, se sentía la vida germinando bajo la nieve, la savia ascendiendo por los árboles, los brotes rompiendo las cadenas de la escarcha.

Lanzó miradas ansiosas a su compañera, pero ella no mostraba deseo alguno de levantarse. Miró afuera, y media docena de pájaros de las nieves revolotearon por su campo de visión. Hizo además de levantarse, después miró de nuevo a su compañera, y volvió a tumbarse y dormir. Un canto agudo y diminuto se insinuó en su oído. Una vez, y dos, se frotó soñoliento el hocico con la pata. Después se despertó. Allí, zumbando en el aire en la punta de su nariz, había un mosquito solitario. Era un mosquito adulto, uno que había pasado todo el invierno congelado en un tronco seco y que ahora había sido descongelado por el sol. No podía resistir más la llamada del mundo. Además, tenía hambre.

Se arrastró hasta su compañera e intentó persuadirla de que se levantara. Pero ella se limitó a gruñirle, y él salió solo a la brillante luz del sol para encontrar que la superficie de la nieve estaba blanda bajo sus pies y que avanzar era difícil. Remontó el cauce helado del arroyo, donde la nieve, sombreada por los árboles, estaba aún dura y cristalina. Estuvo fuera ocho horas, y regresó en la oscuridad más hambriento que al partir. Había encontrado caza, pero no la había atrapado. Había roto la costra de nieve en deshielo y se había hundido, mientras los conejos de raquetas de nieve se deslizaban por encima tan ligeros como siempre.

Se detuvo a la entrada de la cueva con una repentina sacudida de suspicacia. De dentro llegaban sonidos tenues y extraños. No eran sonidos de su compañera, y sin embargo le resultaban remotamente familiares. Se arrastró al interior con cautela y fue recibido por un gruñido de advertencia de la loba. Lo aceptó sin inmutarse, aunque lo obedeció manteniéndose a distancia; pero seguía interesado en los otros sonidos: tenues sollozos y sorbetones amortiguados.

Su compañera lo ahuyentó con irritación, y él se hizo un ovillo y durmió en la entrada. Cuando llegó la mañana y una luz tenue inundó la guarida, volvió a buscar el origen de aquellos sonidos

remotamente familiares. Había una nota nueva en el gruñido de advertencia de su compañera. Era una nota de celo, y él tuvo mucho cuidado en mantener una distancia respetuosa. No obstante, alcanzó a distinguir, cobijados entre las patas de ella y a lo largo de su cuerpo, cinco extraños pequeños bultos de vida, muy débiles, muy desvalidos, que emitían diminutos gemidos, con ojos que no se abrían a la luz. Se sorprendió. No era la primera vez en su larga y exitosa vida que esto sucedía. Había sucedido muchas veces, pero cada vez era una sorpresa tan fresca como la primera.

Su compañera lo miraba con ansiedad. Cada poco emitía un gruñido bajo, y a veces, cuando le parecía que él se acercaba demasiado, el gruñido se elevaba en su garganta hasta convertirse en un ladrido cortante. De su propia experiencia ella no tenía recuerdo de que esto hubiese sucedido; pero en su instinto, que era la experiencia de todas las madres lobo, acechaba el recuerdo de padres que habían devorado a sus crías recién nacidas e indefensas. Se manifestaba como un miedo intenso dentro de ella, que la impulsaba a impedir que Tuerto inspeccionase más de cerca a los cachorros que él había engendrado.

Pero no había peligro. El viejo Tuerto sentía el impulso de un instinto que, a su vez, le había llegado de todos los padres lobos. No lo cuestionaba ni se preguntaba por él. Estaba allí, en la fibra de su ser; y era lo más natural del mundo que lo obedeciera dando la espalda a su nueva familia y saliendo al trote por el sendero de la carne del que vivía.

A ocho o diez kilómetros de la guarida, el arroyo se bifurcaba, y sus dos ramales se adentraban entre las montañas en ángulo recto. Allí, remontando el ramal izquierdo, encontró un rastro fresco. Lo olfateó y, al descubrirlo tan reciente, se agachó rápidamente y miró en la dirección en que desaparecía. Después se dio la vuelta deliberadamente y tomó el ramal derecho. La huella era mucho mayor que la que dejaban sus propias patas, y sabía que al final de semejante rastro habría poca carne para él.

Medio kilómetro ramal derecho arriba, sus oídos atentos captaron el sonido de unos dientes royendo. Acechó a la presa y descubrió que era un puercoespín, erguido contra un árbol y probando sus dientes con la corteza. Tuerto se acercó con cuidado, pero sin esperanza. Conocía la especie, aunque nunca la había encontrado tan al norte; y nunca en su larga vida un puercoespín le había servido de comida. Pero hacía tiempo que había aprendido que existía algo llamado el Azar, o la Oportunidad, y siguió acercándose. Nunca se sabía qué podía pasar, porque con las cosas vivas los acontecimientos siempre sucedían de manera diferente.

El puercoespín se enrolló en una bola, erizando largas y afiladas agujas en todas direcciones que desafiaban cualquier ataque. En su juventud, Tuerto había acercado una vez el hocico demasiado a una bola de púas similar, aparentemente inerte, y la cola se le había sacudido de pronto en la cara. Se llevó una púa clavada en el hocico, donde permaneció durante semanas como una llama supurante, hasta que al fin se salió sola. De modo que se tumbó, en una cómoda postura agazapada, con el hocico a un buen palmo de distancia y fuera de la línea de la cola. Así esperó, perfectamente inmóvil. Nunca se sabía. Algo podía pasar. El puercoespín podía desenrollarse. Podía presentarse la oportunidad de un zarpazo rápido y desgarrador al vientre blando y desprotegido.

Pero al cabo de media hora se levantó, gruñó furioso a la bola inmóvil y siguió trotando. Había esperado demasiadas veces y en vano a que los puercoespines se desenrollaran para perder más tiempo. Continuó remontando el ramal derecho. El día avanzaba y nada recompensaba su cacería.

La urgencia de su recién despierto instinto paternal era fuerte. Tenía que encontrar carne. Por la tarde tropezó con un lagópodo. Salió de una espesura y se encontró cara a cara con el ave torpe. Estaba posada en un tronco, a menos de un palmo del extremo de su nariz. Ambos se vieron al mismo tiempo. El ave se levantó sobresaltada, pero él la golpeó con la pata y la estrelló contra el suelo, y luego se abalanzó sobre ella y la atrapó con los dientes

cuando se escurría por la nieve intentando alzar el vuelo de nuevo. Mientras sus dientes trituraban la carne tierna y los huesos frágiles, empezó naturalmente a comer. Entonces se acordó, y dando media vuelta, emprendió el regreso a casa con el lagópodo en la boca.

A más de un kilómetro por encima de la bifurcación, corriendo con pisadas de terciopelo como era su costumbre, una sombra deslizante que inspeccionaba con cautela cada nueva vista del sendero, dio con las huellas más recientes del gran rastro que había descubierto por la mañana temprano. Como el rastro iba en su misma dirección, lo siguió, preparado para encontrarse con su autor en cada recodo del arroyo.

Asomó la cabeza por la esquina de una roca, donde comenzaba un meandro inusualmente amplio, y sus ojos rápidos divisaron algo que lo hizo agacharse velozmente. Era la autora del rastro, una gran hembra de lince. Estaba agazapada como él lo había estado ese mismo día, y delante de ella la bola apretada de púas. Si antes había sido una sombra deslizante, ahora se convirtió en el fantasma de tal sombra, mientras reptaba y rodeaba la escena y se acercaba bien a sotavento de la silenciosa e inmóvil pareja.

Se tumbó en la nieve, depositó el lagópodo a su lado, y con los ojos mirando a través de las agujas de un abeto bajo, observó el juego de la vida ante él: el lince que esperaba y el puercoespín que esperaba, cada uno pendiente de la vida; y tal era la curiosidad de aquel juego, que el camino de la vida para uno residía en comerse al otro, y el camino de la vida para el otro residía en no ser comido. Mientras el viejo Tuerto, el lobo agazapado en su escondite, desempeñaba también su papel en el juego, esperando algún extraño capricho del Azar que pudiera ayudarlo en el sendero de la carne, que era su modo de vida.

Pasó media hora, una hora; y nada sucedió. La bola de púas podría haber sido una piedra por todo lo que se movía; el lince podría haber estado congelado en mármol; y el viejo Tuerto podría haber estado muerto. Sin embargo, los tres animales estaban tensos

con una intensidad vital casi dolorosa, y difícilmente estarían alguna vez más vivos que en aquel momento, en su aparente petrificación.

Tuerto se movió ligeramente y miró con creciente avidez. Algo estaba pasando. El puercoespín había decidido al fin que su enemigo se había marchado. Despacio, con cautela, estaba desenrollando su bola de armadura inexpugnable. No lo agitaba ningún temblor de anticipación. Despacio, despacio, la bola erizada se fue enderezando y alargando. Tuerto, observando, sintió una súbita humedad en la boca y un babeo involuntario, excitado por la carne viva que se desplegaba ante él como un festín.

No se había desenrollado del todo el puercoespín cuando descubrió a su enemigo. En ese instante el lince atacó. El golpe fue como un relámpago. La zarpa, con garras rígidas curvadas como garfios, se deslizó bajo el vientre blando y volvió atrás con un movimiento desgarrador. Si el puercoespín se hubiera desenrollado del todo, o si no hubiera descubierto a su enemigo una fracción de segundo antes del golpe, la zarpa habría salido ilesa; pero un coletazo lateral le hundió púas afiladas al retirarse.

Todo había sucedido a la vez: el golpe, el contragolpe, el chillido de agonía del puercoespín, el alarido de dolor y asombro de la gran felina. Tuerto se incorporó a medias en su excitación, con las orejas levantadas y la cola estirada y vibrando detrás de él. El mal genio del lince se impuso. Se abalanzó con furia sobre la cosa que la había herido. Pero el puercoespín, chillando y gruñendo, con su anatomía destrozada intentando débilmente enrollarse de nuevo en su bola protectora, sacudió la cola otra vez, y de nuevo la gran felina aulló de dolor y asombro. Entonces se dedicó a retroceder y estornudar, con el hocico erizado de púas como un monstruoso acerico. Se frotaba el hocico con las patas, lo hundía en la nieve, lo restregaba contra ramitas y ramas, y todo el tiempo saltando adelante, de lado, arriba y abajo, en un frenesí de dolor y espanto.

Estornudaba sin parar, y su muñón de cola hacía lo posible por agitarse con sacudidas rápidas y violentas. Dejó sus aspavientos y se quedó quieta durante un largo minuto. Tuerto observaba. Y ni

siquiera él pudo reprimir un sobresalto y un erizado involuntario del pelo a lo largo del lomo cuando ella de pronto saltó, sin previo aviso, verticalmente al aire, emitiendo al mismo tiempo un alarido largo y espantoso. Después huyó a saltos, sendero arriba, aullando con cada salto.

No fue hasta que el escándalo se hubo perdido en la distancia y apagado por completo cuando Tuerto se aventuró a salir. Caminaba con la delicadeza de quien pisara una alfombra de púas de puercoespín, erectas y listas para perforar las almohadillas blandas de sus patas. El puercoespín recibió su aproximación con un furioso chillido y un castañeteo de sus largos dientes. Había conseguido enrollarse de nuevo, pero no era la misma bola compacta de antes; tenía los músculos demasiado desgarrados para eso. Estaba rajado casi por la mitad y seguía sangrando profusamente.

Tuerto recogió bocados de nieve empapada de sangre, y la masticó y saboreó y tragó. Aquello le sirvió de aperitivo, y su hambre creció enormemente; pero tenía demasiada experiencia como para olvidar la cautela. Esperó. Se tumbó y esperó, mientras el puercoespín rechinaba los dientes y emitía gemidos y sollozos y agudos chillidos ocasionales. Al poco rato, Tuerto notó que las púas empezaban a caer y que un gran temblor se había apoderado del animal. El temblor cesó de pronto. Hubo un último castañeteo desafiante de los largos dientes. Después todas las púas se abatieron del todo, y el cuerpo se relajó y dejó de moverse.

Con una pata nerviosa y reacia, Tuerto estiró al puercoespín cuanto largo era y le dio la vuelta panza arriba. No pasó nada. Estaba muerto con toda certeza. Lo estudió atentamente un momento, después lo agarró con cuidado entre los dientes y emprendió el camino arroyo abajo, llevando y arrastrando en parte al puercoespín, con la cabeza vuelta a un lado para evitar pisar la masa espinosa. Se acordó de algo, dejó la carga y volvió trotando a donde había dejado el lagópodo. No vaciló un instante. Sabía con claridad lo que había que hacer, y lo hizo comiéndose el lagópodo sin más dilación. Después regresó y recogió su carga.

Cuando arrastró el resultado de su jornada de caza al interior de la cueva, la loba lo inspeccionó, volvió el hocico hacia él y le lamió suavemente el cuello. Pero al instante siguiente lo estaba ahuyentando de los cachorros con un gruñido que era menos áspero que de costumbre y más de disculpa que de amenaza. Su miedo instintivo al padre de sus crías se estaba atenuando. Él se comportaba como un padre lobo debía comportarse, y no manifestaba ningún deseo impío de devorar las jóvenes vidas que ella había traído al mundo.

CAPÍTULO III

EL CACHORRO GRIS

Era diferente de sus hermanos y hermanas. Su pelaje ya delataba el matiz rojizo heredado de su madre, la loba; mientras que él solo, en ese aspecto, había salido a su padre. Era el único cachorro gris de la camada. Había reproducido fielmente la estirpe pura del lobo; de hecho, había reproducido fielmente al propio Tuerto, físicamente, con una sola excepción: tenía dos ojos frente al único de su padre.

Los ojos del cachorro gris no llevaban mucho tiempo abiertos, pero ya podía ver con firme claridad. Y mientras sus ojos estaban aún cerrados, había sentido, probado y olido. Conocía muy bien a sus dos hermanos y a sus dos hermanas. Había empezado a retozar con ellos de un modo débil y torpe, e incluso a pelearse, con la gargantita vibrando con un extraño ruido rasposo (precursor del gruñido) a medida que se dejaba llevar por la rabia. Y mucho antes de que se le abrieran los ojos había aprendido, por el tacto, el sabor y el olfato, a conocer a su madre: una fuente de calor, de alimento líquido y de ternura. Ella poseía una lengua suave y acariciadora que lo calmaba cuando pasaba por su cuerpecito blando, y que lo impulsaba a acurrucarse contra ella y dormirse.

La mayor parte del primer mes de su vida lo había pasado así, durmiendo; pero ahora veía bastante bien, y permanecía despierto

durante períodos más largos, y estaba empezando a conocer su mundo bastante bien. Su mundo era sombrío; pero él no lo sabía, porque no conocía otro. Estaba en penumbra, pero sus ojos nunca habían tenido que adaptarse a otra luz. Su mundo era muy pequeño. Sus límites eran las paredes de la guarida; pero como no tenía conocimiento del ancho mundo de fuera, nunca le oprimían los estrechos confines de su existencia.

Pero había descubierto temprano que una pared de su mundo era diferente de las demás. Era la boca de la cueva y la fuente de la luz. Había descubierto que era diferente de las otras paredes mucho antes de tener pensamientos propios, decisiones conscientes. Había sido una atracción irresistible antes incluso de que sus ojos se abrieran y la contemplaran. La luz que venía de ella había golpeado sus párpados sellados, y los ojos y los nervios ópticos habían pulsado con pequeños destellos como chispas, de colores cálidos y extrañamente agradables. La vida de su cuerpo, y de cada fibra de su cuerpo, la vida que era la sustancia misma de su cuerpo y que existía al margen de su vida personal, había anhelado aquella luz y empujado su cuerpo hacia ella del mismo modo en que la ingeniosa química de una planta la empuja hacia el sol.

Siempre, al principio, antes de que despuntara su vida consciente, había reptado hacia la boca de la cueva. Y en esto sus hermanos y hermanas eran uno con él. Nunca, en aquel período, ninguno de ellos reptó hacia los rincones oscuros de la pared del fondo. La luz los atraía como si fueran plantas; la química de la vida que los componía exigía la luz como una necesidad del ser; y sus cuerpecitos de marioneta reptaban ciega y químicamente, como los zarcillos de una vid. Más adelante, cuando cada uno desarrolló una individualidad y adquirió conciencia personal de impulsos y deseos, la atracción de la luz aumentó. Siempre estaban reptando y arrastrándose hacia ella, y siempre los hacía retroceder su madre.

Fue así como el cachorro gris descubrió otros atributos de su madre aparte de la lengua suave y calmante. En su insistente reptar hacia la luz, descubrió en ella un hocico que con un empujón certero

administraba una reprimenda, y más tarde una pata que lo aplastaba y lo hacía rodar una y otra vez con un golpe rápido y calculado. Así aprendió el dolor; y sobre este, aprendió a evitarlo: primero, no exponiéndose a su riesgo; y segundo, cuando se había expuesto, esquivando y retrocediendo. Estas eran acciones conscientes, y eran el resultado de sus primeras generalizaciones sobre el mundo. Antes de eso había retrocedido automáticamente ante el dolor, como había reptado automáticamente hacia la luz. Después retrocedía ante el dolor porque sabía que era dolor.

Era un cachorro fiero. Lo mismo que sus hermanos y hermanas. Era de esperar. Era un animal carnívoro. Venía de una estirpe de matadores y comedores de carne. Su padre y su madre vivían enteramente de carne. La leche que había mamado con su primera vida temblorosa era leche transformada directamente de carne, y ahora, al mes de vida, cuando sus ojos llevaban abiertos apenas una semana, empezaba él mismo a comer carne: carne medio digerida por la loba y regurgitada para los cinco cachorros en crecimiento que ya exigían demasiado de su pecho.

Pero era, además, el más fiero de la camada. Podía emitir un gruñido rasposo más fuerte que cualquiera de ellos. Sus diminutas rabietas eran mucho más terribles que las de los demás. Fue él quien primero aprendió el truco de hacer rodar a un compañero de camada con un hábil zarpazo. Y fue él quien primero agarró a otro cachorro por la oreja y tiró y forcejeó y gruñó con las mandíbulas apretadas. Y sin duda fue él quien más problemas causó a la madre para mantener a su camada lejos de la boca de la cueva.

La fascinación de la luz creció en el cachorro gris día tras día. Emprendía perpetuamente expediciones de un metro hacia la entrada de la cueva, y perpetuamente era obligado a retroceder. Solo que él no sabía que era una entrada. No sabía nada sobre entradas, esos pasajes por los que uno va de un lugar a otro. No conocía ningún otro lugar, y mucho menos un camino para llegar a él. De modo que para él la entrada de la cueva era una pared: una pared de luz. Como el sol era para el habitante del exterior, esta

pared era para él el sol de su mundo. Lo atraía como una vela atrae a una polilla. Siempre se esforzaba por alcanzarla. La vida que se expandía con tanta rapidez en su interior lo empujaba continuamente hacia la pared de luz. La vida que había en él sabía que aquel era el único camino de salida, el camino que estaba predestinado a recorrer. Pero él mismo no sabía nada de eso. No sabía que existiera un exterior.

Había algo extraño en aquella pared de luz. Su padre (ya había llegado a reconocer a su padre como el otro habitante del mundo, una criatura como su madre que dormía cerca de la luz y era un proveedor de carne), su padre tenía la costumbre de caminar directamente hacia la lejana pared blanca y desaparecer. El cachorro gris no podía entenderlo. Aunque su madre nunca le permitía acercarse a aquella pared, él se había acercado a las otras y se había encontrado con una obstrucción dura en la punta de su tierno hocico. Aquello dolía. Y tras varias aventuras semejantes, dejó las paredes en paz. Sin pensarlo, aceptó aquella desaparición a través de la pared como una peculiaridad de su padre, del mismo modo que la leche y la carne medio digerida eran peculiaridades de su madre.

De hecho, el cachorro gris no era dado a pensar, al menos no a la clase de pensamiento habitual en los hombres. Su cerebro funcionaba de modos difusos. Sin embargo, sus conclusiones eran tan nítidas y precisas como las alcanzadas por los hombres. Tenía un método de aceptar las cosas sin cuestionar el porqué ni el para qué. En realidad, se trataba del acto de clasificar. Nunca le inquietaba por qué sucedía algo. El cómo sucedía le bastaba. Así, cuando se hubo golpeado el hocico unas cuantas veces contra la pared del fondo, aceptó que él no podía desaparecer a través de las paredes. Del mismo modo aceptó que su padre sí podía. Pero no le inquietaba lo más mínimo el deseo de averiguar la razón de la diferencia entre su padre y él. La lógica y la física no formaban parte de su constitución mental.

Como la mayoría de las criaturas de la Naturaleza Salvaje, experimentó pronto el hambre. Llegó un tiempo en que no solo cesó el suministro de carne, sino que la leche dejó de manar del pecho de su madre. Al principio los cachorros gimotearon y lloraron, pero en su mayor parte durmieron. No pasó mucho tiempo antes de que quedaran reducidos a un coma de hambre. No hubo más rifirrafes ni peleas, ni diminutas rabietas ni intentos de gruñir; y las expediciones hacia la lejana pared blanca cesaron por completo. Los cachorros dormían, mientras la vida que había en ellos parpadeaba y se iba apagando.

Tuerto estaba desesperado. Se alejaba mucho y dormía poco en la guarida que ahora se había vuelto triste y miserable. La loba también abandonó a su camada y salió en busca de carne. En los primeros días tras el nacimiento de los cachorros, Tuerto había ido varias veces al campamento indio y robado las trampas para conejos; pero con el deshielo de la nieve y la apertura de los arroyos, el campamento indio se había trasladado, y aquella fuente de suministro se le cerró.

Cuando el cachorro gris volvió a la vida y recobró el interés por la lejana pared blanca, descubrió que la población de su mundo se había reducido. Solo le quedaba una hermana. Los demás se habían ido. A medida que se fortalecía, se veía obligado a jugar solo, pues la hermana ya no alzaba la cabeza ni se movía. Su cuerpecito se fue redondeando con la carne que ahora comía; pero el alimento había llegado demasiado tarde para ella. Dormía sin cesar, un diminuto esqueleto envuelto en piel en el que la llama vacilaba cada vez más tenue hasta que al fin se extinguió.

Entonces llegó un tiempo en que el cachorro gris dejó de ver a su padre aparecer y desaparecer en la pared ni tumbarse a dormir en la entrada. Esto sucedió al final de una segunda hambruna, menos severa. La loba sabía por qué Tuerto no regresaba nunca, pero no había manera de contarle al cachorro gris lo que había visto. Cazando ella misma en busca de carne por el ramal izquierdo del arroyo, donde vivía el lince, había seguido un rastro de Tuerto de un

día de antigüedad. Y lo había encontrado, o lo que quedaba de él, al final del rastro. Había muchas señales de la batalla librada, y de la retirada del lince a su guarida tras obtener la victoria. Antes de marcharse, la loba había encontrado aquella guarida, pero las señales le decían que el lince estaba dentro, y no se había atrevido a entrar.

Después de aquello, la loba evitó el ramal izquierdo en sus cacerías. Porque sabía que en la guarida del lince había una camada de gatitos, y conocía al lince como una criatura feroz, de mal genio y una luchadora terrible. Estaba muy bien que media docena de lobos acorralaran a un lince, bufando y erizado, hasta subirlo a un árbol; pero era cosa muy distinta que un lobo solitario se enfrentara a un lince, especialmente cuando se sabía que el lince tenía una camada de gatitos hambrientos a sus espaldas.

Pero la Naturaleza Salvaje es la Naturaleza Salvaje, y la maternidad es la maternidad, fieramente protectora en todo momento, ya sea dentro o fuera de ella; y llegaría el día en que la loba, por el bien de su cachorro gris, se aventuraría por el ramal izquierdo, y a la guarida entre las rocas, y a la ira del lince.

CAPÍTULO IV

LA PARED DEL MUNDO

Para cuando su madre empezó a salir de la cueva en expediciones de caza, el cachorro había aprendido bien la ley que le prohibía acercarse a la entrada. No solo le había sido inculcada a la fuerza y repetidamente por el hocico y la pata de su madre, sino que en él se estaba desarrollando el instinto del miedo. Nunca, en su breve vida de cueva, se había encontrado con nada que temer. Y sin embargo el miedo estaba en él. Le había llegado de una remota ascendencia a través de miles y miles de vidas. Era una herencia que había recibido directamente de Tuerto y de la loba; pero a ellos, a su vez, les había sido transmitido a través de todas las generaciones de lobos que los habían precedido. ¡El miedo!, ese legado de la Naturaleza Salvaje al que ningún animal puede escapar ni trocar por un plato de lentejas.

Así que el cachorro gris conocía el miedo, aunque no conociera la materia de que estaba hecho. Posiblemente lo aceptaba como una de las restricciones de la vida. Porque ya había aprendido que tales restricciones existían. Había conocido el hambre; y cuando no podía saciar su hambre, había sentido la restricción. La dura obstrucción de la pared de la cueva, el empujón cortante del hocico de su madre, el golpe aplastante de su pata, el hambre insatisfecha de varias hambrunas, le habían hecho comprender que no todo era

libertad en el mundo, que la vida tenía limitaciones y restricciones. Esas limitaciones y restricciones eran leyes. Obedecerlas era evitar el dolor y procurarse la felicidad.

No razonaba la cuestión a la manera humana. Simplemente clasificaba las cosas que dolían y las que no. Y tras dicha clasificación, evitaba las que dolían, las restricciones y limitaciones, para disfrutar de las satisfacciones y recompensas de la vida.

Fue así como, en obediencia a la ley impuesta por su madre, y en obediencia a la ley de aquella cosa desconocida e innominada, el miedo, se mantenía lejos de la boca de la cueva. Para él seguía siendo una pared blanca de luz. Cuando su madre estaba ausente, dormía la mayor parte del tiempo, y durante los intervalos en que estaba despierto se mantenía muy quieto, reprimiendo los quejidos que le hacían cosquillas en la garganta y pugnaban por hacerse oír.

Una vez, estando despierto, oyó un sonido extraño en la pared blanca. No sabía que era un glotón, plantado fuera, temblando de su propia osadía, olfateando cautelosamente el contenido de la cueva. El cachorro solo sabía que aquel olfateo era extraño, algo sin clasificar, por lo tanto desconocido y terrible, pues lo desconocido era uno de los ingredientes principales del miedo.

El pelo se le erizó en el lomo al cachorro gris, pero se erizó en silencio. ¿Cómo iba a saber que aquella cosa que olfateaba era algo ante lo que había que erizarse? No nacía de ningún conocimiento suyo, y sin embargo era la expresión visible del miedo que sentía, y del cual, en su propia vida, no había explicación. Pero el miedo iba acompañado de otro instinto: el de ocultación. El cachorro estaba frenético de terror, pero yacía sin movimiento ni sonido, helado, petrificado en la inmovilidad, con toda la apariencia de estar muerto. Su madre, al llegar, gruñó al oler el rastro del glotón, y entró de un salto en la cueva y lo lamió y lo hociqueó con un exceso de vehemencia afectuosa. Y el cachorro sintió que de algún modo había escapado de un gran daño.

Pero había otras fuerzas obrando en el cachorro, la mayor de las cuales era el crecimiento. El instinto y la ley le exigían obediencia. Pero el crecimiento le exigía desobediencia. Su madre y el miedo lo impulsaban a mantenerse lejos de la pared blanca. El crecimiento es vida, y la vida está destinada eternamente a buscar la luz. Así que no había manera de contener la marea de vida que crecía dentro de él, creciendo con cada bocado de carne que tragaba, con cada aliento que tomaba. Al final, un día, el miedo y la obediencia fueron arrastrados por la riada de vida, y el cachorro avanzó a trompicones hacia la entrada.

A diferencia de cualquier otra pared de las que había experimentado, esta parecía retroceder ante él a medida que se acercaba. Ninguna superficie dura chocó contra el tierno hociquito que proyectaba tentativamente ante sí. La sustancia de la pared parecía tan permeable y dócil como la luz. Y como la condición, a sus ojos, tenía la apariencia de forma, penetró en lo que había sido pared para él y se bañó en la sustancia que la componía.

Fue desconcertante. Avanzaba a trompicones a través de la solidez. Y siempre la luz se hacía más brillante. El miedo le pedía que retrocediera, pero el crecimiento lo empujaba adelante. De pronto se encontró en la boca de la cueva. La pared, dentro de la cual se había creído, retrocedió de golpe ante él hasta una distancia inconmensurable. La luz se había vuelto dolorosamente brillante. Estaba deslumbrado. Asimismo, aquel abrupto y tremendo ensanchamiento del espacio lo mareó. Automáticamente, sus ojos se iban ajustando al brillo, enfocándose para adaptarse a la mayor distancia de los objetos. Al principio, la pared había saltado más allá de su visión. Ahora volvía a verla; pero se había revestido de una lejanía extraordinaria. También su aspecto había cambiado. Era ahora una pared abigarrada, compuesta por los árboles que bordeaban el arroyo, la montaña de enfrente que se alzaba por encima de los árboles, y el cielo que se alzaba por encima de la montaña.

Un gran miedo se apoderó de él. Aquello era más de lo terrible desconocido. Se agazapó al borde de la cueva y contempló el mundo. Estaba muy asustado. Porque era desconocido, le era hostil. Por eso el pelo se le erizó a lo largo del lomo y los labios se le fruncieron débilmente en un intento de gruñido feroz e intimidante. Desde su insignificancia y su espanto desafió y amenazó al ancho mundo entero.

No pasó nada. Siguió mirando, y en su interés se olvidó de gruñir. También se olvidó de tener miedo. Por el momento, el miedo había sido derrotado por el crecimiento, y el crecimiento había adoptado el disfraz de la curiosidad. Empezó a fijarse en los objetos cercanos: un tramo descubierto del arroyo que relucía al sol, el pino fulminado que se alzaba al pie de la ladera, y la ladera misma, que subía directamente hasta él y terminaba a medio metro por debajo del borde de la cueva en el que estaba agazapado.

Hasta entonces, el cachorro gris había vivido todos sus días sobre una superficie plana. Nunca había experimentado el dolor de una caída. No sabía lo que era una caída. Así que se adelantó resueltamente hacia el aire. Las patas traseras aún reposaban en el borde de la cueva, de modo que cayó de cabeza hacia delante. La tierra le asestó un duro golpe en el hocico que lo hizo aullar. Después empezó a rodar ladera abajo, una y otra vez. Estaba presa del pánico. Lo desconocido lo había atrapado al fin. Lo había agarrado con ferocidad y estaba a punto de infligirle algún terrible daño. El crecimiento quedó ahora en desbandada ante el miedo, y lloriqueó como cualquier cachorro asustado.

Lo desconocido lo arrastraba hacia no sabía qué espantoso daño, y aullaba y gimoteaba sin cesar. Esto era muy distinto de agazaparse paralizado de miedo mientras lo desconocido acechaba a su lado. Ahora lo desconocido lo tenía bien agarrado. El silencio de nada serviría. Además, no era miedo, sino terror lo que lo convulsionaba.

Pero la ladera se fue suavizando, y al pie estaba cubierta de hierba. Allí el cachorro perdió impulso. Cuando al fin se detuvo, lanzó un último alarido de agonía seguido de un largo gemido

lastimero. Y, como si fuera lo más natural del mundo, como si en su vida ya se hubiera aseado un millar de veces, procedió a lamerse la arcilla seca que lo ensuciaba.

Después se sentó y miró a su alrededor, como habría mirado el primer hombre de la tierra al aterrizar en Marte. El cachorro había atravesado la pared del mundo, lo desconocido lo había soltado, y allí estaba, ileso. Pero el primer hombre en Marte habría experimentado menos extrañeza que él. Sin conocimiento previo alguno, sin advertencia de que tal cosa existiera, se encontraba siendo explorador de un mundo totalmente nuevo.

Ahora que lo terrible desconocido lo había soltado, olvidó que lo desconocido tuviera terrores. Solo sentía curiosidad por todo lo que lo rodeaba. Inspeccionó la hierba bajo él, la planta de bayas justo más allá, y el tronco muerto del pino fulminado al borde de un claro entre los árboles. Una ardilla, correteando alrededor de la base del tronco, se topó de lleno con él y le dio un buen susto. Se encogió y gruñó. Pero la ardilla estaba igual de asustada. Subió corriendo al árbol y desde un lugar seguro le cloqueó con furia.

Esto animó al cachorro, y aunque el pájaro carpintero con que se encontró a continuación le dio un sobresalto, siguió adelante con confianza. Tanta era su confianza que cuando un arrendajo se le acercó con descaro de un saltito, le sacó una pata juguetona. El resultado fue un picotazo certero en la punta de la nariz que lo hizo encogerse y llorar. El ruido que hizo fue demasiado para el arrendajo, que buscó la seguridad del vuelo.

Pero el cachorro estaba aprendiendo. Su brumosa mentecilla ya había hecho una clasificación inconsciente. Había cosas vivas y cosas que no estaban vivas. Además, debía tener cuidado con las cosas vivas. Las que no estaban vivas permanecían siempre en un mismo sitio, pero las vivas se movían, y nunca se sabía lo que podían hacer. Lo que había que esperar de ellas era lo inesperado, y para eso debía estar preparado.

Se movía con mucha torpeza. Chocaba contra palos y cosas. Una ramita que le parecía muy lejana le golpeaba la nariz al instante siguiente o le arañaba las costillas. Había irregularidades del terreno. A veces daba el paso demasiado largo y se golpeaba la nariz. Casi con la misma frecuencia lo daba demasiado corto y se tropezaba. Luego estaban los guijarros y las piedras que se movían bajo sus pies al pisarlos; y con ellos aprendió que las cosas no vivas no se hallaban todas en el mismo estado de equilibrio estable que su cueva..., y también que las cosas no vivas pequeñas eran más propensas que las grandes a caerse o volcarse. Pero con cada percance iba aprendiendo. Cuanto más caminaba, mejor caminaba. Se iba adaptando. Estaba aprendiendo a calcular sus propios movimientos musculares, a conocer sus limitaciones físicas, a medir las distancias entre los objetos y entre los objetos y él mismo.

Tuvo la suerte del principiante. Nacido para ser un cazador de carne (aunque él no lo sabía), tropezó con carne justo a la puerta de su cueva en su primera incursión en el mundo. Fue por pura torpeza como dio con el astutamente oculto nido de lagópodos. Cayó en él. Había intentado caminar por el tronco de un pino caído. La corteza podrida cedió bajo sus pies, y con un aullido desesperado se despeñó por la curva del tronco, atravesó el follaje y los tallos de un pequeño arbusto, y en el corazón del arbusto, en el suelo, fue a parar en medio de siete polluelos de lagópodo.

Los polluelos hacían ruido, y al principio se asustó de ellos. Pero se dio cuenta de que eran muy pequeños, y se envalentonó. Se movían. Les puso la pata encima a uno, y sus movimientos se aceleraron. Aquello le resultaba divertido. Lo olió. Se lo metió en la boca. Se revolvió y le hacía cosquillas en la lengua. Al mismo tiempo sintió una sensación de hambre. Las mandíbulas se le cerraron. Hubo un crujido de huesos frágiles, y sangre caliente le corrió por la boca. Sabía bien. Aquello era carne, lo mismo que le daba su madre, solo que estaba viva entre sus dientes y por eso era mejor. Así que se comió el polluelo. Y no paró hasta haberse devorado toda la nidada. Después se relamió igual que hacía su madre y empezó a arrastrarse fuera del arbusto.

Se encontró con un torbellino de plumas. Lo aturdieron y cegaron la embestida y el batir de alas furiosas. Escondió la cabeza entre las patas y aulló. Los golpes arreciaron. La madre lagópodo estaba fuera de sí. Entonces él se enfureció. Se irguió, gruñendo, golpeando con las patas. Hundió sus diminutos dientes en una de las alas y tiró con fuerza. El lagópodo forcejeó contra él, asestándole golpes con el ala libre. Era su primera batalla. Estaba eufórico. Se olvidó por completo de lo desconocido. Ya no tenía miedo de nada. Estaba luchando, desgarrando una cosa viva que le golpeaba. Además, aquella cosa viva era carne. Lo poseía el ansia de matar. Acababa de destruir pequeñas cosas vivas. Ahora destruiría una grande. Estaba demasiado ocupado y feliz para saber que era feliz. Se estremecía y exultaba de modos nuevos para él y mayores que ninguno que hubiera conocido.

Se aferró al ala y gruñó entre las mandíbulas apretadas. El lagópodo lo arrastró fuera del arbusto. Cuando ella se dio la vuelta e intentó arrastrarlo de nuevo hacia el arbusto, él la sacó de allí hacia el claro. Y todo el tiempo ella no dejaba de gritar y golpear con el ala libre, y las plumas volaban como una nevada. El grado de excitación al que había llegado era tremendo. Toda la sangre combativa de su raza hervía y le circulaba por las venas. Aquello era vivir, aunque él no lo supiera. Estaba descubriendo su propio sentido en el mundo; estaba haciendo aquello para lo que había sido creado: matar carne y luchar por matarla. Estaba justificando su existencia, y la vida no puede hacer nada más grande; porque la vida alcanza su cumbre cuando hace al máximo aquello para lo que fue equipada.

Al cabo de un rato, el lagópodo dejó de forcejear. Él seguía agarrándole el ala, y yacían en el suelo mirándose el uno al otro. Intentó gruñir de un modo amenazador, feroz. Ella le picoteó la nariz, que a estas alturas, después de las aventuras anteriores, ya estaba dolorida. Se estremeció, pero no soltó. Ella le picoteó una y otra vez. De estremecerse pasó a gimotear. Intentó retroceder, sin darse cuenta de que, al sujetarla, la arrastraba tras de sí. Una lluvia de picotazos cayó sobre su maltratada nariz. La marea del combate

refluía en él, y soltando a su presa, dio media vuelta y salió corriendo por el claro en una retirada sin gloria.

Se tumbó a descansar al otro lado del claro, cerca del borde de los matorrales, con la lengua fuera, el pecho jadeante, la nariz todavía doliéndole y haciéndole seguir con sus quejidos. Pero mientras yacía allí, de pronto le llegó una sensación de algo terrible e inminente. Lo desconocido, con todos sus terrores, se precipitó sobre él, y retrocedió instintivamente hacia el amparo del matorral. Al hacerlo, una corriente de aire lo abanicó, y un gran cuerpo alado pasó ominosamente y en silencio junto a él. Un halcón, cayendo en picado desde el azul, lo había rozado por muy poco.

Mientras yacía en el matorral, recuperándose del susto y atisbando con temor, la madre lagópodo, al otro lado del claro, salió revoloteando del nido devastado. Fue a causa de su pérdida por lo que no prestó atención al rayo alado del cielo. Pero el cachorro lo vio, y fue para él una advertencia y una lección: el rápido descenso del halcón, el breve planeo de su cuerpo justo por encima del suelo, el golpe de sus garras en el cuerpo del lagópodo, el graznido de agonía y espanto del lagópodo, y el ascenso del halcón hacia el azul, llevándose al lagópodo consigo.

Pasó mucho tiempo antes de que el cachorro abandonara su refugio. Había aprendido mucho. Las cosas vivas eran carne. Eran buenas para comer. Pero también las cosas vivas, cuando eran lo bastante grandes, podían hacer daño. Era mejor comerse las cosas vivas pequeñas, como los polluelos de lagópodo, y dejar en paz a las grandes, como las madres lagópodo. Sin embargo, sentía un pequeño aguijón de ambición, un deseo furtivo de tener otra pelea con aquella madre lagópodo... Solo que el halcón se la había llevado. Quizá había otros lagópodos. Iría a ver.

Bajó por una ribera en pendiente hasta el arroyo. Nunca había visto agua. El suelo parecía firme. No había irregularidades de superficie. Se adelantó resueltamente... y se hundió, chillando de miedo, en el abrazo de lo desconocido. Estaba frío, y boqueó, respirando con rapidez. El agua se le metió en los pulmones en vez

del aire que siempre había acompañado su acto de respirar. La sofocación que experimentó fue como la punzada de la muerte. Para él significaba la muerte. No tenía conocimiento consciente de la muerte, pero como todo animal de la Naturaleza Salvaje, poseía el instinto de la muerte. Para él representaba el mayor de los daños. Era la esencia misma de lo desconocido; era la suma de los terrores de lo desconocido, la catástrofe suprema e inconcebible que podía sucederle, sobre la cual nada sabía y todo temía.

Salió a la superficie y el dulce aire se precipitó en su boca abierta. No volvió a hundirse. Como si fuera una costumbre largamente establecida, empezó a bracear con las cuatro patas y a nadar. La orilla de este lado estaba a un metro; pero había salido de espaldas a ella, y lo primero que vieron sus ojos fue la orilla opuesta, hacia la cual se puso a nadar de inmediato. El arroyo era pequeño, pero en aquel remanso se ensanchaba hasta unos seis metros.

A mitad de la travesía, la corriente atrapó al cachorro y lo arrastró aguas abajo. Se vio atrapado en el pequeño rápido al fondo del remanso. Allí había poca oportunidad de nadar. El agua tranquila se había vuelto de pronto furiosa. A veces estaba debajo, a veces encima. En todo momento se hallaba en violento movimiento, ora volteado, ora estrellado contra una roca. Y con cada roca contra la que chocaba, aullaba. Su avance era una serie de aullidos, de la cual se habría podido deducir el número de rocas con que se encontró.

Bajo el rápido había un segundo remanso, y allí, atrapado por el remolino, fue transportado suavemente hasta la orilla y depositado con delicadeza sobre un lecho de grava. Se arrastró frenéticamente fuera del agua y se tumbó. Había aprendido algo más sobre el mundo. El agua no estaba viva. Y sin embargo se movía. Además, parecía tan sólida como la tierra, pero carecía de solidez alguna. Su conclusión fue que las cosas no eran siempre lo que parecían. El miedo del cachorro a lo desconocido era una desconfianza heredada, y ahora se había reforzado con la experiencia. En adelante, por la naturaleza de las cosas, poseería una desconfianza arraigada hacia

las apariencias. Tendría que comprobar la realidad de una cosa antes de depositar su fe en ella.

Aún le aguardaba otra aventura aquel día. Se había acordado de que existía algo en el mundo como su madre. Y entonces lo invadió un sentimiento de que la necesitaba más que a todo lo demás. No solo su cuerpo estaba agotado por las aventuras que había vivido, sino que su pequeño cerebro estaba igualmente agotado. En todos los días de su vida no había trabajado tanto como en aquel solo día. Además, tenía sueño. Así que se puso a buscar la cueva y a su madre, sintiendo al mismo tiempo una oleada abrumadora de soledad y desamparo.

Avanzaba a trompicones entre unos matorrales cuando oyó un grito agudo e intimidante. Algo amarillo pasó como un relámpago ante sus ojos. Vio una comadreja alejándose velozmente. Era una cosa viva pequeña, y no le tuvo miedo. Entonces, delante de él, a sus pies, vio una cosa viva extremadamente pequeña, de apenas unos centímetros, una cría de comadreja que, como él, había salido desobedientemente a explorar. Intentó retroceder. Él la volteó con la pata. Emitió un ruido extraño, rasposo. Al instante siguiente el destello amarillo reapareció ante sus ojos. Oyó de nuevo el grito intimidante, y al mismo tiempo recibió un mordisco agudo en el costado del cuello y sintió los dientes afilados de la madre comadreja clavarse en su carne.

Mientras él aullaba y chillaba y retrocedía a trompicones, vio a la madre comadreja abalanzarse sobre su cría y desaparecer con ella en la espesura de al lado. El corte de sus dientes en el cuello aún le dolía, pero sus sentimientos estaban más heridos, y se sentó y gimoteó débilmente. Aquella madre comadreja era tan pequeña y tan salvaje. Aún le quedaba por aprender que, en proporción a su tamaño y peso, la comadreja era la más feroz, vengativa y terrible de todos los cazadores de la Naturaleza Salvaje. Pero una parte de ese conocimiento iba a ser suyo muy pronto.

Aún estaba gimoteando cuando la madre comadreja reapareció. No se lanzó sobre él, ahora que su cría estaba a salvo. Se acercó con

más cautela, y el cachorro tuvo plena oportunidad de observar su cuerpo esbelto y serpentino, y su cabeza, erguida, ávida, y serpentina también. Su grito agudo y amenazador le erizó el pelo a lo largo del lomo, y él le gruñó en advertencia. Ella se acercaba más y más. Hubo un salto, más rápido que su vista inexperta, y el cuerpo esbelto y amarillo desapareció por un instante de su campo de visión. Al momento siguiente la tenía en la garganta, con los dientes hundidos en su pelo y su carne.

Al principio gruñó e intentó pelear; pero era muy pequeño, y aquel era solo su primer día en el mundo, y el gruñido se convirtió en quejido, y la pelea en un esfuerzo por escapar. La comadreja no aflojó la presa. Se mantenía aferrada, esforzándose por hundir los dientes hasta la gran vena donde le borboteaba la sangre. La comadreja era una bebedora de sangre, y siempre prefería beber de la garganta de la vida misma.

El cachorro gris habría muerto, y no habría habido historia que escribir sobre él, si la loba no hubiera llegado de un salto a través de los matorrales. La comadreja soltó al cachorro y se lanzó a la garganta de la loba, errando el tiro pero aferrándose a la mandíbula. La loba sacudió la cabeza como un latigazo, arrancando a la comadreja y lanzándola por los aires. Y aún en el aire, las fauces de la loba se cerraron sobre el cuerpo esbelto y amarillo, y la comadreja conoció la muerte entre los dientes trituradores.

El cachorro experimentó otro acceso de afecto por parte de su madre. La alegría de ella al encontrarlo parecía aún mayor que la de él al ser encontrado. Lo hociqueó, lo acarició y le lamió los cortes que le habían hecho los dientes de la comadreja. Después, entre los dos, madre y cachorro, se comieron a la bebedora de sangre, y después volvieron a la cueva y durmieron.

CAPÍTULO V

LA LEY DE LA CARNE

El desarrollo del cachorro fue rápido. Descansó dos días y después se aventuró de nuevo fuera de la cueva. Fue en esta aventura cuando encontró a la cría de comadreja cuya madre él había ayudado a comer, y se encargó de que la cría siguiera el camino de su madre. Pero en esta salida no se perdió. Cuando se cansó, encontró el camino de regreso a la cueva y durmió. Y cada día que pasaba lo encontraba fuera, recorriendo un área más amplia.

Empezó a medir con precisión su fuerza y su debilidad, y a saber cuándo ser audaz y cuándo ser cauteloso. Descubrió que convenía ser cauteloso en todo momento, excepto en los raros instantes en que, seguro de su propia intrepidez, se abandonaba a sus pequeñas rabietas y apetitos.

Era siempre un pequeño demonio de furia cuando se encontraba con un lagópodo extraviado. Nunca dejaba de responder con ferocidad al cloqueo de la ardilla que había encontrado por primera vez en el pino fulminado. Mientras que la visión de un arrendajo lo ponía casi invariablemente en las más violentas de las rabias, pues nunca olvidaba el picotazo en la nariz que había recibido del primero de su especie.

Pero había ocasiones en que ni siquiera un arrendajo lo afectaba, y eran aquellas en que se sentía en peligro por algún otro cazador de carne al acecho. Nunca olvidó al halcón, y su sombra en movimiento siempre lo hacía agazaparse en la espesura más cercana. Ya no avanzaba a trompicones, y estaba desarrollando ya el paso de su madre, furtivo y sigiloso, aparentemente sin esfuerzo, pero deslizándose con una velocidad tan engañosa como imperceptible.

En materia de carne, toda su suerte había estado al principio. Los siete polluelos de lagópodo y la cría de comadreja representaban la suma de sus presas. Su deseo de matar se fortalecía con los días, y alimentaba hambrienta ambición respecto a la ardilla que parloteaba tan locuazmente e informaba siempre a todas las criaturas salvajes de que el lobezno se acercaba. Pero así como los pájaros volaban por el aire, las ardillas podían trepar a los árboles, y el cachorro solo podía intentar arrastrarse sin ser visto hasta la ardilla cuando estaba en el suelo.

El cachorro sentía un gran respeto por su madre. Ella podía conseguir carne, y nunca dejaba de traerle su parte. Además, no tenía miedo de nada. No se le ocurría que aquella valentía se fundaba en la experiencia y el conocimiento. El efecto que producía en él era una impresión de poder. Su madre representaba el poder; y a medida que crecía, sentía ese poder en las reprensiones cada vez más duras de su pata; mientras que el empujón corrector del hocico daba paso al tajo de sus colmillos. También por esto respetaba a su madre. Le imponía obediencia, y cuanto más crecía él, más corta se le hacía la paciencia a ella.

Volvió el hambre, y el cachorro, con una conciencia más clara, conoció una vez más la mordedura de la hambruna. La loba se desgastaba corriendo en busca de carne. Ya casi no dormía en la cueva, pasando la mayor parte del tiempo en el sendero de la carne, y pasándolo en vano. Esta hambruna no fue larga, pero fue severa mientras duró. El cachorro no encontró más leche en el pecho de su madre, ni consiguió un solo bocado de carne por sí mismo.

Antes había cazado por juego, por el puro gozo de hacerlo; ahora cazaba con una seriedad mortal, y no encontraba nada. Sin embargo, el fracaso aceleró su desarrollo. Estudió los hábitos de la ardilla con mayor esmero, y se esforzó con mayor astucia en acecharla y sorprenderla. Estudió a los ratones de campo e intentó desenterrarlos de sus madrigueras; y aprendió mucho sobre las costumbres de arrendajos y pájaros carpinteros. Y llegó un día en que la sombra del halcón no lo hizo agazaparse en los matorrales. Se había vuelto más fuerte y más sabio, y más seguro de sí. También estaba desesperado. Así que se sentó sobre los cuartos traseros, bien visible en un claro, y desafió al halcón a que bajara del cielo. Porque sabía que allá arriba, flotando en el azul, había carne, la carne que su estómago reclamaba con tanta insistencia. Pero el halcón se negó a bajar y entablar batalla, y el cachorro se arrastró hasta una espesura y gimoteó su decepción y su hambre.

La hambruna terminó. La loba trajo carne a casa. Era una carne extraña, diferente de cualquiera que hubiera traído antes. Era un gatito de lince, a medio crecer, como el cachorro, pero no tan grande. Y era todo para él. Su madre había saciado su hambre en otra parte; aunque él no sabía que había sido el resto de la camada de lince lo que le había servido para saciarse. Tampoco sabía lo desesperado de su hazaña. Solo sabía que aquel gatito de pelaje aterciopelado era carne, y comió y se fue sintiendo más dichoso con cada bocado.

Un estómago lleno favorece la inacción, y el cachorro yacía en la cueva, durmiendo junto al costado de su madre. Lo despertó un gruñido de ella. Nunca le había oído gruñir tan terriblemente. Posiblemente fue el gruñido más terrible de toda su vida. Había razón para ello, y nadie la conocía mejor que ella. La guarida de un lince no se profana impunemente. A plena luz de la tarde, agazapada en la entrada de la cueva, el cachorro vio a la madre lince. El pelo se le erizó en oleadas a lo largo del lomo al verla. Aquí estaba el miedo, y no necesitaba del instinto para comprenderlo. Y si la vista sola no bastara, el grito de rabia que lanzó la intrusa,

comenzando con un gruñido y elevándose bruscamente hasta un alarido ronco, era de por sí bastante convincente.

El cachorro sintió el acicate de la vida que había en él, y se irguió y gruñó valientemente junto a su madre. Pero ella lo empujó ignominiosamente detrás de sí. Debido al techo bajo de la entrada, el lince no podía saltar al interior, y cuando intentó lanzarse a ras del suelo, la loba se abalanzó sobre ella y la inmovilizó. El cachorro vio poco de la batalla. Hubo un tremendo clamor de gruñidos, bufidos y alaridos. Los dos animales se revolcaban, el lince desgarrando con sus garras y usando también los dientes, mientras la loba usaba solo los suyos.

En un momento, el cachorro se lanzó y hundió los dientes en la pata trasera del lince. Se aferró, gruñendo con ferocidad. Aunque no lo sabía, con el peso de su cuerpo entorpecía el movimiento de la pata y con ello le ahorra a su madre mucho daño. Un cambio en la batalla lo aplastó bajo ambos cuerpos y le arrancó de la presa. Al instante siguiente las dos madres se separaron, y antes de que volvieran a lanzarse la una contra la otra, el lince le asestó al cachorro un zarpazo con su enorme pata delantera que le abrió el hombro hasta el hueso y lo mandó rodando contra la pared. Entonces se sumó al estruendo el agudo alarido de dolor y espanto del cachorro. Pero la pelea duró tanto que le dio tiempo a llorar hasta agotarse y a experimentar un segundo arranque de valor; y el final de la batalla lo encontró de nuevo aferrado a una pata trasera y gruñendo furiosamente entre los dientes.

El lince estaba muerto. Pero la loba estaba muy débil y enferma. Al principio acarició al cachorro y le lamió el hombro herido; pero la sangre que había perdido se había llevado consigo sus fuerzas, y durante un día y una noche entera yació junto a su enemigo muerto, sin moverse, apenas respirando. Durante una semana no salió de la cueva, excepto para beber, y sus movimientos eran entonces lentos y dolorosos. Al cabo de ese tiempo el lince había sido devorado, y las heridas de la loba habían sanado lo suficiente como para permitirle retomar el sendero de la carne.

El hombro del cachorro estaba rígido y dolorido, y durante un tiempo cojeó a causa del terrible tajo recibido. Pero el mundo le parecía ahora cambiado. Se movía por él con mayor confianza, con un sentimiento de poderío que no había sido suyo antes de la batalla con el lince. Había contemplado la vida en un aspecto más feroz; había luchado; había hundido sus dientes en la carne de un enemigo; y había sobrevivido. Y a causa de todo ello, se conducía con más audacia, con un toque de desafío que era nuevo en él. Ya no tenía miedo de las cosas menores, y mucha de su timidez se había desvanecido, aunque lo desconocido no dejaba de presionarlo con sus misterios y terrores, intangible y siempre amenazante.

Empezó a acompañar a su madre en el sendero de la carne, y vio mucho del arte de matar y empezó a desempeñar su papel en él. Y a su manera difusa aprendió la ley de la carne. Había dos clases de vida: la suya y la otra. La suya incluía a su madre y a él mismo. La otra incluía todas las cosas vivas que se movían. Pero la otra clase estaba dividida. Una parte era lo que los de su clase mataban y comían. Esta parte se componía de los que no mataban y de los que mataban poco. La otra parte mataba y comía a los de su clase, o era matada y comida por ellos. Y de esta clasificación nacía la ley. El objetivo de la vida era la carne. La vida misma era carne. La vida se alimentaba de vida. Había los que comían y los que eran comidos. La ley era: COME O SÉ COMIDO. No formulaba la ley en términos claros y definidos ni moralizaba sobre ella. Ni siquiera pensaba la ley; simplemente la vivía sin pensar en ella.

Veía la ley operando a su alrededor por todas partes. Él se había comido los polluelos de lagópodo. El halcón se había comido a la madre lagópodo. El halcón también se lo habría comido a él. Más adelante, cuando se hubiese vuelto más temible, querría comerse al halcón. Se había comido el gatito de lince. La madre lince se lo habría comido a él de no haber sido ella misma matada y comida. Y así sucesivamente. Todas las cosas vivas vivían la ley a su alrededor, y él mismo era parte integrante de ella. Era un cazador. Su único alimento era carne, carne viva, que huía veloz ante él, o levantaba el vuelo, o trepaba a los árboles, o se escondía bajo tierra, o le

plantaba cara y peleaba con él, o invertía los papeles y lo perseguía a él.

Si el cachorro hubiera pensado a la manera humana, podría haber resumido la vida como un apetito voraz y el mundo como un lugar donde vagaba una multitud de apetitos, persiguiendo y siendo perseguidos, cazando y siendo cazados, comiendo y siendo comidos, todo en ceguera y confusión, con violencia y desorden, un caos de glotonería y matanza, gobernado por el azar, despiadado, sin plan, sin fin.

Pero el cachorro no pensaba a la manera humana. No contemplaba las cosas con visión amplia. Tenía un solo propósito, y albergaba solo un pensamiento o deseo a la vez. Además de la ley de la carne, había un sinfín de otras leyes menores que debía aprender y obedecer. El mundo estaba lleno de sorpresas. El bullir de la vida que había en él, el juego de sus músculos, era una felicidad sin fin. Perseguir la carne era experimentar emociones y exaltación. Sus rabias y sus batallas eran placeres. El terror mismo, y el misterio de lo desconocido, contribuían a su vivir.

Y había consuelos y satisfacciones. Tener el estómago lleno, dormitar perezosamente al sol..., tales cosas eran recompensa sobrada por sus ardores y fatigas, mientras que sus ardores y fatigas eran en sí mismos su propia recompensa. Eran expresiones de vida, y la vida es siempre feliz cuando se expresa. De modo que el cachorro no tenía querella con su entorno hostil. Estaba muy vivo, muy contento y muy orgulloso de sí mismo.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO I

LOS HACEDORES DE FUEGO

El cachorro se topó con ello de golpe. Fue culpa suya. Había sido descuidado. Había salido de la cueva y bajado al arroyo a beber. Puede que no se percatara de nada porque estaba pesado de sueño. (Había pasado toda la noche fuera, por el sendero de la carne, y acababa de despertar.) Y su descuido podía deberse a lo familiar que le era el camino al remanso. Lo había recorrido muchas veces, y nunca había pasado nada en él.

Pasó junto al pino fulminado, cruzó el claro y se adentró al trote entre los árboles. Entonces, en el mismo instante, vio y olió. Delante de él, sentadas en silencio sobre los cuartos traseros, había cinco cosas vivas como nunca antes había visto. Era su primera visión de la humanidad. Pero al verlo, los cinco hombres no se pusieron en pie de un salto, ni enseñaron los dientes, ni gruñeron. No se movieron, sino que permanecieron allí sentados, silenciosos y ominosos.

Tampoco se movió el cachorro. Cada instinto de su naturaleza lo habría impulsado a huir desafortunadamente, si no se hubiera alzado de pronto en él, por primera vez, otro instinto contrario. Un sobrecogimiento inmenso descendió sobre él. Quedó aplastado hasta la inmovilidad por un sentimiento abrumador de su propia debilidad e insignificancia. Allí había dominio y poder, algo inmensamente superior a él.

El cachorro nunca había visto al hombre, pero el instinto relativo al hombre era suyo. De un modo difuso reconocía en el hombre al animal que se había abierto paso luchando hasta la primacía sobre los demás animales de la Naturaleza Salvaje. No solo con sus propios ojos, sino con los ojos de todos sus antepasados miraba ahora el cachorro al hombre: ojos que habían girado en la oscuridad alrededor de innumerables fogatas invernales, que habían atisbado desde distancias seguras y desde el corazón de las espesuras a aquel extraño animal bípedo que era señor de las cosas vivas. El hechizo de la herencia estaba sobre el cachorro, el miedo y el respeto nacidos de los siglos de lucha y la experiencia acumulada de las generaciones. La herencia era demasiado poderosa para un lobo que solo era un cachorro. De haber sido adulto, habría huido. Tal como estaban las cosas, se encogió paralizado de miedo, ofreciendo ya a medias la sumisión que los de su especie habían ofrecido desde la primera vez que un lobo se acercó a sentarse junto al fuego del hombre y dejarse calentar.

Uno de los indios se levantó, caminó hasta él y se inclinó sobre él. El cachorro se pegó más al suelo. Era lo desconocido, objetivado al fin en carne y hueso concretos, inclinándose sobre él y alargando la mano para agarrarlo. El pelo se le erizó involuntariamente; los labios se le retrajeron y enseñó sus pequeños colmillos. La mano, suspendida como un destino sobre él, vaciló, y el hombre dijo riendo: «Wabam wabisca ip pit tah». (¡Mirad! ¡Los colmillos blancos!)

Los otros indios rieron con fuerza y animaron al hombre a coger al cachorro. A medida que la mano descendía más y más, en el

cachorro se libraba una batalla de instintos. Experimentó dos grandes impulsos: el de ceder y el de luchar. La acción resultante fue un compromiso. Hizo ambas cosas. Cedió hasta que la mano casi lo tocó. Entonces luchó, y sus dientes destellaron en un mordisco que se los hundió en la mano. Al instante siguiente recibió un coscorrón en un lado de la cabeza que lo tumbó de costado. Entonces toda combatividad lo abandonó. Su condición de cachorro y el instinto de sumisión tomaron el mando. Se sentó sobre los cuartos traseros y lloró. Pero el hombre cuya mano había mordido estaba enfadado. El cachorro recibió un coscorrón en el otro lado de la cabeza. Con lo cual se sentó y lloró más fuerte que nunca.

Los cuatro indios rieron con más fuerza aún, mientras que hasta el hombre mordido empezó a reírse. Rodearon al cachorro y se rieron de él, mientras él gemía de terror y de dolor. En mitad de todo, oyó algo. Los indios lo oyeron también. Pero el cachorro sabía lo que era, y con un último y largo aullido en el que había más triunfo que pena, cesó su llanto y esperó la llegada de su madre, de su feroz e indómita madre que luchaba y mataba todo y nunca tenía miedo. Venía gruñendo mientras corría. Había oído el llanto de su cachorro y se lanzaba a salvarlo.

Irrumpió entre ellos, y su maternidad ansiosa y militante la convertía en todo menos un espectáculo agradable. Pero para el cachorro el espectáculo de su furia protectora fue gratificante. Emitió un pequeño grito de alegría y saltó a su encuentro, mientras los animales-hombres retrocedían apresuradamente varios pasos. La loba se plantó junto a su cachorro, de cara a los hombres, con el pelo erizado y un gruñido retumbando hondo en la garganta. Su cara estaba desfigurada y maligna de amenaza; hasta el puente de la nariz se le arrugaba de la punta a los ojos, tan prodigioso era su gruñido.

Fue entonces cuando uno de los hombres lanzó un grito.

—¡Kiche! —fue lo que pronunció. Era una exclamación de sorpresa. El cachorro sintió que su madre flaqueaba al oír aquel sonido.

—¡Kiche! —gritó el hombre de nuevo, esta vez con brusquedad y autoridad.

Y entonces el cachorro vio a su madre, la loba, la que no temía a nada, agachándose hasta que el vientre le tocó el suelo, gimoteando, meneando la cola, haciendo señales de paz. El cachorro no podía comprenderlo. Estaba espantado. El sobrecogimiento del hombre lo inundó de nuevo. Su instinto había sido certero. Su madre lo confirmaba. También ella se rendía ante los animales-hombres.

El hombre que había hablado se acercó a ella. Le puso la mano en la cabeza, y ella solo se agachó más. No mordió ni amago con morder. Los otros hombres se acercaron, la rodearon, la palparon y la manosearon, y ella no hizo el menor intento de resistirse. Estaban muy excitados, y hacían muchos ruidos con la boca. Aquellos ruidos no indicaban peligro, decidió el cachorro, mientras se agazapaba junto a su madre, erizándose de cuando en cuando pero haciendo lo posible por someterse.

—No es extraño —decía un indio—. Su padre era un lobo. Es cierto, su madre era una perra; pero ¿no la ató mi hermano en el bosque durante tres noches enteras en la época del apareamiento? Por eso el padre de Kiche fue un lobo.

—Hace un año, Castor Gris, que se escapó —dijo un segundo indio.

—No es extraño, Lengua de Salmón —respondió Castor Gris—. Fue en la época de la hambruna, y no había carne para los perros.

—Ha vivido con los lobos —dijo un tercer indio.

—Eso parece, Tres Águilas —respondió Castor Gris, poniendo la mano sobre el cachorro—, y esta es la prueba.

El cachorro gruñó un poco al contacto de la mano, y la mano se retiró de golpe para propinarle un coscorrón. Con lo cual el cachorro ocultó los colmillos y se encogió sumiso, mientras la mano, volviendo, le rascaba detrás de las orejas y a lo largo del lomo.

—Esta es la prueba —continuó Castor Gris—. Está claro que su madre es Kiche. Pero su padre fue un lobo. Por eso hay en él poco perro y mucho lobo. Sus colmillos son blancos, y Colmillo Blanco será su nombre. He hablado. Es mi perro. Porque ¿no era Kiche la perra de mi hermano? ¿Y no está muerto mi hermano?

El cachorro, que había recibido así un nombre en el mundo, permaneció echado y observó. Durante un rato los animales-hombres siguieron haciendo ruidos con la boca. Después Castor Gris sacó un cuchillo de una funda que llevaba colgada del cuello, se metió entre la maleza y cortó un palo. Colmillo Blanco lo observó. Hizo muescas en cada extremo del palo y en las muescas sujetó tiras de cuero crudo. Una tira la ató alrededor del cuello de Kiche. Después la condujo hasta un pequeño pino, alrededor del cual ató la otra tira.

Colmillo Blanco lo siguió y se tumbó junto a ella. La mano de Lengua de Salmón se estiró hacia él y le dio la vuelta poniéndolo panza arriba. Kiche miraba con ansiedad. Colmillo Blanco sintió el miedo creciendo de nuevo en él. No pudo reprimir del todo un gruñido, pero no hizo ademán de morder. La mano, con los dedos curvados y abiertos, le frotó el vientre de un modo juguetón y lo hizo rodar de un lado a otro. Era ridículo y poco decoroso, yacer allí panza arriba con las patas despatarradas en el aire. Además, era una posición de tan absoluta indefensión que toda la naturaleza de Colmillo Blanco se rebelaba contra ella. No podía hacer nada para defenderse. Si aquel animal-hombre pretendía hacerle daño, Colmillo Blanco sabía que no podría evitarlo. ¿Cómo iba a saltar con las cuatro patas en el aire? Sin embargo, la sumisión lo hizo dominar su miedo, y solo gruñó quedamente. Ese gruñido no podía reprimirlo; ni el animal-hombre se lo reprochó con un golpe en la cabeza. Y es más, por extraño que fuera, Colmillo Blanco experimentó una inexplicable sensación de placer a medida que la mano le frotaba de un lado a otro. Cuando lo rodó de costado dejó de gruñir; cuando los dedos le presionaban y amasaban la base de las orejas, la sensación placentera aumentó; y cuando, con una última frotación y rascada, el hombre lo dejó en paz y se marchó, todo el miedo se

había extinguido en Colmillo Blanco. Habría de conocer el miedo muchas veces más en su trato con el hombre; pero fue una primera muestra de la compañía sin miedo con el hombre que al final habría de ser la suya.

Al cabo de un rato, Colmillo Blanco oyó ruidos extraños que se acercaban. Fue rápido en su clasificación, porque los reconoció al instante como ruidos de animales-hombres. Unos minutos después llegó el resto de la tribu, desplegada en fila de marcha. Había más hombres y muchas mujeres y niños, cuarenta almas en total, todos cargados con el pesado equipaje del campamento. También había muchos perros; y estos, a excepción de los cachorros a medio crecer, iban igualmente cargados con equipo de campamento. A la espalda, en bolsas que se les ajustaban firmemente por debajo, los perros cargaban de nueve a catorce kilos.

Colmillo Blanco nunca había visto perros, pero al verlos sintió que eran de su misma especie, solo que de algún modo diferentes. Pero ellos mostraron poca diferencia con el lobo cuando descubrieron al cachorro y a su madre. Hubo una embestida. Colmillo Blanco se erizó, gruñó y mordió frente a la oleada de perros que se abalanzaba con las fauces abiertas, y se fue al suelo, sintiendo los tajos de los dientes en su cuerpo, él mismo mordiendo y desgarrando las patas y los vientres que tenía encima. Se armó un gran alboroto. Podía oír los gruñidos de Kiche mientras luchaba por él; y podía oír los gritos de los animales-hombres, el sonido de garrotes golpeando cuerpos, y los aullidos de dolor de los perros golpeados.

Solo unos segundos transcurrieron antes de que estuviese de nuevo en pie. Ahora podía ver a los animales-hombres ahuyentando a los perros con garrotes y piedras, defendiéndolo, salvándolo de los dientes salvajes de los de su especie que de algún modo no era su especie. Y aunque no había en su cerebro razón para una concepción clara de algo tan abstracto como la justicia, sin embargo, a su manera, sentía la justicia de los animales-hombres, y los reconoció por lo que eran: hacedores de leyes y ejecutores de leyes. También apreció el poder con que administraban la ley. A diferencia

de cualquier animal que hubiera encontrado jamás, no mordían ni arañaban. Reforzaban su fuerza viva con el poder de las cosas muertas. Las cosas muertas obedecían sus órdenes. Así, palos y piedras, dirigidos por aquellas extrañas criaturas, saltaban por el aire como cosas vivas, infligiendo graves daños a los perros.

Aquello era para su mente un poder insólito, un poder inconcebible y sobrenatural, un poder que era divino. Colmillo Blanco, por su propia naturaleza, nunca podría saber nada de dioses; a lo sumo podría conocer solo cosas que estaban más allá del conocimiento; pero el asombro y el sobrecogimiento que sentía por aquellos animales-hombres se parecían a lo que sería el asombro y el sobrecogimiento de un hombre ante la visión de alguna criatura celestial que, en la cima de una montaña, lanzara rayos con ambas manos sobre un mundo atónito.

El último perro había sido ahuyentado. El tumulto se apagó. Y Colmillo Blanco se lamió las heridas y meditó sobre aquello, su primera experiencia de la crueldad de la jauría y su introducción en ella. Nunca había soñado que los de su especie fueran más que Tuerto, su madre y él. Habían constituido una especie aparte, y ahora, de golpe, había descubierto a muchas más criaturas aparentemente de su misma especie. Y había un resentimiento subconsciente de que los de su especie, a primera vista, se hubieran abalanzado sobre él e intentado destruirlo. Del mismo modo resentía que su madre estuviera atada con un palo, aunque lo hicieran los superiores animales-hombres. Sabía a trampa, a cautiverio. Pero de la trampa y del cautiverio no sabía nada. La libertad de ir y venir y tumbarse a voluntad había sido su patrimonio; y aquí se lo estaban conculcando. Los movimientos de su madre estaban restringidos a la longitud de un palo, y por la longitud de ese mismo palo estaba él restringido, pues aún no había superado la necesidad del costado de su madre.

No le gustaba. Tampoco le gustó cuando los animales-hombres se levantaron y prosiguieron su marcha; porque un diminuto animal-hombre cogió el otro extremo del palo y condujo a Kiche cautiva

detrás de él, y detrás de Kiche seguía Colmillo Blanco, enormemente perturbado e inquieto por esta nueva aventura en la que se había embarcado.

Descendieron por el valle del arroyo, mucho más allá de las más lejanas excursiones de Colmillo Blanco, hasta que llegaron al final del valle, donde el arroyo desembocaba en el río Mackenzie. Allí, donde había canoas guardadas sobre postes altos en el aire y donde se levantaban bastidores para secar el pescado, montaron campamento; y Colmillo Blanco contempló la escena con ojos de asombro. La superioridad de aquellos animales-hombres aumentaba a cada momento. Estaba su dominio sobre todos aquellos perros de colmillos afilados. Aquello emanaba poder. Pero más grande aún, para el lobezno, era su dominio sobre las cosas no vivas; su capacidad de comunicar movimiento a las cosas inmóviles; su capacidad de cambiar la faz misma del mundo.

Fue esto último lo que lo afectó especialmente. La elevación de armazones de postes le llamó la atención; aunque esto en sí no era tan notable, siendo obra de las mismas criaturas que lanzaban palos y piedras a grandes distancias. Pero cuando las armazones de postes se convirtieron en tipis al ser cubiertas con telas y pieles, Colmillo Blanco quedó asombrado. Era su masa colosal lo que lo impresionaba. Se alzaban a su alrededor, por todas partes, como una forma de vida monstruosa y de crecimiento rápido. Ocupaban casi toda la circunferencia de su campo de visión. Les tenía miedo. Se cernían ominosas sobre él; y cuando la brisa las agitaba en enormes movimientos, se agazapaba de miedo, manteniendo los ojos vigilantes sobre ellas, preparado para saltar y huir si intentaban precipitarse sobre él.

Pero al poco tiempo su miedo a los tipis pasó. Vio a las mujeres y los niños entrando y saliendo de ellos sin daño, y vio a los perros intentando a menudo colarse en ellos y siendo expulsados con palabras ásperas y pedradas. Pasado un rato, se alejó del lado de Kiche y se arrastró cautelosamente hacia la pared del tipi más cercano. Era la curiosidad del crecimiento lo que lo empujaba: la

necesidad de aprender, vivir y hacer que trae la experiencia. Los últimos centímetros hasta la pared del tipi fueron recorridos con dolorosa lentitud y precaución. Los acontecimientos del día lo habían preparado para que lo desconocido se manifestara de los modos más estupendos e impensables. Al fin su hocico tocó la lona. Esperó. No pasó nada. Entonces olfateó aquella tela extraña, saturada del olor humano. Le hincó los dientes y tiró suavemente. No pasó nada, aunque las partes adyacentes del tipi se movieron. Tiró con más fuerza. Hubo un movimiento mayor. Aquello era delicioso. Tiró aún con más fuerza, y repetidamente, hasta que todo el tipi se agitaba. Entonces el grito agudo de una mujer india desde dentro lo mandó corriendo de vuelta junto a Kiche. Pero después de aquello ya no tuvo miedo de las masas amenazantes de los tipis.

Un momento después ya se alejaba de nuevo de su madre. El palo de ella estaba atado a una estaca en el suelo y no podía seguirlo. Un cachorro a medio crecer, algo más grande y mayor que él, se acercó despacio, con una importancia ostentosa y belicosa. El nombre del cachorro, como Colmillo Blanco oíría que lo llamaban después, era Hocico. Tenía experiencia en peleas de cachorros y era ya algo así como un matón.

Hocico era de la misma especie que Colmillo Blanco, y al ser solo un cachorro, no parecía peligroso; así que Colmillo Blanco se dispuso a recibirlo con espíritu amistoso. Pero cuando el andar del extraño se volvió rígido y los labios se le retrajeron de los dientes, Colmillo Blanco se puso rígido también y respondió enseñando los dientes. Se rodearon a medias el uno al otro, tentativamente, gruñendo y erizados. Aquello duró varios minutos, y Colmillo Blanco empezaba a disfrutarlo, como una especie de juego. Pero de pronto, con una rapidez notable, Hocico saltó hacia él, le asestó un mordisco desgarrador y saltó hacia atrás. El mordisco había alcanzado el hombro herido por el lince, que seguía dolorido en lo profundo, cerca del hueso. La sorpresa y el dolor le arrancaron un alarido; pero al momento siguiente, en un arrebató de ira, se lanzó sobre Hocico y lo mordió con saña.

Pero Hocico había vivido toda su vida en el campamento y había participado en muchas peleas de cachorros. Tres, cuatro, media docena de veces, sus pequeños dientes afilados acertaron al recién llegado, hasta que Colmillo Blanco, aullando sin vergüenza, huyó a la protección de su madre. Fue la primera de las muchas peleas que tendría con Hocico, porque fueron enemigos desde el principio, nacidos para serlo, con naturalezas destinadas a chocar perpetuamente.

Kiche lamió a Colmillo Blanco con su lengua calmante e intentó convencerlo de que se quedara a su lado. Pero la curiosidad le podía, y unos minutos después se aventuraba de nuevo en una nueva exploración. Se encontró con uno de los animales-hombres, Castor Gris, que estaba en cuclillas haciendo algo con palos y musgo seco extendidos ante él en el suelo. Colmillo Blanco se le acercó y observó. Castor Gris hacía ruidos con la boca que Colmillo Blanco interpretó como no hostiles, así que se acercó más.

Mujeres y niños traían más palos y ramas a Castor Gris. Era evidentemente un asunto de importancia. Colmillo Blanco se acercó hasta tocar la rodilla de Castor Gris, tal era su curiosidad, olvidado ya de que aquel era un terrible animal-hombre. De pronto vio una cosa extraña, como niebla, que empezaba a alzarse de los palos y el musgo bajo las manos de Castor Gris. Después, entre los propios palos, apareció una cosa viva, retorciéndose y girando, de un color como el del sol en el cielo. Colmillo Blanco no sabía nada del fuego. Lo atraía como la luz en la boca de la cueva lo había atraído en los primeros días de cachorro. Se arrastró los pocos pasos hasta la llama. Oyó la risita de Castor Gris por encima de él, y supo que el sonido no era hostil. Entonces su nariz tocó la llama, y al mismo instante su lengüecita se asomó hacia ella.

Durante un momento quedó paralizado. Lo desconocido, al acecho en medio de los palos y el musgo, le había atrapado ferozmente la nariz. Retrocedió a trompicones, estallando en una explosión atónita de alaridos. Al oír el sonido, Kiche saltó gruñendo hasta el extremo de su palo y allí se enfureció terriblemente por no poder acudir en su

ayuda. Pero Castor Gris se rio a carcajadas y se golpeó los muslos, y contó lo sucedido a todo el campamento, hasta que todos se reían estrepitosamente. Pero Colmillo Blanco, sentado sobre los cuartos traseros, aullaba y aullaba, una figurita desolada y lastimera en medio de los animales-hombres.

Era el peor dolor que había conocido. Tanto la nariz como la lengua habían sido quemadas por la cosa viva, del color del sol, que había crecido bajo las manos de Castor Gris. Lloró y lloró interminablemente, y cada nuevo gemido era recibido con estallidos de risa por parte de los animales-hombres. Intentó calmarse la nariz con la lengua, pero la lengua también estaba quemada, y los dos dolores juntos producían un dolor mayor; con lo cual lloró más desesperadamente que nunca.

Y entonces le vino la vergüenza. Conocía la risa y su significado. No nos es dado saber cómo algunos animales conocen la risa y saben cuándo se están riendo de ellos; pero fue de ese mismo modo como Colmillo Blanco lo supo. Y sintió vergüenza de que los animales-hombres se rieran de él. Se dio la vuelta y huyó, no del dolor del fuego, sino de la risa que se hundía aún más profunda y hería en su espíritu. Y huyó junto a Kiche, que se debatía furiosa al extremo de su palo como un animal enloquecido..., junto a Kiche, la única criatura del mundo que no se reía de él.

Cayó el crepúsculo y llegó la noche, y Colmillo Blanco yacía junto a su madre. La nariz y la lengua aún le dolían, pero lo tenía perplejo una aflicción mayor. Sentía nostalgia. Sentía un vacío en su interior, una necesidad del silencio y la quietud del arroyo y de la cueva en el acantilado. La vida se había vuelto demasiado populosa. Había tantos animales-hombres, hombres, mujeres y niños, todos haciendo ruido y molestando. Y estaban los perros, siempre riñendo y peleándose, estallando en alborotos y creando confusiones. La sosegada soledad de la única vida que había conocido se había esfumado. Aquí el aire mismo palpataba de vida. Zumbaba y bullía sin cesar. Continuamente cambiando de intensidad y variando bruscamente de tono, golpeaba sus nervios y sus sentidos, lo ponía

nervioso e inquieto, y lo angustiaba con una perpetua inminencia de acontecimiento.

Observaba a los animales-hombres ir y venir y moverse por el campamento. De un modo que se parecía remotamente a como los hombres contemplan a los dioses que crean, así contemplaba Colmillo Blanco a los animales-hombres ante él. Eran criaturas superiores, en verdad, dioses. Para su tenue comprensión eran tan hacedores de prodigios como los dioses lo son para los hombres. Eran criaturas de dominio, poseedoras de toda clase de potencias desconocidas e imposibles, señores de lo vivo y de lo no vivo, haciendo obedecer a lo que se movía, impartiendo movimiento a lo que no se movía, y haciendo crecer vida, vida del color del sol y que mordía, del musgo muerto y de la madera. ¡Eran hacedores de fuego! Eran dioses.

CAPÍTULO II

EL CAUTIVERIO

Los días estuvieron llenos de experiencias para Colmillo Blanco. Durante el tiempo que Kiche estuvo atada con el palo, él correteó por todo el campamento, indagando, investigando, aprendiendo. Pronto llegó a conocer bien las costumbres de los animales-hombres, pero la familiaridad no engendró desprecio. Cuanto más los conocía, más reivindicaban ellos su superioridad, más desplegaban sus poderes misteriosos, más grande se cernía su divinidad.

Al hombre le ha sido dado el dolor, con frecuencia, de ver derrocados a sus dioses y desmoronados sus altares; pero al lobo y al perro salvaje que se han acercado a postrarse a los pies del hombre, ese dolor no les ha llegado nunca. A diferencia del hombre, cuyos dioses son de lo invisible y lo conjeturado, vapores y brumas de la fantasía que eluden el ropaje de la realidad, espectros errantes de bondad y poder deseados, afloramientos intangibles del yo en el reino del espíritu..., a diferencia del hombre, el lobo y el perro salvaje que se han acercado al fuego encuentran a sus dioses en la carne viva, sólidos al tacto, ocupando espacio en la tierra y necesitando tiempo para la consecución de sus fines y su existencia. Ningún esfuerzo de fe es necesario para creer en semejante dios; ningún esfuerzo de voluntad puede posiblemente inducir la

incredulidad en semejante dios. No hay escape. Allí está, sobre sus dos patas traseras, garrote en mano, inmensamente potente, apasionado e iracundo y amoroso, dios y misterio y poder todo envuelto en carne que sangra cuando es desgarrada y que es buena para comer como cualquier carne.

Y así fue con Colmillo Blanco. Los animales-hombres eran dioses inequívocos e ineludibles. Como su madre, Kiche, había rendido su lealtad ante el primer grito de su nombre, así empezaba él a rendir la suya. Les cedía el paso como un privilegio indudablemente suyo. Cuando caminaban, él se apartaba. Cuando lo llamaban, acudía. Cuando amenazaban, se agazapaba. Cuando le ordenaban irse, se iba rápidamente. Porque detrás de cualquier deseo suyo estaba el poder de imponerlo, un poder que hería, un poder que se expresaba en coscorrones y garrotazos, en pedradas y latigazos punzantes.

Les pertenecía como les pertenecían todos los perros. Sus actos eran de ellos para darles órdenes. Su cuerpo era de ellos para maltratarlo, pisotearlo o tolerarlo. Tal era la lección que pronto asimiló. Fue dura, yendo como iba en contra de mucho que era fuerte y dominante en su propia naturaleza; y aunque no le gustaba mientras la aprendía, sin saberlo estaba aprendiendo a aceptarla. Era depositar su destino en manos ajenas, transferir las responsabilidades de la existencia. Esto era en sí una compensación, porque siempre es más fácil apoyarse en otro que mantenerse solo.

Pero no sucedió todo en un día, esta entrega de sí mismo, en cuerpo y alma, a los animales-hombres. No podía renunciar de golpe a su herencia salvaje y a sus recuerdos de la Naturaleza Salvaje. Hubo días en que se arrastraba hasta el borde del bosque, se detenía y escuchaba algo que lo llamaba desde lejos. Y siempre regresaba, inquieto e incómodo, a gimotear queda y anhelantemente junto a Kiche y lamerle la cara con una lengua ávida e inquisitiva.

Colmillo Blanco aprendió rápido las costumbres del campamento. Conoció la injusticia y la voracidad de los perros más viejos cuando se les arrojaba carne o pescado. Llegó a saber que los hombres eran

más justos, los niños más crueles y las mujeres más amables, y más propensas a lanzarle un trozo de carne o un hueso. Y después de dos o tres dolorosas aventuras con madres de cachorros a medio crecer, adquirió el conocimiento de que siempre era prudente dejar en paz a tales madres, mantenerse lo más lejos posible de ellas y evitarlas cuando las veía venir.

Pero la pesadilla de su vida era Hocico. Más grande, mayor y más fuerte, Hocico había elegido a Colmillo Blanco como objeto especial de su persecución. Colmillo Blanco luchaba de buena gana, pero estaba en desventaja. Su enemigo era demasiado grande. Hocico se convirtió en su pesadilla. Cada vez que se aventuraba lejos de su madre, el matón seguro que aparecía, pisándole los talones, gruñéndole, metiéndose con él, y al acecho de la oportunidad, cuando no hubiera un animal-hombre cerca, de abalanzarse sobre él y forzar una pelea. Como Hocico ganaba invariablemente, lo disfrutaba enormemente. Se convirtió en su mayor deleite en la vida, como se convirtió en el mayor tormento de Colmillo Blanco.

Pero el efecto sobre Colmillo Blanco no fue acobardarlo. Aunque sufría la mayor parte del daño y siempre era derrotado, su espíritu permanecía insumiso. Sin embargo, se produjo un efecto pernicioso. Se volvió maligno y hosco. Su temperamento era salvaje de nacimiento, pero se volvió más salvaje bajo aquella persecución interminable. El lado jovial, juguetón y perruno de él encontraba poca expresión. Nunca jugaba ni retozaba con los otros cachorros del campamento. Hocico no se lo permitía. En cuanto Colmillo Blanco aparecía cerca de ellos, Hocico caía sobre él, lo intimidaba y acosaba, o peleaba con él hasta que lo ahuyentaba.

El efecto de todo esto fue robarle a Colmillo Blanco gran parte de su infancia y hacerlo más viejo de lo que le correspondía por edad en su comportamiento. Privado de la salida natural de sus energías a través del juego, se replegó sobre sí mismo y desarrolló sus procesos mentales. Se volvió astuto; tenía tiempo libre para dedicarlo a pensar en tretas. Impedido de obtener su parte de carne y pescado cuando se daba de comer a los perros del campamento

en general, se convirtió en un ladrón hábil. Tenía que buscar su propio sustento, y lo hacía bien, aunque muchas veces era un castigo para las mujeres indias. Aprendió a moverse sigiloso por el campamento, a ser taimado, a estar al tanto de todo lo que pasaba, a ver y oír todo y a razonar en consecuencia, y a idear con éxito formas de evitar a su implacable perseguidor.

Fue en los primeros días de su persecución cuando ejecutó su primera gran jugada maestra y obtuvo de ella su primer sabor de venganza. Así como Kiche, cuando vivía con los lobos, había atraído a la destrucción a los perros de los campamentos humanos, así Colmillo Blanco, de un modo similar, atrajo a Hocico hasta las mandíbulas vengadoras de Kiche. Retrocediendo ante Hocico, Colmillo Blanco trazó una huida indirecta que serpenteaba entre los distintos tipis del campamento. Era buen corredor, más veloz que cualquier cachorro de su tamaño, y más veloz que Hocico. Pero no corrió al máximo en aquella persecución. Apenas se mantuvo a la cabeza, un salto por delante de su perseguidor.

Hocico, excitado por la carrera y por la cercanía persistente de su víctima, olvidó la cautela y la ubicación. Cuando se acordó de dónde estaba, fue demasiado tarde. Doblando a toda velocidad una esquina de un tipi, se estrelló de lleno contra Kiche, que yacía al extremo de su palo. Dio un solo aullido de consternación, y entonces las mandíbulas castigadoras de ella se cerraron sobre él. Estaba atada, pero él no podía librarse de ella fácilmente. Lo derribó para que no pudiera correr, mientras le desgarraba y rajaba repetidamente con los colmillos.

Cuando al fin logró zafarse de ella rodando, se puso en pie como pudo, maltrecho, herido en el cuerpo y en el orgullo. El pelo se le levantaba por todas partes en mechones allí donde los dientes de ella lo habían maltratado. Se quedó donde se había levantado, abrió la boca y prorrumpió en el largo y desgarrador aullido de cachorro. Pero ni siquiera eso le fue permitido completar. A la mitad, Colmillo Blanco, lanzándose sobre él, le hundió los dientes en la pata trasera. No le quedaban ganas de pelear, y huyó vergonzosamente, con su

víctima pisándole los talones y acosándolo todo el camino de vuelta a su propio tipi. Allí las mujeres indias acudieron en su auxilio, y Colmillo Blanco, convertido en un demonio furioso, fue finalmente ahuyentado solo por una andanada de piedras.

Llegó el día en que Castor Gris, juzgando que ya no había peligro de que se escapara, soltó a Kiche. Colmillo Blanco se regocijó con la libertad de su madre. La acompañó gozoso por el campamento; y mientras permanecía junto a ella, Hocico guardaba una distancia respetuosa. Colmillo Blanco incluso se le erizó y caminó con las patas rígidas, pero Hocico ignoró el desafío. No era ningún tonto tampoco, y cualquier venganza que deseara, podía esperar a pillar a Colmillo Blanco solo.

Más tarde aquel día, Kiche y Colmillo Blanco se internaron en la linde del bosque junto al campamento. Él había conducido a su madre hasta allí, paso a paso, y ahora, cuando ella se detuvo, intentó engatusarla para que siguiera adelante. El arroyo, la guarida y el bosque silencioso lo llamaban, y quería que ella fuera. Corrió unos pasos, se detuvo y miró atrás. Ella no se había movido. Gimoteó suplicante, correteó juguetón entre la maleza. Volvió corriendo a ella, le lamió la cara y echó a correr de nuevo. Pero ella seguía sin moverse. Se detuvo y la miró, todo intención y anhelo expresados físicamente, que fueron desvaneciéndose lentamente a medida que ella volvía la cabeza y miraba hacia el campamento.

Algo lo llamaba allí afuera, en campo abierto. Su madre lo oía también. Pero también oía aquella otra llamada, más fuerte, la llamada del fuego y del hombre, la llamada que solo al lobo entre todos los animales le ha sido dado responder, al lobo y al perro salvaje, que son hermanos.

Kiche se volvió y regresó despacio al trote hacia el campamento. Más fuerte que la atadura física del palo era la garra del campamento sobre ella. Invisibles y ocultamente, los dioses seguían sujetándola con su poder y no la dejaban marchar. Colmillo Blanco se sentó a la sombra de un abedul y gimoteó quedamente. Había un fuerte olor a pino, y fragancias sutiles del bosque llenaban el aire,

recordándole su vieja vida de libertad, antes de los días de su cautiverio. Pero no era aún más que un cachorro a medio crecer, y más fuerte que la llamada del hombre o de la Naturaleza Salvaje era la llamada de su madre. Todas las horas de su corta vida había dependido de ella. Aún no había llegado el tiempo de la independencia. Así que se levantó y volvió trotando tristemente al campamento, deteniéndose una vez, y dos, para sentarse y gimotear y escuchar la llamada que aún resonaba en las profundidades del bosque.

En la Naturaleza Salvaje, el tiempo de una madre con sus crías es breve; pero bajo el dominio del hombre, a veces es aún más breve. Así fue con Colmillo Blanco. Castor Gris tenía una deuda con Tres Águilas. Tres Águilas se marchaba de viaje río Mackenzie arriba, hacia el Gran Lago del Esclavo. Una tira de tela escarlata, una piel de oso, veinte cartuchos y Kiche sirvieron para saldar la deuda. Colmillo Blanco vio a su madre subida a la canoa de Tres Águilas e intentó seguirla. Un golpe de Tres Águilas lo lanzó de vuelta a tierra. La canoa se alejó. Él se arrojó al agua y nadó tras ella, sordo a los gritos cortantes de Castor Gris ordenándole que volviera. Incluso a un animal-hombre, a un dios, ignoró Colmillo Blanco: tal era el terror que sentía de perder a su madre.

Pero los dioses están acostumbrados a ser obedecidos, y Castor Gris lanzó furioso una canoa en su persecución. Cuando alcanzó a Colmillo Blanco, se inclinó y por la nuca lo sacó del agua. No lo depositó inmediatamente en el fondo de la canoa. Sujetándolo en el aire con una mano, con la otra procedió a darle una paliza. Y fue una paliza. Su mano era pesada. Cada golpe estaba calculado para hacer daño; y propinó una multitud de golpes.

Impulsado por los golpes que llovían sobre él, ahora de un lado, ahora del otro, Colmillo Blanco se balanceaba de acá para allá como un péndulo errático y nervioso. Variadas eran las emociones que lo recorrían. Al principio sintió sorpresa. Después un momentáneo miedo, durante el cual aulló varias veces al impacto de la mano. Pero esto fue seguido rápidamente por la rabia. Su naturaleza libre

se reafirmó, y enseñó los dientes y gruñó sin miedo a la cara del dios iracundo. Esto solo sirvió para enfurecer más al dios. Los golpes fueron más rápidos, más pesados, más certeros en su crueldad.

Castor Gris siguió golpeando, Colmillo Blanco siguió gruñendo. Pero aquello no podía durar eternamente. Uno de los dos tenía que ceder, y ese fue Colmillo Blanco. El miedo lo inundó de nuevo. Por primera vez estaba siendo realmente maltratado por un hombre. Los golpes ocasionales de palos y piedras que había sufrido antes eran caricias comparados con aquello. Se derrumbó y empezó a llorar y aullar. Durante un tiempo cada golpe le arrancaba un alarido; pero el miedo se convirtió en terror, hasta que finalmente sus alaridos brotaban en una sucesión ininterrumpida, sin conexión con el ritmo del castigo.

Al fin Castor Gris contuvo la mano. Colmillo Blanco, colgando inerte, siguió llorando. Aquello pareció satisfacer a su amo, que lo arrojó sin miramientos al fondo de la canoa. Mientras tanto, la canoa había derivado río abajo. Castor Gris cogió el remo. Colmillo Blanco le estorbaba. Lo apartó salvajemente de una patada. En ese momento la naturaleza libre de Colmillo Blanco resurgió, y hundió los dientes en el pie calzado con mocasín.

La paliza anterior no fue nada comparada con la que recibió entonces. La cólera de Castor Gris fue terrible; y no menos lo fue el espanto de Colmillo Blanco. No solo la mano, sino el duro remo de madera fue usado contra él; y estaba magullado y dolorido en todo su pequeño cuerpo cuando fue arrojado de nuevo al fondo de la canoa. De nuevo, y esta vez con intención, Castor Gris le dio una patada. Colmillo Blanco no repitió su ataque al pie. Había aprendido otra lección de su cautiverio. Nunca, por ninguna circunstancia, debía atreverse a morder al dios que era su señor y amo; el cuerpo del señor y amo era sagrado, no debía ser profanado por los dientes de alguien como él. Ese era evidentemente el crimen de los crímenes, la única ofensa que no admitía perdón ni disculpa.

Cuando la canoa tocó la orilla, Colmillo Blanco yacía gimoteando e inmóvil, esperando la voluntad de Castor Gris. La voluntad de Castor

Gris fue que desembarcara, y desembarcó lanzado por los aires, golpeándose fuertemente de costado y avivando el dolor de sus magulladuras. Se puso en pie temblando y quedó allí gimoteando. Hocico, que había observado todo el proceso desde la orilla, se abalanzó sobre él, lo derribó y le hundió los dientes. Colmillo Blanco estaba demasiado indefenso para defenderse, y habría pasado un mal rato de no haber salido disparado el pie de Castor Gris, levantando a Hocico por los aires con tal violencia que cayó a tierra cuatro metros más allá. Era la justicia del animal-hombre; y aún entonces, en su propia situación lastimera, Colmillo Blanco experimentó un pequeño estremecimiento de gratitud. A los talones de Castor Gris cruzó obedientemente y cojeando la aldea hasta el tipi. Y así fue como Colmillo Blanco aprendió que el derecho a castigar era algo que los dioses se reservaban para sí mismos y negaban a las criaturas inferiores bajo ellos.

Aquella noche, cuando todo estaba en calma, Colmillo Blanco se acordó de su madre y lloró por ella. Lloró demasiado fuerte y despertó a Castor Gris, que le pegó. Después lloró quedamente cuando los dioses estaban cerca. Pero a veces, internándose solo en la linde del bosque, daba rienda suelta a su pena y la lloraba con fuertes quejidos y lamentos.

Fue durante este período cuando podría haber atendido a los recuerdos de la guarida y el arroyo y haber regresado a la Naturaleza Salvaje. Pero el recuerdo de su madre lo retenía. Así como los animales-hombres cazadores salían y volvían, así ella volvería algún día a la aldea. De modo que permaneció en su cautiverio esperándola.

Pero no fue un cautiverio del todo infeliz. Había mucho que le interesaba. Siempre estaba pasando algo. No había fin a las cosas extrañas que hacían aquellos dioses, y él siempre tenía curiosidad por verlas. Además, estaba aprendiendo a llevarse bien con Castor Gris. Obediencia, rígida, inflexible obediencia, era lo que se exigía de él; y a cambio se libraba de las palizas y su existencia era tolerada.

Es más, el propio Castor Gris le arrojaba a veces un trozo de carne, y lo defendía de los otros perros mientras se lo comía. Y un trozo de carne así tenía valor. Valía más, de algún modo extraño, que una docena de trozos de la mano de una mujer india. Castor Gris nunca lo acariciaba ni le hacía mimos. Quizá era el peso de su mano, quizá su justicia, quizá su puro poder, y quizá eran todas esas cosas lo que influía en Colmillo Blanco; porque un cierto vínculo de apego se estaba formando entre él y su adusto señor.

Insidiosamente, y por caminos indirectos, tanto como por el poder del palo y la piedra y el coscorrón de la mano, los grilletes del cautiverio de Colmillo Blanco se iban remachando. Las cualidades de su especie que al principio hicieron posible que se acercaran a los fuegos de los hombres eran cualidades susceptibles de desarrollo. Se estaban desarrollando en él, y la vida del campamento, por más miserable que fuese, se le estaba haciendo secretamente querida a cada momento. Pero Colmillo Blanco no era consciente de ello. Solo conocía el dolor de la pérdida de Kiche, la esperanza de su regreso y un anhelo hambriento por la vida libre que había sido suya.

CAPÍTULO III

EL PARIA

Hocico siguió ensombreciéndole los días de tal modo que Colmillo Blanco se volvió más perverso y feroz de lo que le correspondía por naturaleza. La ferocidad era parte de su constitución, pero la ferocidad así desarrollada excedía su constitución. Se ganó una reputación de perversidad entre los propios animales-hombres. Dondequiera que hubiese problemas y alboroto en el campamento, peleas y trifulcas o el grito de una mujer india por un trozo de carne robado, seguro que encontraban a Colmillo Blanco metido de por medio y generalmente en el origen de todo. No se molestaban en buscar las causas de su conducta. Solo veían los efectos, y los efectos eran malos. Era un furtivo y un ladrón, un liante, un instigador de problemas; y las mujeres indias furiosas le decían a la cara, mientras él las miraba alerta y preparado para esquivar cualquier proyectil lanzado de improviso, que era un lobo y un inútil y que estaba destinado a mal fin.

Se encontró convertido en un paria en medio del populoso campamento. Todos los perros jóvenes seguían el ejemplo de Hocico. Había una diferencia entre Colmillo Blanco y ellos. Quizá percibían su sangre silvestre, e instintivamente sentían hacia él la enemistad que el perro doméstico siente hacia el lobo. Pero fuera como fuese, se unieron a Hocico en la persecución. Y una vez

declarados contra él, encontraron buenas razones para seguir declarados contra él. Todos y cada uno, de cuando en cuando, sentían sus dientes; y hay que decir en su favor que él daba más de lo que recibía. A muchos de ellos podía vencerlos en combate singular; pero el combate singular le era negado. El comienzo de una pelea así era la señal para que todos los perros jóvenes del campamento acudieran corriendo y se le echaran encima.

De esta persecución de jauría aprendió dos cosas importantes: cómo cuidarse en una pelea de masas contra él, y cómo, contra un solo perro, infligir la mayor cantidad de daño en el menor espacio de tiempo. Mantenerse en pie en medio de la masa hostil significaba vivir, y esto lo aprendió bien. Se volvió felino en su capacidad de mantenerse de pie. Incluso los perros adultos podían lanzarlo hacia atrás o de costado con el impacto de sus cuerpos pesados; y hacia atrás o de costado iría, por el aire o deslizándose por el suelo, pero siempre con las patas bajo el cuerpo y los pies hacia abajo, hacia la madre tierra.

Cuando los perros pelean, suele haber preliminares antes del combate propiamente dicho: gruñidos, erizamientos y pasos rígidos de gallito. Pero Colmillo Blanco aprendió a prescindir de esos preliminares. La demora significaba que se le echaban encima todos los perros jóvenes. Tenía que hacer su trabajo rápido y escapar. Así que aprendió a no dar aviso de sus intenciones. Se lanzaba y mordía y desgarraba en el acto, sin advertencia, antes de que su enemigo pudiera prepararse para enfrentarlo. Así aprendió a infligir daño rápido y severo. También aprendió el valor de la sorpresa. Un perro, pillado desprevenido, con el hombro rajado o la oreja hecha jirones antes de saber qué estaba pasando, era un perro medio vencido.

Además, era notablemente fácil derribar a un perro pillado por sorpresa; y un perro así derribado exponía invariablemente por un instante la parte blanda del cuello: el punto vulnerable donde atacar para quitarle la vida. Colmillo Blanco conocía ese punto. Era un conocimiento legado directamente por las generaciones cazadoras de lobos. Así que el método de Colmillo Blanco cuando tomaba la

ofensiva era: primero, encontrar a un perro joven solo; segundo, sorprenderlo y derribarlo; y tercero, lanzarse con los dientes a la garganta blanda.

Al estar solo a medio crecer, sus mandíbulas no eran aún lo bastante grandes ni fuertes para hacer mortal su ataque a la garganta; pero más de un perro joven andaba por el campamento con la garganta lacerada como testimonio de las intenciones de Colmillo Blanco. Y un día, pillando a uno de sus enemigos solo en la linde del bosque, logró, a fuerza de derribarlo repetidamente y atacarle la garganta, cortar la gran vena y dejar escapar la vida. Aquella noche hubo un gran escándalo. Lo habían visto, la noticia había sido llevada al amo del perro muerto, las mujeres recordaron todos los episodios de carne robada, y Castor Gris fue asediado por muchas voces airadas. Pero él se mantuvo firme a la puerta de su tipi, dentro del cual había colocado al culpable, y se negó a permitir la venganza que clamaba su tribu.

Colmillo Blanco fue odiado por hombres y perros. Durante este período de su desarrollo no conoció un instante de seguridad. Todos los dientes de perro estaban contra él, todas las manos de hombre. Lo recibían con gruñidos los de su especie, con maldiciones y piedras sus dioses. Vivía en tensión. Estaba siempre alerta, preparado para el ataque, en guardia contra ser atacado, con un ojo siempre puesto en los proyectiles repentinos e inesperados, dispuesto a actuar con precipitación y sangre fría, a lanzarse con un destello de dientes o a retroceder con un gruñido amenazante.

En cuanto a gruñir, podía gruñir más terriblemente que cualquier perro, joven o viejo, del campamento. La intención del gruñido es advertir o asustar, y se necesita criterio para saber cuándo debe usarse. Colmillo Blanco sabía cómo hacerlo y cuándo. En su gruñido incorporaba todo lo que había de vicioso, maligno y horrible. Con la nariz arrugada en espasmos continuos, el pelo erizándose en oleadas recurrentes, la lengua asomando y retrayéndose como una serpiente roja, las orejas aplastadas, los ojos brillando de odio, los labios retraídos y los colmillos al descubierto y goteando saliva,

podía hacer vacilar a casi cualquier agresor. Una pausa momentánea, cuando lo pillaban desprevenido, le daba el instante vital para pensar y decidir su acción. Pero a menudo una pausa así ganada se prolongaba hasta convertirse en un cese completo del ataque. Y ante más de un perro adulto, el gruñido de Colmillo Blanco le permitió batirse en honorable retirada.

Paria él mismo de la jauría de los perros a medio crecer, sus métodos sanguinarios y su notable eficacia hacían que la jauría pagara por su persecución. Como a él no se le permitía correr con la jauría, se daba la curiosa situación de que ningún miembro de la jauría podía correr fuera de ella. Colmillo Blanco no lo permitía. Con sus tácticas de emboscada y celada, los perros jóvenes temían correr solos. Con la excepción de Hocico, se veían obligados a apretujarse para protegerse mutuamente contra el terrible enemigo que se habían creado. Un cachorro solo en la ribera del río significaba un cachorro muerto o un cachorro que despertaba al campamento con sus agudos gritos de dolor y terror al huir del lobezno que le había tendido una emboscada.

Pero las represalias de Colmillo Blanco no cesaron ni cuando los perros jóvenes aprendieron bien que debían mantenerse juntos. Los atacaba cuando los pillaba solos, y ellos lo atacaban cuando iban en grupo. Verlo bastaba para que se lanzaran tras él, momentos en que su velocidad solía ponerlo a salvo. Pero ¡ay del perro que se adelantara a sus compañeros en esa persecución! Colmillo Blanco había aprendido a volverse de pronto contra el perseguidor que iba a la cabeza de la jauría y a destrozarlo a conciencia antes de que el grupo pudiera llegar. Esto ocurría con gran frecuencia, porque, una vez lanzados a la carrera, los perros tendían a olvidarse de sí mismos en la excitación de la persecución, mientras que Colmillo Blanco nunca se olvidaba. Lanzando miradas furtivas hacia atrás mientras corría, estaba siempre listo para volverse y derribar al perseguidor demasiado entusiasta que se adelantaba al resto.

Los perros jóvenes están destinados a jugar, y de las exigencias de la situación hicieron su juego en aquella guerra simulada. Así fue

como la caza de Colmillo Blanco se convirtió en su juego principal..., un juego mortal, sin embargo, y en todo momento serio. Él, por su parte, siendo el más veloz, no temía aventurarse a ningún sitio. Durante el período en que esperó en vano que su madre regresara, guió a la jauría en muchas carreras alocadas por los bosques adyacentes. Pero la jauría invariablemente lo perdía. Su ruido y sus ladridos lo alertaban de su presencia, mientras que él corría solo, con pisadas de terciopelo, en silencio, una sombra en movimiento entre los árboles, a la manera de su padre y su madre antes que él. Además, estaba más directamente conectado con la Naturaleza Salvaje que ellos; y conocía más de sus secretos y estratagemas. Uno de sus trucos favoritos era perder el rastro en el agua corriente y luego quedarse tumbado y quieto en una espesura cercana mientras los ladridos desconcertados se alzaban a su alrededor.

Odiado por los de su especie y por la humanidad, indomable, perpetuamente combatido y combatiendo él perpetuamente, su desarrollo fue rápido y unilateral. No era aquel un terreno para que florecieran la amabilidad y el afecto. De tales cosas no tenía el menor atisbo. El código que aprendió fue obedecer al fuerte y oprimir al débil. Castor Gris era un dios, y fuerte. Por lo tanto, Colmillo Blanco le obedecía. Pero el perro más joven o más pequeño que él era débil, una cosa a destruir. Su desarrollo iba en la dirección del poder. Para hacer frente al peligro constante de daño e incluso de destrucción, sus facultades depredadoras y defensivas se desarrollaron en exceso. Se volvió más rápido de movimientos que los otros perros, más veloz de patas, más astuto, más mortífero, más ágil, más magro de músculos y tendones acerados, más resistente, más cruel, más feroz y más inteligente. Tenía que convertirse en todo eso, pues de otro modo no habría mantenido su puesto ni sobrevivido en el entorno hostil en que se encontraba.

CAPÍTULO IV

EL SENDERO DE LOS DIOSES

En el otoño, cuando los días se acortaban y la mordedura de la escarcha empezaba a notarse en el aire, Colmillo Blanco tuvo su oportunidad de alcanzar la libertad. Durante varios días había habido un gran ajetreo en la aldea. Se estaba desmontando el campamento de verano, y la tribu, con todos sus bártulos, se preparaba para partir hacia los cazaderos de otoño. Colmillo Blanco lo observó todo con ojos ávidos, y cuando los tipis empezaron a desmontarse y las canoas se cargaban en la orilla, comprendió. Ya se alejaban las canoas, y algunas habían desaparecido río abajo.

Con toda deliberación decidió quedarse atrás. Esperó la oportunidad de escabullirse del campamento al bosque. Allí, en el arroyo de corriente viva donde empezaba a formarse hielo, borró su rastro. Después se arrastró hasta el corazón de una espesura cerrada y esperó. El tiempo pasó, y durmió a intervalos durante horas. Lo despertó la voz de Castor Gris llamándolo por su nombre. Había otras voces. Colmillo Blanco podía oír a Klu-kuch, la mujer de Castor Gris, participando en la búsqueda, y a Mit-sah, el hijo de Castor Gris.

Colmillo Blanco temblaba de miedo, y aunque sintió el impulso de salir de su escondite, lo resistió. Pasado un tiempo las voces se

apagaron, y un rato después se deslizó fuera para disfrutar del éxito de su empresa. Caía la oscuridad, y durante un rato jugueteó entre los árboles, gozando de su libertad. Entonces, de pronto, tomó conciencia de la soledad. Se sentó a reflexionar, escuchando el silencio del bosque, perturbado por él. Que nada se moviera ni sonara le parecía ominoso. Presentía el acecho del peligro, invisible e insospechado. Recelaba de las masas amenazantes de los árboles y de las sombras oscuras que podían ocultar toda clase de cosas peligrosas.

Después llegó el frío. Aquí no había la pared tibia de un tipi contra la que acurrucarse. La escarcha le llegaba a las patas, y no dejaba de levantar primero una y luego la otra. Enroscó su cola peluda para cubrirlas, y al mismo tiempo tuvo una visión. No había nada de extraño en ella. Ante su mirada interior desfilaba una sucesión de imágenes de la memoria. Volvía a ver el campamento, los tipis, el resplandor de los fuegos. Oía las voces agudas de las mujeres, los graves tonos de los hombres y los gruñidos de los perros. Tenía hambre, y recordaba los trozos de carne y pescado que le habían arrojado. Aquí no había carne, nada más que un silencio amenazador e incomedible.

Su cautiverio lo había ablandado. La irresponsabilidad lo había debilitado. Había olvidado cómo buscarse la vida. La noche bostezaba a su alrededor. Sus sentidos, acostumbrados al bullicio del campamento, habituados al impacto continuo de imágenes y sonidos, estaban ahora ociosos. No había nada que hacer, nada que ver ni oír. Se esforzaban por captar alguna interrupción del silencio y la inmovilidad de la naturaleza. Los sobrecogía la inacción y la sensación de algo terrible a punto de suceder.

Dio un gran respingo de espanto. Algo colosal e informe cruzaba su campo de visión. Era la sombra de un árbol proyectada por la luna, cuya faz las nubes habían despejado. Tranquilizado, gimoteó quedamente; después reprimió el quejido por miedo a atraer la atención de los peligros al acecho.

Un árbol, contrayéndose con el frío de la noche, emitió un ruido fuerte. Estaba justo encima de él. Aulló de espanto. Lo invadió el pánico, y corrió enloquecido hacia la aldea. Sentía un deseo irresistible de la protección y la compañía del hombre. En sus narices estaba el olor del humo del campamento. En sus oídos resonaban los sonidos y los gritos del campamento. Salió del bosque y entró en el claro bañado de luna, donde no había sombras ni oscuridades. Pero ninguna aldea se ofreció a sus ojos. Lo había olvidado. La aldea se había marchado.

Su carrera desbocada cesó de golpe. No había adónde huir. Se arrastró desolado por el campamento desierto, olfateando los montones de basura y los trapos y desechos de los dioses. Se habría alegrado del repiqueteo de piedras a su alrededor, lanzadas por una mujer india furiosa, se habría alegrado de la mano de Castor Gris cayéndole encima con ira; y habría recibido con deleite a Hocico y a toda la jauría gruñona y cobarde.

Llegó al lugar donde había estado el tipi de Castor Gris. En el centro del espacio que había ocupado, se sentó. Apuntó el hocico a la luna. La garganta se le contrajo en espasmos rígidos, la boca se le abrió, y en un aullido desgarrador brotó a borbotones su soledad y su miedo, su pena por Kiche, todos sus pasados sufrimientos y miserias, así como el presentimiento de padecimientos y peligros por venir. Era el largo aullido del lobo, profundo y lastimero, el primer aullido que había emitido en su vida.

La llegada de la luz del día disipó sus miedos pero acrecentó su soledad. La tierra desnuda, que tan poco antes había estado tan poblada, le imponía su soledad con más fuerza. No tardó mucho en decidirse. Se zambulló en el bosque y siguió la ribera río abajo. Corrió todo el día. No descansó. Parecía hecho para correr eternamente. Su cuerpo de hierro ignoraba la fatiga. Y cuando llegó la fatiga, su herencia de resistencia lo sostuvo en un esfuerzo interminable y le permitió empujar adelante su cuerpo quejumbroso.

Donde el río chocaba contra acantilados escarpados, trepaba las altas montañas de atrás. Los ríos y arroyos que desembocaban en el

río principal los vadeaba o los cruzaba a nado. A menudo se aventuraba por la orilla de hielo que empezaba a formarse, y más de una vez rompió la capa y luchó por su vida en la corriente helada. Siempre estaba al acecho del sendero de los dioses, por si abandonaba el río para internarse tierra adentro.

Colmillo Blanco era más inteligente que la media de su especie; sin embargo, su visión mental no era lo bastante amplia para abarcar la otra orilla del Mackenzie. ¿Y si el sendero de los dioses llevaba por aquel lado? Nunca se le pasó por la cabeza. Más adelante, cuando hubiera viajado más y fuera mayor y más sabio y conociera mejor los senderos y los ríos, quizá pudiera captar y concebir tal posibilidad. Pero ese poder mental pertenecía aún al futuro. Por ahora corría a ciegas, contando solo con su orilla del Mackenzie.

Corrió toda la noche, tropezando en la oscuridad con percances y obstáculos que lo retrasaban pero no lo desanimaban. A mediodía del segundo día llevaba corriendo sin parar treinta horas, y el hierro de su carne empezaba a ceder. Era la resistencia de su voluntad lo que lo mantenía en marcha. No había comido en cuarenta horas, y estaba débil de hambre. Los repetidos remojos en el agua helada también le habían pasado factura. Su hermoso pelaje estaba empapado y sucio. Las anchas almohadillas de sus patas estaban magulladas y sangraban. Había empezado a cojear, y la cojera aumentaba con las horas. Para empeorar las cosas, la luz del cielo se oscureció y empezó a nevar: una nieve húmeda, cruda, que se derretía, se pegaba, resbaladiza bajo los pies, que le ocultaba el paisaje que recorría y cubría las irregularidades del terreno, de modo que el camino de sus patas era más difícil y doloroso.

Castor Gris había pensado acampar aquella noche en la orilla opuesta del Mackenzie, pues en aquella dirección estaban los cazaderos. Pero en la orilla cercana, poco antes del anochecer, Klu-kuch había avistado un alce que bajaba a beber. Si el alce no hubiera bajado a beber, si Mit-sah no se hubiera desviado del rumbo a causa de la nieve, si Klu-kuch no hubiera avistado al alce, y si Castor Gris

no lo hubiera abatido con un tiro afortunado de su rifle, todo lo que siguió habría sucedido de otra manera. Castor Gris no habría acampado en la orilla cercana del Mackenzie, y Colmillo Blanco habría pasado de largo y seguido adelante, bien para morir o para encontrar el camino hasta sus hermanos salvajes y hacerse uno de ellos: un lobo hasta el fin de sus días.

Había caído la noche. La nieve arreciaba, y Colmillo Blanco, gimoteando quedamente para sí mientras tropezaba y cojeaba, dio con un rastro fresco en la nieve. Tan fresco era que supo al instante lo que era. Gimiendo de ansiedad, lo siguió apartándose de la ribera y adentrándose entre los árboles. Los sonidos del campamento llegaron a sus oídos. Vio el resplandor del fuego, a Klu-kuch cocinando y a Castor Gris acucillado masticando un trozo de sebo crudo. ¡Había carne fresca en el campamento!

Colmillo Blanco esperaba una paliza. Se encogió y se erizó ligeramente al pensarlo. Después siguió avanzando. Temía y le disgustaba la paliza que sabía le esperaba. Pero sabía, además, que el consuelo del fuego sería suyo, la protección de los dioses, la compañía de los perros..., esta última, una compañía de enemistad, pero compañía al fin y al cabo, y satisfactoria para sus necesidades gregarias.

Se acercó arrastrándose y agazapándose a la luz del fuego. Castor Gris lo vio y dejó de masticar el sebo. Colmillo Blanco se arrastró despacio, encogiéndose y prosternándose en la abyección de su humillación y sumisión. Se arrastró directamente hacia Castor Gris, cada centímetro de su avance más lento y doloroso. Al fin se tendió a los pies del amo, en cuya posesión ahora se entregaba, voluntariamente, en cuerpo y alma. Por propia elección, venía a sentarse junto al fuego del hombre y a dejarse gobernar por él. Colmillo Blanco temblaba, esperando que cayera el castigo. Hubo un movimiento de la mano sobre él. Se encogió involuntariamente ante el golpe esperado. No cayó. Levantó la mirada furtivamente. ¡Castor Gris estaba partiendo el trozo de sebo por la mitad! ¡Castor Gris le estaba ofreciendo una mitad! Muy suavemente y con cierta

susplicacia, primero olió el sebo y después procedió a comérselo. Castor Gris ordenó que le trajeran carne, y lo protegió de los otros perros mientras comía. Después, agradecido y satisfecho, Colmillo Blanco se tumbó a los pies de Castor Gris, contemplando el fuego que lo calentaba, parpadeando y dormitando, seguro en la certeza de que el día siguiente no lo encontraría vagando desolado por las desoladas extensiones del bosque, sino en el campamento de los animales-hombres, con los dioses a quienes se había entregado y de quienes ahora dependía.

CAPÍTULO V

EL PACTO

Bien entrado diciembre, Castor Gris emprendió un viaje río Mackenzie arriba. Mit-sah y Klu-kuch lo acompañaban. Un trineo lo conducía él mismo, tirado por perros que había conseguido en trueque o prestados. Un segundo trineo, más pequeño, lo conducía Mit-sah, y a este iba enganchado un tiro de cachorros. Era más un juguete que otra cosa, pero hacía las delicias de Mit-sah, que sentía que empezaba a hacer un trabajo de hombre en el mundo. Además, estaba aprendiendo a conducir perros y a adiestrarlos; mientras que los propios cachorros se iban acostumbrando al arnés. Por lo demás, el trineo prestaba algún servicio, pues cargaba cerca de noventa kilos de equipo y comida.

Colmillo Blanco había visto a los perros del campamento trabajando con el arnés, de modo que no se resintió demasiado cuando le pusieron el suyo por primera vez. Le colocaron alrededor del cuello un collar relleno de musgo, que estaba conectado por dos tirantes a una correa que le rodeaba el pecho y le pasaba por encima del lomo. A esta iba sujeta la larga cuerda con la que tiraba del trineo.

Había siete cachorros en el tiro. Los demás habían nacido antes en el año y tenían nueve o diez meses, mientras que Colmillo Blanco

tenía solo ocho. Cada perro estaba sujeto al trineo por una sola cuerda. Ninguna cuerda era de la misma longitud, y la diferencia entre dos cualesquiera era al menos de un largo de perro. Todas las cuerdas convergían en una argolla en la parte delantera del trineo. El trineo propiamente dicho no tenía patines, sino que era un tobogán de corteza de abedul, con la parte delantera curvada hacia arriba para impedir que se hundiera en la nieve. Esta construcción permitía distribuir el peso del trineo y la carga sobre la mayor superficie de nieve posible, porque la nieve era polvo cristalino y muy blanda. Siguiendo el mismo principio de máxima distribución del peso, los perros, al extremo de sus cuerdas, se abrían en abanico desde el morro del trineo, de modo que ningún perro pisaba las huellas de otro.

Había, además, otra virtud en la formación en abanico. Las cuerdas de distinta longitud impedían que los perros atacaran por detrás a los que corrían delante de ellos. Para que un perro atacara a otro, tendría que volverse contra uno de cuerda más corta. En tal caso se encontraría cara a cara con el perro atacado, y también cara a cara con el látigo del conductor. Pero la virtud más singular de todas residía en el hecho de que el perro que intentaba atacar a uno de delante debía tirar del trineo más deprisa, y cuanto más deprisa viajaba el trineo, más deprisa podía correr el perro atacado para escapar. Así, el perro de atrás nunca podía alcanzar al de delante. Cuanto más deprisa corría, más deprisa corría el perseguido, y más deprisa corrían todos. De paso, el trineo iba más deprisa, y así, por ingeniosa vía indirecta, el hombre aumentaba su dominio sobre las bestias.

Mit-sah se parecía a su padre, de cuya sabiduría gris poseía mucho. En el pasado había observado la persecución de Hocico contra Colmillo Blanco; pero por entonces Hocico era el perro de otro hombre, y Mit-sah nunca se había atrevido a más que lanzarle alguna piedra de vez en cuando. Pero ahora Hocico era su perro, y procedió a vengarse poniéndolo al extremo de la cuerda más larga. Esto hacía de Hocico el líder, lo cual era aparentemente un honor;

pero en realidad le quitaba todo honor, y en lugar de ser el matón y amo de la jauría, se encontraba ahora odiado y perseguido por ella.

Porque corría al extremo de la cuerda más larga, los perros siempre lo veían huyendo delante de ellos. Todo lo que veían de él era su cola peluda y sus patas traseras en fuga, una vista mucho menos feroz e intimidante que su crin erizada y sus colmillos relucientes. Además, dada la constitución mental de los perros, verlo huir les provocaba el deseo de correr tras él y la sensación de que huía de ellos.

En cuanto el trineo se ponía en marcha, el tiro se lanzaba tras Hocico en una persecución que duraba todo el día. Al principio había tendido a volverse contra sus perseguidores, celoso de su dignidad y furioso; pero en esos momentos Mit-sah le lanzaba el latigazo punzante de su látigo de tripa de caribú de diez metros a la cara y lo obligaba a dar media vuelta y seguir corriendo. Hocico podía enfrentarse a la jauría, pero no podía enfrentarse a aquel látigo, y lo único que le quedaba era mantener la cuerda tensa y los flancos por delante de los dientes de sus compañeros.

Pero una astucia aún mayor se ocultaba en los repliegues de la mente india. Para dar estímulo a la persecución interminable del líder, Mit-sah lo favorecía sobre los otros perros. Estos favores despertaban en ellos celos y odio. En su presencia, Mit-sah le daba carne, y se la daba solo a él. Esto los enloquecía. Rabiaban a su alrededor justo fuera del alcance del látigo, mientras Hocico devoraba la carne y Mit-sah lo protegía. Y cuando no había carne que dar, Mit-sah mantenía al tiro a distancia y fingía dar carne a Hocico.

Colmillo Blanco se adaptó bien al trabajo. Había recorrido un camino más largo que los demás perros en su rendición a la autoridad de los dioses, y había aprendido más a fondo la futilidad de oponerse a su voluntad. Además, la persecución que había sufrido de la jauría había hecho que la jauría contara menos para él en el orden de las cosas, y el hombre más. No había aprendido a depender de los de su especie para tener compañía. Además, Kiche

estaba casi olvidada; y la principal vía de expresión que le quedaba era la lealtad que rendía a los dioses que había aceptado como amos. Así que trabajaba duro, aprendió disciplina y era obediente. La fidelidad y la buena disposición caracterizaban su trabajo. Estos son rasgos esenciales del lobo y del perro salvaje cuando se han domesticado, y estos rasgos los poseía Colmillo Blanco en grado inusual.

Existía una compañía entre Colmillo Blanco y los otros perros, pero era una compañía de guerra y enemistad. Nunca había aprendido a jugar con ellos. Solo sabía pelear, y pelear con ellos peleaba, devolviéndoles centuplicados los mordiscos y tajos que le habían dado en los tiempos en que Hocico era el líder de la jauría. Pero Hocico ya no era líder, salvo cuando huía delante de sus compañeros al extremo de su cuerda, con el trineo rebotando detrás. En el campamento se pegaba a Mit-sah, a Castor Gris o a Klu-kuch. No se atrevía a alejarse de los dioses, porque ahora los colmillos de todos los perros estaban contra él, y apuraba hasta las heces la persecución que había sido de Colmillo Blanco.

Con la caída de Hocico, Colmillo Blanco podría haberse convertido en líder de la jauría. Pero era demasiado hosco y solitario para eso. Simplemente vapuleaba a sus compañeros de tiro. Por lo demás, los ignoraba. Le abrían paso cuando se acercaba; y ni el más atrevido de ellos se atrevía jamás a robarle su carne. Al contrario, devoraban la suya a toda prisa, por miedo a que él se la quitara. Colmillo Blanco conocía la ley bien: oprimir al débil y obedecer al fuerte. Comía su parte de carne tan rápido como podía. Y entonces, ¡ay del perro que no hubiera terminado aún! Un gruñido y un destello de colmillos, y aquel perro aullaba su indignación a las estrellas indiferentes mientras Colmillo Blanco se terminaba su ración por él.

De cuando en cuando, sin embargo, algún perro estallaba en rebeldía y era prontamente sometido. Así Colmillo Blanco se mantenía en forma. Era celoso del aislamiento en que se mantenía en medio de la jauría, y peleaba a menudo para mantenerlo. Pero esas peleas eran breves. Era demasiado rápido para los demás.

Estaban abiertos y sangrando antes de saber qué había pasado, vapuleados casi antes de haber empezado a pelear.

Tan rígida como la disciplina del trineo impuesta por los dioses era la disciplina que Colmillo Blanco mantenía entre sus compañeros. No les permitía la menor libertad. Les imponía un respeto constante. Podían hacer lo que quisieran entre ellos. Eso no era asunto suyo. Pero sí era asunto suyo que lo dejaran en paz en su aislamiento, le abrieran paso cuando decidía caminar entre ellos, y en todo momento reconocieran su dominio. Un amago de patas rígidas por su parte, un labio levantado o un pelo erizado, y se les echaba encima, despiadado y cruel, convenciéndolos rápidamente del error de su conducta.

Era un tirano monstruoso. Su dominio era rígido como el acero. Oprimía al débil sin piedad. No en vano había sido expuesto a las luchas despiadadas por la vida en los días de su infancia, cuando su madre y él, solos y sin ayuda, habían resistido y sobrevivido en el feroz entorno de la Naturaleza Salvaje. Y no en vano había aprendido a caminar con suavidad cuando pasaba una fuerza superior. Oprimía al débil, pero respetaba al fuerte. Y en el transcurso del largo viaje con Castor Gris, caminó ciertamente con mucha suavidad entre los perros adultos de los campamentos de los extraños animales-hombres que encontraron.

Pasaron los meses. El viaje de Castor Gris continuaba. La fuerza de Colmillo Blanco se desarrolló con las largas horas de sendero y el esfuerzo constante del trineo; y habría parecido que su desarrollo mental estaba casi completo. Había llegado a conocer bastante a fondo el mundo en que vivía. Su perspectiva era sombría y materialista. El mundo, tal como él lo veía, era un mundo feroz y brutal, un mundo sin calidez, un mundo en el que las caricias, el afecto y las dulces luminosidades del espíritu no existían.

No sentía afecto por Castor Gris. Es cierto, era un dios, pero un dios de lo más salvaje. Colmillo Blanco aceptaba gustoso su señorío, pero era un señorío basado en la inteligencia superior y la fuerza bruta. Había algo en la fibra del ser de Colmillo Blanco que convertía

aquel señorío en algo deseable, pues de otro modo no habría regresado de la Naturaleza Salvaje cuando lo hizo para ofrecer su lealtad. Había profundidades en su naturaleza que nunca habían sido exploradas. Una palabra amable, un toque acariciador de la mano por parte de Castor Gris podrían haber sondeado esas profundidades; pero Castor Gris no acariciaba ni pronunciaba palabras amables. No era su estilo. Su primacía era salvaje, y salvajemente gobernaba, administrando justicia con un garrote, castigando las transgresiones con el dolor de un golpe, y recompensando el mérito no con amabilidad, sino absteniéndose de golpear.

Así que Colmillo Blanco no sabía nada del paraíso que la mano de un hombre podía contener para él. Además, no le gustaban las manos de los animales-hombres. Desconfiaba de ellas. Era cierto que a veces daban carne, pero más a menudo daban dolor. Las manos eran cosas de las que había que mantenerse lejos. Lanzaban piedras, empuñaban palos, garrotes y látigos, propinaban bofetones y coscorriones, y cuando lo tocaban, eran hábiles para hacer daño con pellizcos, retorcimientos y tirones. En aldeas ajenas se había encontrado con las manos de los niños y había aprendido que eran crueles. Además, en una ocasión un bebé que apenas caminaba casi le había sacado un ojo. A raíz de estas experiencias se volvió receloso de todos los niños. No los toleraba. Cuando se acercaban con sus manos ominosas, se levantaba y se iba.

Fue en una aldea junto al Gran Lago del Esclavo donde, en el curso de su resentimiento contra las malas manos de los animales-hombres, llegó a modificar la ley que había aprendido de Castor Gris: a saber, que el crimen imperdonable era morder a uno de los dioses. En aquella aldea, según la costumbre de todos los perros en todas las aldeas, Colmillo Blanco fue a buscar comida. Un muchacho estaba troceando carne de alce congelada con un hacha, y los pedazos volaban por la nieve. Colmillo Blanco, deslizándose en busca de carne, se detuvo y empezó a comer los pedazos. Observó que el muchacho dejaba el hacha y cogía un garrote. Colmillo Blanco saltó a un lado, justo a tiempo de esquivar el golpe. El muchacho lo

persiguió, y él, un extraño en la aldea, huyó entre dos tipis y se encontró acorralado contra un alto talud de tierra.

No había escape para Colmillo Blanco. La única salida era entre los dos tipis, y esa la guardaba el muchacho. Con el garrote preparado para golpear, se fue cerrando sobre su presa acorralada. Colmillo Blanco estaba furioso. Enfrentó al muchacho, erizado y gruñendo, con su sentido de la justicia ultrajado. Conocía la ley del merodeo. Todos los desperdicios de carne, como los pedazos congelados, pertenecían al perro que los encontraba. No había hecho nada malo, no había quebrantado ninguna ley, y sin embargo aquel muchacho se disponía a pegarle. Colmillo Blanco apenas supo qué pasó. Lo hizo en un arrebató de rabia. Y lo hizo tan rápido que el muchacho tampoco supo qué pasó. Lo único que supo el muchacho fue que de algún modo inexplicable había sido derribado en la nieve, y que la mano del garrote se le había abierto en canal por los dientes de Colmillo Blanco.

Pero Colmillo Blanco sabía que había quebrantado la ley de los dioses. Había hundido los dientes en la carne sagrada de uno de ellos, y no podía esperar sino el más terrible de los castigos. Huyó junto a Castor Gris, detrás de cuyas piernas protectoras se agazapó cuando el muchacho mordido y su familia se presentaron exigiendo venganza. Pero se marcharon con la venganza insatisfecha. Castor Gris defendió a Colmillo Blanco. También lo hicieron Mit-sah y Klu-kuch. Colmillo Blanco, escuchando la guerra de palabras y observando los gestos airados, supo que su acto estaba justificado. Y así fue como aprendió que había dioses y dioses. Estaban sus dioses, y estaban los otros dioses, y entre ellos había una diferencia. Justicia o injusticia, todo era lo mismo: debía aceptar cualquier cosa de manos de sus propios dioses. Pero no estaba obligado a aceptar injusticias de los otros dioses. Era su privilegio rechazarlas con los dientes. Y esto también era una ley de los dioses.

Antes de que acabara el día, Colmillo Blanco iba a aprender más sobre esta ley. Mit-sah, solo, recogiendo leña en el bosque, se encontró con el muchacho que había sido mordido. Con él había

otros muchachos. Se cruzaron palabras duras. Entonces todos los muchachos atacaron a Mit-sah. Lo estaba pasando mal. Los golpes le llovían de todas partes. Colmillo Blanco se limitó a observar al principio. Aquello era un asunto de los dioses, y no era asunto suyo. Entonces se dio cuenta de que era Mit-sah, uno de sus propios dioses, el que estaba siendo maltratado. No fue un impulso razonado lo que hizo que Colmillo Blanco hiciera lo que hizo entonces. Un arrebatado de furia lo lanzó de un salto en medio de los combatientes. Cinco minutos después el paisaje estaba cubierto de muchachos que huían, muchos de los cuales goteaban sangre sobre la nieve como prueba de que los dientes de Colmillo Blanco no habían estado ociosos. Cuando Mit-sah contó la historia en el campamento, Castor Gris ordenó que le dieran carne a Colmillo Blanco. Ordenó que le dieran mucha carne, y Colmillo Blanco, ahíto y soñoliento junto al fuego, supo que la ley había recibido su confirmación.

En consonancia con estas experiencias, Colmillo Blanco llegó a aprender la ley de la propiedad y el deber de defenderla. De la protección del cuerpo de su dios a la protección de las posesiones de su dios había un paso, y ese paso lo dio. Lo que era de su dios debía ser defendido contra todo el mundo, incluso hasta el extremo de morder a otros dioses. No solo era un acto sacrílego por naturaleza, sino que estaba plagado de peligros. Los dioses eran todopoderosos, y un perro no era rival para ellos; pero Colmillo Blanco aprendió a enfrentarlos, ferozmente belicoso y sin miedo. El deber se alzaba por encima del miedo, y los dioses ladrones aprendieron a dejar en paz las posesiones de Castor Gris.

Una cosa, a este respecto, aprendió rápidamente Colmillo Blanco, y fue que un dios ladrón solía ser un dios cobarde y propenso a salir huyendo en cuanto sonaba la alarma. También aprendió que solo pasaba un breve lapso entre su llamada de alarma y la llegada de Castor Gris en su auxilio. Llegó a comprender que no era el miedo a él lo que ahuyentaba al ladrón, sino el miedo a Castor Gris. Colmillo Blanco no daba la alarma ladrando. No ladraba nunca. Su método era lanzarse directamente contra el intruso y clavarle los dientes si podía. Como era hosco y solitario, sin trato alguno con los otros

perros, estaba inusualmente dotado para guardar las posesiones de su amo; y en esto Castor Gris lo estimulaba y adiestraba. Una consecuencia fue hacer a Colmillo Blanco más feroz e indomable, y más solitario.

Pasaban los meses, estrechando cada vez más el pacto entre perro y hombre. Este era el antiguo pacto que selló el primer lobo que salió de la Naturaleza Salvaje con el hombre. Y, como todos los lobos y perros salvajes que habían hecho lo mismo después, Colmillo Blanco forjó el pacto por sí mismo. Los términos eran sencillos. A cambio de la posesión de un dios de carne y hueso, entregaba su propia libertad. Comida y fuego, protección y compañía eran algunas de las cosas que recibía del dios. A cambio, custodiaba sus posesiones, defendía su cuerpo, trabajaba para él y le obedecía.

La posesión de un dios implica servicio. El de Colmillo Blanco era un servicio de deber y reverencia, pero no de amor. No sabía lo que era el amor. No tenía experiencia del amor. Kiche era un recuerdo remoto. Además, no solo había abandonado la Naturaleza Salvaje y los de su especie al entregarse al hombre, sino que los términos del pacto eran tales que, si alguna vez se encontraba de nuevo con Kiche, no abandonaría a su dios para irse con ella. Su lealtad al hombre parecía de algún modo una ley de su ser más grande que el amor a la libertad, a la especie y a la parentela.

CAPÍTULO VI

LA HAMBRUNA

La primavera estaba cerca cuando Castor Gris terminó su largo viaje. Era abril, y Colmillo Blanco tenía un año cuando llegaron a las aldeas del hogar y Mit-sah le quitó el arnés. Aunque lejos aún de su crecimiento completo, Colmillo Blanco, después de Hocico, era el perro de un año más grande de la aldea. Tanto de su padre, el lobo, como de Kiche, había heredado estatura y fuerza, y ya se medía con los perros adultos. Pero todavía no se había compactado. Su cuerpo era esbelto y desgarrado, y su fuerza más nerviosa que maciza. Su pelaje era el auténtico gris lobuno, y en apariencia era un lobo de pura cepa. El cuarto de sangre perruna que había heredado de Kiche no había dejado huella física en él, aunque había desempeñado su papel en su constitución mental.

Vagó por la aldea, reconociendo con serena satisfacción a los diversos dioses que había conocido antes del largo viaje. Después estaban los perros, cachorros que habían crecido como él, y perros adultos que no parecían tan grandes ni tan temibles como las imágenes que conservaba en la memoria. También les tenía menos miedo que antes, y caminaba entre ellos con una cierta soltura despreocupada que era tan nueva para él como agradable.

Estaba Baseek, un viejo canoso que en sus tiempos mozos solo había tenido que enseñar los colmillos para que Colmillo Blanco se encogiera y agachara a toda prisa. De él había aprendido Colmillo Blanco mucho de su propia insignificancia; y de él iba a aprender ahora mucho del cambio y desarrollo que se había producido en sí mismo. Mientras Baseek se había ido debilitando con la edad, Colmillo Blanco se había ido fortaleciendo con la juventud.

Fue durante el descuartizamiento de un alce recién cazado cuando Colmillo Blanco conoció la nueva relación que mantenía con el mundo canino. Se había hecho con una pezuña y parte de la canilla, a la que estaba adherida una buena cantidad de carne. Apartado de la refriega inmediata de los otros perros —de hecho, fuera de la vista, detrás de una espesura—, estaba devorando su trofeo cuando Baseek se abalanzó sobre él. Antes de saber lo que estaba haciendo, le había asestado dos tajos al intruso y se había apartado de un salto. Baseek se quedó sorprendido por la osadía y la rapidez del ataque. Se quedó allí, mirando estúpidamente a Colmillo Blanco, con la canilla roja y cruda entre ellos.

Baseek era viejo, y ya había llegado a conocer el valor creciente de los perros a los que solía acosar. Amargas experiencias, que, por fuerza, tragaba, apelando a toda su sabiduría para lidiar con ellas. En los viejos tiempos se habría lanzado sobre Colmillo Blanco en un arrebatado de indignación justificada. Pero ahora sus poderes menguantes no le permitían semejante acción. Se erizó ferozmente y miró ominosamente a Colmillo Blanco por encima de la canilla. Y Colmillo Blanco, resucitando buena parte de su antiguo sobrecogimiento, pareció marchitarse y encogerse, mientras buscaba en su mente un modo de retirarse sin excesiva deshonra.

Y fue aquí donde Baseek cometió un error. Si se hubiera contentado con parecer fiero y ominoso, todo habría ido bien. Colmillo Blanco, al borde de la retirada, se habría retirado, dejándole la carne. Pero Baseek no esperó. Dio la victoria por suya y se adelantó hacia la carne. Al inclinar la cabeza despreocupadamente para olerla, Colmillo Blanco se erizó ligeramente. Aun entonces no

era demasiado tarde para que Baseek salvara la situación. Si simplemente se hubiera quedado de pie sobre la carne, con la cabeza alta y mirada amenazante, Colmillo Blanco habría acabado por escabullirse. Pero el olor de la carne fresca era intenso en las narices de Baseek, y la gula lo empujó a darle un bocado.

Fue demasiado para Colmillo Blanco. Fresco de sus meses de dominio sobre sus propios compañeros de tiro, estaba más allá de su autocontrol quedarse mirando mientras otro devoraba la carne que le pertenecía. Atacó, según su costumbre, sin previo aviso. Con el primer tajo, la oreja derecha de Baseek quedó hecha jirones. La rapidez lo dejó atónito. Pero estaban sucediendo más cosas, y de las más penosas, con la misma rapidez. Lo derribaron. Le mordieron la garganta. Mientras se esforzaba por ponerse en pie, el perro joven le hundió los dientes dos veces en el hombro. La velocidad era desconcertante. Hizo un intento fútil de embestir a Colmillo Blanco, mordiendo el aire vacío con un mordisco indignado. Al momento siguiente tenía el hocico abierto en canal y se tambaleaba hacia atrás, alejándose de la carne.

La situación se había invertido. Colmillo Blanco se erguía sobre la canilla, erizado y amenazante, mientras Baseek permanecía a cierta distancia, preparándose para retirarse. No se atrevía a arriesgarse a una pelea con aquel joven rayo, y una vez más conoció, con mayor amargura, la decadencia de la vejez que se le echaba encima. Su intento de mantener la dignidad fue heroico. Dando la espalda tranquilamente al perro joven y a la canilla, como si ambos estuvieran por debajo de su atención y fueran indignos de su consideración, se alejó con paso majestuoso. Y no se detuvo a lamerse las heridas sangrantes hasta estar bien fuera de vista.

El efecto sobre Colmillo Blanco fue darle una mayor fe en sí mismo y un mayor orgullo. Caminaba con menos suavidad entre los perros adultos; su actitud hacia ellos era menos contemporizadora. No es que buscara problemas. Nada más lejos. Pero en su camino exigía consideración. Reclamaba su derecho a ir por donde quisiera sin ser molestado y a no ceder el paso a ningún perro. Había que contar

con él, eso era todo. Ya no debía ser ignorado ni desdeñado, como era la suerte de los cachorros, y como seguía siendo la suerte de los cachorros que eran sus compañeros de tiro. Ellos se apartaban, cedían el paso a los perros adultos y les entregaban la carne bajo coacción. Pero Colmillo Blanco, insociable, solitario, hosco, apenas mirando a derecha ni a izquierda, temible, de aspecto sombrío, remoto y ajeno, era aceptado como igual por sus desconcertados mayores. Pronto aprendieron a dejarlo en paz, sin aventurar actos hostiles ni hacer gestos de amistad. Si ellos lo dejaban en paz, él los dejaba en paz, un estado de cosas que, tras unos cuantos encontronazos, resultó ser eminentemente deseable.

A mediados del verano Colmillo Blanco tuvo una experiencia. Trotando en su manera silenciosa para investigar un nuevo tipi que habían levantado en la linde de la aldea mientras él estaba fuera con los cazadores de alces, se topó de lleno con Kiche. Se detuvo y la miró. La recordaba vagamente, pero la recordaba, lo cual era más de lo que podía decirse de ella. Ella le levantó el labio con el viejo gruñido amenazante, y su memoria se aclaró. Su olvidada infancia, todo lo asociado con aquel gruñido familiar, le volvió de golpe. Antes de conocer a los dioses, ella había sido para él el eje del universo. Los viejos sentimientos familiares de aquel tiempo volvieron a él, surgieron dentro de él. Saltó hacia ella gozoso, y ella lo recibió con colmillos certeros que le abrieron la mejilla hasta el hueso. No comprendía. Retrocedió, aturdido y desconcertado.

Pero no era culpa de Kiche. Una madre loba no está hecha para recordar a sus cachorros de un año antes. Así que no recordaba a Colmillo Blanco. Era un animal extraño, un intruso; y su camada actual de cachorros le daba derecho a rechazar semejante intrusión.

Uno de los cachorros se acercó trastabillando a Colmillo Blanco. Eran medio hermanos, solo que no lo sabían. Colmillo Blanco olfateó al cachorro con curiosidad, y Kiche se abalanzó sobre él, desgarrándole la cara por segunda vez. Retrocedió más. Todos los viejos recuerdos y asociaciones volvieron a apagarse y regresaron a la tumba de la que habían sido resucitados. Contempló a Kiche

lamiendo a su cachorro y deteniéndose de cuando en cuando para gruñirle a él. Ya no tenía valor para él. Había aprendido a vivir sin ella. Su significado estaba olvidado. No había lugar para ella en su orden de cosas, como no había lugar para él en el de ella.

Aún estaba allí de pie, aturdido y desconcertado, los recuerdos olvidados, preguntándose de qué iba todo aquello, cuando Kiche lo atacó por tercera vez, decidida a alejarlo por completo de los alrededores. Y Colmillo Blanco se dejó ahuyentar. Era una hembra de su especie, y era ley de su especie que los machos no debían pelear con las hembras. No sabía nada de esta ley, porque no era una generalización de la mente, ni algo adquirido por experiencia del mundo. La conocía como un impulso secreto, como una urgencia del instinto: del mismo instinto que lo hacía aullar a la luna y las estrellas de noche, y que le hacía temer la muerte y lo desconocido.

Pasaban los meses. Colmillo Blanco se hacía más fuerte, más pesado, más compacto, mientras su carácter se desarrollaba según las líneas trazadas por su herencia y su entorno. Su herencia era una sustancia vital que podía compararse a la arcilla. Poseía muchas posibilidades, era capaz de ser moldeada en muchas formas distintas. El entorno servía para modelar la arcilla, para darle una forma particular. Así, si Colmillo Blanco nunca se hubiera acercado a los fuegos del hombre, la Naturaleza Salvaje lo habría moldeado en un verdadero lobo. Pero los dioses le habían dado un entorno diferente, y fue moldeado en un perro bastante lobuno, pero que era perro y no lobo.

Y así, según la arcilla de su naturaleza y la presión de su entorno, su carácter iba siendo moldeado en una forma particular. No había escapatoria. Se volvía más hosco, más insociable, más solitario, más feroz; mientras los perros aprendían cada vez más que era mejor estar en paz con él que en guerra, y Castor Gris lo apreciaba más con cada día que pasaba.

Colmillo Blanco, que parecía acumular fuerza en todas sus cualidades, padecía sin embargo de una debilidad constante. No soportaba que se rieran de él. La risa de los hombres era algo

odioso. Podían reírse entre ellos de lo que quisieran, mientras no fuera de él, y no le importaba. Pero en cuanto la risa se dirigía a él, se sumía en la más terrible de las rabias. Grave, digno, sombrío, una carcajada lo enloquecía hasta el ridículo. Lo ofendía y lo alteraba de tal modo que durante horas se comportaba como un demonio. Y ay del perro que en esos momentos se cruzara en su camino. Conocía la ley demasiado bien para desquitarse con Castor Gris; detrás de Castor Gris había un garrote y la divinidad. Pero detrás de los perros no había más que espacio, y hacia ese espacio volaban cuando Colmillo Blanco aparecía en escena, enloquecido por la risa.

En el tercer año de su vida llegó una gran hambruna entre los indios del Mackenzie. En verano faltó el pescado. En invierno los caribúes abandonaron sus rutas acostumbradas. Los alces escasearon, los conejos casi desaparecieron, los animales cazadores y predadores perecieron. Privados de su alimento habitual, debilitados por el hambre, se lanzaban unos contra otros y se devoraban entre sí. Solo los fuertes sobrevivían. Los dioses de Colmillo Blanco cazaban animales continuamente. Los viejos y los débiles entre ellos morían de hambre. Se oían lamentos en la aldea, donde las mujeres y los niños pasaban sin comer para que lo poco que había fuera a parar a los vientres de los cazadores flacos y de ojos hundidos que recorrían el bosque en la vana búsqueda de carne.

A tal extremo se vieron empujados los dioses que se comieron el cuero blando curtido de sus mocasines y sus mitones, mientras los perros se comían los arneses que llevaban a la espalda y hasta las correas de los látigos. También los perros se comían entre sí, y también los dioses se comían a los perros. Los más débiles e inútiles fueron devorados primero. Los perros que aún vivían lo veían y comprendían. Unos pocos de los más audaces y sabios abandonaron los fuegos de los dioses, que ahora se habían convertido en un matadero, y huyeron al bosque, donde, al final, murieron de hambre o fueron devorados por los lobos.

En aquel tiempo de miseria, también Colmillo Blanco se escabulló al bosque. Estaba mejor preparado para esa vida que los otros perros, pues tenía la formación de su infancia para guiarlo. Se volvió especialmente diestro acechando pequeñas cosas vivas. Se tumbaba oculto durante horas, siguiendo cada movimiento de una cautelosa ardilla, esperando con una paciencia tan enorme como el hambre que padecía, hasta que la ardilla se aventuraba al suelo. Ni siquiera entonces se precipitaba. Esperaba hasta estar seguro de poder atacar antes de que la ardilla pudiera alcanzar el refugio de un árbol. Entonces, y no antes, salía disparado de su escondite, un proyectil gris, increíblemente veloz, que nunca erraba el blanco: la ardilla fugitiva que no huía lo bastante deprisa.

Por más éxito que tuviera con las ardillas, había una dificultad que le impedía vivir y engordar a costa de ellas. No había suficientes. Así que se vio empujado a cazar presas aún más pequeñas. Tan agudo se volvía su hambre a veces que no desdeñaba desenterrar ratones de campo de sus madrigueras. Tampoco desdeñaba pelear con una comadreja tan hambrienta como él y muchas veces más feroz.

En los peores momentos de la hambruna volvía furtivamente a los fuegos de los dioses. Pero no se acercaba a los fuegos. Merodeaba por el bosque, evitando ser descubierto y robando las trampas en los raros intervalos en que caía alguna pieza. Llegó incluso a robar un conejo de una trampa de Castor Gris, en un momento en que Castor Gris caminaba tambaleándose por el bosque, sentándose a descansar a cada rato, agotado por la debilidad y la falta de aliento.

Un día Colmillo Blanco se encontró con un lobo joven, flaco y escuálido, desgarrado por el hambre. De no haber estado hambriento él también, Colmillo Blanco podría haberse marchado con él y encontrado al final el camino hacia la manada de sus hermanos salvajes. Pero tal como estaban las cosas, lo persiguió, lo derribó y se lo comió.

La fortuna parecía favorecerlo. Siempre, cuando más apretado estaba por el hambre, encontraba algo que matar. A su vez, cuando estaba débil, la suerte quiso que ninguno de los grandes

depredadores se topara con él. Así, estaba fuerte gracias a los dos días que llevaba alimentándose de un lince cuando la manada de lobos hambrientos se topó de lleno con él. Fue una persecución larga y cruel, pero él estaba mejor alimentado que ellos, y al final los dejó atrás. Y no solo los dejó atrás, sino que, describiendo un amplio círculo de vuelta sobre su propio rastro, cazó a uno de sus perseguidores exhaustos.

Después dejó aquella parte del país y viajó hasta el valle donde había nacido. Allí, en la vieja guarida, se encontró con Kiche. Fiel a sus viejas costumbres, ella también había huido de los inhóspitos fuegos de los dioses y había regresado a su viejo refugio para dar a luz a sus crías. De aquella camada solo una quedaba viva cuando apareció Colmillo Blanco, y esa no estaba destinada a vivir mucho. Las crías tenían pocas posibilidades en semejante hambruna.

El recibimiento de Kiche a su hijo adulto fue cualquier cosa menos afectuoso. Pero a Colmillo Blanco no le importó. Había dejado atrás a su madre. Así que dio filosóficamente media vuelta y siguió trotando arroyo arriba. En la bifurcación tomó el ramal izquierdo, donde encontró la guarida del lince con quien su madre y él habían peleado tiempo atrás. Allí, en la guarida abandonada, se instaló y descansó durante un día.

A comienzos de verano, en los últimos días de la hambruna, se encontró con Hocico, que también se había refugiado en el bosque, donde había llevado una existencia miserable.

Colmillo Blanco dio con él por sorpresa. Trotando en direcciones opuestas al pie de un alto acantilado, doblaron una esquina de roca y se encontraron cara a cara. Se detuvieron con alarma instantánea y se miraron con suspicacia.

Colmillo Blanco estaba en espléndida forma. Había cazado bien, y durante una semana había comido hasta hartarse. Estaba incluso ahíto de su última presa. Pero en el instante en que miró a Hocico, el pelo se le erizó a lo largo de todo el lomo. Fue un erizamiento involuntario, el estado físico que en el pasado siempre había

acompañado al estado mental que le producían la intimidación y la persecución de Hocico. Como en el pasado se había erizado y gruñido al ver a Hocico, así ahora, automáticamente, se erizó y gruñó. No perdió tiempo. Lo hizo a conciencia y con rapidez. Hocico intentó retroceder, pero Colmillo Blanco lo embistió con fuerza, hombro contra hombro. Hocico fue derribado y rodó sobre el lomo. Los dientes de Colmillo Blanco se hundieron en la garganta escuálida. Hubo una lucha de muerte, durante la cual Colmillo Blanco paseó alrededor, rígido y observador. Después reanudó su camino y siguió trotando al pie del acantilado.

Un día, no mucho después, llegó al borde del bosque, donde una estrecha franja de terreno abierto descendía hasta el Mackenzie. Ya había pasado por aquel lugar cuando estaba deshabitado, pero ahora una aldea lo ocupaba. Aún oculto entre los árboles, se detuvo a estudiar la situación. Las imágenes, los sonidos y los olores le eran familiares. Era la vieja aldea trasladada a un lugar nuevo. Pero las imágenes, los sonidos y los olores eran diferentes de los últimos que había percibido cuando huyó de ella. No había quejidos ni lamentos. Sonidos satisfechos llegaban a sus oídos, y cuando oyó la voz airada de una mujer supo que era la ira que nace de un estómago lleno. Y había un olor a pescado en el aire. Había comida. La hambruna había terminado. Salió resueltamente del bosque y trotó hasta el campamento, directo al tipi de Castor Gris. Castor Gris no estaba; pero Klu-kuch lo recibió con exclamaciones de alegría y un pescado entero recién sacado del agua, y él se tumbó a esperar la llegada de Castor Gris.

CUARTA PARTE

CAPÍTULO I

EL ENEMIGO DE SU ESPECIE

Si hubiera habido en la naturaleza de Colmillo Blanco alguna posibilidad, por remota que fuese, de que algún día llegara a confraternizar con los de su especie, esa posibilidad quedó irremediablemente destruida cuando fue hecho líder del tiro de trineo. Porque ahora los perros lo odiaban: lo odiaban por la carne extra que le daba Mit-sah; lo odiaban por todos los favores reales e imaginarios que recibía; lo odiaban porque siempre huía a la cabeza del tiro, con el penacho ondulante de su cola y sus cuartos traseros perpetuamente en retirada enloqueciendo sus ojos.

Y Colmillo Blanco los odiaba a ellos con igual amargura. Ser líder del tiro no tenía para él nada de gratificante. Verse obligado a huir delante de la jauría aullante, cada uno de cuyos perros había vapuleado y dominado durante tres años, era casi más de lo que podía soportar. Pero soportarlo debía, o perecer, y la vida que había en él no tenía deseo de extinguirse. En el instante en que Mit-sah

daba la orden de partida, en ese mismo instante el tiro entero, con gritos ansiosos y feroces, se lanzaba sobre Colmillo Blanco.

No había defensa posible. Si se volvía contra ellos, Mit-sah le lanzaba el latigazo punzante del látigo a la cara. Solo le quedaba huir. No podía enfrentarse a aquella horda aullante con la cola y los cuartos traseros. No eran precisamente armas adecuadas para hacer frente a tantos colmillos despiadados. Así que huía, violentando su propia naturaleza y su orgullo con cada salto que daba, y saltando así todo el día.

No se pueden violentar los impulsos de la propia naturaleza sin que esa naturaleza se vuelva contra sí misma. Tal reacción es como la de un pelo, destinado a crecer hacia fuera del cuerpo, que se tuerce contra la dirección de su crecimiento y crece hacia dentro: una cosa enconada, supurante, dolorosa. Y así fue con Colmillo Blanco. Cada impulso de su ser lo empujaba a abalanzarse sobre la jauría que aullaba a sus talones, pero la voluntad de los dioses era que esto no fuera; y detrás de esa voluntad, para imponerla, estaba el látigo de tripa de caribú con su mordiente tira de diez metros. Así que Colmillo Blanco solo podía devorarse el corazón en la amargura y desarrollar un odio y una malicia proporcionales a la ferocidad e indomabilidad de su naturaleza.

Si alguna criatura fue jamás la enemiga de su especie, esa criatura fue Colmillo Blanco. No pedía cuartel ni lo daba. Estaba continuamente marcado y cicatrizado por los dientes de la jauría, y con igual continuidad dejaba sus propias marcas en ella. A diferencia de la mayoría de los líderes, que al montar campamento y soltar los perros se refugiaban junto a los dioses en busca de protección, Colmillo Blanco desdeñaba esa protección. Caminaba audazmente por el campamento, infligiendo de noche el castigo por lo que había sufrido de día. En los tiempos anteriores a ser hecho líder del tiro, la jauría había aprendido a apartarse de su camino. Pero ahora era distinto. Excitados por la persecución de todo el día, influidos subconscientemente por la insistente reiteración en sus cerebros de la imagen de él huyendo, dominados por la sensación de dominio

disfrutada durante toda la jornada, los perros no podían resignarse a cederle el paso. Cuando aparecía entre ellos, siempre había pelea. Su paso se marcaba con gruñidos, mordiscos y ladridos. La atmósfera misma que respiraba estaba cargada de odio y malicia, y esto solo servía para aumentar el odio y la malicia dentro de él.

Cuando Mit-sah gritaba la orden de detenerse, Colmillo Blanco obedecía. Al principio esto causaba problemas con los demás perros. Todos se abalanzaban sobre el odiado líder solo para encontrar las tornas invertidas. Detrás de él estaría Mit-sah, con el gran látigo silbando en su mano. Así los perros llegaron a comprender que cuando el tiro se detenía por orden, había que dejar en paz a Colmillo Blanco. Pero cuando Colmillo Blanco se detenía sin orden, entonces les estaba permitido abalanzarse sobre él y destruirlo si podían. Tras varias experiencias, Colmillo Blanco no volvió a detenerse sin orden. Aprendía deprisa. Estaba en la naturaleza de las cosas que aprendiera deprisa si quería sobrevivir a las condiciones excepcionalmente severas bajo las cuales se le concedía la vida.

Pero los perros no lograban aprender la lección de dejarlo en paz en el campamento. Cada día, persiguiéndolo y ladrándole su desafío, la lección de la noche anterior quedaba borrada, y esa noche habría que aprenderla de nuevo, para ser olvidada con igual inmediatez. Además, había una mayor consistencia en su aversión hacia él. Percibían entre ellos y él una diferencia de naturaleza, causa suficiente de por sí para la hostilidad. Como él, eran lobos domesticados. Pero llevaban domesticados generaciones. Mucho de la Naturaleza Salvaje se había perdido, de modo que para ellos era lo desconocido, lo terrible, lo siempre amenazante y siempre hostil. Pero a él, en su aspecto, sus actos y sus impulsos, aún se aferraba la Naturaleza Salvaje. Él la simbolizaba, era su personificación: de modo que cuando le enseñaban los dientes, se estaban defendiendo de los poderes de destrucción que acechaban en las sombras del bosque y en la oscuridad más allá de la hoguera.

Pero había una lección que los perros sí aprendieron, y fue mantenerse juntos. Colmillo Blanco era demasiado terrible para que ninguno lo enfrentara en solitario. Lo hacían frente en formación de masa, pues de otro modo los habría matado, uno a uno, en una sola noche. Tal como estaban las cosas, nunca tuvo oportunidad de matarlos. Podía derribar a un perro, pero la jauría caía sobre él antes de que pudiera rematar con el mordisco mortal a la garganta. A la primera señal de conflicto, todo el tiro se juntaba y le hacía frente. Los perros tenían peleas entre sí, pero las olvidaban cuando se avecinaba un problema con Colmillo Blanco.

Por otro lado, por más que lo intentaran, no lograban matar a Colmillo Blanco. Era demasiado rápido, demasiado temible, demasiado sagaz. Evitaba los lugares estrechos y siempre retrocedía cuando amenazaban con rodearlo. Y en cuanto a derribarlo, no había entre ellos un perro capaz de semejante proeza. Sus patas se aferraban a la tierra con la misma tenacidad con que él se aferraba a la vida. De hecho, vida y equilibrio eran sinónimos en aquella guerra interminable con la jauría, y nadie lo sabía mejor que Colmillo Blanco.

Así se convirtió en el enemigo de su especie, lobos domesticados que eran, ablandados por los fuegos del hombre, debilitados a la sombra protectora de la fuerza del hombre. Colmillo Blanco era amargo e implacable. La arcilla de la que estaba hecho había sido moldeada así. Declaró una vendetta contra todos los perros. Y tan terriblemente vivió esa vendetta que Castor Gris, él mismo un salvaje feroz, no podía dejar de maravillarse ante la ferocidad de Colmillo Blanco. Nunca, juraba, había existido un animal semejante; y los indios de aldeas extrañas juraban lo mismo cuando se enteraban de las matanzas que hacía entre sus perros.

Cuando Colmillo Blanco tenía casi cinco años, Castor Gris lo llevó en otro gran viaje, y larga fue la memoria de los estragos que causó entre los perros de las muchas aldeas a lo largo del Mackenzie, al otro lado de las Rocosas y por el Porcupine abajo hasta el Yukón. Se recreaba en la venganza que descargaba sobre los de su especie.

Eran perros corrientes, desprevenidos. No estaban preparados para su velocidad y su decisión, para su ataque sin previo aviso. No sabían lo que era: un relámpago de matanza. Se le erizaban, rígidos y desafiantes, mientras él, sin perder tiempo en elaborados preliminares, saltando a la acción como un muelle de acero, les alcanzaba la garganta y los destruía antes de que supieran qué había pasado, cuando aún estaban en las convulsiones de la sorpresa.

Se convirtió en un maestro del combate. Economizaba. Nunca malgastaba fuerzas, nunca se trababa en forcejeos. Entraba demasiado rápido para eso, y si fallaba, salía también demasiado rápido. La aversión del lobo por el cuerpo a cuerpo era suya en grado inusual. No soportaba el contacto prolongado con otro cuerpo. Le olía a peligro. Lo enloquecía. Debía alejarse, libre, sobre sus propias patas, sin tocar a nada vivo. Era la Naturaleza Salvaje aún aferrada a él, reafirmando a través de él. Este sentimiento se había agudizado por la vida de ismaelita que había llevado desde cachorro. En el contacto acechaba el peligro. Era la trampa, siempre la trampa, el miedo a ella al acecho en lo profundo de su ser, tejido en su fibra misma.

En consecuencia, los perros desconocidos que encontraba no tenían oportunidad contra él. Esquivaba sus colmillos. Les acertaba, o escapaba, ileso en ambos casos. En el curso natural de las cosas había excepciones. Había veces en que varios perros, abalanzándose sobre él, lo castigaban antes de que pudiera escapar; y había veces en que un solo perro le dejaba una herida profunda. Pero eran accidentes. En general, tan eficiente luchador se había hecho que pasaba ileso.

Otra ventaja que poseía era la de juzgar correctamente el tiempo y la distancia. No es que lo hiciera conscientemente. No calculaba esas cosas. Todo era automático. Sus ojos veían con precisión, y los nervios transmitían la visión correctamente a su cerebro. Las partes de su organismo estaban mejor ajustadas que las del perro medio. Funcionaban juntas con más suavidad y regularidad. La suya era una

mejor, mucho mejor, coordinación nerviosa, mental y muscular. Cuando sus ojos transmitían a su cerebro la imagen en movimiento de una acción, su cerebro, sin esfuerzo consciente, conocía el espacio que limitaba esa acción y el tiempo necesario para completarla. Así podía evitar el salto de otro perro, o la arremetida de sus colmillos, y en el mismo instante aprovechar la fracción infinitesimal de tiempo para lanzar su propio ataque. Cuerpo y cerebro, era un mecanismo más perfeccionado. No es que mereciera elogios por ello. La naturaleza había sido más generosa con él que con el animal medio, eso era todo.

Fue en verano cuando Colmillo Blanco llegó a Fort Yukón. Castor Gris había cruzado la gran divisoria de aguas entre el Mackenzie y el Yukón a finales de invierno, y había pasado la primavera cazando entre los contrafuertes occidentales de las Rocosas. Después, tras la rotura del hielo en el Porcupine, había construido una canoa y remado río abajo hasta su confluencia con el Yukón, justo bajo el Círculo Ártico. Allí se alzaba el viejo puesto de la Compañía de la Bahía de Hudson; y allí había muchos indios, mucha comida y una excitación sin precedentes. Era el verano de 1898, y miles de buscadores de oro subían por el Yukón hacia Dawson y el Klondike. Aún a cientos de kilómetros de su destino, muchos de ellos llevaban un año de camino, y el que menos había viajado ocho mil kilómetros para llegar hasta allí, mientras que algunos venían del otro lado del mundo.

Allí se detuvo Castor Gris. Le había llegado un rumor de la fiebre del oro, y había venido con varios fardos de pieles y otro de mitones y mocasines cosidos con tripa. No se habría aventurado en un viaje tan largo de no esperar generosas ganancias. Pero lo que había esperado no era nada comparado con lo que obtuvo. Sus sueños más desafortunados no habían superado el cien por cien de beneficio; consiguió el mil por cien. Y como buen indio, se asentó a comerciar cuidadosa y lentamente, aunque tardara todo el verano y el resto del invierno en colocar sus mercancías.

Fue en Fort Yukón donde Colmillo Blanco vio a sus primeros hombres blancos. Comparados con los indios que había conocido, eran para él otra raza de seres, una raza de dioses superiores. Le impresionaba su poder superior, y es sobre el poder donde descansa la divinidad. Colmillo Blanco no lo razonaba, no hacía en su mente la generalización precisa de que los dioses blancos eran más poderosos. Era un sentimiento, nada más, pero no por ello menos potente. Como en su época de cachorro las masas de los tipis, alzadas por el hombre, lo habían impresionado como manifestaciones de poder, así lo impresionaban ahora las casas y el enorme fuerte, todo de troncos macizos. Aquí había poder. Aquellos dioses blancos eran fuertes. Poseían un mayor dominio sobre la materia que los dioses que él había conocido, entre los cuales el más poderoso era Castor Gris. Y sin embargo Castor Gris era como un dios niño entre aquellos de piel blanca.

Cierto es que Colmillo Blanco solo sentía estas cosas. No era consciente de ellas. Pero los animales actúan más a menudo por el sentimiento que por el pensamiento; y cada acto que realizaba ahora Colmillo Blanco se basaba en el sentimiento de que los hombres blancos eran los dioses superiores. En primer lugar, desconfiaba enormemente de ellos. No había manera de saber qué terrores desconocidos eran los suyos, qué daños desconocidos podían infligir. Sentía curiosidad por observarlos, temor de ser percibido por ellos. Durante las primeras horas se contentó con rondar y observarlos desde una distancia segura. Después vio que no les ocurría nada malo a los perros que estaban cerca de ellos, y se acercó más.

A su vez, él era un objeto de gran curiosidad para ellos. Su apariencia lobuna les llamó la atención de inmediato, y se lo señalaban unos a otros. Este acto de señalar puso a Colmillo Blanco en guardia, y cuando intentaron acercarse a él, enseñó los dientes y retrocedió. Ninguno consiguió ponerle la mano encima, y fue una suerte que no lo hicieran.

Colmillo Blanco pronto descubrió que muy pocos de aquellos dioses —no más de una docena— vivían en aquel lugar. Cada dos o tres días un vapor (otra manifestación colosal de poder) se arrimaba a la orilla y se detenía durante varias horas. Los hombres blancos bajaban de aquellos vapores y se marchaban en ellos. Parecían innumerables. En el primer día o dos vio más de ellos que indios en toda su vida; y a medida que pasaban los días seguían llegando río arriba, paraban y después seguían río arriba hasta perderse de vista.

Pero si los dioses blancos eran todopoderosos, sus perros no valían gran cosa. Esto lo descubrió rápidamente Colmillo Blanco al mezclarse con los que desembarcaban con sus amos. Eran de formas y tamaños irregulares. Algunos tenían las patas cortas, demasiado cortas; otros las tenían largas, demasiado largas. Tenían pelo en lugar de pelaje, y unos pocos apenas tenían pelo. Y ninguno de ellos sabía pelear.

Como enemigo de su especie, estaba en la jurisdicción de Colmillo Blanco pelear con ellos. Lo hizo, y rápidamente les cobró un inmenso desprecio. Eran blandos e indefensos, hacían mucho ruido y se movían torpemente intentando conseguir por la fuerza bruta lo que él conseguía con destreza y astucia. Se le lanzaban mugiendo. Él saltaba a un lado. No sabían qué había sido de él; y en ese momento les golpeaba el hombro, los derribaba y lanzaba su mordisco a la garganta.

A veces este mordisco tenía éxito, y un perro herido rodaba por el suelo, para ser asaltado y despedazado por la jauría de perros indios que esperaba. Colmillo Blanco era sagaz. Hacía tiempo que había aprendido que los dioses se enfurecían cuando les mataban a los perros. Los hombres blancos no eran excepción. Así que se contentaba, una vez derribado el perro y rajada su garganta, con retirarse y dejar que la jauría hiciera el cruel trabajo final. Era entonces cuando los hombres blancos se abalanzaban, descargando su ira sobre la jauría, mientras Colmillo Blanco quedaba libre. Se quedaba a cierta distancia observando, mientras piedras, garrotes,

hachas y toda clase de armas caían sobre sus compañeros. Colmillo Blanco era muy sagaz.

Pero sus compañeros también se volvieron sagaces a su manera; y en esto Colmillo Blanco se adaptó con ellos. Aprendieron que la diversión era cuando un vapor acababa de atracar. Después de que los primeros dos o tres perros desconocidos hubieran sido derribados y destruidos, los hombres blancos se apresuraban a subir a sus propios animales a bordo y descargaban una venganza feroz contra los culpables. Un hombre blanco, tras ver a su perro, un setter, despedazado ante sus ojos, sacó un revólver. Disparó rápidamente, seis veces, y seis miembros de la jauría quedaron muertos o moribundos: otra manifestación de poder que caló hondo en la conciencia de Colmillo Blanco.

Colmillo Blanco lo disfrutaba todo. No amaba a los de su especie, y era lo bastante astuto para escapar ileso. Al principio, la matanza de los perros de los hombres blancos había sido una diversión. Con el tiempo se convirtió en su ocupación. No tenía trabajo que hacer. Castor Gris estaba ocupado comerciando y enriqueciéndose. Así que Colmillo Blanco merodeaba por el desembarcadero con la desacreditada banda de perros indios, esperando los vapores. Con la llegada de un vapor empezaba la diversión. Al cabo de unos minutos, cuando los hombres blancos se habían recuperado de la sorpresa, la banda se dispersaba. La diversión había terminado hasta que llegara el siguiente vapor.

Pero difícilmente puede decirse que Colmillo Blanco fuera miembro de la banda. No se mezclaba con ella, sino que se mantenía apartado, siempre él mismo, e incluso le era temido. Es cierto que trabajaba con ella. Él buscaba la pelea con el perro desconocido mientras la banda esperaba. Y cuando había derribado al perro, la banda entraba a rematarlo. Pero igualmente cierto es que entonces se retiraba, dejando a la banda recibir el castigo de los dioses ultrajados.

No requería mucho esfuerzo provocar esas peleas. Todo lo que tenía que hacer, cuando los perros desconocidos desembarcaban,

era mostrarse. Al verlo, se lanzaban sobre él. Era su instinto. Él era la Naturaleza Salvaje: lo desconocido, lo terrible, lo siempre amenazante, lo que acechaba en la oscuridad alrededor de los fuegos del mundo primitivo cuando ellos, agazapados junto a los fuegos, estaban remodelando sus instintos, aprendiendo a temer a la Naturaleza Salvaje de la que habían salido y a la que habían abandonado y traicionado. Generación tras generación, a lo largo de todas las generaciones, aquel miedo a la Naturaleza Salvaje se había grabado en sus naturalezas. Durante siglos la Naturaleza Salvaje había significado terror y destrucción. Y durante todo ese tiempo habían tenido licencia de sus amos para matar a las cosas de la Naturaleza Salvaje. Haciéndolo, se habían protegido a sí mismos y a los dioses cuya compañía compartían.

Y así, recién llegados del blando mundo del sur, aquellos perros no tenían más que ver a Colmillo Blanco al bajar por la pasarela y pisar la orilla del Yukón para experimentar el impulso irresistible de lanzarse sobre él y destruirlo. Podían ser perros criados en la ciudad, pero el miedo instintivo a la Naturaleza Salvaje era igualmente suyo. No solo con sus propios ojos veían a la criatura lobuna a plena luz del día, plantada ante ellos. La veían con los ojos de sus antepasados, y por su memoria heredada reconocían en Colmillo Blanco al lobo, y recordaban la antigua enemistad.

Todo lo cual contribuía a hacer agradables los días de Colmillo Blanco. Si la visión de él lanzaba a aquellos perros extraños sobre él, tanto mejor para él, tanto peor para ellos. Ellos lo consideraban una presa legítima, y como presa legítima los consideraba él a ellos.

No en vano había visto la luz del día por primera vez en una guarida solitaria y librado sus primeras batallas con los lagópodos, la comadreja y el lince. Y no en vano le habían amargado la infancia la persecución de Hocico y de toda la jauría de cachorros. Podría haber sido de otro modo, y entonces él habría sido diferente. Si Hocico no hubiera existido, habría pasado la infancia con los demás cachorros y habría crecido más perruno y con más simpatía hacia los perros. Si Castor Gris hubiera poseído la sonda del afecto y el amor, podría

haber explorado las profundidades de la naturaleza de Colmillo Blanco y sacado a la superficie toda clase de cualidades amables. Pero esas cosas no habían sido así. La arcilla de Colmillo Blanco había sido moldeada hasta convertirlo en lo que era: hosco y solitario, sin amor y feroz, el enemigo de toda su especie.

CAPÍTULO II

EL DIOS LOCO

Un pequeño número de hombres blancos vivía en Fort Yukón. Llevaban mucho tiempo en el país. Se llamaban a sí mismos sourdoughs y se enorgullecían enormemente de tal clasificación. Por los otros hombres, recién llegados al territorio, no sentían más que desdén. Los que desembarcaban de los vapores eran novatos. Se los conocía como chechaquos, y siempre se marchitaban al oír el nombre. Hacían su pan con levadura en polvo. Esta era la distinción odiosa entre ellos y los sourdoughs, que, naturalmente, hacían el pan con masa agria porque no tenían levadura en polvo.

Todo lo cual no viene al caso. Los hombres del fuerte despreciaban a los novatos y disfrutaban viéndolos pasarlas mal. En especial disfrutaban de los estragos que Colmillo Blanco y su desacreditada banda causaban entre los perros de los recién llegados. Cuando llegaba un vapor, los hombres del fuerte siempre bajaban a la orilla a ver el espectáculo. Lo esperaban con tanta expectación como los perros indios, y no eran lentos en apreciar el papel salvaje y astuto que desempeñaba Colmillo Blanco.

Pero había un hombre entre ellos que disfrutaba especialmente del deporte. Acudía corriendo al primer silbido de un vapor; y cuando la última pelea había terminado y Colmillo Blanco y la jauría

se habían dispersado, regresaba lentamente al fuerte, con el rostro cargado de pesar. A veces, cuando un perro blando del sur caía chillando su grito de muerte bajo los colmillos de la jauría, aquel hombre no podía contenerse y saltaba en el aire y gritaba de deleite. Y siempre tenía un ojo agudo y codicioso puesto en Colmillo Blanco.

Los otros hombres del fuerte llamaban a aquel hombre «Beauty». Nadie conocía su nombre de pila, y en general se lo conocía en la región como Beauty Smith. Pero era cualquier cosa menos una belleza. Su nombre se debía a la antítesis. Era preeminentemente feo. La naturaleza había sido tacaña con él. Para empezar era pequeño; y sobre su magro armazón estaba depositada una cabeza aún más notablemente magra. Su ápice podía compararse a un punto. De hecho, en su infancia, antes de que sus compañeros lo bautizaran como Beauty, lo habían llamado «Cabeza de Alfiler».

Hacia atrás, desde el ápice, la cabeza le descendía en pendiente hacia el cuello, y hacia delante descendía sin contemplaciones hasta encontrarse con una frente baja y notablemente ancha. A partir de ahí, como arrepentida de su parsimonia, la naturaleza había distribuido sus rasgos con mano pródiga. Los ojos eran grandes, y entre ellos mediaba la distancia de otros dos ojos. Su cara, en relación con el resto de su persona, era prodigiosa. Para encontrar la superficie necesaria, la naturaleza le había dado una enorme mandíbula prognata. Era ancha y pesada, y sobresalía hacia fuera y abajo hasta parecer que descansaba en el pecho. Posiblemente esta apariencia se debía al agotamiento del cuello esbelto, incapaz de sostener debidamente carga tan grande.

Aquella mandíbula daba la impresión de una determinación feroz. Pero algo faltaba. Quizá era por exceso. Quizá la mandíbula era demasiado grande. En cualquier caso, era una mentira. Beauty Smith era conocido en todas partes como el más cobarde de los cobardes llorones y pusilánimes. Para completar su descripción, tenía los dientes grandes y amarillos, y los dos colmillos, más grandes que el resto, asomaban bajo sus labios delgados como fauces. Los ojos eran amarillos y turbios, como si la naturaleza se hubiera quedado

sin pigmentos y hubiera exprimido juntas las heces de todos sus tubos. Lo mismo pasaba con el pelo, ralo y de crecimiento irregular, de un amarillo sucio y fangoso, que se le levantaba en la cabeza y le brotaba de la cara en mechones y matas inesperados, con el aspecto de mies apelmazada y batida por el viento.

En resumen, Beauty Smith era una monstruosidad, y la culpa no era suya. No era responsable. La arcilla de la que estaba hecho había sido así moldeada en la fabricación. Hacía la comida para los otros hombres del fuerte, fregaba los platos y hacía las faenas. No lo despreciaban. Más bien lo toleraban con una amplia humanidad, como se tolera a cualquier criatura maltratada en la fabricación. También le tenían miedo. Sus rabias cobardes les hacían temer un disparo por la espalda o veneno en el café. Pero alguien tenía que cocinar, y cualesquiera que fuesen sus otros defectos, Beauty Smith sabía cocinar.

Este era el hombre que miraba a Colmillo Blanco, se deleitaba con su feroz destreza y deseaba poseerlo. Le hizo insinuaciones desde el principio. Colmillo Blanco empezó por ignorarlo. Después, cuando las insinuaciones se hicieron más insistentes, Colmillo Blanco se erizó, enseñó los dientes y retrocedió. No le gustaba aquel hombre. Lo que sentía de él era malo. Percibía el mal en él y temía la mano extendida y los intentos de hablarle con suavidad. A causa de todo ello lo odiaba.

Para las criaturas más simples, lo bueno y lo malo son cosas que se entienden sencillamente. Lo bueno representa todo aquello que trae alivio, satisfacción y cese del dolor. Por lo tanto, lo bueno gusta. Lo malo representa todo aquello que está cargado de incomodidad, amenaza y daño, y se odia en consecuencia. Lo que Colmillo Blanco sentía de Beauty Smith era malo. Del cuerpo distorsionado y la mente retorcida del hombre, de modos ocultos, como brumas que se alzarán de pantanos palúdicos, emanaba la insalubridad de dentro. No por el razonamiento, no solo por los cinco sentidos, sino por otros sentidos más remotos e inexplorados, le llegaba a Colmillo Blanco la sensación de que aquel hombre estaba cargado de mal,

preñado de daño, y por lo tanto era una cosa mala, que debía odiarse con prudencia.

Colmillo Blanco estaba en el campamento de Castor Gris cuando Beauty Smith lo visitó por primera vez. Al débil sonido de sus pasos lejanos, antes de que apareciera, Colmillo Blanco supo quién venía y empezó a erizarse. Había estado tumbado en un abandono de comodidad, pero se levantó rápidamente, y cuando el hombre llegó, se deslizó al estilo lobuno hasta la linde del campamento. No sabía lo que decían, pero veía al hombre y a Castor Gris hablando. Una vez el hombre señaló hacia él, y Colmillo Blanco respondió con un gruñido como si la mano estuviera a punto de descender sobre él en lugar de estar, como estaba, a quince metros de distancia. El hombre se rio de esto; y Colmillo Blanco se escabulló hasta el amparo del bosque, con la cabeza vuelta para observar mientras se deslizaba suavemente sobre el suelo.

Castor Gris se negó a vender el perro. Se había enriquecido con su comercio y no necesitaba nada. Además, Colmillo Blanco era un animal valioso, el perro de trineo más fuerte que había tenido, y el mejor líder. Más aún, no había un perro como él ni en el Mackenzie ni en el Yukón. Sabía pelear. Mataba a otros perros con la facilidad con que los hombres mataban mosquitos. (Los ojos de Beauty Smith se iluminaron al oír esto, y se relamió los labios finos con una lengua ávida). No, Colmillo Blanco no estaba en venta a ningún precio.

Pero Beauty Smith conocía las debilidades de los indios. Visitaba a menudo el campamento de Castor Gris, y oculta bajo el abrigo siempre llevaba una o dos botellas negras. Una de las potencias del whisky es engendrar sed. Castor Gris contrajo la sed. Sus membranas febriles y su estómago abrasado empezaron a clamar por más y más de aquel líquido ardiente; mientras su cerebro, trastornado por el estímulo insólito, le permitía llegar a cualquier extremo para obtenerlo. El dinero que había recibido por sus pieles, sus mitones y sus mocasines empezó a marcharse. Se marchaba cada vez más deprisa, y cuanto más menguaba su bolsa, más se encogía su paciencia.

Al final su dinero, sus mercancías y su paciencia se habían agotado. No le quedaba más que su sed, una posesión prodigiosa en sí misma que se hacía más prodigiosa con cada aliento sobrio. Fue entonces cuando Beauty Smith volvió a hablarle de la venta de Colmillo Blanco; pero esta vez el precio ofrecido era en botellas, no en dólares, y los oídos de Castor Gris estaban más dispuestos a escuchar.

—Tú coger perro, tú llevar —fueron sus últimas palabras.

Las botellas fueron entregadas, aunque dos días después. «Tú coger perro», fueron las palabras de Beauty Smith a Castor Gris.

Colmillo Blanco se deslizó al campamento una tarde y se dejó caer con un suspiro de satisfacción. El temido dios blanco no estaba. Durante días sus manifestaciones de deseo de ponerle las manos encima se habían vuelto más insistentes, y durante ese tiempo Colmillo Blanco se había visto obligado a evitar el campamento. No sabía qué mal le amenazaban aquellas manos insistentes. Solo sabía que amenazaban algún tipo de mal, y que lo mejor era mantenerse fuera de su alcance.

Pero apenas se había tumbado cuando Castor Gris se tambaleó hasta él y le ató una correa de cuero alrededor del cuello. Se sentó junto a Colmillo Blanco, sujetando el extremo de la correa en una mano. En la otra sujetaba una botella, que de cuando en cuando se invertía sobre su cabeza al son de ruidos de gorgoteo.

Así pasó una hora, cuando las vibraciones de unos pies en contacto con el suelo precedieron a quien se acercaba. Colmillo Blanco lo oyó primero, y ya estaba erizado con reconocimiento mientras Castor Gris aún cabeceaba estúpidamente. Colmillo Blanco intentó sacar suavemente la correa de la mano de su amo; pero los dedos relajados se cerraron con fuerza y Castor Gris se despabiló.

Beauty Smith entró con paso firme en el campamento y se plantó sobre Colmillo Blanco. Él gruñó quedamente hacia arriba a la cosa temida, observando atentamente el movimiento de las manos. Una mano se extendió y empezó a descender hacia su cabeza. Su

gruñido quedo se fue tensando y endureciendo. La mano continuó descendiendo despacio, mientras él se agazapaba bajo ella, mirándola con malignidad, el gruñido haciéndose cada vez más breve a medida que, con la respiración acelerándose, se acercaba a su clímax. De pronto mordió, atacando con los colmillos como una serpiente. La mano fue retirada de un tirón, y los dientes se cerraron en el vacío con un chasquido seco. Beauty Smith estaba asustado y furioso. Castor Gris le dio un coscorrón a Colmillo Blanco a un lado de la cabeza, de modo que se agachó pegado al suelo en respetuosa obediencia.

Los ojos recelosos de Colmillo Blanco siguieron cada movimiento. Vio a Beauty Smith marcharse y regresar con un garrote. Después Castor Gris le entregó el extremo de la correa. Beauty Smith empezó a caminar. La correa se tensó. Colmillo Blanco se resistió. Castor Gris le pegó a diestro y siniestro para obligarlo a levantarse y seguir. Obedeció, pero de un salto, lanzándose sobre el extraño que lo arrastraba. Beauty Smith no se apartó. Lo había estado esperando. Descargó el garrote con precisión, deteniendo la embestida a medio camino y estrellando a Colmillo Blanco contra el suelo. Castor Gris se rio y asintió con aprobación. Beauty Smith volvió a tensar la correa, y Colmillo Blanco se puso en pie tambaleándose, flácido y aturdido.

No repitió la embestida. Un garrotazo había bastado para convencerlo de que el dios blanco sabía manejarlo, y era demasiado sagaz para luchar contra lo inevitable. Así que siguió sombríamente a los talones de Beauty Smith, con el rabo entre las piernas, pero gruñendo quedamente para sus adentros. Pero Beauty Smith lo vigilaba atentamente, y el garrote estaba siempre listo para golpear.

En el fuerte Beauty Smith lo dejó firmemente atado y se fue a dormir. Colmillo Blanco esperó una hora. Después aplicó los dientes a la correa, y en diez segundos estaba libre. No había perdido el tiempo con los dientes. No hubo roer inútil. La correa estaba cortada de través, en diagonal, casi tan limpiamente como si lo hubiera hecho un cuchillo. Colmillo Blanco miró al fuerte, erizándose y gruñendo al mismo tiempo. Después se dio la vuelta y volvió

trotando al campamento de Castor Gris. No debía lealtad a aquel dios extraño y terrible. Se había entregado a Castor Gris, y a Castor Gris consideraba que aún pertenecía.

Pero lo que había ocurrido antes se repitió, con una diferencia. Castor Gris volvió a atarlo con una correa, y por la mañana lo entregó a Beauty Smith. Y aquí fue donde vino la diferencia. Beauty Smith le dio una paliza. Atado firmemente, Colmillo Blanco solo podía enfurecerse inútilmente y soportar el castigo. Garrote y látigo fueron usados contra él, y sufrió la peor paliza que había recibido en su vida. Incluso la gran paliza que le dio Castor Gris de cachorro fue suave comparada con esta.

Beauty Smith disfrutaba de la tarea. Se deleitaba en ella. Se regodeaba sobre su víctima, y los ojos le ardían sordamente mientras descargaba el látigo o el garrote y escuchaba los gritos de dolor de Colmillo Blanco y sus aullidos y gruñidos indefensos. Porque Beauty Smith era cruel a la manera de los cobardes. Encogido y gimoteante él mismo ante los golpes o las palabras airadas de un hombre, se vengaba, a su vez, con las criaturas más débiles que él. Todo ser vivo desea el poder, y Beauty Smith no era excepción. Privado de la expresión del poder entre los de su propia especie, se replegaba sobre las criaturas inferiores y allí reivindicaba la vida que había en él. Pero Beauty Smith no se había creado a sí mismo, y no se le podía echar la culpa. Había venido al mundo con un cuerpo retorcido y una inteligencia bruta. Esta había sido la arcilla de la que estaba hecho, y no había sido amablemente moldeada por el mundo.

Colmillo Blanco sabía por qué le estaban pegando. Cuando Castor Gris le ató la correa al cuello y pasó el extremo a manos de Beauty Smith, Colmillo Blanco supo que era voluntad de su dios que se fuera con Beauty Smith. Y cuando Beauty Smith lo dejó atado fuera del fuerte, supo que era voluntad de Beauty Smith que se quedara allí. Por lo tanto, había desobedecido la voluntad de ambos dioses y se había ganado el castigo correspondiente. Había visto a perros cambiar de dueño en el pasado, y había visto a los fugitivos ser

golpeados como lo estaban golpeando a él. Era sagaz, pero en su naturaleza había fuerzas más grandes que la sagacidad. Una de ellas era la fidelidad. No amaba a Castor Gris; pero, incluso ante su voluntad y su ira, le era fiel. No podía evitarlo. Esta fidelidad era una cualidad de la arcilla que lo componía. Era la cualidad que pertenecía de un modo peculiar a su especie; la cualidad que distinguía a su especie de todas las demás; la cualidad que había permitido al lobo y al perro salvaje salir del campo abierto y convertirse en compañeros del hombre.

Tras la paliza, Colmillo Blanco fue arrastrado de vuelta al fuerte. Pero esta vez Beauty Smith lo ató con un palo. No es fácil renunciar a un dios, y así le pasó a Colmillo Blanco. Castor Gris era su dios particular, y a pesar de la voluntad de Castor Gris, Colmillo Blanco aún se aferraba a él y no lo abandonaba. Castor Gris lo había traicionado y abandonado, pero eso no tenía efecto sobre él. No en vano se había entregado en cuerpo y alma a Castor Gris. No había habido reserva por parte de Colmillo Blanco, y aquel vínculo no se rompería fácilmente.

Así que, de noche, cuando los hombres del fuerte dormían, Colmillo Blanco aplicó los dientes al palo que lo sujetaba. La madera estaba curada y seca, y estaba atada tan cerca de su cuello que apenas podía alcanzarla con los dientes. Solo mediante el más severo esfuerzo muscular y la contorsión del cuello consiguió meter la madera entre los dientes, y apenas entre los dientes; y solo mediante el ejercicio de una paciencia inmensa, prolongada durante muchas horas, consiguió roer el palo hasta partirlo. Aquello era algo que se suponía que los perros no podían hacer. No tenía precedentes. Pero Colmillo Blanco lo hizo, y se alejó trotando del fuerte de madrugada, con el extremo del palo colgando del cuello.

Era sagaz. Pero si hubiera sido solamente sagaz, no habría regresado junto a Castor Gris, que ya lo había traicionado dos veces. Sin embargo, estaba su fidelidad, y regresó para ser traicionado una tercera vez. De nuevo se sometió a que Castor Gris le atara una

correa al cuello, y de nuevo Beauty Smith vino a reclamarlo. Y esta vez la paliza fue aún más severa que la anterior.

Castor Gris observó impasible mientras el hombre blanco empuñaba el látigo. No ofreció protección. Ya no era su perro. Cuando la paliza terminó, Colmillo Blanco estaba enfermo. Un perro blando del sur habría muerto bajo semejante castigo, pero él no. Su escuela de vida había sido más dura, y él mismo era de pasta más dura. Tenía demasiada vitalidad. Su garra sobre la vida era demasiado fuerte. Pero estaba muy enfermo. Al principio fue incapaz de arrastrarse, y Beauty Smith tuvo que esperar media hora. Después, ciego y tambaleante, siguió a los talones de Beauty Smith de vuelta al fuerte.

Pero esta vez lo ataron con una cadena que desafiaba sus dientes, y se esforzó en vano, tirando, por arrancar la hembrilla de la madera en que estaba clavada. Al cabo de unos días, sobrio y arruinado, Castor Gris partió río Porcupine arriba en su largo viaje hacia el Mackenzie. Colmillo Blanco se quedó en el Yukón, propiedad de un hombre más que medio loco y enteramente bruto. Pero ¿qué puede saber un perro en su conciencia de la locura? Para Colmillo Blanco, Beauty Smith era un dios verdadero, aunque terrible. Era un dios loco, en el mejor de los casos, pero Colmillo Blanco no sabía nada de la locura; solo sabía que debía someterse a la voluntad de su nuevo amo, obedecer cada uno de sus caprichos y antojos.

CAPÍTULO III

EL REINADO DEL ODIO

Bajo la tutela del dios loco, Colmillo Blanco se convirtió en un demonio. Lo mantenían encadenado en un cercado detrás del fuerte, y allí Beauty Smith lo provocaba, lo irritaba y lo enloquecía con pequeños tormentos. El hombre descubrió pronto la susceptibilidad de Colmillo Blanco a la risa, y se hacía un punto de honor, después de engañarlo dolorosamente, de reírse de él. Aquella risa era estrepitosa y despectiva, y al mismo tiempo el dios lo señalaba con el dedo burlonamente. En esos momentos la razón abandonaba a Colmillo Blanco, y en sus transportes de rabia estaba aún más loco que Beauty Smith.

Antes, Colmillo Blanco había sido simplemente el enemigo de su especie, aunque un enemigo feroz. Ahora se convirtió en el enemigo de todas las cosas, y más feroz que nunca. Fue atormentado hasta tal extremo que odiaba ciegamente, sin la más mínima chispa de razón. Odiaba la cadena que lo ataba, los hombres que lo espiaban por entre las tablas del cercado, los perros que acompañaban a los hombres y que le gruñían malignamente en su indefensión. Odiaba la madera misma del cercado que lo confinaba. Y por encima de todo, primero, último y más que nada, odiaba a Beauty Smith.

Pero Beauty Smith tenía un propósito en todo lo que le hacía a Colmillo Blanco. Un día una serie de hombres se congregó alrededor del cercado. Beauty Smith entró, garrote en mano, y le quitó la cadena del cuello a Colmillo Blanco. Cuando su amo hubo salido, Colmillo Blanco se soltó y se lanzó por el cercado, intentando alcanzar a los hombres de fuera. Era magníficamente terrible. Con un metro y medio de largo y setenta centímetros de alzada, superaba con creces el peso de un lobo de tamaño correspondiente. De su madre había heredado las proporciones más pesadas del perro, de modo que pesaba, sin una pizca de grasa ni una onza de carne superflua, más de cuarenta kilos. Todo era músculo, hueso y tendón: carne de combate en las mejores condiciones.

La puerta del cercado se estaba abriendo de nuevo. Colmillo Blanco se detuvo. Algo inusual estaba pasando. Esperó. La puerta se abrió más. Entonces un perro enorme fue empujado al interior, y la puerta se cerró de golpe detrás de él. Colmillo Blanco nunca había visto un perro así (era un mastín); pero el tamaño y el aspecto feroz del intruso no lo intimidaron. Aquí había algo, ni madera ni hierro, sobre lo que descargar su odio. Se lanzó con un destello de colmillos que desgarró el costado del cuello del mastín. El mastín sacudió la cabeza, gruñó con voz ronca y se abalanzó sobre Colmillo Blanco. Pero Colmillo Blanco estaba aquí, allí y en todas partes, siempre esquivando y eludiendo, y siempre saltando a clavar los colmillos y retirándose a tiempo para escapar del castigo.

Los hombres de fuera gritaban y aplaudían, mientras Beauty Smith, en un éxtasis de deleite, se regodeaba con los destrozos que hacía Colmillo Blanco. No hubo esperanza para el mastín desde el principio. Era demasiado pesado y lento. Al final, mientras Beauty Smith apartaba a Colmillo Blanco a garrotazos, el mastín fue sacado a rastras por su dueño. Después se pagaron las apuestas, y las monedas tintinearón en la mano de Beauty Smith.

Colmillo Blanco empezó a esperar con avidez las reuniones de hombres alrededor de su cercado. Significaban una pelea; y ese era ahora el único medio que se le concedía de expresar la vida que

había en él. Atormentado, incitado al odio, lo mantenían prisionero de modo que no había manera de satisfacer ese odio excepto en los momentos en que a su amo le parecía oportuno enfrentarlo con otro perro. Beauty Smith había calculado bien sus fuerzas, pues invariablemente era el vencedor. Un día, tres perros fueron introducidos sucesivamente en el cercado. Otro día, un lobo adulto, recién capturado de la Naturaleza Salvaje, fue empujado por la puerta. Y aún otro día, dos perros fueron lanzados contra él al mismo tiempo. Esta fue su pelea más dura, y aunque al final mató a los dos, él mismo quedó medio muerto en el proceso.

En otoño, cuando caían las primeras nieves y la nieve medio derretida bajaba por el río, Beauty Smith se embarcó con Colmillo Blanco en un vapor que remontaba el Yukón hacia Dawson. Colmillo Blanco se había ganado ya una reputación en la región. Como «el Lobo Luchador» era conocido por todas partes, y la jaula en la que lo transportaban en la cubierta del vapor estaba generalmente rodeada de hombres curiosos. Les gruñía y les ladraba, o yacía quieto y los estudiaba con frío odio. ¿Por qué no habría de odiarlos? Nunca se hacía esa pregunta. Solo conocía el odio y se perdía en la pasión de él. La vida se había convertido en un infierno para él. No estaba hecho para el estrecho confinamiento que las bestias salvajes soportan a manos del hombre. Y sin embargo era precisamente así como lo trataban. Los hombres lo miraban fijamente, le metían palos entre los barrotes para hacerlo gruñir, y después se reían de él.

Eran su entorno, aquellos hombres, y estaban moldeando la arcilla de él hasta convertirlo en algo más feroz de lo que la naturaleza había pretendido. Sin embargo, la naturaleza le había dado plasticidad. Donde muchos otros animales habrían muerto o se les habría quebrado el espíritu, él se adaptaba y vivía, y sin menoscabo de su espíritu. Posiblemente Beauty Smith, archidiablo y torturador, fuera capaz de quebrar el espíritu de Colmillo Blanco, pero por ahora no había señales de que lo estuviera consiguiendo.

Si Beauty Smith llevaba un demonio dentro, Colmillo Blanco llevaba otro; y los dos se enfurecían mutuamente sin cesar. En los

tiempos anteriores, Colmillo Blanco había tenido la sagacidad de encogerse y someterse ante un hombre con un garrote en la mano; pero esa sagacidad lo había abandonado ahora. La mera visión de Beauty Smith bastaba para sumirlo en transportes de furia. Y cuando llegaban al cuerpo a cuerpo y había sido rechazado a garrotazos, seguía gruñendo, enseñando los dientes. El último gruñido no podía arrancársele nunca. Por terriblemente que le pegaran, siempre le quedaba otro gruñido; y cuando Beauty Smith se rendía y se retiraba, el gruñido desafiante lo seguía, o Colmillo Blanco se arrojaba contra los barrotes de la jaula bramando su odio.

Cuando el vapor llegó a Dawson, Colmillo Blanco desembarcó. Pero seguía viviendo una vida pública, en una jaula, rodeado de hombres curiosos. Lo exhibían como «el Lobo Luchador», y los hombres pagaban medio dólar en polvo de oro para verlo. No le daban descanso. Si se tumbaba a dormir, lo espabilaban con un palo puntiagudo, para que el público obtuviera lo que pagaba. Para hacer la exhibición interesante, lo mantenían furioso la mayor parte del tiempo. Pero peor que todo esto era la atmósfera en que vivía. Lo consideraban la más temible de las bestias salvajes, y esto se le comunicaba a través de los barrotes de la jaula. Cada palabra, cada acción cautelosa por parte de los hombres, le confirmaba su propia ferocidad terrible. Era más leña al fuego de su fiereza. Solo podía haber un resultado: que su ferocidad se alimentaba de sí misma y crecía. Era otro ejemplo de la plasticidad de su arcilla, de su capacidad de ser moldeado por la presión del entorno.

Además de ser exhibido, era un animal de peleas profesional. A intervalos irregulares, siempre que se podía organizar una pelea, lo sacaban de la jaula y se lo llevaban al bosque a unos kilómetros del pueblo. Generalmente esto ocurría de noche, para evitar interferencias de la policía montada del Territorio. Tras unas horas de espera, cuando llegaba la luz del día, se presentaba el público y el perro con el que debía pelear. De este modo peleó con perros de todos los tamaños y razas. Era una tierra salvaje, los hombres eran salvajes, y las peleas solían ser a muerte.

Puesto que Colmillo Blanco siguió peleando, es obvio que los que morían eran los otros perros. Nunca conoció la derrota. Su formación temprana, cuando peleaba con Hocico y toda la jauría de cachorros, le sirvió de mucho. Estaba su tenacidad en aferrarse al suelo. Ningún perro lograba hacerle perder el equilibrio. Este era el truco favorito de las razas loberas: lanzarse sobre él, bien directamente o con un quiebro inesperado, con la esperanza de golpearle el hombro y derribarlo. Perros del Mackenzie, esquimales y del Labrador, huskies y malamutes..., todos lo intentaron y todos fracasaron. Nunca se le vio perder el equilibrio. Los hombres se lo contaban unos a otros y miraban cada vez esperando verlo; pero Colmillo Blanco siempre los decepcionaba.

Después estaba su rapidez de relámpago. Le daba una tremenda ventaja sobre sus adversarios. Sin importar cuál fuera su experiencia en combate, nunca se habían encontrado con un perro que se moviera tan deprisa como él. También había que contar con la inmediatez de su ataque. El perro medio estaba acostumbrado a los preliminares de gruñidos, erizamientos y pavoneos, y el perro medio era derribado y rematado antes de haber empezado a pelear o de haberse recuperado de la sorpresa. Esto ocurría tan a menudo que se convirtió en costumbre sujetar a Colmillo Blanco hasta que el otro perro pasaba por sus preliminares, estaba bien preparado e incluso lanzaba el primer ataque.

Pero la mayor de todas las ventajas a favor de Colmillo Blanco era su experiencia. Sabía más de combate que cualquiera de los perros que lo enfrentaban. Había librado más peleas, sabía cómo responder a más trucos y técnicas, y tenía más trucos propios, mientras que su propio método era difícilmente mejorable.

Con el paso del tiempo, tenía cada vez menos peleas. Los hombres desesperaban de encontrarle un rival a la altura, y Beauty Smith se vio obligado a enfrentarlo con lobos. Estos eran atrapados por los indios para tal propósito, y una pelea entre Colmillo Blanco y un lobo siempre atraía público. Una vez consiguieron una hembra de lince adulta, y en esa ocasión Colmillo Blanco luchó por su vida. La

rapidez de ella igualaba la suya; la ferocidad de ella igualaba la suya; y mientras él luchaba solo con los colmillos, ella luchaba además con sus patas de garras afiladas.

Pero después del lince, se acabaron las peleas para Colmillo Blanco. No había más animales con los que pelear, o al menos ninguno considerado digno de enfrentarse a él. Así que siguió en exhibición hasta la primavera, cuando llegó al territorio un tal Tim Keenan, tallador de faraón. Con él llegó el primer bulldog que jamás había entrado en el Klondike. Que aquel perro y Colmillo Blanco se enfrentaran era inevitable, y durante una semana la pelea esperada fue el tema principal de conversación en ciertos círculos del pueblo.

CAPÍTULO IV

LA MUERTE TENAZ

Beauty Smith le quitó la cadena del cuello y retrocedió.

Por una vez Colmillo Blanco no atacó de inmediato. Se quedó quieto, con las orejas tiasas hacia delante, alerta y curioso, examinando al extraño animal que tenía enfrente. Nunca había visto un perro así. Tim Keenan empujó al bulldog hacia delante con un murmurado «venga, a por él». El animal avanzó contoneándose hacia el centro del círculo, bajo, rechoncho y desgarrado. Se detuvo y parpadeó mirando a Colmillo Blanco.

Se oyeron gritos entre la multitud: «¡A por él, Cherokee! ¡Dale, Cherokee! ¡Cómetelo!».

Pero Cherokee no parecía ansioso por pelear. Volvió la cabeza y parpadeó a los hombres que gritaban, meneando al mismo tiempo el muñón de cola con buen humor. No tenía miedo, solo pereza. Además, no le parecía que se esperase de él que peleara con aquel perro que veía delante. No estaba acostumbrado a pelear con esa clase de perros, y esperaba a que sacaran al perro de verdad.

Tim Keenan se acercó y se inclinó sobre Cherokee, acariciándole ambos lados de los hombros con manos que frotaban a contrapelo y hacían leves movimientos de empuje hacia delante. Eran otras

tantas sugerencias. También tenían un efecto irritante, porque Cherokee empezó a gruñir, muy quedamente, desde lo profundo de la garganta. Había una correspondencia de ritmo entre los gruñidos y los movimientos de las manos del hombre. El gruñido ascendía en la garganta con la culminación de cada movimiento hacia delante, y menguaba para renacer con el comienzo del siguiente. El final de cada movimiento era el acento del ritmo, el movimiento terminando abruptamente y el gruñido alzándose de golpe.

Aquello no dejó de producir efecto en Colmillo Blanco. El pelo empezó a erizarse en el cuello y los hombros. Tim Keenan le dio un último empujón y retrocedió. A medida que el ímpetu que arrastraba a Cherokee hacia delante se agotaba, este siguió avanzando por su propia voluntad, en una carrera rápida y patizamba. Entonces atacó Colmillo Blanco. Se alzó un grito de admiración sobresaltada. Había cubierto la distancia y entrado más como un gato que como un perro; y con la misma rapidez felina había desgarrado con los colmillos y se había apartado de un salto.

El bulldog sangraba detrás de una oreja por un desgarro en su grueso cuello. No dio señal alguna, ni siquiera gruñó, sino que se volvió y siguió a Colmillo Blanco. La exhibición de ambos, la rapidez del uno y la firmeza del otro, había encendido el espíritu partidista de la multitud, y los hombres hacían nuevas apuestas y aumentaban las originales. Una vez, y otra más, Colmillo Blanco saltó, desgarró y se alejó ileso, y su extraño enemigo lo seguía, sin demasiada prisa, no lento, sino deliberada y resueltamente, con un aire profesional. Había un propósito en su método: algo que debía hacer, en lo que estaba concentrado, y de lo que nada podía distraerlo.

Todo su porte, cada acción, estaba marcado por ese propósito. Desconcertaba a Colmillo Blanco. Nunca había visto un perro así. No tenía pelaje protector. Era blando y sangraba fácilmente. No había espeso felpudo de piel que confundiera los dientes de Colmillo Blanco como a menudo los confundían los perros de su propia raza. Cada vez que sus dientes golpeaban, se hundían fácilmente en la carne blanda, y el animal no parecía capaz de defenderse. Otra cosa

desconcertante era que no emitía alaridos, como él estaba acostumbrado a oír en los otros perros con los que había peleado. Aparte de un gruñido o un resoplido, el perro recibía el castigo en silencio. Y nunca flaqueaba en su persecución.

No es que Cherokee fuera lento. Podía girar y revolverse con suficiente rapidez, pero Colmillo Blanco nunca estaba allí. Cherokee también estaba desconcertado. Nunca había peleado con un perro con el que no pudiera trabarse. El deseo de trabarse siempre había sido mutuo. Pero aquí había un perro que mantenía las distancias, danzando y esquivando aquí y allá y por todas partes. Y cuando le clavaba los dientes, no se agarraba sino que soltaba al instante y se alejaba de nuevo.

Pero Colmillo Blanco no lograba alcanzar la parte blanda del cuello. El bulldog era demasiado bajo, y sus mandíbulas macizas eran una protección adicional. Colmillo Blanco entraba y salía ileso, mientras las heridas de Cherokee aumentaban. Ambos lados del cuello y la cabeza estaban rasgados y acuchillados. Sangraba copiosamente, pero no mostraba señales de estar desconcertado. Continuaba su persecución tenaz, aunque una vez, momentáneamente perplejo, se detuvo del todo y parpadeó a los hombres que miraban, meneando al mismo tiempo el muñón de cola como expresión de su buena disposición a pelear.

En ese momento Colmillo Blanco entró y salió, arrancándole de paso el recortado resto de oreja. Con una leve manifestación de enojo, Cherokee reanudó la persecución, corriendo por el interior del círculo que describía Colmillo Blanco, esforzándose por aferrar su presa mortal en la garganta de este. El bulldog falló por un pelo, y se alzaron gritos de elogio cuando Colmillo Blanco dobló repentinamente hacia el lado contrario, fuera de peligro.

El tiempo pasaba. Colmillo Blanco seguía danzando, esquivando y doblando, entrando y saliendo, infligiendo daño sin cesar. Y el bulldog, con sombría certeza, seguía avanzando pesadamente tras él. Tarde o temprano cumpliría su propósito, conseguiría la presa que le daría la victoria. Mientras tanto, aceptaba todo el castigo que

el otro pudiera darle. Sus mechones de orejas se habían convertido en borlas, el cuello y los hombros estaban rajados en veinte sitios, y hasta los labios los tenía cortados y sangrantes, todo a causa de aquellos mordiscos fulminantes que estaban más allá de su previsión y su defensa.

Una y otra vez Colmillo Blanco había intentado derribar a Cherokee; pero la diferencia de altura era excesiva. Cherokee era demasiado achaparrado, demasiado pegado al suelo. Colmillo Blanco probó el truco una vez de más. La oportunidad se presentó en uno de sus rápidos quiebros y contracírculos. Pilló a Cherokee con la cabeza vuelta cuando giraba más despacio. Tenía el hombro expuesto. Colmillo Blanco se lanzó contra él; pero su propio hombro quedó muy por encima, y embistió con tal fuerza que el impulso lo arrastró por encima del cuerpo del otro. Por primera vez en su historia de combate, los hombres vieron a Colmillo Blanco perder el equilibrio. Su cuerpo dio media voltereta en el aire, y habría caído de espaldas de no haberse retorcido, como un gato, todavía en el aire, esforzándose por llevar las patas a tierra. Tal como fue, cayó pesadamente de costado. Al instante siguiente estaba en pie, pero en ese instante los dientes de Cherokee se cerraron sobre su garganta.

No era una buena presa, demasiado baja, casi en el pecho; pero Cherokee no soltaba. Colmillo Blanco se levantó de un salto y corrió enloquecido de un lado a otro, intentando sacudirse el cuerpo del bulldog. Lo enloquecía aquel peso que se aferraba y lo arrastraba. Le trababa los movimientos, le restringía la libertad. Era como la trampa, y todo su instinto se resentía y se rebelaba contra ello. Fue una rebelión de locos. Durante varios minutos estuvo a todos los efectos demente. La vida primordial que había en él tomó el mando. La voluntad de existir de su cuerpo lo inundó. Lo dominaba el puro amor carnal por la vida. Toda inteligencia había desaparecido. Era como si no tuviera cerebro. Su razón fue destronada por el ansia ciega de la carne por existir y moverse, a toda costa moverse, seguir moviéndose, porque el movimiento era la expresión de su existencia.

Vueltas y más vueltas, girando, retorciéndose e invirtiéndose, intentando sacudirse los veinte kilos que le colgaban de la garganta. El bulldog apenas hacía otra cosa que mantener su presa. A veces, rara vez, conseguía poner las patas en el suelo y apuntalarse un instante contra Colmillo Blanco. Pero al momento siguiente perdía pie y era arrastrado en el remolino de uno de los giros enloquecidos de Colmillo Blanco. Cherokee se identificaba con su instinto. Sabía que hacía lo correcto agarrándose, y le llegaban ciertos estremecimientos dichosos de satisfacción. En esos momentos incluso cerraba los ojos y dejaba que su cuerpo fuera lanzado de aquí para allá, a diestro y siniestro, indiferente a cualquier daño que pudiera sobrevenirle. Eso no contaba. La presa era lo que importaba, y la presa la mantenía.

Colmillo Blanco solo cesó cuando se hubo agotado. No podía hacer nada, y no comprendía. Nunca, en todos sus combates, le había ocurrido algo así. Los perros con los que había peleado no peleaban de esa manera. Con ellos era morder, desgarrar y escapar, morder, desgarrar y escapar. Yacía parcialmente de costado, jadeando. Cherokee, sin soltar la presa, empujaba contra él, intentando volcarlo del todo de costado. Colmillo Blanco se resistía, y podía sentir las mandíbulas cambiando de posición, aflojando ligeramente y cerrándose de nuevo en un movimiento de masticación. Cada cambio acercaba la presa a la garganta. El método del bulldog era mantener lo que tenía, y cuando se presentaba la oportunidad, avanzar un poco más. La oportunidad se presentaba cuando Colmillo Blanco se quedaba quieto. Cuando Colmillo Blanco forcejeaba, Cherokee se contentaba con aguantar.

La abultada nuca de Cherokee era la única parte de su cuerpo que los dientes de Colmillo Blanco podían alcanzar. Se aferró cerca de la base, donde el cuello sale de los hombros; pero no conocía el método de masticación de combate, ni sus mandíbulas estaban adaptadas a él. Desgarró y rasgó espasmódicamente con los colmillos durante un rato. Después un cambio de posición lo distrajo. El bulldog había logrado volcarlo sobre la espalda, y sin soltar la garganta, estaba encima de él. Como un gato, Colmillo Blanco

arqueó los cuartos traseros, y con las patas clavándose en el abdomen del enemigo que tenía encima, empezó a arañar con largos zarpazos desgarradores. Cherokee podría haber sido destripado de no haberse girado rápidamente sobre su presa, apartando el cuerpo del de Colmillo Blanco y colocándolo en ángulo recto.

No había escape de aquella presa. Era como el Destino mismo, e igual de inexorable. Lentamente iba subiendo a lo largo de la yugular. Lo único que salvaba a Colmillo Blanco de la muerte era la piel suelta del cuello y el grueso pelaje que lo cubría. Esto servía para formar un gran pliegue en la boca de Cherokee, cuyo pelaje casi desafiaba sus dientes. Pero poco a poco, siempre que se presentaba la ocasión, iba metiendo más piel suelta y pelaje en la boca. El resultado era que iba estrangulando lentamente a Colmillo Blanco. Este respiraba con dificultad cada vez mayor a medida que pasaban los minutos.

Empezaba a parecer que la batalla estaba decidida. Los que apostaban por Cherokee se regocijaban y ofrecían apuestas ridículas. Los que apostaban por Colmillo Blanco estaban correspondientemente deprimidos, y rechazaban apuestas de diez a uno y de veinte a uno, aunque hubo un temerario que aceptó una apuesta de cincuenta a uno. Aquel hombre era Beauty Smith. Dio un paso hacia el centro del círculo y señaló a Colmillo Blanco con el dedo. Después empezó a reírse burlona y despectivamente. Produjo el efecto deseado. Colmillo Blanco enloqueció de rabia. Convocó sus reservas de fuerza y se puso en pie. Mientras forcejeaba por el círculo, con los veinte kilos del enemigo siempre colgando de su garganta, la rabia se convirtió en pánico. La vida primordial volvió a dominarlo, y la inteligencia huyó ante la voluntad de su carne de vivir. Vueltas y más vueltas, y de vuelta otra vez, tropezando y cayendo y levantándose, incluso irguiéndose a veces sobre las patas traseras y levantando al enemigo en el aire, luchó en vano por sacudirse la muerte tenaz.

Al fin cayó, desplomándose hacia atrás, exhausto; y el bulldog cambió rápidamente su presa, acercándose más, triturando más y más carne envuelta en pelaje, estrangulando a Colmillo Blanco más severamente que nunca. Se alzaron gritos de aplauso para el vencedor, y se oyeron muchas voces de «¡Cherokee! ¡Cherokee!». Cherokee respondió con un vigoroso meneo del muñón de cola. Pero el clamor de aprobación no lo distrajo. No había relación alguna entre la cola y sus mandíbulas macizas. La una podía menearse, pero las otras mantenían su presa terrible en la garganta de Colmillo Blanco.

Fue en ese momento cuando una distracción vino a los espectadores. Se oyó un tintineo de cascabeles. Se oyeron gritos de conductores de trineos. Todos, menos Beauty Smith, miraron con aprensión, fuertes en ellos el miedo a la policía. Pero vieron, sendero arriba, y no abajo, a dos hombres corriendo con trineo y perros. Evidentemente venían del arroyo de alguna expedición de prospección. Al ver a la multitud, detuvieron los perros y se acercaron a unirse al grupo, curiosos por ver la causa de la excitación. El conductor de trineos llevaba bigote, pero el otro, un hombre más alto y joven, iba afeitado, con la piel sonrosada por el latido de la sangre y la carrera al aire helado.

Colmillo Blanco había dejado prácticamente de luchar. De cuando en cuando se resistía espasmódicamente y sin resultado. Apenas le entraba aire, y ese poco era cada vez menos bajo la presa despiadada que se cerraba sin cesar. A pesar de su armadura de pelaje, la gran vena de la garganta habría sido abierta mucho antes de no haber sido la primera presa del bulldog tan baja que estaba prácticamente en el pecho. A Cherokee le había costado mucho tiempo desplazar esa presa hacia arriba, y esto había servido también para atascar más las mandíbulas con pelaje y pliegues de piel.

Mientras tanto, la bestia abisal que habitaba en Beauty Smith había ido subiendo a su cerebro y apoderándose de la escasa cordura que poseía en el mejor de los casos. Cuando vio que los

ojos de Colmillo Blanco empezaban a vidriarse, supo sin duda que la pelea estaba perdida. Entonces se desbocó. Se abalanzó sobre Colmillo Blanco y empezó a patearlo salvajemente. Hubo abucheos entre la multitud y gritos de protesta, pero nada más. Mientras esto ocurría y Beauty Smith seguía pateando a Colmillo Blanco, se produjo una conmoción entre la multitud. El recién llegado joven y alto se abrió paso a empujones, apartando hombres a diestro y siniestro sin ceremonia ni delicadeza. Cuando irrumpió en el círculo, Beauty Smith estaba en el acto de asestar otra patada. Todo su peso descansaba sobre un pie, y se hallaba en precario equilibrio. En ese momento el puño del recién llegado le asestó un golpe demoledor en plena cara. El otro pie de Beauty Smith dejó el suelo, y todo su cuerpo pareció elevarse en el aire mientras se volcaba hacia atrás y se estrellaba en la nieve. El recién llegado se volvió hacia la multitud.

—¡Cobardes! —gritó—. ¡Bestias!

Él mismo estaba furioso: de una furia lúcida. Sus ojos grises parecían metálicos y acerados mientras relampagueaban sobre la multitud. Beauty Smith se puso en pie y se acercó, lloriqueando y cobarde. El recién llegado no lo comprendió. No sabía qué cobarde abyecto era el otro, y creyó que volvía con intención de pelear. Así que, con un «¡bestia!», derribó de nuevo a Beauty Smith hacia atrás con un segundo golpe en la cara. Beauty Smith decidió que la nieve era el lugar más seguro para él, y se quedó donde había caído, sin hacer el menor esfuerzo por levantarse.

—Ven, Matt, échame una mano —llamó el recién llegado al conductor de trineos, que lo había seguido al interior del círculo.

Ambos hombres se inclinaron sobre los perros. Matt sujetó a Colmillo Blanco, preparado para tirar en cuanto las mandíbulas de Cherokee se aflojaran. Esto era lo que el más joven intentaba conseguir, agarrando las mandíbulas del bulldog con las manos y tratando de separarlas. Era un esfuerzo inútil. Mientras tiraba y forcejeaba y retorció, no dejaba de exclamar con cada espiración: «¡Bestias!».

La multitud empezó a agitarse, y algunos hombres protestaban por la interrupción del espectáculo; pero los silenció la mirada que les lanzó el recién llegado al levantar la cabeza un momento de su tarea.

—¡Malditas bestias! —estalló al fin, y volvió a lo suyo.

—No sirve, señor Scott, así no los puede separar —dijo Matt al fin.

Los dos se detuvieron y examinaron a los perros trabados.

—No sangra mucho —anunció Matt—. Aún no ha llegado del todo.

—Pero puede en cualquier momento —respondió Scott—. Ahí, ¿ha visto eso? Ha desplazado la presa un poco.

La excitación y la aprensión del joven por Colmillo Blanco iban en aumento. Golpeó a Cherokee en la cabeza salvajemente, una y otra vez. Pero eso no aflojó las mandíbulas. Cherokee meneó el muñón de cola como señal de que comprendía el significado de los golpes, pero que él sabía que tenía razón y solo cumplía con su deber manteniendo la presa.

—¿No va a ayudar nadie? —gritó Scott desesperadamente a la multitud.

Pero nadie ofreció ayuda. Al contrario, la multitud empezó a animarlo sarcásticamente y a bombardearlo con consejos graciosos.

—Necesita una palanca —aconsejó Matt.

El otro metió la mano en la funda de la cadera, sacó el revólver e intentó meter el cañón entre las mandíbulas del bulldog. Empujó, y empujó con fuerza, hasta que el chirrido del acero contra los dientes trabados se oía claramente. Los dos hombres estaban de rodillas, inclinados sobre los perros. Tim Keenan entró en el círculo a grandes zancadas. Se detuvo junto a Scott y le tocó el hombro, diciendo ominosamente:

—No le rompa los dientes, forastero.

—Entonces le romperé el cuello —replicó Scott, continuando con sus empujones y cuñas con el cañón del revólver.

—He dicho que no le rompa los dientes —repitió el tallador de faraón, más ominosamente que antes.

Pero si pretendía ser un farol, no funcionó. Scott no desistió de sus esfuerzos, aunque levantó la vista fríamente y preguntó:

—¿Es su perro?

El tallador gruñó afirmativamente.

—Entonces entre aquí y suelte esta presa.

—Bueno, forastero —dijo el otro con irritante calma—, no me importa decirle que eso es algo que ni yo mismo he resuelto. No sé cómo hacerlo.

—Entonces quítese de en medio —fue la respuesta— y no me moleste. Estoy ocupado.

Tim Keenan siguió de pie sobre él, pero Scott no le prestó más atención. Había logrado meter el cañón entre las mandíbulas por un lado, e intentaba sacarlo entre las mandíbulas por el otro. Una vez conseguido esto, hizo palanca suave y cuidadosamente, aflojando las mandíbulas poco a poco, mientras Matt, poco a poco, extraía el cuello destrozado de Colmillo Blanco.

—Prepárese para recoger a su perro —fue la orden perentoria de Scott al dueño de Cherokee.

El tallador se agachó obedientemente y agarró a Cherokee con firmeza.

—¡Ahora! —advirtió Scott, dando la última presión.

Los perros fueron separados, el bulldog forcejeando vigorosamente.

—Lléveselo —ordenó Scott, y Tim Keenan arrastró a Cherokee hacia la multitud.

Colmillo Blanco hizo varios intentos ineficaces de ponerse en pie. Una vez lo consiguió, pero las patas eran demasiado débiles para sostenerlo, y lentamente se desplomó y se hundió de nuevo en la

nieve. Los ojos los tenía medio cerrados, y la superficie vidriosa. Las mandíbulas abiertas, y entre ellas la lengua asomaba, sucia e inerte. En apariencia parecía un perro estrangulado hasta la muerte. Matt lo examinó.

—Casi acabado —anunció—, pero respira bien.

Beauty Smith se había puesto en pie y se acercó a mirar a Colmillo Blanco.

—Matt, ¿cuánto vale un buen perro de trineo? —preguntó Scott.

El conductor, todavía de rodillas e inclinado sobre Colmillo Blanco, calculó un momento.

—Trescientos dólares —respondió.

—¿Y cuánto por uno destrozado así? —preguntó Scott, dando un toqucito a Colmillo Blanco con el pie.

—La mitad —fue el veredicto del conductor.

Scott se volvió hacia Beauty Smith.

—¿Ha oído, señor Bestia? Voy a quitarle su perro, y le voy a dar ciento cincuenta dólares por él.

Abrió la cartera y contó los billetes.

Beauty Smith se puso las manos detrás de la espalda, negándose a tocar el dinero ofrecido.

—No vendo —dijo.

—Sí que vende —le aseguró el otro—. Porque yo estoy comprando. Aquí tiene su dinero. El perro es mío.

Beauty Smith, con las manos aún detrás, empezó a retroceder.

Scott se abalanzó hacia él, echando el puño atrás para golpear. Beauty Smith se encogió anticipando el golpe.

—Tengo mis derechos —gimoteó.

—Ha perdido su derecho a poseer ese perro —fue la réplica—. ¿Va a coger el dinero? ¿O tengo que pegarle otra vez?

—De acuerdo —dijo Beauty Smith con la presteza del miedo—. Pero cojo el dinero bajo protesta —añadió—. Ese perro es una mina. No voy a dejar que me roben. Un hombre tiene sus derechos.

—Correcto —respondió Scott, entregándole el dinero—. Un hombre tiene sus derechos. Pero usted no es un hombre. Es una bestia.

—Espere a que yo vuelva a Dawson —amenazó Beauty Smith—. Le denunciaré.

—Si abre la boca cuando vuelva a Dawson, haré que lo echen del pueblo. ¿Entendido?

Beauty Smith respondió con un gruñido.

—¿Entendido? —tronó el otro con brusca fiereza.

—Sí —gruñó Beauty Smith, encogiéndose.

—¿Sí qué?

—Sí, señor —ladró Beauty Smith.

—¡Cuidado, que muerde! —gritó alguien, y se alzó una carcajada general.

Scott le dio la espalda y volvió a ayudar al conductor, que estaba atendiendo a Colmillo Blanco.

Algunos hombres ya se marchaban; otros permanecían en grupos, mirando y hablando. Tim Keenan se unió a uno de los grupos.

—¿Quién es ese tipo? —preguntó.

—Weedon Scott —respondió alguien.

—¿Y quién demonios es Weedon Scott? —exigió saber el tallador.

—Bah, uno de esos ingenieros de minas de primera. Está a partir un piñón con todos los peces gordos. Si quiere evitar problemas,

manténgase lejos de él, se lo digo yo. Está muy bien con las autoridades. El Comisario del Oro es amigo íntimo suyo.

—Me figuré que debía ser alguien —comentó el tallador—. Por eso le quité las manos de encima al principio.

CAPÍTULO V

EL INDOMABLE

—Es un caso perdido —confesó Weedon Scott.

Estaba sentado en el escalón de su cabaña y miraba al conductor de trineos, que respondió con un encogimiento de hombros igualmente desesperanzado.

Juntos miraron a Colmillo Blanco al extremo de su cadena tensa, erizado, gruñendo, feroz, esforzándose por alcanzar a los perros del trineo. Habiendo recibido diversas lecciones de Matt, impartidas mediante un garrote, los perros del trineo habían aprendido a dejar en paz a Colmillo Blanco; y aun así estaban tumbados a distancia, aparentemente ajenos a su existencia.

—Es un lobo y no hay modo de domesticarlo —anunció Weedon Scott.

—No estoy tan seguro —objetó Matt—. Puede que tenga mucho de perro, a saber. Pero hay una cosa que sé seguro, y de eso no hay vuelta de hoja.

El conductor hizo una pausa y asintió con la cabeza, confidencialmente, hacia el Monte Moosehide.

—Bueno, no seas avaro con lo que sabes —dijo Scott bruscamente, tras esperar un tiempo prudencial—. Suéltalo. ¿Qué es?

El conductor señaló a Colmillo Blanco con un gesto del pulgar hacia atrás.

—Lobo o perro, da lo mismo: ya ha sido domesticado.

—¡No!

—Le digo que sí, y adiestrado al arnés. Mire bien ahí. ¿Ve esas marcas en el pecho?

—Tienes razón, Matt. Era un perro de trineo antes de que Beauty Smith le echara la mano encima.

—Y no hay mucha razón para que no vuelva a serlo.

—¿Qué te parece? —preguntó Scott con avidez. Después la esperanza se apagó al añadir, meneando la cabeza—: Llevamos dos semanas con él, y si acaso está más salvaje que nunca.

—Dale una oportunidad —aconsejó Matt—. Suéltalo un rato.

El otro lo miró con incredulidad.

—Sí —continuó Matt—, ya sé que lo ha intentado, pero no llevaba un garrote.

—Inténtalo tú entonces.

El conductor cogió un garrote y se acercó al animal encadenado. Colmillo Blanco observó el garrote a la manera de un león enjaulado que observa el látigo de su domador.

—Fíjese cómo no pierde de vista el garrote —dijo Matt—. Eso es buena señal. No es tonto. No se atreve a atacarme mientras tenga el garrote a mano. No está completamente loco, eso seguro.

A medida que la mano del hombre se acercaba a su cuello, Colmillo Blanco se erizó, gruñó y se agazapó. Pero mientras observaba la mano que se acercaba, se las arreglaba al mismo tiempo para no perder de vista el garrote en la otra mano,

suspendido amenazadoramente sobre él. Matt le desenganchó la cadena del collar y retrocedió.

Colmillo Blanco apenas podía creer que estaba libre. Habían pasado muchos meses desde que cayó en posesión de Beauty Smith, y en todo ese período no había conocido un momento de libertad excepto las veces que lo soltaban para pelear con otros perros. Inmediatamente después de esas peleas siempre volvían a encerrarlo.

No sabía qué pensar. Quizá alguna nueva diablura de los dioses estaba a punto de perpetrarse contra él. Caminó despacio y con cautela, preparado para ser asaltado en cualquier momento. No sabía qué hacer, todo era tan inaudito. Tomó la precaución de alejarse de los dos dioses que lo observaban, y caminó cuidadosamente hasta la esquina de la cabaña. No pasó nada. Estaba visiblemente perplejo, y volvió, deteniéndose a unos metros y contemplando a los dos hombres con intensidad.

—¿No se escapará? —preguntó su nuevo dueño.

Matt se encogió de hombros.

—Hay que arriesgarse. La única manera de averiguarlo es averiguarlo.

—Pobre diablo —murmuró Scott con piedad—. Lo que necesita es algo de bondad humana —añadió, volviéndose y entrando en la cabaña.

Salió con un trozo de carne, que le arrojó a Colmillo Blanco. Este saltó lejos de ella y la estudió a distancia con suspicacia.

—¡Eh, Major! —gritó Matt en advertencia, pero demasiado tarde.

Major se había lanzado sobre la carne. En el instante en que sus mandíbulas se cerraron sobre ella, Colmillo Blanco lo golpeó. Lo derribó. Matt se lanzó corriendo, pero más rápido que él fue Colmillo Blanco. Major se puso en pie como pudo, pero la sangre que le manaba de la garganta enrojecía la nieve en un rastro cada vez más ancho.

—Es una pena, pero se lo buscó —dijo Scott apresuradamente.

Pero el pie de Matt ya estaba en camino de patear a Colmillo Blanco. Hubo un salto, un destello de dientes, una exclamación aguda. Colmillo Blanco, gruñendo ferozmente, retrocedió de un salto varios metros, mientras Matt se agachaba a examinarse la pierna.

—Me ha pillado —anunció, señalando el pantalón y la ropa interior desgarrados, y la mancha roja que crecía.

—Ya te dije que era un caso perdido, Matt —dijo Scott con voz desalentada—. He estado dándole vueltas de cuando en cuando, sin querer pensarlo. Pero hemos llegado al punto. Es lo único que se puede hacer.

Mientras hablaba, con movimientos reacios, sacó el revólver, abrió el tambor y comprobó la carga.

—Oiga, señor Scott —objetó Matt—. Ese perro ha pasado por un infierno. No puede esperar que salga de ahí convertido en un ángel puro y radiante. Déle tiempo.

—Mira a Major —replicó el otro.

El conductor examinó al perro herido. Se había desplomado en la nieve en el centro de un charco de sangre y estaba claramente dando las últimas boqueadas.

—Se lo buscó. Usted mismo lo ha dicho, señor Scott. Intentó quitarle la carne a Colmillo Blanco, y está muerto. Era de esperar. Yo no daría ni dos céntimos por un perro que no pelea por su propia comida.

—Pero mírate tú, Matt. Lo de los perros es una cosa, pero hay que poner un límite en algún sitio.

—Me lo busqué yo —arguyó Matt obstinadamente—. ¿Para qué iba a patearlo? Usted mismo dijo que había hecho bien. Entonces yo no tenía derecho a patearlo.

—Sería una piedad matarlo —insistió Scott—. Es indomesticable.

—Ahora mire, señor Scott, déle al pobre diablo una oportunidad de pelear. No ha tenido ninguna todavía. Acaba de salir del infierno, y es la primera vez que anda suelto. Déle una oportunidad justa, y si no cumple, lo mato yo mismo. ¡Ahí lo tiene!

—Sabe Dios que no quiero matarlo ni que lo maten —respondió Scott, guardando el revólver—. Lo dejaremos suelto y veremos qué puede hacer la bondad por él. Y aquí va un primer intento.

Se acercó a Colmillo Blanco y empezó a hablarle suave y calmadamente.

—Mejor tenga un garrote a mano —advirtió Matt.

Scott negó con la cabeza y siguió intentando ganarse la confianza de Colmillo Blanco.

Colmillo Blanco desconfiaba. Algo se avecinaba. Había matado al perro de aquel dios, mordido a su compañero dios, ¿y qué más cabía esperar sino un castigo terrible? Pero frente a ello era indomable. Se erizó y enseñó los dientes, los ojos vigilantes, todo el cuerpo alerta y preparado para cualquier cosa. El dios no llevaba garrote, así que le permitió acercarse bastante. La mano del dios se había extendido y descendía sobre su cabeza. Colmillo Blanco se encogió y se tensó al agazaparse bajo ella. Aquí había peligro, alguna traición o algo. Conocía las manos de los dioses, su probado dominio, su habilidad para hacer daño. Además, estaba su vieja aversión a ser tocado. Gruñó más amenazadoramente, se agachó más, y la mano seguía descendiendo. No quería morder la mano, y soportó el peligro hasta que el instinto surgió en él, dominándolo con su ansia insaciable de vida.

Weedon Scott había creído que era lo bastante rápido para esquivar cualquier mordisco. Pero aún tenía que aprender la extraordinaria rapidez de Colmillo Blanco, que atacaba con la certeza y la velocidad de una serpiente enroscada.

Scott gritó agudamente de sorpresa, agarrándose la mano desgarrada y apretándola con la otra. Matt soltó un taco tremendo y corrió a su lado. Colmillo Blanco se agachó y retrocedió, erizado,

enseñando los colmillos, los ojos brillando maligna amenaza. Ahora podía esperar una paliza tan espantosa como cualquiera de las que había recibido de Beauty Smith.

—¡Eh! ¿Qué haces? —gritó Scott de pronto.

Matt había entrado corriendo en la cabaña y salía con un rifle.

—Nada —dijo despacio, con una calma fingida—. Solo voy a cumplir la promesa que hice. Me parece que me toca a mí matarlo, como dije que haría.

—¡No lo harás!

—Sí lo haré. Mire.

Así como Matt había abogado por Colmillo Blanco cuando fue mordido, ahora le tocaba a Weedon Scott abogar.

—Dijiste que le diéramos una oportunidad. Pues dásela. Apenas hemos empezado, y no podemos dejarlo al principio. Me lo busqué, esta vez. Y... ¡míralo!

Colmillo Blanco, cerca de la esquina de la cabaña y a doce metros, gruñía con una ferocidad escalofriante, no a Scott, sino al conductor de trineos.

—¡Que me aspen! —fue la expresión de asombro del conductor.

—Fíjate en su inteligencia —continuó Scott apresuradamente—. Sabe lo que son las armas de fuego tan bien como tú. Tiene inteligencia y hay que darle a esa inteligencia una oportunidad. Baja el rifle.

—De acuerdo, estoy dispuesto —accedió Matt, apoyando el rifle contra la leñera.

—¡Pero fíjese en eso! —exclamó al momento siguiente.

Colmillo Blanco se había calmado y había dejado de gruñir.

—Esto merece investigarse. Mire.

Matt alargó la mano hacia el rifle, y en el mismo instante Colmillo Blanco gruñó. Se apartó del rifle, y los labios levantados de Colmillo Blanco descendieron, cubriendo los dientes.

—Ahora, solo por diversión.

Matt cogió el rifle y empezó lentamente a levantarlo hasta el hombro. El gruñido de Colmillo Blanco comenzó con el movimiento y aumentó a medida que este se acercaba a su culminación. Pero un instante antes de que el rifle quedara a su nivel, dio un salto lateral detrás de la esquina de la cabaña. Matt se quedó mirando por la mira al espacio vacío de nieve que Colmillo Blanco había ocupado.

El conductor dejó el rifle solemnemente, después se volvió y miró a su patrón.

—Estoy de acuerdo con usted, señor Scott. Ese perro es demasiado inteligente para matarlo.

CAPÍTULO VI

EL AMO DEL AMOR

Mientras Colmillo Blanco veía acercarse a Weedon Scott, se erizó y gruñó para advertir que no se sometería a castigo. Habían pasado veinticuatro horas desde que rajó la mano que ahora estaba vendada y sujeta en un cabestrillo para mantenerla en alto. En el pasado Colmillo Blanco había sufrido castigos diferidos, y presentía que uno así estaba a punto de caerle. ¿Cómo podía ser de otro modo? Había cometido lo que para él era un sacrilegio: hundir los colmillos en la carne sagrada de un dios, y de un dios blanco y superior, por añadidura. Por la naturaleza de las cosas, y de las relaciones con los dioses, algo terrible le esperaba.

El dios se sentó a unos pasos. Colmillo Blanco no veía nada peligroso en ello. Cuando los dioses administraban castigo estaban de pie. Además, este dios no llevaba garrote, ni látigo, ni arma de fuego. Y más aún, él mismo estaba libre. Ni cadena ni palo lo ataba. Podía escapar a un lugar seguro mientras el dios se ponía en pie. Mientras tanto, esperaría y vería.

El dios permaneció quieto, sin moverse; y el gruñido de Colmillo Blanco disminuyó lentamente hasta convertirse en un sordo rumor que se extinguió en la garganta. Entonces el dios habló, y al primer sonido de su voz, el pelo se erizó en el cuello de Colmillo Blanco y el

gruñido subió de nuevo. Pero el dios no hizo ningún movimiento hostil, y siguió hablando con calma. Durante un tiempo Colmillo Blanco gruñó al unísono con él, estableciéndose una correspondencia de ritmo entre gruñido y voz. Pero el dios hablaba interminablemente. Le hablaba a Colmillo Blanco como nunca le habían hablado. Hablaba suave y tranquilizadamente, con una dulzura que de algún modo, en algún lugar, tocó a Colmillo Blanco. A pesar de sí mismo y de todas las advertencias de su instinto, Colmillo Blanco empezó a tener confianza en aquel dios. Sentía una seguridad que desmentía toda su experiencia con los hombres.

Pasado un largo rato, el dios se levantó y entró en la cabaña. Colmillo Blanco lo escrutó con aprensión cuando salió. No llevaba látigo ni garrote ni arma. Ni su mano sana ocultaba algo a la espalda. Se sentó como antes, en el mismo sitio, a unos pasos. Tendió un pequeño trozo de carne. Colmillo Blanco levantó las orejas y lo investigó con suspicacia, arreglándose las orejas para mirar al mismo tiempo la carne y al dios, alerta ante cualquier acto hostil, el cuerpo tenso y listo para saltar al primer signo de hostilidad.

El castigo seguía sin llegar. El dios solo le acercaba un trozo de carne a la nariz. Y en la carne no parecía haber nada malo. Aun así, Colmillo Blanco desconfiaba; y aunque la carne le era ofrecida con breves movimientos invitadores de la mano, se negó a tocarla. Los dioses eran omniscientes, y no había modo de saber qué magistral traición se ocultaba tras aquel trozo de carne aparentemente inofensivo. En la experiencia pasada, especialmente con las mujeres indias, carne y castigo habían estado a menudo desastrosamente relacionados.

Al final, el dios arrojó la carne a la nieve a los pies de Colmillo Blanco. La olió cuidadosamente, pero no la miró. Mientras la olía, mantenía los ojos en el dios. No pasó nada. Se la metió en la boca y la tragó. Seguía sin pasar nada. El dios le estaba ofreciendo otro trozo. De nuevo se negó a cogerlo de la mano, y de nuevo le fue arrojado. Esto se repitió varias veces. Pero llegó un momento en que

el dios se negó a arrojarla. La mantuvo en la mano y se la ofreció con insistencia.

La carne era buena, y Colmillo Blanco tenía hambre. Poco a poco, con infinita cautela, se fue acercando a la mano. Al fin llegó el momento en que decidió comer de ella. No apartó los ojos del dios, alargando la cabeza con las orejas aplastadas y el pelo involuntariamente erizan dose en el cuello. También un gruñido sordo retumbaba en su garganta como advertencia de que no debían tomarlo a broma. Comió la carne, y no pasó nada. Trozo a trozo, se comió toda la carne, y no pasó nada. El castigo seguía sin llegar.

Se relamió y esperó. El dios siguió hablando. En su voz había bondad, algo de lo que Colmillo Blanco no tenía la menor experiencia. Y dentro de él despertaba sentimientos que tampoco había experimentado nunca. Era consciente de una extraña satisfacción, como si alguna necesidad estuviera siendo colmada, como si algún vacío de su ser estuviera siendo llenado. Después volvió el acicate del instinto y la advertencia de la experiencia pasada. Los dioses eran siempre astutos y tenían formas insospechadas de conseguir sus fines.

¡Lo sabía! Ahí venía, la mano del dios, hábil para hacer daño, extendiéndose hacia él, descendiendo sobre su cabeza. Pero el dios seguía hablando. Su voz era suave y tranquilizadora. A pesar de la mano amenazante, la voz inspiraba confianza. Y a pesar de la voz tranquilizadora, la mano inspiraba desconfianza. Colmillo Blanco se sentía desgarrado por sentimientos e impulsos contradictorios. Parecía que iba a hacerse pedazos, tan terrible era el control que ejercía, manteniendo juntas por una indecisión inusitada las fuerzas contrarias que luchaban en su interior por el dominio.

Transigió. Gruñó, se erizó y aplastó las orejas. Pero no mordió ni saltó para alejarse. La mano descendía. Cada vez más cerca. Tocó las puntas de su pelo erizado. Se encogió bajo ella. La mano lo siguió hacia abajo, presionando más estrechamente contra él. Encogiéndose, casi temblando, logró mantenerse entero. Era un

tormento, aquella mano que lo tocaba y violentaba su instinto. No podía olvidar en un día todo el mal que le habían hecho las manos de los hombres. Pero era la voluntad del dios, y se esforzó por someterse.

La mano se levantó y descendió de nuevo en un movimiento de palmadas acariciadoras. Esto continuó, pero cada vez que la mano se levantaba, el pelo se levantaba bajo ella. Y cada vez que la mano descendía, las orejas se aplastaban y un gruñido cavernoso surgía de su garganta. Colmillo Blanco gruñía y gruñía con insistente advertencia. Así anunciaba que estaba preparado para represalias ante cualquier daño que pudiera recibir. No había modo de saber cuándo se revelaría el motivo oculto del dios. En cualquier momento aquella voz suave que inspiraba confianza podía estallar en un rugido de ira, aquella mano dulce y acariciadora podía transformarse en una garra que lo sujetara indefenso y le administrara el castigo.

Pero el dios seguía hablando suavemente, y la mano seguía subiendo y bajando con palmadas no hostiles. Colmillo Blanco experimentaba sentimientos duales. Era desagradable para su instinto. Lo coartaba, se oponía a su voluntad de libertad personal. Y sin embargo, no era físicamente doloroso. Al contrario, era incluso agradable, de un modo físico. El movimiento de las palmadas se transformó lenta y cuidadosamente en una frotación alrededor de la base de las orejas, y el placer físico incluso aumentó un poco. Pero seguía temeroso, y se mantenía en guardia, expectante de un mal insospechado, sufriendo y disfrutando alternativamente según uno u otro sentimiento predominara y lo dominara.

—¡Que me aspen!

Así habló Matt, saliendo de la cabaña con las mangas remangadas y una palangana de agua sucia de fregar en las manos, detenido en el acto de vaciarla por la visión de Weedon Scott acariciando a Colmillo Blanco.

En el instante en que su voz rompió el silencio, Colmillo Blanco retrocedió de un salto, gruñéndole ferozmente.

Matt miró a su patrón con afligida desaprobación.

—Si no le importa que exprese mis sentimientos, señor Scott, me tomo la libertad de decirle que es usted diecisiete clases de maldito idiota, todas diferentes, y todavía más.

Weedon Scott sonrió con aire de superioridad, se puso en pie y se acercó a Colmillo Blanco. Le habló con suavidad, pero no por mucho rato, y después extendió lentamente la mano, la posó sobre la cabeza de Colmillo Blanco y reanudó las interrumpidas caricias. Colmillo Blanco las soportó, con los ojos fijos recelosos, no en el hombre que lo acariciaba, sino en el hombre que estaba en la puerta.

—Puede que sea usted un ingeniero de minas de primerísima, fijo que sí —se pronunció el conductor como un oráculo—, pero perdió la oportunidad de su vida de pequeño cuando no se escapó con un circo.

Colmillo Blanco gruñó al sonido de su voz, pero esta vez no saltó para apartarse de la mano que le acariciaba la cabeza y la nuca con largas caricias apaciguadoras.

Fue el principio del fin para Colmillo Blanco: el fin de la vieja vida y del reinado del odio. Una vida nueva e incomprensiblemente más hermosa estaba amaneciendo. Fue necesaria mucha reflexión y una paciencia interminable por parte de Weedon Scott para lograrlo. Y por parte de Colmillo Blanco fue necesario nada menos que una revolución. Tenía que ignorar los impulsos y las urgencias del instinto y de la razón, desafiar la experiencia, dar un mentís a la vida misma.

La vida, tal como él la había conocido, no solo no había tenido lugar para mucho de lo que ahora hacía, sino que todas las corrientes habían ido en dirección contraria a aquellas a las que ahora se abandonaba. En resumen, consideradas todas las cosas, tenía que llevar a cabo una reorientación mucho más vasta que la que había logrado cuando vino voluntariamente de la Naturaleza Salvaje y aceptó a Castor Gris como su señor. Entonces no era más que un cachorro, blando de fábrica, sin forma, listo para que el

pulgar de las circunstancias empezara a trabajar sobre él. Pero ahora era diferente. El pulgar de las circunstancias había hecho su trabajo demasiado bien. Con él había sido formado y endurecido hasta convertirlo en el Lobo Luchador, feroz e implacable, incapaz de amar y de ser amado. Llevar a cabo el cambio era como un reflujo del ser, y esto cuando la plasticidad de la juventud ya no era suya; cuando la fibra de él se había vuelto dura y nudosa; cuando la trama y la urdimbre de él habían hecho de él un tejido adamantino, áspero e inflexible; cuando el rostro de su espíritu se había convertido en hierro y todos sus instintos y axiomas se habían cristalizado en reglas fijas, cautelas, aversiones y deseos.

Y sin embargo, en esta nueva reorientación, era de nuevo el pulgar de las circunstancias el que lo presionaba y empujaba, ablandando lo que se había endurecido y remodelándolo en una forma más hermosa. Weedon Scott era en verdad ese pulgar. Había ido a las raíces de la naturaleza de Colmillo Blanco, y con su bondad había hecho revivir potencias que habían languidecido y casi perecido. Una de esas potencias era el amor. Ocupó el lugar de la simpatía, que había sido el sentimiento más elevado que lo estremecía en su trato con los dioses.

Pero este amor no llegó en un día. Empezó con simpatía y de ella se fue desarrollando lentamente. Colmillo Blanco no huía, aunque se le permitía andar suelto, porque le gustaba aquel dios nuevo. Aquello era ciertamente mejor que la vida que había llevado en la jaula de Beauty Smith, y necesitaba tener algún dios. El señorío del hombre era una necesidad de su naturaleza. El sello de su dependencia del hombre había sido impreso en él aquel primer día cuando dio la espalda a la Naturaleza Salvaje y se arrastró hasta los pies de Castor Gris para recibir la paliza esperada. Ese sello había sido estampado sobre él de nuevo, e indeleblemente, en su segundo regreso de la Naturaleza Salvaje, cuando la larga hambruna había terminado y volvía a haber pescado en la aldea de Castor Gris.

Y así, porque necesitaba un dios y porque prefería a Weedon Scott antes que a Beauty Smith, Colmillo Blanco se quedó. En señal de

lealtad, asumió la custodia de las posesiones de su amo. Rondaba la cabaña mientras los perros del trineo dormían, y al primer visitante nocturno de la cabaña se le echó encima; el intruso lo mantuvo a raya con un garrote hasta que Weedon Scott acudió al rescate. Pero Colmillo Blanco pronto aprendió a distinguir entre ladrones y hombres honrados, a valorar correctamente el paso y el porte. Al hombre que caminaba con paso firme y en línea recta hacia la puerta de la cabaña, lo dejaba en paz, aunque lo vigilaba atentamente hasta que la puerta se abría y recibía la aprobación del amo. Pero el hombre que caminaba quedamente, por caminos tortuosos, mirando con cautela, buscando el sigilo: ese era el hombre que no recibía suspensión del juicio por parte de Colmillo Blanco, y que se marchaba abruptamente, apresuradamente y sin dignidad.

Weedon Scott se había impuesto la tarea de redimir a Colmillo Blanco —o, más bien, de redimir a la humanidad del mal que le había hecho a Colmillo Blanco—. Era cuestión de principios y de conciencia. Sentía que el mal causado a Colmillo Blanco era una deuda contraída por el hombre y que debía ser saldada. Así que se desvivía por ser especialmente bondadoso con el Lobo Luchador. Cada día se hacía un punto de honor de acariciar y mimar a Colmillo Blanco, y de hacerlo demoradamente.

Al principio receloso y hostil, Colmillo Blanco llegó a gustarle aquella caricia. Pero había una cosa que nunca superó: su gruñido. Gruñía desde el momento en que empezaban las caricias hasta que terminaban. Pero era un gruñido con una nota nueva. Un extraño no podría oír esa nota, y para tal extraño el gruñido de Colmillo Blanco era una exhibición de salvajismo primordial, para poner los nervios de punta y helar la sangre. Pero la garganta de Colmillo Blanco se había endurecido de emitir sonidos feroces durante los muchos años transcurridos desde su primer pequeño raspeo de rabia en la guarida de su infancia, y no podía suavizar los sonidos de aquella garganta para expresar la ternura que sentía. Sin embargo, el oído y la sensibilidad de Weedon Scott eran lo bastante finos para captar la nota nueva casi ahogada en la fiereza: la nota que era el más tenue

atisbo de un arrullo de satisfacción, y que nadie más que él podía oír.

Con el paso de los días, la evolución de simpatía a amor se aceleró. El propio Colmillo Blanco empezó a ser consciente de ello, aunque en su conciencia no sabía qué era el amor. Se le manifestaba como un vacío en su ser, un vacío hambriento, doloroso, anhelante, que clamaba por ser llenado. Era dolor e inquietud; y solo recibía alivio con el contacto de la presencia del nuevo dios. En esos momentos el amor era gozo, una satisfacción salvaje, intensa, palpitante. Pero cuando estaba lejos de su dios, volvían el dolor y la inquietud; el vacío se alzaba en él y lo presionaba con su oquedad, y el hambre roía y roía incesantemente.

Colmillo Blanco estaba en el proceso de encontrarse a sí mismo. A pesar de la madurez de sus años y de la rígida ferocidad del molde que lo había formado, su naturaleza estaba experimentando una expansión. Brotaban en él sentimientos extraños e impulsos inusitados. Su viejo código de conducta estaba cambiando. En el pasado le había gustado la comodidad y el cese del dolor, y le había disgustado la incomodidad y el dolor, y había ajustado sus actos en consecuencia. Pero ahora era diferente. A causa de este nuevo sentimiento, elegía muchas veces la incomodidad y el dolor por su dios. Así, por la mañana temprano, en vez de vagar y buscar comida, o de tumbarse en un rincón abrigado, esperaba horas en el inhóspito porche de la cabaña para ver la cara del dios. Por la noche, cuando el dios regresaba a casa, Colmillo Blanco dejaba el cálido lugar para dormir que se había excavado en la nieve para recibir el chasquido amistoso de los dedos y la palabra de saludo. La carne, la carne misma, la sacrificaba por estar con su dios, por recibir una caricia de él o por acompañarlo al pueblo.

La simpatía había sido reemplazada por el amor. Y el amor era la sonda arrojada a las profundidades de su ser adonde la simpatía nunca había llegado. Y de sus profundidades había surgido, como respuesta, la cosa nueva: el amor. Lo que se le daba, él lo devolvía. Este era un dios de verdad, un dios del amor, un dios cálido y

radiante, a cuya luz la naturaleza de Colmillo Blanco se expandía como una flor se expande bajo el sol.

Pero Colmillo Blanco no era demostrativo. Era demasiado viejo, estaba demasiado firmemente moldeado para volverse diestro en expresarse de maneras nuevas. Estaba demasiado dueño de sí mismo, demasiado firmemente asentado en su propio aislamiento. Durante demasiado tiempo había cultivado la reserva, la frialdad y la hosquedad. Nunca había ladrado en su vida, y no podía aprender ahora a ladrar una bienvenida cuando su dios se acercaba. Nunca estorbaba, nunca era extravagante ni ridículo en la expresión de su amor. Nunca corría al encuentro de su dios. Esperaba a distancia; pero siempre esperaba, siempre estaba allí. Su amor participaba de la naturaleza de la adoración, muda, inarticulada, una adoración silenciosa. Solo con la mirada fija de sus ojos expresaba su amor, y con el seguimiento incesante de sus ojos de cada movimiento de su dios. También, a veces, cuando su dios lo miraba y le hablaba, traicionaba una torpe timidez, causada por la lucha de su amor por expresarse y su incapacidad física para hacerlo.

Aprendió a adaptarse de muchas maneras a su nuevo modo de vida. Se le hizo comprender que debía dejar en paz a los perros de su amo. Sin embargo, su naturaleza dominante se impuso, y primero tuvo que vapulearlos hasta que reconocieron su superioridad y su liderazgo. Logrado esto, tuvo pocos problemas con ellos. Le cedían el paso cuando iba y venía o caminaba entre ellos, y cuando imponía su voluntad, obedecían.

Del mismo modo, llegó a tolerar a Matt, como una posesión de su amo. Su amo rara vez le daba de comer. Eso lo hacía Matt, era asunto suyo; pero Colmillo Blanco adivinaba que era la comida de su amo lo que comía y que era su amo quien lo alimentaba así indirectamente. Matt fue quien intentó ponerle el arnés y hacerlo tirar del trineo con los otros perros. Pero Matt fracasó. No fue hasta que Weedon Scott le puso él mismo el arnés y lo hizo trabajar que Colmillo Blanco comprendió. Lo aceptó como voluntad de su amo

que Matt lo condujera y lo hiciera trabajar igual que conducía y hacía trabajar a los otros perros.

Diferentes de los toboganes del Mackenzie eran los trineos del Klondike, con patines debajo. Y diferente era el método de conducir los perros. No había formación en abanico. Los perros trabajaban en fila india, uno detrás de otro, tirando de dobles tirantes. Y aquí, en el Klondike, el líder era verdaderamente el líder. El perro más sabio y también el más fuerte era el líder, y el tiro le obedecía y le temía. Que Colmillo Blanco se hiciera rápidamente con ese puesto era inevitable. No podía conformarse con menos, como Matt descubrió tras muchos inconvenientes y problemas. Colmillo Blanco se adjudicó el puesto, y Matt refrendó su criterio con un lenguaje contundente después de que se hiciera el experimento. Pero aunque trabajaba en el trineo de día, Colmillo Blanco no renunciaba a la custodia de las posesiones de su amo por la noche. Así estaba de servicio todo el tiempo, siempre vigilante y fiel, el más valioso de todos los perros.

—Tomándome la libertad de soltar lo que llevo dentro —dijo Matt un día—, me permito declarar que fue usted un tipo listo de verdad cuando pagó lo que pagó por ese perro. Le dio un buen timo a Beauty Smith, además de hundirle la cara de un puñetazo.

Un rebrote de ira centelleó en los ojos grises de Weedon Scott, y murmuró con ferocidad:

—¡Bestia!

A finales de primavera le llegó a Colmillo Blanco una gran aflicción. Sin previo aviso, el amo del amor desapareció. Había habido señales, pero Colmillo Blanco no entendía de tales cosas y no comprendió el significado de hacer una maleta. Después recordó que la preparación del equipaje había precedido a la desaparición del amo; pero en aquel momento no sospechó nada. Aquella noche esperó a que el amo regresara. A medianoche el viento helado que soplaba lo empujó a refugiarse en la parte trasera de la cabaña. Allí dormitó, solo medio dormido, con los oídos atentos al primer sonido del paso

familiar. Pero a las dos de la mañana la ansiedad lo empujó al frío porche delantero, donde se agazapó y esperó.

Pero el amo no vino. Por la mañana se abrió la puerta y Matt salió. Colmillo Blanco lo miró anhelante. No había un lenguaje común por el que pudiera averiguar lo que quería saber. Pasaban los días, pero el amo no llegaba. Colmillo Blanco, que nunca había conocido la enfermedad en su vida, enfermó. Enfermó gravemente, tan gravemente que Matt se vio al fin obligado a meterlo en la cabaña. Además, al escribirle a su patrón, Matt dedicó una posdata a Colmillo Blanco.

Weedon Scott, al leer la carta en Circle City, se encontró con lo siguiente:

«Ese mardito lobo no quiere trabajar. No quiere comer. No tiene ánimos para nada. Todos los perros le pegan. Quiere saber qué ha sido de usted, y no sé cómo decírselo. A lo mejor se muere.»

Era como Matt había dicho. Colmillo Blanco había dejado de comer, perdido el ánimo, y permitía que todos los perros del tiro lo vapulearan. En la cabaña yacía en el suelo junto a la estufa, sin interés en la comida, en Matt ni en la vida. Matt podía hablarle con dulzura o insultarlo, era lo mismo; nunca hacía más que levantar los ojos apagados hacia el hombre, y después dejar caer la cabeza de nuevo en su posición habitual sobre las patas delanteras.

Y entonces, una noche, Matt, leyendo para sí con los labios en movimiento y sonidos murmurantes, se sobresaltó por un quejido bajo de Colmillo Blanco. Se había puesto en pie, con las orejas levantadas hacia la puerta, y escuchaba con intensidad. Un momento después, Matt oyó un paso. La puerta se abrió, y Weedon Scott entró. Los dos hombres se estrecharon la mano. Después Scott miró por la habitación.

—¿Dónde está el lobo? —preguntó.

Después lo descubrió, de pie donde había estado tumbado, junto a la estufa. No se había lanzado hacia él a la manera de otros perros. Estaba de pie, observando y esperando.

—¡Vaya! —exclamó Matt—. ¡Mire cómo menea la cola!

Weedon Scott cruzó media habitación hacia él, llamándolo al mismo tiempo. Colmillo Blanco fue hacia él, no de un gran salto, pero sí rápidamente. Estaba despierto de su timidez, pero a medida que se acercaba, sus ojos tomaron una expresión extraña. Algo, una inmensidad incommunicable de sentimiento, le subió a los ojos como una luz y resplandeció.

—¡Nunca me miró así en todo el tiempo que estuvo usted fuera! —comentó Matt.

Weedon Scott no lo oyó. Estaba agachado sobre los talones, cara a cara con Colmillo Blanco, acariciándolo: frotándole la base de las orejas, deslizando largas caricias por el cuello hasta los hombros, golpeteándole suavemente el lomo con las yemas de los dedos. Y Colmillo Blanco gruñía en respuesta, la nota de arrullo del gruñido más pronunciada que nunca.

Pero eso no era todo. El gozo que sentía, el gran amor que llevaba dentro, siempre pugnando y luchando por expresarse, logró encontrar un nuevo modo de expresión. De pronto adelantó la cabeza y la hundió entre el brazo y el cuerpo del amo. Y allí, confinado, oculto a la vista salvo las orejas, sin gruñir ya, siguió empujando y acurrucándose.

Los dos hombres se miraron. Los ojos de Scott brillaban.

—¡Caramba! —dijo Matt con voz de asombro reverente.

Un momento después, cuando se hubo recobrado, dijo:

—Siempre insistí en que ese lobo era un perro. ¡Mírelo!

Con el regreso del amo del amor, la recuperación de Colmillo Blanco fue rápida. Dos noches y un día pasó en la cabaña. Después salió. Los perros del trineo habían olvidado su poderío. Solo recordaban lo último, que era su debilidad y su enfermedad. Al verlo salir de la cabaña, se abalanzaron sobre él.

—Hablando de peleas a muerte —murmuró Matt con deleite, de pie en la puerta contemplando la escena—. ¡Dales, lobo! ¡Dales... y un poco más!

Colmillo Blanco no necesitaba que lo animaran. El regreso del amo del amor era suficiente. La vida fluía de nuevo por él, espléndida e indomable. Peleaba por puro gozo, encontrando en la pelea una expresión de mucho de lo que sentía y que de otro modo carecía de palabras. Solo podía haber un desenlace. El tiro se dispersó en ignominiosa derrota, y no fue hasta bien entrada la noche cuando los perros volvieron arrastrándose, uno a uno, significando con su mansedumbre y humildad su vasallaje a Colmillo Blanco.

Habiendo aprendido a acurrucarse, Colmillo Blanco se hacía culpable de ello a menudo. Era la última palabra. No podía ir más allá. Aquello de lo que siempre había sido particularmente celoso era su cabeza. Siempre le había disgustado que se la tocaran. Era la Naturaleza Salvaje en él, el miedo al daño y a la trampa, lo que había dado origen a los impulsos de pánico de evitar el contacto. Era el mandato de su instinto que aquella cabeza debía estar libre. Y ahora, con el amo del amor, su acurrucarse era el acto deliberado de ponerse en una posición de absoluta indefensión. Era una expresión de confianza perfecta, de rendición absoluta, como si dijera: «Me pongo en tus manos. Haz conmigo tu voluntad».

Una noche, no mucho después del regreso, Scott y Matt estaban jugando una partida de cribbage antes de irse a dormir. «Quince-dos, quince-cuatro y una pareja son seis», estaba marcando Matt, cuando se oyó un alboroto y el sonido de gruñidos fuera. Se miraron mientras se levantaban.

—El lobo ha pillado a alguien —dijo Matt.

Un alarido salvaje de miedo y angustia los apresuró.

—¡Trae una luz! —gritó Scott, saltando fuera.

Matt lo siguió con la lámpara, y a su luz vieron a un hombre tendido de espaldas en la nieve. Tenía los brazos cruzados, uno sobre otro, sobre la cara y la garganta. Así intentaba protegerse de

los dientes de Colmillo Blanco. Y había necesidad de ello. Colmillo Blanco estaba furioso, atacando con saña el punto más vulnerable. Del hombro a la muñeca de los brazos cruzados, la manga del abrigo, la camisa de franela azul y la camiseta estaban hechas jirones, y los brazos mismos terriblemente rasgados y chorreando sangre.

Todo esto vieron los dos hombres en un primer instante. Al instante siguiente Weedon Scott tenía agarrado a Colmillo Blanco por la garganta y lo apartaba a rastras. Colmillo Blanco forcejeó y gruñó, pero no intentó morder, mientras se calmaba rápidamente ante una palabra seca del amo.

Matt ayudó al hombre a levantarse. Al hacerlo, bajó los brazos cruzados, dejando al descubierto la cara bestial de Beauty Smith. El conductor lo soltó precipitadamente, con un gesto semejante al de un hombre que ha cogido un hierro candente. Beauty Smith parpadeó a la luz de la lámpara y miró a su alrededor. Vio a Colmillo Blanco, y el terror le inundó la cara.

Al mismo tiempo Matt reparó en dos objetos tirados en la nieve. Acercó la lámpara y los señaló con la punta del pie para que su patrón los viera: una cadena de perro de acero y un garrote.

Weedon Scott vio y asintió. No se dijo una palabra. El conductor puso la mano en el hombro de Beauty Smith y le dio media vuelta. No hacía falta decir nada. Beauty Smith echó a andar.

Mientras tanto, el amo del amor estaba acariciando a Colmillo Blanco y hablándole.

—Intentó robarte, ¿eh? ¡Y no lo dejaste! Vaya, vaya, cometió un error, ¿verdad?

—Debe de haberse creído que le habían caído encima diecisiete diablos —dijo Matt con una risita.

Colmillo Blanco, todavía agitado y erizado, gruñía y gruñía, el pelo bajándole lentamente, la nota de arrullo remota y tenue, pero creciendo en su garganta.

QUINTA PARTE

CAPÍTULO I

EL LARGO CAMINO

Estaba en el aire. Colmillo Blanco presintió la calamidad antes de que hubiera pruebas tangibles de ella. De maneras vagas se le transmitía que un cambio se avecinaba. No sabía cómo ni por qué, pero captaba la sensación del acontecimiento inminente de los propios dioses. De modos más sutiles de lo que ellos mismos sabían, le traicionaban sus intenciones al perro-lobo que rondaba el escalón de la cabaña y que, aunque nunca entraba, sabía lo que pasaba dentro de sus cabezas.

—¡Escucha eso! —exclamó el musher una noche durante la cena.

Weedon Scott escuchó. Por la puerta llegaba un quejido bajo y ansioso, como un sollozo contenido que acababa de hacerse audible. Después vino el largo olfateo, con el que Colmillo Blanco se aseguraba de que su dios seguía dentro y no se había marchado en una fuga misteriosa y solitaria.

—Creo que ese lobo te ha calado —dijo el musher.

Weedon Scott miró a su compañero con ojos que casi suplicaban, aunque sus palabras lo desmentían.

—¿Qué demonios voy a hacer con un lobo en California? —exigió.

—Eso digo yo —respondió Matt—. ¿Qué demonios vas a hacer con un lobo en California?

Pero aquello no satisfizo a Weedon Scott. El otro parecía juzgarlo de un modo neutral.

—Los perros de los blancos no tendrían nada que hacer contra él —continuó Scott—. Los mataría nada más verlos. Si no me arruinaba con las demandas por daños, las autoridades me lo quitarían y lo electrocutarían.

—Es un asesino nato, ya lo sé —fue el comentario del musher.

Weedon Scott lo miró con suspicacia.

—Sería imposible —dijo con decisión.

—¡Imposible! —coincidió Matt—. Si tendrías que contratar a un hombre expresamente para cuidar de él.

Las sospechas del otro se disiparon. Asintió con alegría. En el silencio que siguió, se oyó a la puerta el quejido bajo, casi sollozante, y después el largo olfateo inquisitivo.

—No se puede negar que te quiere un montón —dijo Matt.

El otro lo fulminó con la mirada en un arrebató de cólera. — ¡Maldita sea, hombre! ¡Sé lo que pienso y lo que es mejor!

—Estoy de acuerdo contigo, solo que...

—¿Solo que qué? —saltó Scott.

—Solo que... —empezó el musher con suavidad, pero después cambió de opinión y dejó traslucir una ira creciente—. Bueno, no tienes por qué ponerte así. A juzgar por cómo actúas, cualquiera diría que no sabes lo que piensas.

Weedon Scott debatió consigo mismo un rato y después dijo con más suavidad: —Tienes razón, Matt. No sé lo que pienso, y ese es el problema.

—Sería un disparate absoluto que me llevara a ese perro —estalló tras otra pausa.

—Estoy de acuerdo contigo —fue la respuesta de Matt, y de nuevo su patrón no quedó del todo satisfecho con él.

—Pero cómo, en nombre del gran Sardanápalo, sabe que te vas, eso es lo que me supera —continuó el musher con aire inocente.

—A mí también, Matt —respondió Scott, con un meneo fúnebre de cabeza.

Después llegó el día en que, por la puerta abierta de la cabaña, Colmillo Blanco vio la maleta fatídica en el suelo y al amo del amor metiendo cosas en ella. También había idas y venidas, y la atmósfera hasta entonces plácida de la cabaña estaba perturbada por extrañas agitaciones e inquietudes. Ahí estaba la prueba indudable. Colmillo Blanco ya la había olfateado. Ahora la razonaba. Su dios se preparaba para otra fuga. Y puesto que no lo había llevado consigo la vez anterior, ahora debía esperar que lo dejaran atrás.

Aquella noche lanzó el largo aullido del lobo. Igual que había aullado, en los días de cachorro, cuando huyó de la Naturaleza Salvaje de vuelta a la aldea y la encontró desaparecida, nada más que un montón de basura marcando el sitio del tipi de Castor Gris, así ahora apuntó el hocico a las frías estrellas y les contó su aflicción.

Dentro de la cabaña los dos hombres acababan de acostarse.

—Ha dejado de comer otra vez —observó Matt desde su litera.

Hubo un gruñido desde la litera de Weedon Scott y un movimiento de mantas.

—Por cómo se puso la otra vez que te fuiste, no me extrañaría que esta vez se muriera.

Las mantas de la otra litera se agitaron con irritación.

—¡Cállate ya! —gritó Scott en la oscuridad—. Fastidias más que una mujer.

—Estoy de acuerdo contigo —respondió el musher, y Weedon Scott no estaba del todo seguro de si el otro se había reído por lo bajo o no.

Al día siguiente la ansiedad y la inquietud de Colmillo Blanco fueron aún más pronunciadas. Iba pegado a los talones de su amo cada vez que este salía de la cabaña, y rondaba el escalón delantero cuando permanecía dentro. Por la puerta abierta podía captar vislumbres del equipaje en el suelo. A la maleta se le habían unido dos grandes bolsas de lona y una caja. Matt enrollaba las mantas y la manta de pieles del amo dentro de una lona pequeña. Colmillo Blanco gemía mientras observaba la operación.

Más tarde llegaron dos indios. Los observó atentamente mientras se cargaban el equipaje al hombro y Matt los guiaba colina abajo, llevando la ropa de cama y la maleta. Pero Colmillo Blanco no los siguió. El amo estaba todavía en la cabaña. Pasado un rato, Matt regresó. El amo se acercó a la puerta y llamó a Colmillo Blanco adentro.

—Pobre diablo —dijo con suavidad, rascándole las orejas y dándole palmaditas en el lomo—. Me voy por el largo camino, viejo amigo, donde no puedes seguirme. Ahora dame un gruñido..., el último, buen gruñido de despedida.

Pero Colmillo Blanco se negó a gruñir. En lugar de ello, tras una mirada anhelante e inquisitiva, se acurrucó, hundiendo la cabeza fuera de la vista entre el brazo y el cuerpo del amo.

—¡Ahí está el silbato! —gritó Matt. Desde el Yukón se alzaba el bramido ronco de un vapor fluvial—. Tienes que acortar. Asegúrate de cerrar la puerta delantera con llave. Yo saldré por atrás. ¡Vamos!

Las dos puertas se cerraron de golpe al mismo tiempo, y Weedon Scott esperó a que Matt diera la vuelta hasta el frente. Desde dentro

de la puerta llegaba un quejido bajo y sollozante. Después, largos y profundos olfateos.

—Cuídalo bien, Matt —dijo Scott mientras bajaban la colina—. Escríbeme y dime cómo le va.

—Descuida —respondió el musher—. ¡Pero escucha eso!

Ambos hombres se detuvieron. Colmillo Blanco aullaba como aúllan los perros cuando sus amos yacen muertos. Daba voz a una aflicción total, su grito elevándose en grandes oleadas desgarradoras, decayendo en una miseria temblorosa y elevándose de nuevo en oleada tras oleada de pena.

El Aurora era el primer vapor del año hacia el Exterior, y sus cubiertas estaban abarrotadas de aventureros prósperos y buscadores de oro arruinados, todos igualmente locos por llegar al Exterior como lo habían estado originalmente por llegar al Interior. Junto a la pasarela, Scott le estrechaba la mano a Matt, que se disponía a desembarcar. Pero la mano de Matt se aflojó en la del otro cuando su mirada pasó de largo y se quedó fija en algo detrás de él. Scott se volvió a mirar. Sentado en la cubierta, a un par de metros, y mirándolo con añoranza, estaba Colmillo Blanco.

El musher maldijo quedamente, con tono de asombro reverente. Scott solo podía mirar maravillado.

—¿Cerraste la puerta delantera con llave? —preguntó Matt.

El otro asintió, y preguntó: —¿Y la de atrás?

—Ya lo creo —fue la respuesta fervorosa.

Colmillo Blanco aplastó las orejas con gesto conciliador, pero permaneció donde estaba, sin hacer intento de acercarse.

—Tendré que bajarlo a tierra conmigo.

Matt dio un par de pasos hacia Colmillo Blanco, pero este se deslizó lejos de él. El musher se lanzó a por él, y Colmillo Blanco se escabulló entre las piernas de un grupo de hombres. Agachándose,

girando, cambiando de dirección, se deslizaba por la cubierta, eludiendo los esfuerzos del otro por capturarlo.

Pero cuando el amo del amor habló, Colmillo Blanco acudió a él con pronta obediencia.

—No viene a la mano que lo ha alimentado todos estos meses —murmuró el musher con resentimiento—. Y tú... tú no le has dado de comer ni una vez desde los primeros días de conoceros. Que me aspen si entiendo cómo se las arregla para saber que tú eres el jefe.

Scott, que había estado acariciando a Colmillo Blanco, se inclinó de pronto y señaló cortes recientes en el hocico, y un tajo entre los ojos.

Matt se agachó y le pasó la mano por el vientre a Colmillo Blanco.

—Se nos olvidó la ventana. Tiene cortes y arañazos por toda la panza. ¡Tiene que haber pasado a través del cristal, caramba!

Pero Weedon Scott no escuchaba. Estaba pensando rápidamente. El silbato del Aurora bramó un último aviso de partida. Los hombres corrían pasarela abajo hacia tierra. Matt se quitó el pañuelo del cuello y empezó a ponérselo a Colmillo Blanco. Scott agarró la mano del musher.

—Adiós, Matt, viejo amigo. Sobre el lobo..., no hace falta que escribas. Verás, es que yo...

—¡Qué! —estalló el musher—. ¿No me irás a decir...?

—Exactamente lo que quiero decir. Aquí tienes tu pañuelo. Ya te escribiré yo sobre él.

Matt se detuvo a mitad de la pasarela.

—¡No soportará el clima! —gritó—. ¡Salvo que le esquiles el pelo en los meses de calor!

Se retiró la pasarela y el Aurora se separó de la orilla. Weedon Scott agitó un último adiós. Después se volvió e se inclinó sobre Colmillo Blanco, que estaba a su lado.

—Ahora gruñe, maldita sea, gruñe —dijo, mientras le acariciaba la cabeza que respondía y le frotaba las orejas aplastadas.

CAPÍTULO II

EL SUR

Colmillo Blanco desembarcó del vapor en San Francisco. Se quedó atónito. Muy dentro de él, por debajo de cualquier proceso de razonamiento o acto de conciencia, había asociado el poder con la divinidad. Y nunca le habían parecido los hombres blancos unos dioses tan prodigiosos como ahora, cuando pisaba las aceras resbaladizas de San Francisco. Las cabañas de troncos que había conocido eran reemplazadas por edificios imponentes. Las calles estaban llenas de peligros: carros, carretas, automóviles; caballos enormes tirando de camiones descomunales con esfuerzo; y monstruosos tranvías de cable y eléctricos que pasaban bramando y repicando por en medio, lanzando su amenaza insistente a la manera de los lince que había conocido en los bosques del norte.

Todo aquello era manifestación de poder. A través de todo, detrás de todo, estaba el hombre, gobernando y controlando, expresándose, como antaño, mediante su dominio sobre la materia. Era colosal, abrumador. Colmillo Blanco estaba sobrecogido. El miedo se apoderó de él. Igual que en su infancia se le había hecho sentir su pequeñez y su insignificancia el día en que salió por primera vez de la Naturaleza Salvaje a la aldea de Castor Gris, así ahora, en su pleno crecimiento y su orgullo de fuerza, se sentía pequeño e insignificante. ¡Y había tantos dioses! Lo mareaba su

enjambre. El estruendo de las calles le golpeaba los oídos. Lo desconcertaba el tremendo e interminable torrente y movimiento de las cosas. Como nunca antes, sintió su dependencia del amo del amor, pegado a cuyos talones caminaba, pasara lo que pasara sin perderlo de vista.

Pero Colmillo Blanco no iba a tener más que una visión de pesadilla de la ciudad, una experiencia como un mal sueño, irreal y terrible, que lo persiguió largo tiempo después en sus sueños. El amo lo metió en un vagón de equipajes, encadenado en un rincón entre montones de baúles y maletas. Allí un dios bajo y fornido reinaba con mucho ruido, lanzando baúles y cajas de un lado a otro, arrastrándolos por la puerta y arrojándolos a las pilas, o lanzándolos fuera, golpeando y estrellando, a otros dioses que los esperaban.

Y allí, en aquel infierno de equipaje, fue abandonado Colmillo Blanco por el amo. O al menos eso creyó Colmillo Blanco, hasta que olfateó las bolsas de ropa del amo a su lado, y procedió a montar guardia sobre ellas.

—Ya era hora de que viniera —gruñó el dios del vagón, una hora después, cuando Weedon Scott apareció en la puerta—. Ese perro suyo no me deja tocar sus cosas.

Colmillo Blanco salió del vagón. Estaba asombrado. La ciudad de pesadilla había desaparecido. El vagón no había sido para él más que una habitación de una casa, y cuando entró en él la ciudad estaba toda a su alrededor. En el intervalo la ciudad había desaparecido. Su rugido ya no le atronaba los oídos. Ante él había un paisaje sonriente, bañado de sol, perezoso de quietud. Pero tuvo poco tiempo para maravillarse de la transformación. La aceptó como aceptaba todos los actos y manifestaciones inexplicables de los dioses. Era su manera de ser.

Había un carruaje esperando. Un hombre y una mujer se acercaron al amo. Los brazos de la mujer se extendieron y se cerraron alrededor del cuello del amo: ¡un acto hostil! Al instante siguiente Weedon Scott se había soltado del abrazo y se abalanzaba

sobre Colmillo Blanco, que se había convertido en un demonio gruñendo y furioso.

—Tranquila, madre —decía Scott mientras sujetaba a Colmillo Blanco y lo calmaba—. Ha creído que ibas a hacerme daño y no lo ha consentido. Tranquila. Tranquila. Ya aprenderá.

—Y mientras tanto se me permitirá querer a mi hijo cuando su perro no esté delante —se rio ella, aunque estaba pálida y débil del susto.

Miró a Colmillo Blanco, que gruñía, se erizaba y la miraba con malevolencia.

—Tendrá que aprender, y lo hará, sin demora —dijo Scott.

Le habló con suavidad a Colmillo Blanco hasta que lo calmó; después su voz se volvió firme.

—¡Abajo, señor! ¡Al suelo!

Esta era una de las cosas que el amo le había enseñado, y Colmillo Blanco obedeció, aunque se tumbó de mala gana y con hosquedad.

—Ahora, madre.

Scott abrió los brazos hacia ella, pero mantuvo los ojos en Colmillo Blanco.

—¡Abajo! —advirtió—. ¡Abajo!

Colmillo Blanco, erizándose en silencio, medio incorporándose, volvió a echarse y observó cómo se repetía el acto hostil. Pero ningún daño vino de él, ni del abrazo del dios-hombre desconocido que siguió. Después las bolsas de ropa fueron metidas en el carruaje, los dioses desconocidos y el amo del amor subieron, y Colmillo Blanco los siguió, corriendo vigilante detrás, erizándose de cuando en cuando contra los caballos al trote y advirtiéndoles de que él estaba allí para velar por que no le ocurriera nada malo al dios que arrastraban tan velozmente por la tierra.

Al cabo de quince minutos, el carruaje entró por un portón de piedra y avanzó entre una doble fila de nogales cuyos arcos se entrelazaban. A ambos lados se extendían céspedes, su amplia superficie salpicada aquí y allá por grandes robles de ramas robustas. A poca distancia, en contraste con el verde tierno de la hierba cuidada, campos de heno quemados por el sol mostraban tonos canela y dorados; y más allá se veían las colinas leonadas y los pastos de altura. Desde la cabecera del césped, en la primera ondulación suave desde el nivel del valle, miraba la casa de profundos porches y muchas ventanas.

Poca oportunidad tuvo Colmillo Blanco de ver todo esto. Apenas había entrado el carruaje en la finca, cuando lo atacó un perro pastor, de ojos vivos, hocico afilado, justamente indignado y furioso. Se interpuso entre él y el amo, cortándole el paso. Colmillo Blanco no gruñó advertencia alguna, pero el pelo se le erizó mientras ejecutaba su acometida silenciosa y mortal. Esa acometida nunca se completó. Se detuvo con una torpeza abrupta, con las patas delanteras rígidas frenando su impulso, casi sentándose sobre los cuartos traseros, tan deseoso estaba de evitar el contacto con el perro al que estaba a punto de atacar. Era una hembra, y la ley de su especie levantaba una barrera entre ellos. Atacarla habría requerido nada menos que una violación de su instinto.

Pero con la perra pastora era diferente. Siendo hembra, no poseía tal instinto. Por otro lado, siendo perra pastora, su miedo instintivo a la Naturaleza Salvaje, y en especial al lobo, era excepcionalmente agudo. Para ella Colmillo Blanco era un lobo, el merodeador hereditario que se había alimentado de sus rebaños desde que las ovejas fueron pastoreadas y custodiadas por primera vez por algún lejano antepasado suyo. Y así, cuando él abandonó su acometida y se frenó para evitar el contacto, ella se le lanzó encima. Gruñó involuntariamente al sentir los dientes de ella en su hombro, pero más allá de eso no hizo ademán de hacerle daño. Retrocedió, con las patas rígidas de cohibimiento, e intentó rodearla. Esquivó a un lado y al otro, giró y dio vueltas, pero fue inútil. Ella siempre permanecía entre él y el camino por donde quería ir.

—¡Aquí, Collie! —llamó el hombre desconocido del carruaje.
Weedon Scott se rio.

—No importa, padre. Es buena disciplina. Colmillo Blanco tiene que aprender muchas cosas, y más vale que empiece ya. Se adaptará.

El carruaje siguió adelante, y Collie seguía bloqueando el paso a Colmillo Blanco. Intentó dejarla atrás saliéndose del camino y cruzando el césped en un círculo, pero ella corría por el círculo interior, más pequeño, y siempre estaba allí, enfrentándolo con sus dos hileras de dientes relucientes. Volvió a dar el rodeo, cruzó el camino hasta el otro césped, y de nuevo le cortó el paso.

El carruaje se llevaba al amo. Colmillo Blanco lo vislumbraba desapareciendo entre los árboles. La situación era desesperada. Intentó otro círculo. Ella lo siguió, corriendo velozmente. Y entonces, de pronto, se volvió contra ella. Era su viejo truco de combate. Hombro contra hombro, la embistió de lleno. No solo la derribó. Tan deprisa venía corriendo ella que rodó, ya de espaldas, ya de costado, mientras luchaba por detenerse, arañando la grava con las patas y chillando agudamente su orgullo herido y su indignación.

Colmillo Blanco no esperó. El camino estaba libre, y eso era todo lo que había querido. Ella salió tras él sin cesar sus gritos. Ahora era campo abierto, y en materia de correr de verdad, Colmillo Blanco podía darle lecciones. Ella corría frenéticamente, histéricamente, esforzándose al máximo, anunciando el esfuerzo que hacía con cada salto; y todo el tiempo Colmillo Blanco se deslizaba suavemente lejos de ella, en silencio, sin esfuerzo, resbalando como un fantasma sobre el suelo.

Al doblar la casa hacia la cochera, dio con el carruaje. Se había detenido, y el amo estaba bajando. En ese momento, aún corriendo a toda velocidad, Colmillo Blanco advirtió de pronto un ataque lateral. Era un galgo que se abalanzaba sobre él. Colmillo Blanco intentó hacerle frente. Pero iba demasiado deprisa, y el galgo estaba demasiado cerca. Le golpeó en el costado; y tal era su impulso hacia

delante y lo inesperado del encuentro, que Colmillo Blanco fue lanzado al suelo y rodó por completo. Salió del enredo hecho un espectáculo de malignidad, orejas aplastadas, labios retorcidos, nariz arrugada, los dientes castañeteando cuando los colmillos por poco alcanzan la garganta blanda del galgo.

El amo venía corriendo, pero estaba demasiado lejos; y fue Collie la que salvó la vida del galgo. Antes de que Colmillo Blanco pudiera lanzarse y asestar el golpe fatal, y justo en el momento en que estaba a punto de lanzarse, llegó Collie. Había sido superada en maniobras y dejada atrás, por no hablar de que la habían hecho rodar sin ceremonias por la grava, y su llegada fue como la de un tornado, hecha de dignidad ofendida, ira justificada y odio instintivo hacia aquel merodeador de la Naturaleza Salvaje. Golpeó a Colmillo Blanco perpendicularmente en mitad de su salto, y una vez más fue derribado y rodó por el suelo.

Al instante siguiente llegó el amo, y con una mano sujetó a Colmillo Blanco mientras el padre apartaba a los perros.

—Oye, que menudo recibimiento para un pobre lobo solitario del Ártico —dijo el amo, mientras Colmillo Blanco se calmaba bajo su mano acariciadora—. En toda su vida solo se le ha visto perder el equilibrio una vez, y aquí lo han tumbado dos veces en treinta segundos.

El carruaje se había marchado, y otros dioses desconocidos habían aparecido saliendo de la casa. Algunos se mantenían respetuosamente a distancia; pero dos de ellos, mujeres, perpetraron el acto hostil de abrazar al amo por el cuello. Colmillo Blanco, sin embargo, empezaba a tolerar este acto. No parecía venir ningún daño de él, y los sonidos que hacían los dioses no eran ciertamente amenazadores. Aquellos dioses también le hicieron gestos amistosos a Colmillo Blanco, pero él los rechazó con un gruñido, y el amo hizo lo propio con la palabra. En esos momentos Colmillo Blanco se apretaba contra las piernas del amo y recibía palmaditas tranquilizadoras en la cabeza.

El galgo, bajo la orden «¡Dick! ¡Al suelo, señor!», había subido los escalones y se había tumbado a un lado del porche, gruñendo aún y vigilando hosco al intruso. A Collie se la había llevado una de las diosas, que la rodeaba con los brazos y la acariciaba y mimaba; pero Collie estaba muy desconcertada e inquieta, gimoteando y nerviosa, indignada por la presencia tolerada de aquel lobo y convencida de que los dioses cometían un error.

Todos los dioses empezaron a subir los escalones para entrar en la casa. Colmillo Blanco siguió pegado a los talones del amo. Dick, en el porche, gruñó, y Colmillo Blanco, en los escalones, se erizó y le devolvió el gruñido.

—Mete a Collie dentro y déjalos a los dos que se peleen —sugirió el padre de Scott—. Después serán amigos.

—Entonces Colmillo Blanco, para demostrar su amistad, tendría que ser el principal doliente en el funeral —se rio el amo.

El padre miró con incredulidad, primero a Colmillo Blanco, después a Dick y finalmente a su hijo.

—¿Quieres decir...?

Weedon asintió con la cabeza. —Exactamente eso. Tendrías un Dick muerto en un minuto..., dos minutos como mucho.

Se volvió hacia Colmillo Blanco. —Ven, lobo. Tú eres el que tiene que entrar.

Colmillo Blanco subió los escalones con las patas rígidas y cruzó el porche con la cola tiesa y erguida, sin quitar los ojos de Dick para prevenirse de un ataque por el flanco y al mismo tiempo preparado para cualquier manifestación feroz de lo desconocido que pudiera abalanzarse sobre él desde el interior de la casa. Pero ninguna cosa temible se le abalanzó, y una vez dentro exploró cuidadosamente, mirándolo todo sin encontrar peligro. Después se tumbó con un gruñido satisfecho a los pies del amo, observando todo lo que ocurría, siempre listo para ponerse de pie de un salto y luchar por su

vida contra los terrores que presentía debían acechar bajo el techo-trampa de la morada.

CAPÍTULO III

EL DOMINIO DEL DIOS

Colmillo Blanco no solo era adaptable por naturaleza, sino que había viajado mucho y conocía el significado y la necesidad de la adaptación. Aquí, en Sierra Vista, que era el nombre de la finca del juez Scott, Colmillo Blanco empezó rápidamente a sentirse como en casa. No tuvo más problemas serios con los perros. Ellos sabían más que él sobre las costumbres de los dioses del Sur, y a sus ojos él se había ganado el derecho cuando acompañó a los dioses al interior de la casa. Lobo que era, y por inaudito que fuera, los dioses habían sancionado su presencia, y ellos, los perros de los dioses, solo podían reconocer esa sanción.

Dick, por fuerza, tuvo que pasar por unas cuantas formalidades rígidas al principio, tras lo cual aceptó tranquilamente a Colmillo Blanco como una adición a la finca. Si por Dick hubiera sido, habrían sido buenos amigos; pero Colmillo Blanco era contrario a la amistad. Todo lo que pedía de los otros perros era que lo dejaran en paz. Toda su vida se había mantenido apartado de los de su especie, y seguía deseando mantenerse apartado. Las insinuaciones de Dick lo molestaban, así que lo ahuyentaba con un gruñido. En el norte había aprendido la lección de que debía dejar en paz a los perros del amo, y no olvidó esa lección ahora. Pero insistía en su propia privacidad y aislamiento, e ignoró tan concienzudamente a Dick que aquella

criatura bonachona acabó por rendirse y apenas le prestaba más interés que al poste de atar junto al establo.

No así con Collie. Si bien lo aceptaba porque era mandato de los dioses, eso no era razón para dejarlo en paz. Tejida en su ser estaba la memoria de incontables crímenes que él y los suyos habían perpetrado contra sus antepasados. No se olvidarían en un día ni en una generación los rediles saqueados. Todo aquello la espoleaba, incitándola a la represalia. No podía enfrentarse a los dioses que lo permitían, pero eso no le impedía hacerle la vida imposible de maneras mezquinas. Una enemistad ancestral existía entre ellos, y ella, por su parte, se encargaría de recordárselo.

Así que Collie se aprovechaba de su sexo para meterse con Colmillo Blanco y maltratarlo. El instinto de él no le permitía atacarla, y la persistencia de ella no le permitía ignorarla. Cuando ella se le lanzaba, él le ofrecía el hombro protegido por el pelaje a sus dientes afilados y se alejaba con paso rígido y majestuoso. Cuando ella lo acosaba demasiado, se veía obligado a caminar en círculos con el hombro hacia ella, la cabeza vuelta al otro lado, y en la cara y en los ojos una expresión paciente y aburrida. A veces, sin embargo, un mordisco en los cuartos traseros aceleraba su retirada y la hacía todo menos majestuosa. Pero por regla general conseguía mantener una dignidad que era casi solemnidad. Ignoraba su existencia siempre que era posible y se hacía un punto de honor de mantenerse fuera de su camino. Cuando la veía u oía venir, se levantaba y se marchaba.

Había mucho en otras materias que Colmillo Blanco debía aprender. La vida en el Norte era la simplicidad misma comparada con los complicados asuntos de Sierra Vista. Ante todo, tenía que aprender a conocer a la familia del amo. En cierto modo estaba preparado para ello. Como Mit-sah y Klu-kuch habían pertenecido a Castor Gris, compartiendo su comida, su fuego y sus mantas, así ahora, en Sierra Vista, pertenecían al amo del amor todos los moradores de la casa.

Pero en esta cuestión había una diferencia, y muchas diferencias. Sierra Vista era un asunto mucho más vasto que el tipi de Castor Gris. Había muchas personas que considerar. Estaba el juez Scott, y estaba su esposa. Estaban las dos hermanas del amo, Beth y Mary. Estaba su mujer, Alice, y después estaban sus hijos, Weedon y Maud, criaturas de cuatro y seis años que apenas sabían caminar. No había forma de que nadie le hablara de todas esas personas, y de los lazos de sangre y el parentesco no sabía absolutamente nada ni sería nunca capaz de saberlo. Sin embargo, rápidamente dedujo que todos ellos pertenecían al amo. Después, por observación, siempre que se presentaba la oportunidad, estudiando las acciones, las palabras y las entonaciones mismas de la voz, fue aprendiendo lentamente la intimidad y el grado de favor que disfrutaban con el amo. Y conforme a ese criterio así establecido, Colmillo Blanco los trataba en consecuencia. Lo que era valioso para el amo, él lo valoraba; lo que era querido por el amo debía ser protegido por Colmillo Blanco y custodiado con esmero.

Así fue con los dos niños. Toda su vida le habían disgustado los niños. Odiaba y temía sus manos. No habían sido tiernas las lecciones que había aprendido de su tiranía y crueldad en los días de las aldeas indias. Cuando Weedon y Maud se le acercaron por primera vez, gruñó a modo de advertencia y los miró con malignidad. Un coscorrón del amo y una palabra seca lo obligaron entonces a permitir sus caricias, aunque gruñía y gruñía bajo sus manitas, y en el gruñido no había nota de arrullo. Más tarde observó que el niño y la niña eran de gran valor a los ojos del amo. Fue entonces cuando no hizo falta coscorrón ni palabra seca para que lo acariciaran.

Pero Colmillo Blanco nunca fue efusivamente afectuoso. Se entregaba a los hijos del amo con una gracia reacia pero honesta, y soportaba sus juegos como quien soporta una operación dolorosa. Cuando ya no podía más, se levantaba y se alejaba resueltamente. Pero con el tiempo llegó incluso a gustarle los niños. Aun así no era demostrativo. No iba a buscarlos. Por otro lado, en vez de marcharse al verlos, esperaba a que ellos vinieran a él. Y más tarde aún, se

advirtió que una luz complacida se encendía en sus ojos cuando los veía acercarse, y que los seguía con la mirada con una apariencia de curioso pesar cuando lo dejaban por otros entretenimientos.

Todo esto fue cuestión de desarrollo, y llevó tiempo. El siguiente en su estima, después de los niños, era el juez Scott. Había dos razones, posiblemente. La primera, que era evidentemente una posesión valiosa del amo, y la segunda, que no era demostrativo. A Colmillo Blanco le gustaba echarse a sus pies en el amplio porche cuando leía el periódico, dedicándole de cuando en cuando una mirada o una palabra: señales discretas de que reconocía la presencia y la existencia de Colmillo Blanco. Pero esto solo ocurría cuando el amo no estaba. Cuando el amo aparecía, todos los demás seres dejaban de existir para Colmillo Blanco.

Colmillo Blanco permitía que todos los miembros de la familia lo acariciaran y lo mimaran, pero nunca les daba lo que le daba al amo. Ninguna caricia de ellos podía arrancarle el arrullo de amor de la garganta, y por más que lo intentaban, nunca lograban convencerlo de que se acurrucara contra ellos. Esta expresión de abandono y rendición, de confianza absoluta, la reservaba exclusivamente para el amo. De hecho, nunca veía a los miembros de la familia de otro modo que como posesiones del amo del amor.

También Colmillo Blanco había aprendido pronto a diferenciar entre la familia y los sirvientes de la casa. Estos le tenían miedo, mientras que él simplemente se abstenía de atacarlos. Esto porque los consideraba igualmente posesiones del amo. Entre Colmillo Blanco y ellos existía neutralidad, y nada más. Cocinaban para el amo, fregaban los platos y hacían otras tareas, igual que Matt había hecho allá arriba en el Klondike. Eran, en resumen, dependencias del hogar.

Fuera del hogar había aún más que aprender para Colmillo Blanco. El dominio del amo era vasto y complejo, pero tenía sus límites y lindes. La tierra terminaba en la carretera del condado. Fuera estaba el dominio común de todos los dioses: las carreteras y las calles. Después, dentro de otras cercas, estaban los dominios particulares

de otros dioses. Una miríada de leyes gobernaba todas estas cosas y determinaba la conducta; pero él no conocía la lengua de los dioses, ni había modo de aprenderla si no era por la experiencia. Obedecía sus impulsos naturales hasta que chocaban con alguna ley. Cuando esto había sucedido unas cuantas veces, aprendía la ley y después la observaba.

Pero lo más potente en su educación era el coscorrón de la mano del amo, la censura de la voz del amo. Debido al grandísimo amor de Colmillo Blanco, un coscorrón del amo le dolía mucho más que cualquier paliza que Castor Gris o Beauty Smith le hubieran dado jamás. Aquellas solo le habían herido la carne; bajo la carne, el espíritu seguía alzándose, espléndido e invencible. Pero con el amo, el coscorrón era siempre demasiado leve para herir la carne. Sin embargo, calaba más hondo. Era una expresión de la desaprobación del amo, y el espíritu de Colmillo Blanco se marchitaba bajo ella.

De hecho, el coscorrón rara vez se administraba. La voz del amo bastaba. Por ella Colmillo Blanco sabía si hacía bien o mal. Por ella ajustaba su conducta y sus acciones. Era la brújula por la que se guiaba y aprendía a cartografiar las costumbres de una tierra y una vida nuevas.

En el Norte, el único animal doméstico era el perro. Todos los demás animales vivían en la Naturaleza Salvaje y eran, cuando no demasiado formidables, presa legítima de cualquier perro. Toda su vida Colmillo Blanco había cazado entre los seres vivos para alimentarse. No se le ocurrió que en el Sur fuera de otro modo. Pero esto lo aprendería pronto en su residencia en el valle de Santa Clara. Paseando por la esquina de la casa una mañana temprano, dio con una gallina que se había escapado del corral. El impulso natural de Colmillo Blanco fue comérsela. Un par de saltos, un destello de dientes y un cacareo aterrorizado, y se había tragado al ave aventurera. Estaba criada en granja, gorda y tierna; y Colmillo Blanco se relamió y decidió que aquella comida era buena.

Más tarde aquel día, tropezó con otra gallina descarriada cerca de los establos. Uno de los mozos acudió al rescate. No conocía la raza

de Colmillo Blanco, así que como arma cogió un látigo ligero de calesa. Al primer latigazo, Colmillo Blanco dejó la gallina por el hombre. Un garrote quizá habría detenido a Colmillo Blanco, pero no un látigo. En silencio, sin inmutarse, recibió un segundo latigazo en su embestida, y cuando saltó a la garganta el mozo gritó: «¡Dios mío!», y retrocedió tambaleándose. Soltó el látigo y se protegió la garganta con los brazos. En consecuencia, el antebrazo le quedó abierto hasta el hueso.

El hombre estaba muy asustado. No era tanto la ferocidad de Colmillo Blanco como su silencio lo que descompuso al mozo. Todavía protegiéndose la garganta y la cara con el brazo desgarrado y sangrante, intentó retirarse al establo. Y le habría ido mal de no haber aparecido Collie en escena. Así como había salvado la vida de Dick, ahora salvó la del mozo. Se lanzó sobre Colmillo Blanco con furia frenética. Ella tenía razón. Ella lo había sabido mejor que los dioses torpes. Todas sus sospechas estaban justificadas. Ahí estaba el antiguo merodeador haciendo de las suyas otra vez.

El mozo escapó al establo, y Colmillo Blanco retrocedió ante los dientes perversos de Collie, o les presentaba el hombro y giraba en círculos. Pero Collie no se detuvo, como solía, tras un intervalo decente de escarmiento. Al contrario, se iba excitando y enfureciendo cada vez más, hasta que al final Colmillo Blanco mandó la dignidad al diablo y huyó francamente de ella a campo traviesa.

—Aprenderá a dejar las gallinas en paz —dijo el amo—. Pero no puedo darle la lección hasta que lo pille en el acto.

Dos noches después llegó el acto, pero a una escala más generosa de lo que el amo había anticipado. Colmillo Blanco había observado detenidamente los gallineros y las costumbres de las gallinas. De noche, después de que se hubieran recogido en los palos, trepó a lo alto de un montón de madera recién acarreada. Desde allí alcanzó el tejado de un gallinero, pasó por encima de la cumbrera y se dejó caer al suelo del interior. Un instante después estaba dentro, y empezó la matanza.

Por la mañana, cuando el amo salió al porche, cincuenta gallinas leghorn blancas, puestas en fila por el mozo, lo recibieron. Silbó quedamente, primero de sorpresa y después, al final, de admiración. Sus ojos también fueron recibidos por Colmillo Blanco, pero en él no había señales de vergüenza ni de culpa. Se comportaba con orgullo, como si hubiera realizado una hazaña encomiable y meritoria. No había en él conciencia de pecado. Los labios del amo se apretaron al encarar la desagradable tarea. Después le habló con dureza al inconsciente culpable, y en su voz no había más que ira divina. También le hundió la nariz a Colmillo Blanco entre las gallinas muertas, y al mismo tiempo le dio un buen coscorrón.

Colmillo Blanco no volvió a asaltar un gallinero. Era contra la ley, y lo había aprendido. Después el amo lo llevó al interior del corral. El impulso natural de Colmillo Blanco, cuando vio la comida viva revoloteando a su alrededor y bajo sus narices, fue abalanzarse sobre ella. Obedeció el impulso, pero lo detuvo la voz del amo. Permanecieron en el corral durante media hora. Una y otra vez el impulso inundó a Colmillo Blanco, y cada vez que cedía a él, lo detenía la voz del amo. Así fue como aprendió la ley, y antes de salir del dominio de las gallinas, había aprendido a ignorar su existencia.

—A un matador de gallinas no se le cura nunca. —El juez Scott meneó la cabeza con pesadumbre a la hora del almuerzo, cuando su hijo narró la lección que le había dado a Colmillo Blanco—. Una vez que han adquirido el hábito y el gusto de la sangre... —De nuevo meneó la cabeza con pesadumbre.

Pero Weedon Scott no estaba de acuerdo con su padre. —Te diré lo que voy a hacer —lo retó finalmente—. Voy a encerrar a Colmillo Blanco con las gallinas toda la tarde.

—Pero piensa en las gallinas —objetó el juez.

—Y además —continuó el hijo—, por cada gallina que mate, te pagaré un dólar en moneda de oro.

—Pero tú también deberías penalizar a papá —intervino Beth.

Su hermana la secundó, y se alzó un coro de aprobación alrededor de la mesa. El juez Scott asintió.

—De acuerdo. —Weedon Scott reflexionó un instante—. Y si al final de la tarde Colmillo Blanco no le ha hecho daño a ninguna gallina, por cada diez minutos del tiempo que haya pasado en el corral, tendrás que decirle, con gravedad y deliberación, exactamente como si estuvieras en el estrado dictando sentencia solemne: «Colmillo Blanco, eres más listo de lo que yo pensaba».

Desde puestos de observación ocultos, la familia presenció la prueba. Pero fue un fiasco. Encerrado en el corral y abandonado allí por el amo, Colmillo Blanco se tumbó y se durmió. Una vez se levantó y fue al bebedero por un trago de agua. A las gallinas las ignoró con toda calma. En lo que a él respectaba, no existían. A las cuatro de la tarde ejecutó un salto con carrera, alcanzó el tejado del gallinero y saltó al suelo del otro lado, desde donde caminó gravemente hasta la casa. Había aprendido la ley. Y en el porche, ante la familia encantada, el juez Scott, cara a cara con Colmillo Blanco, dijo lenta y solemnemente, dieciséis veces: «Colmillo Blanco, eres más listo de lo que yo pensaba».

Pero era la multiplicidad de las leyes lo que confundía a Colmillo Blanco y a menudo lo ponía en apuros. Tuvo que aprender que no debía tocar las gallinas que pertenecían a otros dioses. Después estaban los gatos, los conejos y los pavos; a todos ellos debía dejarlos en paz. De hecho, cuando solo había aprendido la ley a medias, su impresión era que debía dejar en paz a todos los seres vivos. En el pasto de atrás, una codorniz podía alzar el vuelo bajo su nariz sin sufrir daño. Tenso y temblando de ansia y deseo, dominaba su instinto y se quedaba quieto. Obedecía la voluntad de los dioses.

Y entonces, un día, otra vez en el pasto de atrás, vio a Dick levantar una liebre y perseguirla. El amo en persona estaba mirando y no intervino. Es más, animó a Colmillo Blanco a unirse a la persecución. Y así aprendió que las liebres no estaban prohibidas. Al final elaboró la ley completa. Entre él y todos los animales domésticos no debía haber hostilidades. Si no amistad, al menos

debía reinar la neutralidad. Pero los otros animales —las ardillas, las codornices y los conejos de cola blanca— eran criaturas de la Naturaleza Salvaje que nunca habían rendido pleitesía al hombre. Eran presa legítima de cualquier perro. Solo lo domesticado era protegido por los dioses, y entre lo domesticado no se permitía la lucha a muerte. Los dioses ostentaban el poder de vida y muerte sobre sus súbditos, y los dioses eran celosos de su poder.

La vida era compleja en el valle de Santa Clara después de las simplicidades del Norte. Y lo primero que exigían aquellas complejidades de la civilización era control, contención: un equilibrio de sí mismo tan delicado como el aleteo de alas de gasa y al mismo tiempo tan rígido como el acero. La vida tenía mil caras, y Colmillo Blanco descubrió que debía afrontarlas todas: cuando iba al pueblo, a San José, corriendo detrás del carruaje o vagando por las calles cuando el carruaje se detenía. La vida fluía ante él, profunda, ancha y variada, incidiendo continuamente sobre sus sentidos, exigiéndole ajustes y correspondencias instantáneos e interminables, y obligándolo, casi siempre, a reprimir sus impulsos naturales.

Había carnicerías donde la carne colgaba al alcance de la mano. Aquella carne no debía tocarla. Había gatos en las casas que el amo visitaba, y debía dejarlos en paz. Y había perros por todas partes que le gruñían y que él no debía atacar. Y después, en las aceras abarrotadas, había innumerables personas cuya atención atraía. Se detenían a mirarlo, se lo señalaban unos a otros, lo examinaban, hablaban de él y, lo peor de todo, lo acariciaban. Y estos contactos peligrosos de tantas manos desconocidas debía soportarlos. Y los soportó. Es más, superó la incomodidad y la timidez. Con altivez recibía las atenciones de las multitudes de dioses desconocidos. Con condescendencia aceptaba su condescendencia. Por otro lado, había algo en él que impedía la familiaridad excesiva. Le daban palmaditas en la cabeza y seguían adelante, satisfechos y complacidos con su propia osadía.

Pero no todo era fácil para Colmillo Blanco. Corriendo detrás del carruaje en las afueras de San José, se encontraba con ciertos

muchachos que tenían la costumbre de tirarle piedras. Sin embargo, sabía que no le estaba permitido perseguirlos y derribarlos. Aquí se veía obligado a violar su instinto de conservación, y lo violaba, porque se estaba civilizando y ganando su puesto en la sociedad.

No obstante, Colmillo Blanco no estaba del todo satisfecho con el acuerdo. No tenía ideas abstractas sobre la justicia y el juego limpio. Pero hay un cierto sentido de la equidad que reside en la vida, y era ese sentido lo que en él se resentía de la injusticia de no permitírsele defenderse de los que tiraban piedras. Olvidaba que en el pacto sellado entre él y los dioses, estos se habían comprometido a cuidar de él y defenderlo. Pero un día el amo saltó del carruaje, látigo en mano, y les dio una zorra a los tiradores de piedras. Después dejaron de tirar piedras, y Colmillo Blanco comprendió y quedó satisfecho.

Otra experiencia de naturaleza similar fue la suya. De camino al pueblo, merodeando por la taberna del cruce de caminos, había tres perros que tenían la costumbre de abalanzarse sobre él cuando pasaba. Conociendo su método de combate mortal, el amo no había dejado de inculcar a Colmillo Blanco la ley de que no debía pelear. Como resultado, habiendo aprendido bien la lección, Colmillo Blanco lo pasaba mal cada vez que pasaba por la taberna del cruce. Después de la primera embestida, cada vez, su gruñido mantenía a los tres perros a distancia, pero lo seguían detrás, ladrando, alborotando e insultándolo. Esto duró un tiempo. Los hombres de la taberna incluso azuzaban a los perros contra Colmillo Blanco. Un día los azuzaron abiertamente. El amo detuvo el carruaje.

—A por ellos —le dijo a Colmillo Blanco.

Pero Colmillo Blanco no podía creerlo. Miró al amo, y miró a los perros. Después volvió a mirar al amo, ansioso e interrogante.

El amo asintió con la cabeza. —A por ellos, viejo amigo. Acaba con ellos.

Colmillo Blanco no titubeó más. Se volvió y saltó en silencio entre sus enemigos. Los tres le hicieron frente. Hubo un gran gruñir y

bramar, un entrechocar de dientes y un torbellino de cuerpos. El polvo del camino se alzó en una nube y ocultó la pelea. Pero al cabo de varios minutos, dos perros se debatían en el polvo y el tercero huía a toda carrera. Saltó una zanja, pasó a través de una cerca y huyó a campo traviesa. Colmillo Blanco lo siguió, deslizándose sobre el suelo al estilo lobuno y con velocidad de lobo, veloz y sin ruido, y en el centro del campo lo alcanzó y lo mató.

Con esta triple matanza se acabaron sus principales problemas con los perros. La noticia corrió valle arriba y valle abajo, y los hombres se ocuparon de que sus perros no molestaran al Lobo Luchador.

CAPÍTULO IV

LA LLAMADA DE LA ESPECIE

Los meses iban y venían. Había comida en abundancia y ningún trabajo en el Sur, y Colmillo Blanco vivía gordo, próspero y feliz. No solo estaba en el Sur geográfico, sino en el sur de la vida. La bondad humana era como un sol que brillaba sobre él, y florecía como una flor plantada en buena tierra.

Y sin embargo seguía siendo de algún modo diferente de los otros perros. Conocía la ley incluso mejor que los perros que no habían conocido otra vida, y la observaba con mayor puntualidad; pero había en él una sugerencia de ferocidad agazapada, como si la Naturaleza Salvaje aún perdurara en él y el lobo que llevaba dentro simplemente durmiera.

Nunca intimó con otros perros. Solo había vivido, en lo tocante a los de su especie, y solo seguiría viviendo. En su infancia, bajo la persecución de Hocico y la jauría de cachorros, y en sus días de peleas con Beauty Smith, había adquirido una aversión fija hacia los perros. El curso natural de su vida se había desviado, y apartándose de los de su especie, se había aferrado al humano.

Además, todos los perros del Sur lo miraban con suspicacia. Despertaba en ellos su miedo instintivo a la Naturaleza Salvaje, y siempre lo recibían con gruñidos, ladridos y odio beligerante. Él, por

su parte, aprendió que no era necesario usar los dientes contra ellos. Sus colmillos al descubierto y sus labios retorcidos eran uniformemente eficaces, y rara vez fallaban en hacer retroceder a un perro que embestía bramando.

Pero había una prueba en la vida de Colmillo Blanco: Collie. No le daba un momento de paz. No era tan sumisa a la ley como él. Desafiaba todos los esfuerzos del amo por hacerla amiga de Colmillo Blanco. Siempre resonaba en sus oídos su gruñido agudo y nervioso. Nunca le había perdonado el episodio de las gallinas, y persistía en la creencia de que sus intenciones eran malas. Lo declaraba culpable antes del acto y lo trataba en consecuencia. Se convirtió en una pesadilla para él, como un policía siguiéndolo por los establos y las perreras, y si tan siquiera miraba con curiosidad a una paloma o una gallina, estallaba en un clamor de indignación y furia. Su manera favorita de ignorarla era tumbarse con la cabeza sobre las patas delanteras y fingir que dormía. Esto siempre la desconcertaba y la hacía callar.

Con la excepción de Collie, todo le iba bien a Colmillo Blanco. Había aprendido control y equilibrio, y conocía la ley. Alcanzó una compostura, una calma y una tolerancia filosófica. Ya no vivía en un entorno hostil. El peligro, el daño y la muerte ya no acechaban a su alrededor. Con el tiempo, lo desconocido, como cosa de terror y amenaza siempre inminente, se desvaneció. La vida era blanda y fácil. Fluía suavemente, y ni el miedo ni el enemigo acechaban al borde del camino.

Echaba de menos la nieve sin ser consciente de ello. «Un verano desmedidamente largo» habría sido su pensamiento si hubiera pensado al respecto; tal como era, simplemente echaba de menos la nieve de un modo vago, subconsciente. Del mismo modo, especialmente en el calor del verano cuando sufría por el sol, experimentaba leves anhelos del Norte. Su único efecto, sin embargo, era hacerlo inquieto y nervioso sin saber qué le pasaba.

Colmillo Blanco nunca había sido muy demostrativo. Más allá de acurrucarse y de la nota de arrullo en su gruñido de amor, no tenía

modo de expresar lo que sentía. Pero se le concedió descubrir una tercera vía. Siempre había sido susceptible a la risa de los dioses. La risa lo había afectado con locura, lo había vuelto frenético de rabia. Pero no estaba en su naturaleza enfadarse con el amo del amor, y cuando aquel dios decidía reírse de él de manera afable y burlona, se quedaba desconcertado. Podía sentir el pinchazo y el escozor de la vieja ira intentando subir en él, pero se enfrentaba al amor. No podía enfadarse; pero tenía que hacer algo. Al principio se puso digno, y el amo se rio más fuerte. Después intentó ser más digno, y el amo se rio más fuerte aún. Al final, el amo le sacó la dignidad a carcajadas. Las mandíbulas ligeramente abiertas, los labios levantados un poco, y una expresión inquisitiva que era más amor que humor le apareció en los ojos. Había aprendido a reír.

Igualmente aprendió a jugar con el amo, a dejarse tumbar y rodar por el suelo, y a ser víctima de innumerables bromas rudas. A cambio, fingía enfado, erizándose y gruñendo ferozmente, y castañeteando los dientes con mordiscos que tenían toda la apariencia de intención mortal. Pero nunca se olvidaba de sí mismo. Aquellos mordiscos siempre se descargaban en el aire vacío. Al final de una de esas trifulcas, cuando golpe, coscorrón, mordisco y gruñido eran rápidos y furiosos, se separaban de pronto y se quedaban a unos metros de distancia, mirándose fijamente. Y entonces, con la misma brusquedad, como el sol que sale en un mar tempestuoso, empezaban a reír. Esto siempre culminaba con los brazos del amo rodeando el cuello y los hombros de Colmillo Blanco mientras este canturreaba y gruñía su canción de amor.

Pero nadie más jugaba con Colmillo Blanco. No lo permitía. Se aferraba a su dignidad, y cuando lo intentaban, su gruñido de advertencia y su crin erizada eran todo menos juguetones. Que le concediera al amo esas libertades no era razón para ser un perro cualquiera, queriendo aquí y queriendo allá, propiedad de todos para un juego y un buen rato. Amaba con corazón entero y se negaba a abaratarse o a abaratar su amor.

El amo salía mucho a caballo, y acompañarlo era uno de los deberes principales de Colmillo Blanco en la vida. En el Norte había demostrado su lealtad trabajando con el arnés; pero en el Sur no había trineos, ni los perros cargaban fardos al lomo. Así que rendía lealtad de la nueva manera, corriendo junto al caballo del amo. El día más largo no agotaba nunca a Colmillo Blanco. El suyo era el paso del lobo, suave, incansable y sin esfuerzo, y al final de ochenta kilómetros llegaba gallardamente por delante del caballo.

Fue en relación con las cabalgatas que Colmillo Blanco logró otro modo de expresión, notable en que solo lo hizo dos veces en toda su vida. La primera vez ocurrió cuando el amo intentaba enseñar a un purasangre fogoso el método de abrir y cerrar puertas sin que el jinete desmontara. Una y otra vez, muchas veces, acercó el caballo a la puerta en el esfuerzo de cerrarla, y cada vez el caballo se asustaba, se encabritaba y se apartaba de un salto. Se ponía más nervioso y excitado a cada momento. Cuando se alzaba de manos, el amo le clavaba las espuelas y lo obligaba a bajar las patas delanteras, momento en el cual empezaba a cocear con las traseras. Colmillo Blanco observaba la escena con una ansiedad creciente hasta que no pudo contenerse más y saltó delante del caballo y ladró salvaje y amenazadoramente.

Aunque después intentó ladrar a menudo, y el amo lo animaba, solo lo consiguió una vez más, y no fue en presencia del amo. Una carrera por el prado, una liebre que se levantaba de pronto bajo los cascos del caballo, un viraje violento, un tropiezo, una caída y una pierna rota para el amo: esa fue la causa. Colmillo Blanco se lanzó furioso a la garganta del caballo culpable, pero lo detuvo la voz del amo.

—¡A casa! ¡Ve a casa! —ordenó el amo cuando hubo comprobado su herida.

Colmillo Blanco no tenía inclinación de abandonarlo. El amo pensó en escribir una nota, pero buscó en vano lápiz y papel en los bolsillos. De nuevo le ordenó a Colmillo Blanco que fuera a casa.

Este lo miró con añoranza, empezó a alejarse, después regresó y gimió quedamente. El amo le habló con suavidad pero seriamente, y él aguzó las orejas y escuchó con dolorosa intensidad.

—Tranquilo, viejo amigo, tú corre a casa —decía—. Ve a casa y cuéntales lo que me ha pasado. A casa, lobo. ¡Anda, ve a casa!

Colmillo Blanco conocía el significado de «casa», y aunque no comprendió el resto de las palabras del amo, sabía que era su voluntad que fuera a casa. Se volvió y se alejó trotando con desgana. Después se detuvo, indeciso, y miró por encima del hombro.

—¡A casa! —llegó la orden tajante, y esta vez obedeció.

La familia estaba en el porche, disfrutando del fresco de la tarde, cuando llegó Colmillo Blanco. Llegó entre ellos jadeando, cubierto de polvo.

—Weedon ha vuelto —anunció la madre de Weedon.

Los niños recibieron a Colmillo Blanco con gritos de alegría y corrieron a su encuentro. Él los esquivó y siguió por el porche, pero lo arrinconaron entre una mecedora y la baranda. Gruñó e intentó pasar empujando. La madre miró hacia ellos con aprensión.

—Confieso que me pone nerviosa con los niños —dijo—. Tengo el temor de que se volverá contra ellos inesperadamente algún día.

Gruñendo salvajemente, Colmillo Blanco saltó fuera del rincón, derribando al niño y a la niña. La madre los llamó y los consoló, diciéndoles que no molestaran a Colmillo Blanco.

—Un lobo es un lobo —comentó el juez Scott—. No hay que fiarse nunca.

—Pero no es todo lobo —intervino Beth, defendiendo a su hermano en su ausencia.

—Para eso solo tienes la opinión de Weedon —replicó el juez—. Él simplemente supone que Colmillo Blanco tiene algo de perro; pero

como él mismo te dirá, no sabe nada al respecto. En cuanto a su apariencia...

No terminó la frase. Colmillo Blanco estaba plantado ante él, gruñendo ferozmente.

—¡Fuera! ¡Al suelo, señor! —ordenó el juez Scott.

Colmillo Blanco se volvió hacia la esposa del amo del amor. Ella gritó de miedo cuando él le agarró el vestido con los dientes y tiró hasta que la tela frágil se rasgó. Para entonces se había convertido en el centro de atención.

Había dejado de gruñir y estaba quieto, con la cabeza alta, mirándoles a las caras. La garganta le trabajaba espasmódicamente, sin producir sonido, mientras luchaba con todo el cuerpo, convulsionado por el esfuerzo de liberarse de algo incomunicable que pugnaba por salir.

—Espero que no se esté volviendo loco —dijo la madre de Weedon—. Le dije a Weedon que temía que el clima cálido no le sentaría bien a un animal del Ártico.

—Está intentando hablar, me parece —anunció Beth.

En ese momento le llegó la palabra a Colmillo Blanco, saliendo a borbotones en una gran ráfaga de ladridos.

—Le ha pasado algo a Weedon —dijo su mujer con decisión.

Todos estaban en pie, y Colmillo Blanco bajó corriendo los escalones, volviendo la cabeza para que lo siguieran. Por segunda y última vez en su vida había ladrado y se había hecho entender.

Después de este acontecimiento encontró un lugar más cálido en los corazones de la gente de Sierra Vista, y hasta el mozo al que había rajado el brazo admitió que era un perro listo, aunque fuera un lobo. El juez Scott mantenía la misma opinión, y la demostró para la insatisfacción de todos con mediciones y descripciones sacadas de la enciclopedia y de diversas obras de historia natural.

Los días iban y venían, derramando su sol ininterrumpido sobre el valle de Santa Clara. Pero a medida que se acortaban y llegaba el segundo invierno de Colmillo Blanco en el Sur, hizo un descubrimiento extraño. Los dientes de Collie ya no eran afilados. Había un tono juguetón en sus mordiscos y una suavidad que les impedía hacerle daño de verdad. Olvidó que ella le había hecho la vida imposible, y cuando ella retozaba a su alrededor, él respondía solemnemente, esforzándose por ser juguetón y no consiguiendo ser más que ridículo.

Un día ella lo condujo en una larga persecución por los prados de atrás hasta el bosque. Era la tarde en que el amo debía salir a caballo, y Colmillo Blanco lo sabía. El caballo esperaba ensillado junto a la puerta. Colmillo Blanco dudó. Pero había algo en él más profundo que toda la ley que había aprendido, que las costumbres que lo habían moldeado, que su amor por el amo, que la voluntad misma de vivir; y cuando, en el instante de su indecisión, Collie le dio un mordisquito y salió corriendo, él se volvió y la siguió. El amo cabalgó solo aquel día; y en el bosque, uno al lado del otro, Colmillo Blanco corrió con Collie, como su madre, Kiche, y el viejo Tuerto habían corrido muchos años antes en el silencioso bosque del norte.

CAPÍTULO V

EL LOBO DORMIDO

Fue por aquella época cuando los periódicos estaban llenos de la audaz fuga de un convicto de la prisión de San Quintín. Era un hombre feroz. Había sido mal hecho en la fabricación. No había nacido bien, y no lo había ayudado en nada el moldeado que había recibido a manos de la sociedad. Las manos de la sociedad son ásperas, y aquel hombre era una muestra notoria de su artesanía. Era una bestia —una bestia humana, cierto, pero no por ello menos terrible—, una bestia a la que mejor se podía definir como carnívora.

En la prisión de San Quintín se había mostrado incorregible. Los castigos no lograban quebrar su espíritu. Podía morir enloquecido y peleando hasta el final, pero no podía vivir y ser sometido. Cuanto más ferozmente luchaba, más duramente lo trataba la sociedad, y el único efecto de la dureza era hacerlo más feroz. Camisas de fuerza, hambre, palizas y garrotazos eran el tratamiento equivocado para Jim Hall; pero era el tratamiento que recibía. Era el tratamiento que había recibido desde que era un niño blando en un barrio bajo de San Francisco: arcilla blanda en manos de la sociedad y lista para ser moldeada en algo.

Fue durante la tercera condena de Jim Hall cuando se encontró con un guardián que era casi tan bestia como él. El guardián lo

trataba injustamente, mentía sobre él al director, le hacía perder sus créditos, lo perseguía. La diferencia entre ellos era que el guardián llevaba un manojito de llaves y un revólver. Jim Hall solo tenía las manos desnudas y los dientes. Pero un día se lanzó sobre el guardián y le usó los dientes en la garganta igual que cualquier animal de la selva.

Después de esto, Jim Hall fue a vivir a la celda de incorregibles. Vivió allí tres años. La celda era de hierro: el suelo, las paredes, el techo. Nunca salía de aquella celda. Nunca veía el cielo ni la luz del sol. El día era un crepúsculo y la noche un silencio negro. Estaba en una tumba de hierro, enterrado vivo. No veía rostros humanos, no hablaba a ningún ser humano. Cuando le metían la comida, gruñía como un animal salvaje. Odiaba todas las cosas. Durante días y noches bramaba su rabia al universo. Durante semanas y meses no emitía sonido, en el silencio negro devorándose el alma. Era un hombre y una monstruosidad, algo tan espantoso como cualquier espectro surgido en las visiones de un cerebro enloquecido.

Y entonces, una noche, escapó. Los carceleros dijeron que era imposible, pero la celda estaba vacía, y medio dentro medio fuera yacía el cuerpo de un guardián muerto. Otros dos guardianes muertos marcaban su ruta a través de la prisión hasta los muros exteriores, y había matado con las manos para evitar el ruido.

Iba armado con las armas de los guardianes muertos: un arsenal viviente que huía por los cerros perseguido por la fuerza organizada de la sociedad. Una gruesa recompensa en oro pesaba sobre su cabeza. Granjeros codiciosos lo cazaban con escopetas. Su sangre podía pagar una hipoteca o mandar a un hijo a la universidad. Ciudadanos con espíritu público descolgaban sus rifles y salían tras él. Una jauría de sabuesos seguía el rastro de sus pies sangrantes. Y los sabuesos de la ley, los animales de pelea a sueldo de la sociedad, con teléfono y telégrafo y trenes especiales, se aferraban a su pista día y noche.

A veces daban con él, y los hombres le hacían frente como héroes, o estampida entre cercas de alambre de espino para deleite

de los ciudadanos que leían la crónica a la hora del desayuno. Después de tales encuentros, los muertos y los heridos eran transportados de vuelta a los pueblos, y sus puestos ocupados por hombres ansiosos de unirse a la cacería humana.

Y entonces Jim Hall desapareció. Los sabuesos rastrearon en vano la pista perdida. Rancheros inofensivos en valles remotos eran detenidos por hombres armados y obligados a identificarse; mientras que los restos de Jim Hall eran descubiertos en una docena de laderas por aspirantes codiciosos a la recompensa.

Mientras tanto los periódicos se leían en Sierra Vista, no tanto con interés como con ansiedad. Las mujeres tenían miedo. El juez Scott se burlaba y se reía, pero sin razón, porque fue en sus últimos días en el estrado cuando Jim Hall se había presentado ante él y recibido sentencia. Y en plena sala del tribunal, ante todos, Jim Hall había proclamado que llegaría el día en que se vengaría del juez que lo había sentenciado.

Por una vez, Jim Hall tenía razón. Era inocente del crimen por el que lo sentenciaron. Era un caso de lo que en la jerga de ladrones y policías llaman «montaje». A Jim Hall le estaban montando una condena por un crimen que no había cometido. Debido a las dos condenas previas en su contra, el juez Scott le impuso una sentencia de cincuenta años.

El juez Scott no lo sabía todo, y no sabía que era parte de una conspiración policial, que las pruebas eran fabricadas y los testimonios perjuros, que Jim Hall era inocente del crimen imputado. Y Jim Hall, por su parte, no sabía que el juez Scott era simplemente ignorante. Jim Hall creía que el juez lo sabía todo y estaba confabulado con la policía en la perpetración de aquella injusticia monstruosa. Así fue que, cuando la condena de cincuenta años de muerte en vida fue pronunciada por el juez Scott, Jim Hall, odiando todas las cosas de la sociedad que lo maltrataba, se alzó y se enfureció en la sala hasta que lo arrastraron al suelo media docena de sus enemigos de uniforme azul. Para él, el juez Scott era la piedra clave del arco de la injusticia, y sobre el juez Scott vació las copas de

su ira y lanzó las amenazas de la venganza por venir. Después Jim Hall fue a su muerte en vida... y escapó.

De todo esto Colmillo Blanco no sabía nada. Pero entre él y Alice, la esposa del amo, existía un secreto. Cada noche, después de que Sierra Vista se hubiera acostado, ella se levantaba y dejaba entrar a Colmillo Blanco para que durmiera en el gran vestíbulo. Colmillo Blanco no era un perro de casa, ni se le permitía dormir dentro; así que cada mañana, temprano, ella bajaba sigilosamente y lo dejaba salir antes de que la familia despertara.

Una de esas noches, mientras toda la casa dormía, Colmillo Blanco se despertó y se quedó muy quieto. Y muy quietamente olfateó el aire y leyó el mensaje que traía de la presencia de un dios desconocido. Y a sus oídos llegaron los sonidos de los movimientos del dios desconocido. Colmillo Blanco no estalló en un clamor furioso. No era su estilo. El dios desconocido caminaba con suavidad, pero con más suavidad caminaba Colmillo Blanco, pues no llevaba ropas que rozaran contra la carne de su cuerpo. Lo siguió en silencio. En la Naturaleza Salvaje había cazado presas infinitamente tímidas, y conocía la ventaja de la sorpresa.

El dios desconocido se detuvo al pie de la gran escalera y escuchó, y Colmillo Blanco estaba como muerto, tan inmóvil era mientras observaba y esperaba. Escaleras arriba se iba hacia el amo del amor y hacia las posesiones más queridas del amo del amor. Colmillo Blanco se erizó, pero esperó. El pie del dios desconocido se levantó. Empezaba el ascenso.

Entonces fue cuando Colmillo Blanco atacó. No dio aviso, ningún gruñido anticipó su acción. Al aire elevó el cuerpo en el salto que lo depositó en la espalda del dios desconocido. Colmillo Blanco se aferró con las patas delanteras a los hombros del hombre, al tiempo que hundía los colmillos en la nuca. Se aferró un instante, lo suficiente para arrastrar al dios hacia atrás. Juntos se estrellaron contra el suelo. Colmillo Blanco se apartó de un salto, y cuando el hombre luchaba por levantarse, ya estaba encima de él con los colmillos desgarradores.

Sierra Vista se despertó alarmada. El ruido de abajo era como el de veinte demonios en batalla. Hubo disparos de revólver. La voz de un hombre gritó una vez de horror y agonía. Hubo un gran gruñir y bramar, y por encima de todo un estrépito de muebles y cristales rotos.

Pero casi tan rápido como había surgido, la conmoción se extinguió. La lucha no había durado más de tres minutos. La familia aterrorizada se agolpó en lo alto de la escalera. De abajo, como de un abismo de negrura, subía un sonido gorgojeante, como de aire burbujeando a través de agua. A veces aquel gorgoteo se hacía sibilante, casi un silbido. Pero también esto se extinguió rápidamente y cesó. Entonces nada subió de la negrura salvo un jadeo pesado de alguna criatura que luchaba penosamente por respirar.

Weedon Scott pulsó un botón, y la escalera y el vestíbulo de abajo se inundaron de luz. Después él y el juez Scott, revólver en mano, descendieron con cautela. No hacía falta tanta cautela. Colmillo Blanco había hecho su trabajo. En medio de los restos de muebles volcados y rotos, parcialmente de costado, con la cara oculta por un brazo, yacía un hombre. Weedon Scott se inclinó, apartó el brazo y volvió el rostro hacia arriba. Una garganta abierta explicaba la forma de su muerte.

—Jim Hall —dijo el juez Scott, y padre e hijo se miraron significativamente.

Después se volvieron hacia Colmillo Blanco. Él también yacía de costado. Los ojos estaban cerrados, pero los párpados se levantaron ligeramente en un esfuerzo por mirarlos cuando se inclinaron sobre él, y la cola se agitó perceptiblemente en un vano esfuerzo por menear. Weedon Scott lo acarició, y la garganta le retumbó con un gruñido de reconocimiento. Pero fue un gruñido débil, y cesó rápidamente. Los párpados le cayeron y se cerraron, y todo el cuerpo pareció relajarse y aplanarse sobre el suelo.

—Está acabado, pobre diablo —murmuró el amo.

—Ya veremos —afirmó el juez, encaminándose al teléfono.

—Francamente, tiene una posibilidad entre mil —anunció el cirujano, tras hora y media de trabajar sobre Colmillo Blanco.

El alba despuntaba por las ventanas y atenuaba las luces eléctricas. Con excepción de los niños, toda la familia estaba reunida alrededor del cirujano para oír su veredicto.

—Una pata trasera rota —continuó—. Tres costillas rotas, una de las cuales al menos ha perforado el pulmón. Ha perdido casi toda la sangre de su cuerpo. Hay una gran probabilidad de lesiones internas. Deben de haberlo pisoteado. Por no hablar de tres agujeros de bala que lo atraviesan de lado a lado. Una posibilidad entre mil es en realidad optimista. No tiene una posibilidad entre diez mil.

—Pero no debe perder ninguna posibilidad que pueda ayudarlo —exclamó el juez Scott—. No importa el gasto. Pónganle los rayos X..., lo que sea. Weedon, telegrafía inmediatamente a San Francisco al doctor Nichols. Sin ánimo de ofenderle, doctor, ya me entiende; pero tiene que tener la ventaja de todas las oportunidades.

El cirujano sonrió con indulgencia. —Claro que lo entiendo. Se merece todo lo que pueda hacerse por él. Hay que cuidarlo como se cuidaría a un ser humano, a un niño enfermo. Y no olviden lo que les he dicho sobre la temperatura. Volveré a las diez.

Colmillo Blanco recibió los cuidados. La sugerencia del juez Scott de una enfermera profesional fue rechazada con indignación y clamor por las muchachas, que asumieron ellas mismas la tarea. Y Colmillo Blanco ganó la posibilidad entre diez mil que el cirujano le había negado.

No se podía censurar al cirujano por su error de cálculo. Toda su vida había atendido y operado a los blandos humanos de la civilización, que vivían vidas protegidas y descendían de muchas generaciones protegidas. Comparados con Colmillo Blanco, eran frágiles y flácidos, y se aferraban a la vida sin fuerza en sus manos. Colmillo Blanco venía directamente de la Naturaleza Salvaje, donde los débiles perecen pronto y no se concede refugio a nadie. Ni en su padre ni en su madre hubo debilidad alguna, ni en las generaciones

anteriores. Una constitución de hierro y la vitalidad de la Naturaleza Salvaje eran la herencia de Colmillo Blanco, y se aferraba a la vida, todo él y cada parte de él, en espíritu y en carne, con la tenacidad que desde antiguo pertenecía a todas las criaturas.

Inmovilizado como un prisionero, privado hasta de movimiento por las escayolas y los vendajes, Colmillo Blanco pasó largamente las semanas. Dormía largas horas y soñaba mucho, y por su mente desfilaba un cortejo interminable de visiones del Norte. Todos los fantasmas del pasado se alzaban y estaban con él. De nuevo vivía en la guarida con Kiche, se arrastraba temblando hasta las rodillas de Castor Gris para ofrecerle su lealtad, huía para salvar la vida de Hocico y todo el pandemonio aullante de la jauría de cachorros.

De nuevo corría por el silencio, cazando su alimento entre los meses de hambruna; y de nuevo corría a la cabeza del tiro, con los látigos de tripa de Mit-sah y Castor Gris restallando detrás, sus voces gritando «¡Ra! ¡Raa!» cuando llegaban a un paso estrecho y el tiro se cerraba como un abanico para pasar. Revivió todos sus días con Beauty Smith y las peleas que había librado. En esos momentos gemía y gruñía en sueños, y los que lo miraban decían que tenía pesadillas.

Pero había una pesadilla particular que lo atormentaba: los monstruos tintineantes y resonantes de los tranvías eléctricos que para él eran linceos colosales y chillones. Se echaba en una pantalla de arbustos, acechando a una ardilla que se aventurara lo bastante lejos de su árbol-refugio. Entonces, cuando saltaba sobre ella, se transformaba en un tranvía eléctrico, amenazante y terrible, alzándose sobre él como una montaña, chillando, repicando y escupiéndole fuego. Lo mismo pasaba cuando desafiaba al halcón a bajar del cielo. De lo azul se precipitaba, y al caer sobre él se transformaba en el ubicuo tranvía eléctrico. O bien estaba en el cercado de Beauty Smith. Fuera del cercado se congregaban hombres, y él sabía que había pelea. Observaba la puerta esperando que entrara su adversario. La puerta se abría, y lo que se le echaba encima era el espantoso tranvía eléctrico. Mil veces ocurría esto, y

cada vez el terror que inspiraba era tan vívido e intenso como siempre.

Después llegó el día en que le quitaron el último vendaje y la última escayola. Fue un día de fiesta. Todo Sierra Vista estaba reunido. El amo le rascó las orejas, y él canturreó su gruñido de amor. La esposa del amo lo llamó el «Lobo Bendito», nombre que fue acogido con aclamación y todas las mujeres lo llamaron el Lobo Bendito.

Intentó ponerse en pie, y tras varios intentos se desplomó de debilidad. Había estado tumbado tanto tiempo que los músculos habían perdido su habilidad y toda la fuerza se les había ido. Sentía un poco de vergüenza por su debilidad, como si estuviera fallando a los dioses en el servicio que les debía. Por ello hizo esfuerzos heroicos por levantarse, y al fin se sostuvo sobre las cuatro patas, vacilante y balanceándose.

—¡El Lobo Bendito! —corearon las mujeres.

El juez Scott las miró con aire triunfal.

—De vuestras propias bocas sale —dijo—. Tal como yo he sostenido desde el principio. Un simple perro no podría haber hecho lo que él hizo. Es un lobo.

—Un Lobo Bendito —enmendó la esposa del juez.

—Sí, Lobo Bendito —convino el juez—. Y en adelante ese será mi nombre para él.

—Tendrá que aprender a caminar de nuevo —dijo el cirujano—, así que más vale que empiece ahora. No le hará daño. Sáquenlo fuera.

Y fuera salió, como un rey, con todo Sierra Vista a su alrededor atendiéndolo. Estaba muy débil, y cuando llegó al césped se tumbó y descansó un rato.

Después la procesión se puso en marcha, con pequeños brotes de fuerza que les iban llegando a los músculos de Colmillo Blanco a medida que los usaba y la sangre empezaba a circular por ellos. Se

llegó a los establos, y allí en la puerta yacía Collie, con media docena de cachorros rechonchos jugueteando a su alrededor al sol.

Colmillo Blanco miró con ojos de asombro. Collie le gruñó a modo de advertencia, y él se cuidó de mantener la distancia. El amo empujó con la punta del pie a un cachorro despatarrado hacia él. Se erizó con suspicacia, pero el amo le indicó que todo estaba bien. Collie, sujeta entre los brazos de una de las mujeres, lo miraba con celos y con un gruñido le advertía que no todo estaba bien.

El cachorro se desparramó delante de él. Aguzó las orejas y lo observó con curiosidad. Después sus narices se tocaron, y él sintió la pequeña lengua cálida del cachorro en su quijada. La lengua de Colmillo Blanco salió, sin saber por qué, y lamió la cara del cachorro.

Aplausos y gritos de gozo de los dioses saludaron la escena. Él se sorprendió y los miró perplejo. Después la debilidad se impuso y se tumbó, con las orejas erguidas y la cabeza ladeada, observando al cachorro. Los demás cachorros llegaron desparramándose hacia él, para gran disgusto de Collie; y él les permitió gravemente que trepan y se revolcaran encima de él. Al principio, en medio del aplauso de los dioses, dejó traslucir un poco de su vieja timidez y torpeza. Esto se fue disipando a medida que las travesuras y los manotazos de los cachorros continuaban, y se quedó tendido con los ojos entrecerrados y pacientes, adormecido al sol.

FIN

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB

Colmillo Blanco

1. [Página de Título](#)
2. [PRIMERA PARTE](#)
3. [CAPÍTULO II](#)
4. [Chapter 3](#)
5. [Chapter 4](#)
6. [Chapter 5](#)
7. [Chapter 6](#)
8. [Chapter 7](#)
9. [Chapter 8](#)
10. [TERCERA PARTE](#)
11. [Chapter 10](#)
12. [Chapter 11](#)
13. [Chapter 12](#)
14. [Chapter 13](#)
15. [Chapter 14](#)
16. [Chapter 15](#)
17. [Chapter 16](#)
18. [Chapter 17](#)
19. [CAPÍTULO IV](#)
20. [Chapter 19](#)
21. [Chapter 20](#)
22. [Chapter 21](#)
23. [Chapter 22](#)
24. [Chapter 23](#)
25. [Chapter 24](#)
26. [CAPÍTULO V](#)
27. [Fin del Libro](#)